

# RECUERDOS DE ESPAÑA





f. 1239104  
C. 71414997

EL PENSAMIENTO INFANTIL

LIBRO VII

RECUERDOS DE ESPAÑA



SATURNINO CALLEJA

# EL PENSAMIENTO INFANTIL

*MÉTODO DE LECTURA CONFORME  
CON LA INTELIGENCIA DEL NIÑO*

Declarado de utilidad para las escuelas por el Consejo de Instrucción Pública. Con censura eclesiástica.

LIBRO VII

RECUERDOS DE ESPAÑA



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.  
CAJA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

PROPIEDAD  
DERECHOS  
RESERVADOS

ALDUS, S. A. Artes Gráficas - Santander.



R. 145467



# Recuerdos de España

## CAPÍTULO PRIMERO

**D**ON Antonio María Venegas de Córdoba era tan original por su carácter como por sus aventuras. En su juventud tomó parte en las guerras de África y de Cochinchina con una charretera de subteniente. Acabadas esas campañas, dejó el oficio de las armas, y emprendió largos viajes por el mundo.

Cómo se las compuso para vivir durante los muchos años que duraron sus peregrinaciones, ni tendría aquí lugar para explicarlo, ni sabría tampoco hacerlo muy al menudo, por falta de suficientes noticias.

Desde luego debió de pasar grandes trabajos y miserias, pues ni era rico, ni podía contar con su padre, que estaba cargado de hijos, y que era a su vez el cuarto o quinto de los de una familia ilustre y no pobre, pero que distaba mucho de la opulencia.

Al cabo de mucho tiempo, y ya muertos sus padres y varios de sus hermanos, y dispersos los que estaban vivos y otros parientes próximos por diversos lugares, volvió al de su nacimiento, acompañado de una señora inglesa más joven que él, con quien en edad más que madura se había casado pocos años antes, y de un hijo, que no tenía arriba de cuatro o cinco.

Su llegada al pueblo (que era una villa de no escaso vecindario de las situadas en la región andaluza comprendida entre

el río Genil y la Serranía) fue allí poco menos que un acontecimiento, y su persona y la de su mujer, objeto de la curiosidad y de las conversaciones de los ociosos, que eran muchos. Tenía allí bastantes parientes, aunque lejanos casi todos, y muchos antiguos amigos de su padre y de su familia, pero apenas le conocían. Sus contemporáneos le habían olvidado, y los de la generación siguiente nunca le habían conocido.

Hízosele algo violenta la estancia en el pueblo. Acostumbrado a las anchuras del mundo, no podía habituarse a la vida tranquila, pero algo aburrida y monótona, de una villa de segundo orden.

Por tal motivo, y obedeciendo también a sus particulares gustos e ideas, fue a establecerse a unas cuantas leguas de allí, en unas tierras que adquirió a buen precio, en un medio cortijo, medio alquería, que dispuso y arregló a su manera, rodeándose de muchos refinamientos y comodidades que había aprendido en sus viajes: eso y aun más le había consentido la fortuna que había adquirido, junta con la muy cuantiosa que su mujer le había aportado al matrimonio.

Tenía, con todo, gustos sencillos y pocas necesidades, y estaba muy dispuesto a pasar hambre y sed, y a hacer vida ruda y trabajosa si llegaba el caso. De estatura algo menos que mediana, pero fornido y vigoroso a pesar de sus años, con ojos azules de mirada viva y penetrante, nariz aguileña y facciones regulares, color moreno, más por efecto de los soles e intemperies que de propio natural, y cara bondadosa, franca e inteligente, se hacía agradable y simpático desde el primer momento.

Aunqu: era muy locuaz, pecaba de misántropo en el fondo de su carácter. Era, aparte de eso, hombre muy cortés y muy de mundo, por el mucho roce que había tenido con gentes de todo linaje; gran cazador y caballista, muy diestro en la esgrima, el tiro y otros ejercicios físicos, y estaba dotado de vasta y nada somera instrucción en lenguas antiguas y modernas, muy raras algunas, y en otros muchos ramos del saber; conocimientos que había adquirido, parte por lecturas, a que era muy aficionado, parte por experiencia personal y trato con hombres sabios y eruditos.

Su mujer, Betty, murió cuando el hijo tenía solamente siete años. Fue aquel un rudo golpe para D. Antonio María, a quien sumió en el mayor desconsuelo, dejando muy hondas huellas en su carácter. Volvióse desde entonces más misántropo que antes, y

se pasó varios meses encerrado, sin ver ni dejarse ver sino de rarísimas personas. Pasado algún tiempo, trató de dedicarse a la enseñanza y educación de su hijo Francisco; pero desistió de ello cuando se hubo persuadido—que fue muy pronto—de que no servía para el caso. D. Antonio María adoptó, pues, una resolución heroica, penosa y violenta, pero que, después de pensarlo muy despacio, comprendió que era la única capaz de hacer de su hijo lo que él se había propuesto que fuese.

Hizo una mañana sus maletas de viaje, se trasladó con Frasquito a Gibraltar, y tomó pasaje el mismo día para Inglaterra en uno de los muchos vapores que hacen allí escala. Llegados a Inglaterra, fueron a hospedarse a la residencia de un cuñado de D. Antonio.

Departieron largamente éste y su cuñado sobre la educación de Frasquito. Al fin, convino el primero en ponerle en un colegio católico de que le hicieron muy grandes elogios, situado en una villa pequeña de uno de los condados meridionales, y dirigido por un respetable doctor irlandés; pero antes de tomar esa determinación, quiso D. Antonio María ver por sí mismo el colegio y tener una entrevista con el director, para enterarle de sus planes sobre Frasquito.

Cuatro años largos estuvo en el colegio, y tantos progresos hizo, que no tenía palabras su padre para agradecer a Dios la idea que le había infundido de llevarle allí.

Durante ese tiempo, rara vez pasó una semana sin que tuviera D. Antonio María noticias de su hijo. Unas veces le llegaban cartas de éste; otras, de su tío sir Henry Carty, que solía ir de vez en cuando a visitarle, llevándole dulces, libros y otras chucherías, y periódicamente, las que le escribía el mismo doctor Kenny, director del colegio, para darle cuenta del proceso de sus estudios y de los adelantos que en ellos iba haciendo.

Pero no fueron sólo epistolares las relaciones que mediaron entre Frasquito y su padre en aquellos cuatro años. Varias veces (que no sé a punto fijo cuántas fueron) estuvo D. Antonio María en Inglaterra durante aquel tiempo, y ninguna dejó de ver a su hijo. En una de ellas, que debió ser de las últimas, premió su aplicación y buena conducta llevándose a pasar cerca de un mes a su casa de Andalucía, en compañía de Willy, un compañero del colegio a quien había autorizado su padre a hacer el viaje con su amigo

También había pasado Frasquito unas Navidades en casa de su tío sir Henry Carty, y otras en la de Willy. Habitaban los padres de éste, no en un castillo, pero sí en una espléndida casa de campo situada no muy lejos de la antigua y famosa ciudad de York.

Sir Roberto, que así se llamaba el padre de Willy, reunía a la condición de «baronet», nombre con que se designa en Inglaterra a cierta categoría de la Nobleza, el grado de coronel de la milicia, y era todo un caballero, de instrucción algo más que mediana, modales finos y distinguidos, muy dado a los deportes, como suelen serlo casi todas las gentes de su clase entre los ingleses, y de carácter abierto, franco y generoso. Su mujer, que era una señora extraordinariamente buena, amable y simpática, pertenecía a una familia que en nada cedía en nobleza y distinción a la de su marido.

Ambos habían simpatizado mucho con D. Antonio María, con quien habían comenzado a tratarse epistolarmente, y de quien acabaron por hacerse muy amigos. La amistad entre los hijos trajo por consecuencia la cordial que se estableció entre los padres, a lo que contribuyó principalmente el irresistible atractivo de D. Antonio María, que le granjeaba amigos dondequiera, a pesar de sus rarezas.

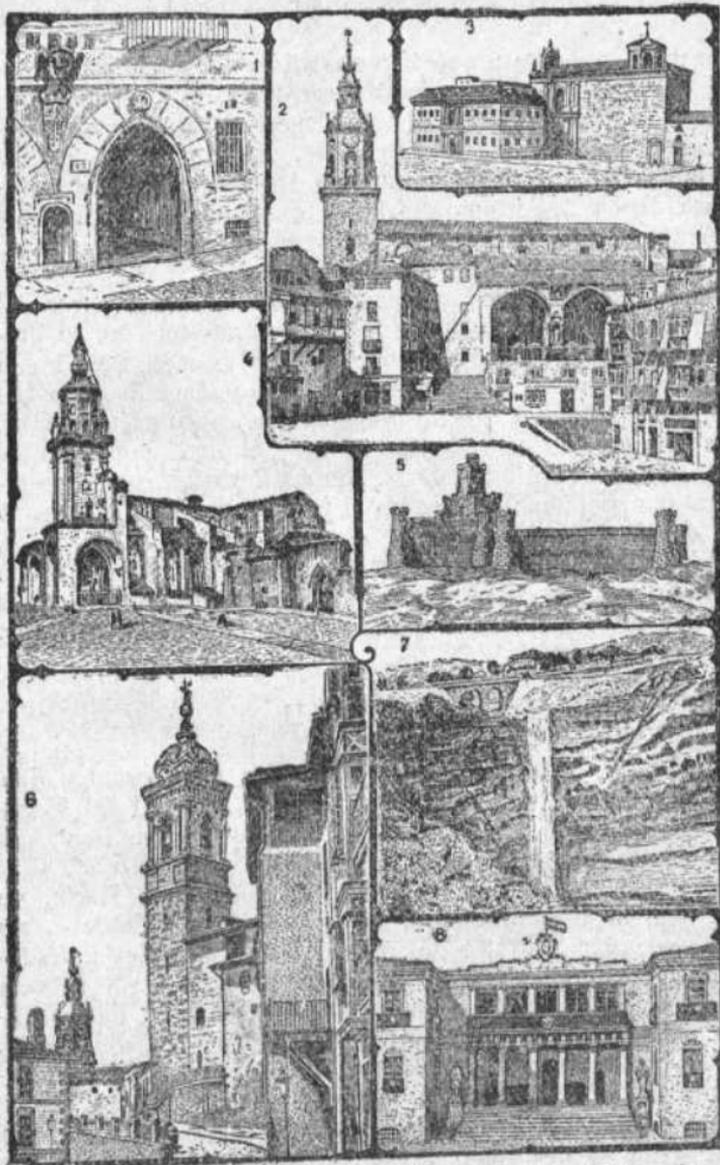
Esta amistad fue haciéndose cada día más cordial e íntima, hasta el punto de haber pasado una temporada D. Antonio María de visita en casa de sir Roberto, y éste otra en la de D. Antonio María.

Fue esto después de haber salido Frasquito del colegio, donde estuvo cinco años. Encontró su padre en él un hombre apto y dispuesto para todo lo que atañe a la vida práctica, y nada ignorante en mil materias de general conocimiento.

En los dos años que siguieron a su salida del colegio, y que pasó en su casa de Andalucía, salvo las temporadas que estuvo en Inglaterra, aprendió mucho leyendo en la biblioteca de su padre, que era muy buena y escogida, porque, dichosamente para él, había heredado de su padre la afición a los libros.

Carteábase muy frecuentemente con sir Roberto y con Willy. Particularmente, la correspondencia de este último y Frasquito era continua.

Habiendo ideado D. Antonio María hacer un viaje muy largo por España, para que Frasquito conociera a fondo su país, y



1. Casa de Cordón, donde moraba el cardenal Adriano cuando fue elegido Papa (Vitoria). — 2. Iglesia de San Miguel y plaza de la Constitución (Ídem). — 3. Hospicio (Ídem). — 4. Catedral o Colegiata de Santa María (Ídem). — 5. Vista del castillo (Guevara). — 6. Iglesia de San Vicente (Vitoria). — 7. Cascada de Gijuli (Izarra). — 8. Palacio de la Diputación (Vitoria).

## ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE ÁLAVA

habiendo participado su proyecto a sus amigos de Inglaterra, convinieron todos ellos en hacer juntos ese viaje, que, como puramente de instrucción y recreo, había de ser a caballo, para poder cruzar el país en todas direcciones, sin importarles que el camino fuera bueno o malo, o que no hubiera camino de ninguna clase. Decía D. Antonio María, y convenían en ello sir Roberto, Willy y Frasquito, que no hay manera mejor de conocer un país que recorriéndolo de esa manera.

Hubo cartas entre ellos arreglando todos los pormenores del viaje. Advirtióles D. Antonio María que no trajesen sino lo preciso, para no hacer demasiado voluminoso el bagaje. Éste había de ir en dos acémilas, que estarían a cargo de Currillo y de Miguel, muchachos de diez y ocho o veinte años, poco más o menos, hijo el primero de un honrado aperador, y el otro, de uno de los arrendatarios de D. Antonio María. Ambos llevarían sendos caballos, para que pudiesen, si llegara el caso, andar al mismo paso que los demás expedicionarios.

Arreglado todo el plan de la expedición, se citaron en Málaga, adonde habrían de ir sir Roberto y Willy a encontrarse con sus amigos, que los esperarían dispuestos para emprender el viaje.

## CAPÍTULO II

ESTUVIERON D. Antonio María y Frasquito unos cuantos días en Málaga esperando a sir Roberto y a Willy. Al fin, llegaron éstos en un vapor procedente de Southampton, que había ido haciendo escala en varios puertos de España.

Obedeciendo a las indicaciones de D. Antonio María, no llevaron sino lo absolutamente indispensable; sir Roberto, sin embargo, se había provisto de un excelente mapa de la Península y de un manual inglés de viaje, en octavo mayor y de letra microscópica, en el que había multitud de noticias y datos difíciles de hallar reunidos y no desprovistos tampoco de interés, aunque pecara a veces de inexacto, como suelen serlo con frecuencia tales libros.

También, como si fuera a navegar per el Océano o a viajar por las soledades del Sahara, había llevado una brújula, un sextante y un excelente cronómetro, para guiarse y orientarse

en caso de necesidad; y dos buenas escopetas, la una para él y la otra para Willy.

Willy, en los siete años transcurridos desde que lo presenté a mis lectores, se había desarrollado completamente, y era lo que se llama un arrogante mozo: alto, recio y fornido, sin ser muy grueso. Frasquito, que tenía catorce años, estaba ya más alto que su padre, y aunque no tan fuerte como Willy, era muy superior físicamente a la generalidad de los muchachos de su edad.

Después de descansar un par de días, emprendieron todos juntos excursiones a caballo por los alrededores de Málaga, que fueron muy del gusto de sir Roberto y de Willy, poco acostumbrados a las dulzuras de aquel clima y al espectáculo de aquella Naturaleza tropical y exuberante.

—Esta comarca, que hasta hace algún tiempo sólo había vivido de la exportación de sus exquisitos vinos, higos secos, pasas y frutas, particularmente naranjas y limones, producciones todas ellas que son, a la verdad, de lo mejor que hay en el mundo, y que gozan de universal renombre, es también una de las más industriales de España—decía don Antonio María—. La industria del hierro es ya aquí importantísima. En el mismo término de la ciudad hay grandes fundiciones de hierro; pero se quedan muy atrás de las del cercano puerto de Marbella. La riqueza de las minas de Marbella es enorme, tanto por la abundancia del mineral como por su calidad, que es inmejorable. Hay allí grandes fundiciones, y se están fabricando muelles y tranvías aéreos de hierro para facilitar los transportes y embarques; en Adra hay ricas minas de plomo, y aquí, establecidas recientemente, grandes fábricas de hilados y tejidos de algodón, en las que trabajan miles de obreros. Hay también soberbios alambiques, famosas alfarerías, en las que se hacen muy buenas alcarrazas y otros artículos de barro y loza; y, aparte de mil otras industrias menudas para las necesidades de la localidad, va tomando grandes vuelos el cultivo de la caña dulce y la elaboración del azúcar. Os dará una idea de la importancia industrial de esta comarca el hecho de entrar dos mil quinientos barcos anualmente, sólo en el puerto de Málaga,

—Yo creía—dijo sir Roberto—que la industria del azúcar era aquí antiquísima.

—Y lo es, efectivamente —le contestó D. Antonio María—; pero había venido muy a menos desde hace algunos siglos. La

caña de azúcar fue traída de Oriente, en tiempo de los moros, a lo que parece, y de aquí pasó primero a las islas Canarias cuando la conquista de ellas en el siglo xv, y a fines del mismo siglo, a las Antillas, recién descubiertas. Hasta se sabe el nombre del primero que plantó cañas en la isla de Santo Domingo, llamada entonces Española. Fue un tal Pedro de Atienza, muy poco después del descubrimiento; y al poco tiempo ya fabricó miel de caña, aunque en muy pequeña escala, cierto bachiller Gonzalo de Velosa. Después de ese primer ingenio de azúcar, siguieron fundándose tantos otros en la isla Española, que a mediados del siglo xvi había muchísimos, y algunos de grandísima importancia. Uno de ellos, y de los más grandes, perteneció a D. Diego Colón, hijo del famoso D. Cristóbal, descubridor y primer almirante de las Indias.

—¿Y por qué se llama ingenios a las fábricas de azúcar?— preguntó sir Roberto; del cual debo decir aquí, por más que tenga poca relación con la pregunta que acaba de hacer, que, aunque llevaba años aprendiendo el castellano, lo hablaba con bastante dificultad, y solía, por falta de costumbre de oírlo, enterarse muy mal de las conversaciones que en este idioma se sostenían en su presencia.

—Estoy seguro—le contestó D. Antonio María—de que Willy lo sabe perfectamente. ¿Sabes tú lo que significa «ingenio» en castellano, Willy?

—«Ingenio», en castellano—dijo Willy—, viene a ser lo mismo que «inteligencia»; y de esa acepción se derivó la de máquina o artificio, que ya va perdiendo. Por eso, antes de la invención de la pólvora y de usarse cañones y armas de fuego, se llamaba «ingenios» o «engeños», que es lo mismo, a las máquinas de guerra, e «ingenieros» a los que andaban con ellas. Pero, aparte de esa acepción particular, ingenio o artificio se llamaba a todas las máquinas, y, entre ellas, a las de moler cañas. Ésas son, creo yo, las únicas que siguen llamándose ingenios.

—Ni siquiera ésas—dijo D. Antonio María—, porque lo que hoy se llama ingenio es la finca entera destinada a producir azúcar, contando edificios, máquinas y tierras.

—¿Y decía usted que la fabricación del azúcar había decaído mucho en España en los últimos siglos?—preguntó sir Roberto.

—Así se asegura; pero yo, si he de hablarle con franqueza, creo que se exagera mucho el grado de prosperidad que alcanzó esa industria en tiempos antiguos. Y tengo una razón para ello: lo poco extendido que estaba en la Edad Media, y hasta a fines del siglo xv, y aun bien entrado el xvi, el uso del azúcar, hecho que me parece incompatible con esa considerable producción que se dice. El azúcar era en aquellos tiempos artículo muy escaso y muy caro, que se vendía como droga en las boticas, de lo que hay muchas y numerosas pruebas. Se asegura, sin embargo, que en la región en que por esos tiempos y los anteriores se cultivaba la caña en nuestra tierra, era mucho más extensa que hoy. Hasta hay quien dice que se extendía por todo este litoral hasta muy adentro del reino de Valencia; cosa increíble sin un cambio muy radical en el clima, que no hay razón alguna para suponer. Creo que todo eso son delirios; que la caña sólo podía cultivarse entonces, como ahora, en una estrecha zoha de esta costa de Málaga y sus cercanías, y que los procedimientos de elaboración y refinado del azúcar eran muy imperfectos y costosos. También se dice que se cultivaba el algodón en España en tiempo de los moros; pero desafío a que se aporte una prueba concluyente de ello. En cambio, se sabe positivamente que el papel de trapos de lino es invención española muy antigua, para sustituir al de algodón, que se había inventado mucho tiempo antes, y que venía de Oriente. Si en España hubiera habido algodón entonces, no habría sido necesario inventar el papel de lino.

—¿Es muy difícil el cultivo de la caña, y muy complicada la elaboración del azúcar?—preguntó Willy.

—La caña es planta que pide clima algo más cálido que el de esta región; porque aquí, aunque pocas veces, hiela, y la caña no resiste las heladas. Es, pues, planta exótica, que hay que cultivar con gran esmero en tierra muy buena de regadío, empleando abonos y labores muy asiduas. Así y todo, no se logran esas gigantesca cañas de cuatro y cinco varas de largo tan comunes en las Antillas, donde crecen y se desarrollan en tierras de secano y casi sin cultivo. Ni aquí ni allí se siembran, sino que se plantan, cortándolas en trozos en que haya yemas, y tendiéndolos en los surecs. En cuanto a la elaboración del azúcar, es sencillísima, reduciéndose a exprimir la caña para extraerle el jugo, y a hervir éste luego hasta darle lo que se llama «punto de azúcar», sin otra

precaución que la de agregarle una pequeña cantidad de cal, para reducir ciertos ácidos que dificultarían la cristalización del producto. La caña se muele o exprime haciéndola pasar por entre rollos o cilindros; el jugo se hierve en calderas abiertas, y hoy, cuando se trabaja en grande escala, en grandes calderas cerradas comunicantes con bombas, que sacan de ellas el aire y los vapores que van produciéndose. Luego de obtenido el azúcar se le purga de las melazas que están juntas con él, bien en hormas o moldes en figura de embudo, que las dejan escurrir, bien en turbinas que giran con grandísima rapidez, y que las escupen a través de sus paredes de malla metálica. Esas melazas se destinan a hacer aguardiente.

—Según tengo entendido—dijo Willy—, el azúcar se extrae hoy también de otras plantas.

—Sí—le contestó D. Antonio María—; se extrae de muchísimas otras; entre ellas, del sorgo, del tallo de maíz y de la remolacha; principalmente, de esta última. Muy cerca de aquí, en Granada, y también en otras regiones de España, se van extendiendo cada día más el cultivo de la remolacha y la industria del azúcar; por lo que ese negocio, de pingüe que era, como monopolio de las tierras de clima cálido en que se podía cultivar la caña, va viniendo cada día más a menos, porque todos los países producen más azúcar que consumen, y van escaseando los mercados. Esto, muy beneficioso para la Humanidad en conjunto, es perjudicialísimo para los fabricantes y cultivadores, y para los de caña, en mayor grado que para los de remolacha.

—Pues yo creía—dijo Willy—que de cuantas plantas dan azúcar, era la caña la primera.

—Así ha sido hasta hace poco—le contestó D. Antonio María—; pero hoy, merced a la selección de la semilla, han logrado los cultivadores de la remolacha hacerla tan rica en azúcar como la caña, y es de creer que, siguiendo por ese camino, lleguen a hacerla más rica todavía.

—Y Málaga, ¿no produce más que la caña de azúcar?

—Felizmente, no vive sólo de ella. Los vinos dulces, alcoholes, higos, pasas, naranjas y limones que exporta a toda España y fuera de ella, aun sin contar con las minas, bastarían para enriquecerla. Las naranjas de Torrox tienen fama de ser las mejores de Andalucía; el campo de Albuñol produce un vino exquisito,



1. Ayuntamiento (Albacete). — 2. Diputación Provincial (Idem). — 3. La Audiencia. Arquitectura de estilo clásico (Idem). — 4. Escalera central del Ayuntamiento (Idem). — 5. Escuelas Municipales (Idem). — 6. Portada de la iglesia parroquial de María de la Asunción (Albacete). — 7. Castillo árabe (Idem). — 8. Altar, estilo barroco, de la Iglesia de San Juan (Albacete). — 9. Teatro (Idem).

## ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE ALBACETE

buena parte del cual se exporta a Jerez, donde se le emplea, como el de Montilla, para mezclas; las frutas de Gualchos, entre ellas las uvas, que se exportan en grandes cantidades, son excelentes, y también lo son las de Ronda, especialmente los peros, manzanas, cerezas y melocotones. Notad, sir Roberto, la extraordinaria feracidad de estos campos, y decidme si hay en el mundo nada semejante.

—Tenéis razón—le contestó sir Roberto—; esta tierra es un verdadero paraíso.

—También en esta ciudad de Málaga y en toda esta costa se hace gran tráfico de boquerones, que son una especie de sardinas muy pequeñas, que se llevan a todas partes de España.

### CAPÍTULO III

Don Antonio María buscaba en esas excursiones por las cercanías de Málaga, no sólo hacer conocer el país a su hijo y a sus amigos, sino acostumar a los caballos al ejercicio. Se había propuesto ponerlos en condiciones de andar muchas jornadas de doce, trece y hasta quince leguas, sin cansarse. Decía, y con razón, que los animales, como los hombres, se hacen fuertes y musculosos con la gimnasia y el trabajo; pero agregaba, con no menos juicio, que en los ejercicios gimnásticos hay que ir poco a poco, aumentando gradualmente la intensidad y duración de los esfuerzos, para que no resulten dañosos y contraproducentes.

Llegaron a alargarse nuestros amigos en sus excursiones hasta Archidona, Antequera, Ronda, Álora y otros lugares aún más distantes, andando muchas veces por asperísimas sierras; pero al principio, cuando no se alejaban mucho, aprovechaban las horas libres para examinar las curiosidades de la ciudad, que son bien pocas desde el punto de vista artístico y arqueológico.

—Es extraño que, siendo tan antigua esta ciudad que muy pocas habrá en Europa que puedan comparársele en ese punto, tenga tan pocos monumentos—decía sir Roberto.

—Se conoce—le contestó D. Antonio María—que fue siempre más dada al comercio que a las artes. Vino a poder de los cristianos muy tarde ya para que pudieran dotarla de esos espléndidos edificios religiosos tan abundantes en otras ciudades, villas

y aun aldeas de España. El estilo gótico de arquitectura estaba ya expirando a fines del siglo xv, que fue cuando se apoderaron de esta ciudad los Reyes Católicos; y en cuanto a los moros, tampoco la habían enriquecido con grandes nonumentos, como los que dejaron en otras partes.

Visitaron, con todo, nuestros amigos el castillo de Gibraifaro y la Alcazaba, recuerdo de los moros, desde la primera de cuyas fortalezas, que está a quinientos pies de altura sobre el mar, se goza de una preciosa vista de la ciudad y sus cercanías. Vieron también la plaza del Mercado, que ocupa el lugar en que tenían los moros las Atarazanas, de las cuales se conserva allí todavía un arco de herradura, resto del primitivo edificio, con una leyenda arábiga que, traducida, dice: «¡Sólo Dios es vencedor!»

También visitaron muy detenidamente la catedral, cuya sillera del coro es una maravilla. Sus figuras más notables son de mano de Pedro de Mena, discípulo del célebre Alonso Cano.

—En madera tallada veréis trabajos prodigiosos en nuestras iglesias, porque la escultura en madera es de las artes en que más hemos sobresalido los españoles—dijo D. Antonio María—. Hemos sido tan hábiles escultores como pintores, y nuestra escultura no es menos digna de estudio que nuestra pintura. La catedral de Málaga comenzó a construirse en 1538, bajo la dirección de Diego de Siloe, y no se acabó hasta 1719, después de haber sido destruída en parte por un terremoto en 1548.

—¿Fue muy notable arquitecto ese Diego de Siloe?—preguntó Frasquito.

—Fue, no sólo arquitecto, sino también escultor muy distinguido, y se conservan varias obras suyas aquí, en Granada y en otras partes; pero, a mi entender, no igualó a su padre, Gil de Siloe, cuyos famosísimos sepulcros del Rey D. Juan II de Castilla y de Doña Isabel de Portugal, su mujer, y el del Infante D. Alfonso, su hijo, que están en la Cartuja de Miraflores, cerca de Burgos, más parecen obras de genios que de hombres. Bien puede asegurarse que en toda Europa no hay ningún monumento en su género que pueda comparárseles. Cuantos han pretendido describirlos, han tenido que renunciar a ello por imposible.

—¿Veremos esos sepulcros en el curso de nuestro viaje?—preguntó Willy.

—Sí, si Dios quiere—le contestó D. Antonio María—; porque

sería imperdonable, en un viaje por España, pasar por alto a la capital de Castilla. Sólo por ver su catedral se puede ir allí.

—Me llama la atención—dijo sir Roberto a D. Antonio María cierto día que estaban contemplando el precioso arco árabe de herradura de la antigua Atarazana, de que ya he hablado—que esté tan lejos del mar este edificio; porque Atarazana quiere decir, si no me engaño, astillero o arsenal donde se construyen barcos, y de aquí al mar hay lo menos cuatrocientas varas.

—Seguramente las hay—le contestó su interlocutor—. Lo que prueba ese hecho es lo mucho que se ha retirado el mar en los cuatro siglos pasados desde que salió esta ciudad del poder de los moros. El mismo fenómeno se ha advertido en otras regiones de España y de Francia ribereñas del mar Mediterráneo. En otras partes, en cambio, es la tierra la que va desapareciendo poco a poco, tragada por el mar. En España hay ejemplo de ello en Cádiz y en las ruinas de la antigua Carteya, próximas a Gibraltar, donde se descubren ruinas de antiguos edificios debajo del agua.

—Donde más se manifiesta ese fenómeno es en Holanda, una de cuyas provincias desapareció repentinamente en el siglo XVI, tragada por el mar—dijo sir Roberto—. El mar llamado Zuiderzee ocupa el lugar de una antigua provincia de Holanda. Los marineros aseguran que cuando el agua está clara y tranquila, se alcanza a ver campanarios y otros edificios en el fondo.

No dejaron de pasarse también nuestros amigos por algunos almacenes de vinos, que tanta fama han dado a Málaga. Hubieran querido, ya que estaban en ella, ver la preparación de las pasas; pero no era tiempo a propósito.

Aunque parece operación muy sencilla, y lo es verdaderamente, la de preparar las pasas, porque éstas no son, después de todo, sino uvas secas y consumidas por el calor del Sol, da lugar a tantos trabajos y manipulaciones, que sorprende al que nunca la ha visto. También se exportan, encerradas en barricas y envueltas en polvo de corcho, las uvas moscateles frescas; pero las uvas de Málaga no se prestan tanto a ese tráfico como las de Almería.

—No en todas partes—decía D. Antonio María—se siguen los mismos procedimientos para preparar las pasas. Aquí se secan al sol las uvas; en algunas partes del reino de Valencia se obtiene el mismo resultado sumergiendo en lejía los racimos, y en otras partes se secan sometiéndolos a la acción del aire caliente.

## CAPÍTULO IV

YA he dicho que durante los primeros días de su estancia en Málaga daban nuestros amigos paseos cortos por sus inmediaciones.

A sir Roberto y a Willy los encantaba aquella deliciosa temperatura en los principios del mes de Marzo, cuando en su tierra se está todavía en pleno invierno.

—Toda España no tendrá un clima tan dulce—dijo sir Roberto.

—Por desgracia, no—le contestó D. Antonio María—. En el centro de la Península hace ahora mucho frío; y en la parte de esa región que cae al norte de las sierras de Guadarrama, hasta las montañas de León y Asturias, estoy por decirlo que aun hace más frío que en las provincias meridionales y centrales de Inglaterra.

—¿Es posible? ¡Nunca lo hubiera creído!

—El centro de España está formado de vastas llanuras cruzadas por cadenas de montañas, que aquí llamamos sierras. Esas llanuras son altísimas; y ya sabéis la grandísima influencia del nivel del terreno en la temperatura.

—¿Están muy altas esas planicies centrales de España?

—Al mediodía del Guadarrama, en la cuenca del Tajo, la altura es, por término medio, de dos mil quinientos pies, y la cuenca del Duero está unos mil pies más alta. En todas esas comarcas nieva menos que en Inglaterra y que en el centro de Europa; pero no por falta de frío, sino de humedad, porque son regiones muy secas, en las que es común perderse las cosechas por falta de agua. El frío es allí tan intenso, que no es raro, particularmente en la cuenca del Duero, que se hielen los ríos, y que puedan cruzarlos hasta carretas bien cargadas, sin que el hielo se rompa con su peso. Las nevadas comienzan muchos años en Octubre, y duran hasta Mayo y Junio. La cuenca del Tajo no es



Fernando V el Católico  
(Tomado de una medalla de la época.)

tan fría; pero sí lo bastante para que nieve y hiele con frecuencia.

—Mentira parece—dijo sir Roberto—que suceda tal cosa en regiones que están en la misma latitud que Nápoles; porque creo que Madrid y Nápoles están precisamente en el grado 40 de latitud.

—Sí, señor—le contestó D. Antonio María—, y también Nueva

York y Pekín, y ya sabéis lo frías que son esas dos ciudades, a pesar de encontrarse la primera al nivel, y la segunda casi al nivel del mar. En todo el norte de China el frío es tan terrible, que hasta el mar se hiela, dejando de ser navegable en los meses de invierno. Pero, sin salir de España, podemos observar grandes diferencias de temperatura en comarcas situadas en la misma latitud. Las de Toledo y Valencia están en ese caso; y son de climas tan distintos, cuanto que en la primera son comunes y corrientes los hielos y las nieves, y muy raros en la última. Aquí mismo, dentro de Andalucía, tenemos tan grandes diferencias de clima, que en Granada, que está a dos pasos de aquí, nieva con frecuencia,



Retrato de Isabel la Católica

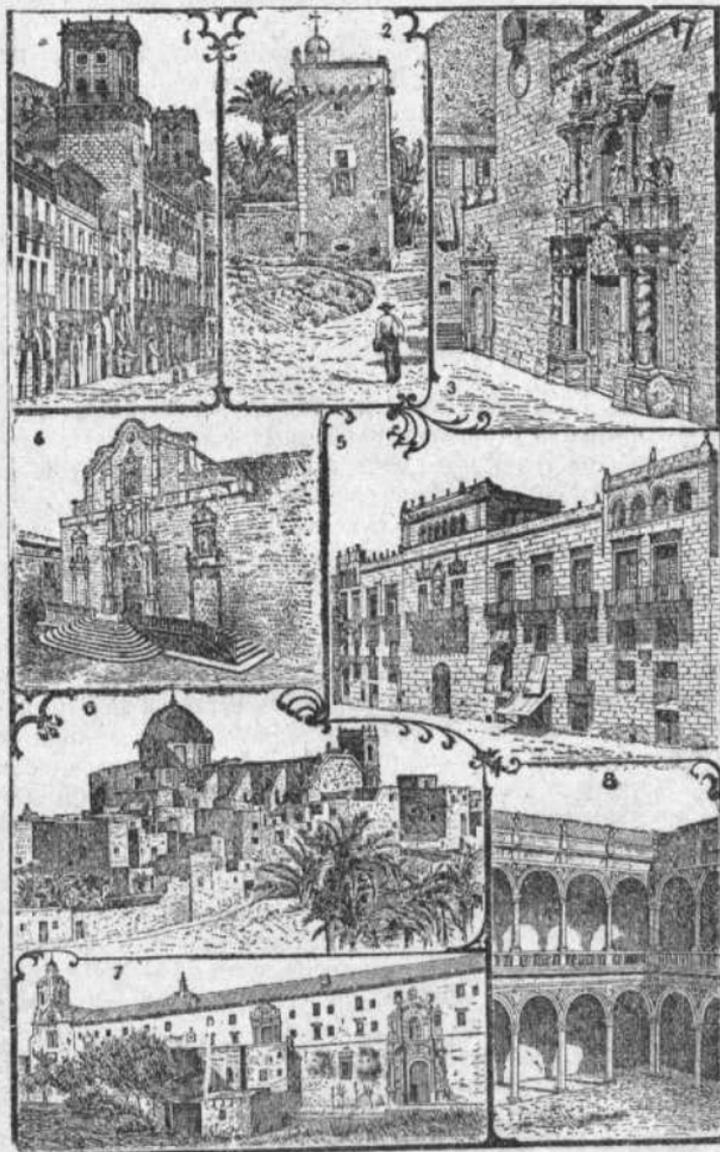
(Reproducción del donado por la misma reina a la Cartuja de Miraflores, y perteneciente en la actualidad a S. M. D. Alfonso XIII.)

cia, y aquí nunca, ni tampoco en Sevilla.

## CAPÍTULO V

Poco a poco fueron alejándose más nuestros amigos en sus paseos. En uno de ellos se propusieron remontar el río Guadalhorce, que desemboca en el mar como a una legua de Málaga. Llegaron primero a Cártama, y después a Álora, atravesando las campiñas más deliciosas que puede imaginarse. Se detuvieron en Álora el tiempo preciso para comer, y tomaron después el camino de Antequera, adonde llegaron tardísimo.

—Este río Guadalhorce fue navegable en tiempo de los ro-



1. Ayuntamiento de Alicante. — 2. Torre de Rapsambiana, del conde de Luna (Elche). — 3. Iglesia de Santa María (Alicante). — 4. Iglesia de Santa María (Alcoy). — 5. Ayuntamiento (Elche). — 6. Iglesia de San Juan (Elche). — 7. Fachada meridional del convento de Santo Domingo (Orhuela). — 8. Patio claustral del convento de Santo Domingo (Idem).

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE ALICANTE

manos hasta aquí mismo—dijo D. Antonio María al pasar por Cártama—. Se han descubierto tablas de bronce que lo demuestran.

Más adelante, conforme subían por una escabrosa senda que serpenteaba por una montaña cubierta de adelfas y lentiscos entre Álora y Antequera, dijo:

—Esta tierra que estamos atravesando fue teatro de las hazañas del famoso Omar ben Hafsun a fines del siglo ix y principios del x. Muy cerca de aquí debió de estar Bobastro o Barbastro, refugio suyo, cabeza de sus dominios, y lugar de donde partía para sus empresas y correrías.

—Omar ben Hafsun ¿era cristiano o musulmán?—preguntó Frasquito.

—Musulmán. Su bisabuelo paterno fue el primero de sus antepasados que abrazó el islamismo, por lo cual se le llamó el Islamí, que quiere decir «el Renegado». Su abuelo se llamó Omar, como él, y su padre, Hafs, a cuyo nombre agregaron sus vecinos y paisanos la terminación «un», llamándole Hafsun. Esa terminación venía a ser entre ellos un título de honor, como el «don» entre nosotros, porque, como perteneciente a una familia ilustre, y como hombre acaudalado que era, gozaba de gran prestigio en la comarca. De ese Hafsun era hijo Omar. Se llamó Omar ben Hafsun, que significa Omar, hijo de Hafsun. Aunque musulmán, participaba del odio de raza que sentían todos los españoles de antigua cepa contra aquellos de sus conterráneos que blasonaban de ser de origen árabe, y que constituían la aristocracia de aquella sociedad heterogénea. La sublevación de Omar ben Hafsun fue tan seria, que estuvo a punto de derrocar el califato de Córdoba. Duró muy cerca de cincuenta años. Tuvo Omar ben Hafsun bajo su dominio una gran parte de Andalucía, y le seguía una turba inmensa, compuesta tanto de musulmanes como de cristianos.

—¿Y cómo acabó aquella insurrección?—preguntó Willy.

—Puede decirse que por consunción; y una de las causas, la más importante, de que acabase, fue el haber abrazado Omar ben Hafsun, a lo último de su vida, la religión de sus antepasados, lo cual le enajenó las simpatías de sus muchos secuaces. El nombre de su hija Argéntea, que también se hizo cristiana, figura entre los de los mártires de nuestra Iglesia.

—¿Y dónde están ese pueblo y ese castillo de Barbastro?

—El diligentísimo y perspicaz arabista Reinhard Dozy, que

más que otro historiador alguno ha investigado ese período de nuestra Historia, cree que se encontraba como a una legua al poniente de Antequera, y a un cuarto de legua de ese río Guadalhorce, al pie de un empinado monte, en el que existen todavía las ruinas de una fortaleza llamada «El Castellón» por la gente de la localidad. Allí se han descubierto lápidas que indican que ese lugar se llamó Singilis Barbastrense en tiempo de los romanos, para distinguirlo de otro Singilis que Plinio menciona; lo que ha hecho suponer a Dozy que allí estuvo el Bobastro o Barbastro de Omar ben Hafsun.

— Toda esta comarca debía de ser difícilísima de conquistar— dijo sir Roberto—, no sólo por lo áspera y montañosa, sino por lo fortalecida por la mano del hombre. ¡Cuidado que había en ella castillos! Apenas hay pueblo que no tenga el suyo.

— Así fue tan larga y tan penosa su conquista por los Reyes Católicos— dijo D. Antonio María—. Diez años tardaron en hacerla con un ejército tan numeroso como nunca se había visto en España. Se componía de 80.000 hombres, y estaba tan admirablemente dotado de toda clase de elementos de guerra, que el estudio de aquellas campañas produce el mayor asombro; porque allí absolutamente nada faltaba. Hubo que apoderarse de toda esta región ciudad por ciudad, villa por villa, aldea por aldea, a costa de largos y difíciles sitios. Fue una granada que hubo que comer grano a grano, como el mismo D. Fernando el Católico cuentan que dijo.

Así, departiendo agradablemente sobre cuanto les venía a las mentes; y haciéndose lenguas de la incomparable hermosura de la tierra que iban atravesando, tan pronto agreste y selvática como cubierta de huertas y jardines, pero siempre amena y fértilísima, llegaron nuestros expedicionarios, ya muy tarde, a Antequera, donde se quedaron a pasar la noche.

## CAPÍTULO VI

**D**EDICARON buena parte del día nuestros amigos a ver las curiosidades de Antequera.

Conserva la ciudad de sus monumentos religiosos seis iglesias, doce ermitas y trece conventos, de los cuales unos siguen siéndolo, y otros han cambiado de destino; pero, en general, no se distingue ninguno de esos edificios por extraordinario mérito artístico. En el convento de Monteagudo llama la atención la torre por lo atrevido de su construcción, y en el de San Agustín se conservan las banderas ganadas a los moros por el padre de Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera, «el de la gran lanzada».

Subsisten en la ciudad muchos restos de antiguos edificios, en particular de sus muros y torres. Sobre el cerro de San Cristóbal se alzan las imponentes ruinas de su castillo, que es del tiempo de los moros, pero edificado sobre cimientos romanos. La «Torre Mocha», que forma parte de él, ha sido afeada por adiciones modernas que desarmonizan del resto de la fábrica. Allí vivieron en el siglo xv los Narváez, alcaides de Antequera, cuyo nombre tanto figura en los romances moriscos de aquel tiempo. Las ruinas de un palacio y de un teatro romanos que había en la llamada «Antequera la Vieja», y que se conservaban todavía en buen estado a mediados del siglo xvi, sirvieron de cantera para la construcción del convento de San Juan de Dios. Algunas lápidas y fragmentos de esos edificios fueron recogidos en 1585 por Juan Porcel de Peralta, y están empotrados hoy en el llamado «Arco de los Gigantes», que está en la antigua muralla. Otros de esos restos proceden de la antigua Vescania, situada como a dos leguas y pico al poniente de Antequera, donde se fundó en 1547 un pueblo para los enfermos que acudían allí a beber las aguas medicinales de la fuente llamada en tiempo de los romanos «Fons divinus», y «Fuente de piedra» hoy.

Ganó la ciudad a los moros en 1410 el infante D. Fernando, regente a la sazón de Castilla con doña Catalina de Alencastre (1), por ser de menor edad su sobrino D. Juan II. El hecho fue lo

(1) Escribimos este nombre como figura en nuestra Historia y como, por consiguiente, debe escribirse y decirse en castellano. En inglés se escribe y pronuncia *Lancaster*, nombre de una ciudad importante de Inglaterra.

bastante sonado para que se diera al infante por sus contemporáneos el sobrenombre de Antequera, con que le conoce la Historia. Ese infante D. Fernando fue el mismo proclamado más adelante rey de Aragón por el famoso «Compromiso de Caspe».

De todas estas cosas hablaron nuestros amigos mientras recorrían muy a la ligera la ciudad, porque querían ver aquel mismo día lo que más la hace notable entre todas las de Andalucía, y aun de España; las antigüedades prehistóricas de sus inmediaciones y las curiosísimas piedras del Torcal, que semejan ruinas de palacios y otras figuras caprichosas. Hállanse en una caverna, cerca del camino de Málaga, subiendo a la sierra que separa las cuencas de Guadalhorce y Guadalmedina, y donde nace este último.

—Esta ciudad de Antequera—dijo D. Antonio María—es principalmente agrícola y ganadera; pero no deja de ser industrial. El río que llaman «de la Villa», que pasa más cerca de ella que el Guadalhorce, al cual tributa sus aguas, no sólo contribuye al regadío de sus huertas, sino que presta fuerza motriz a varias fábricas situadas en sus orillas. De éstas son bastante nombradas, por la bondad de sus producciones, las de paños y bayetas de lana.

Llegaron al Torcal, paraje en que se encuentran las piedras naturales a que me referí poco atrás. Habían llevado un guía, siguiendo los consejos de varias personas de la ciudad, que les advirtieron el peligro que corrían yendo solos:

Son esas piedras y figuras resultado de los constantes sedimentos calizos de las aguas, como sucede en otras muchas partes.

—¿Tú sabes—preguntó D. Antonio María a Frasquito—cuál es el nombre científico de esta clase de figuras naturales, y cuál es la causa de que se produzcan?

—Tengo entendido—contestó Frasquito—que se llaman estalactitas y estalagmitas, y que su formación se debe al carbonato de cal que viene disuelto en el agua que se filtra por las entrañas de la Tierra, y que cae gota a gota. El agua se va, y el carbonato de cal va quedando, ya en la parte de arriba, de donde sale la gota de agua, ya en el suelo, en donde cae. Carbonato de cal es el nombre científico del mármol y del alabastro.

—Veo que estás bien enterado, querido Frasquito.

Volvieron a la ciudad; y habiendo sabido que la «Cueva de Menga», que así se llama el lugar en que están las famosas antigüedades prehistóricas descubiertas en 1842, y que tanta fama

han dado a Antequera, se halla a la salida de ella por el camino de Archidona, se dirigieron hacia esa villa, con la intención de verla antes de volverse a Málaga.

La Cueva de Menga es un monumento megalítico, como los que tanto abundan en la Bretaña francesa y en Inglaterra. Se compone de cinco piedras de seis metros de largo por uno de ancho,

colocadas como en esos monumentos conocidos entre los campesinos franceses por los nombres de «mesas de las Hadas, mesas del Diablo», y otros semejantes.

Como hubiese oído Frasquito a su padre la palabra «megalítico», le preguntó lo que tal palabra significaba.

—«Megalítico»—le contestó su padre—es voz griega adoptada por los idiomas modernos para definir esos antiquísimos monumentos formados, como éste, de piedras enormes y rudamente labradas. Aunque sea poco común el conocimiento del griego, se em-

plean hoy tanto sus vocablos en todas las artes y ciencias, que conviene saber el significado de algunos. Siempre que, formando parte de alguna palabra, leas u oigas «lito», sabe que se refiere a piedra, porque eso es lo que significa en griego. Así, «litografía» quiere decir grabado en piedra; «aerolito», piedra que viene por el aire; y «megalito», piedra grandísima. Los monumentos megalíticos, como éste, son de tiempo remotísimo, anterior al uso de los metales.

—De esta clase de monumentos tenemos muchísimos en Inglaterra—dijo sir Roberto—. Está probado que los que, como éste, figuran mesas o cajas formadas por cinco piedras, son sepulcros, que estuvieron antiguamente, y siguen estando muchos de ellos, cubiertos de montes de tierra, bastante grandes a veces para parecer naturales. En torno de su base suele haber círculos de piedras. Cuando por cualquier motivo desaparece la tierra de esos túmulos, queda al desnudo el sepulcro central con las piedras



Padre Juan de Mariana



1. Torreón del Homenaje. — 2. Plaza circular y Banco de España. — 3. Puerta de Purchena. — 4. Embarcadero de mineral. — 5. San Cristóbal. — 6. Monumento a los mártires. — 7. Plaza circular y Banco de España. — 8. Fachada de los Perdones (Catedral). — 9. El Ayuntamiento. — 10. Alicuzaba y polvorín.

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE ALMERÍA

del contorno, que suelen ser enormes, y que comprenden a veces vastísimas extensiones de terreno. En la lengua de la Bretaña francesa, se llaman «dolmenes» a esas mesas, y en la del país de Gales, «cromlechs».

—En nuestra Galicia hay bastantes de esos túmulos, y la gente del país los llaman «mamoas» en su lengua—dijo D. Antonio María.

—¿Y a qué causa se debe—preguntó Frasquito—que desaparezca la tierra de esos túmulos?

—Pues lo más común es que los deshagan los campesinos buscando tesoros. También es frecuente en terrenos pobres y áridos que vayan quitándoles la tierra, para utilizarla como abono. Sé de muchos que han sido desbaratados en nuestros mismos días, y también de algunos en que se advierten trazas de haber sido explorados en antiguos tiempos—dijo sir Roberto.

—Este monumento que estamos viendo estuvo cubierto por un túmulo que deshizo en 1842 D. Rafael Mitjana, arquitecto de Málaga, encargado de buscar los tesoros que se decía haber en su interior. Ya era conocido desde años antes por los pastores de las cercanías; pero nadie había hecho caso de él—dijo don Antonio María.

—Debía de haber antiguamente—dijo sir Roberto—un número prodigioso de esos túmulos; en Inglaterra a lo menos, porque el deshacerlos no es cosa de hoy, sino que se remonta a muchísimos siglos. Hasta las piedras han solido llevarse, porque es frecuente que sólo se conserven tres formando mesa; otras veces, dos: la una, enhiesta, y la otra, apoyada en ella por un extremo, y descansando por el otro en el suelo, y, por último, que sólo haya una.

—Es bastante frecuente ese último caso—dijo D. Antonio María—, y a él hay que atribuir el nombre de «Piedra lita» o «fita», y el de «Pierre fitte», que llevan algunos lugares de España y Francia.

Toda la anterior conversación la tuvieron nuestros viajeros yendo hacia Archidona. El camino pasa cerca de la «Peña de los Enamorados», que se alza aislada en la llanura, y que debe su nombre a un suceso ocurrido en ella en 1410, y que D. Antonio María refirió a sus compañeros de viaje de la manera siguiente:

—Un joven cautivo cristiano contrajo relaciones de amor con la hija del señor en cuya casa servía, y la persuadió a escaparse

con él a su tierra. Llamábase él Tello de Aguilar; ella, Ardana, y Abenabó el padre, que era alcaide de Torre Bermeja. Salió éste en persecución de los fugitivos, acompañado de algunos criados, y les dio alcance precisamente en este lugar. Ellos, perdida toda esperanza de salvarse huyendo, porque iban a pie, según del relato se infiere, se refugiaron en lo alto de la peña, donde se defendieron lanzando galgas contra sus perseguidores, que trataron en vano de acercárseles trepando por la peña. El padre entonces mandó a buscar ballestas a Antequera para tirarles desde lejos, y forzarlos a darse a partido. En vano algunos de los de su séquito, condolidos de los amantes, le suplicaron hasta de rodillas que los perdonase, porque, irridadísimo él, se negó a transigir. Los amantes entonces, viéndose perdidos, acordaron despeñarse, como lo hicieron, abrazados, perdiendo así miserablemente la vida.

—¿Es historia, o cuento?—preguntó sir Roberto.

—Historia, a lo que parece, pues hasta el padre Mariana la incluye en la general que escribió de España, que goza de reputación merecidísima, no menos como obra histórica que literaria. La escribió primero en latín, y después la tradujo él mismo al castellano. Por su estilo elegante se le ha comparado a Tito Livio. Fué jesuítá, y natural de Talavera de la Reina.

Llegaron nuestros viajeros bastante temprano a Archidona. Está la villa en la falda de una áspera sierra, en cuya cumbre se hallan las ruinas de un castillo del tiempo de los moros, como la comarca; pero también, como muchos de ellos, fundado sobre cimientos romanos y aun más antiguos. En el recinto del castillo está el santuario de Nuestra Señora de Gracia, Patrona de la villa.

—Esta villa fue importante en los primeros tiempos de la dominación árabe, pues era cabeza de toda esta región, que se llamaba entonces Regio o Regio Montana—dijo D. Antonio María.

En sus cercanías hay varias cuevas curiosísimas, algunas de profundidad tan grande, que no se ha podido dar con el fondo. Corren entre el vulgo consejas maravillosas sobre ellas; y no falta quien crea que son cráteres o bocas de antiquísimos volcanes, extinguidos desde tiempos muy anteriores a la Historia.

No quisieron ir nuestros amigos a ver las cavernas, por no detenerse demasiado, y volvieron el mismo día por la tarde a Antequera.

## CAPÍTULO VII

Dos días después de volver de Archidona, emprendieron nuestros amigos el viaje a Ronda. Sir Roberto tenía gran empeño en visitar esta ciudad, de la cual decía la guía inglesa, que no dejaba nunca de la mano, que no tenía igual en el mundo. Fueron por Casarabonela, pueblo de campiña deliciosa, situado al pie de altísimas peñas.

Escarmentados por la falta que sufrieron de muchas cosas en su expedición a Antequera, se apercibieron esta vez como si hubieran de hacer un largo viaje. Llevaron, pues, hasta herraduras en los sacos de grupa, por si se les desherraban los caballos. Sir Roberto no se olvidó tampoco de echarse encima el mapa, la brújula, el sextante y el cronómetro que, a fuer de precavido, había traído de Inglaterra para orientarse en los campos de España si le acontecía perderse en ellos; como tampoco la famosa guía, que formaba parte integrante e inseparable de su persona. Acompañábanlos esta vez Currillo y Miguel, llevando tras de sí las acémilas.

Comieron en Casarabonela, y se proveyeron de vituallas, por si tenían que hacer noche en el camino. Empeñáronlo en seguida por aquellos riscos y espesuras, que son en extremo selváticos y pintorescos. Deteníanse a cada paso a contemplar los torrentes de agua que se despeñan de las alturas, los espléndidos paisajes, los empinadísimos cerros, coronados a veces de ruinas de castillos, los espesos bosques de robles, encinas y lentiscos, las profundas y escabrosas gargantas.

No pudo menos de sorprenderlos el contraste entre la vegetación, más que primaveral, de las faldas de las montañas que miran a Málaga y la, todavía casi de invierno, de las que miran a Ronda.

—Aunque sólo sea por gozar de la agreste hermosura de este camino se puede hacer el viaje a Ronda—decía entusiasmado sir Roberto, muy sensible a los encantos de la Naturaleza.

Nada menos que una semana se pasaron en Ronda nuestros viajeros, recorriendo la ciudad y sus incomparables cercanías.

El famoso «tajo», hendidura gigantesca de 250 pies de anchura y 440 de profundidad, en cuyo fondo ruge el río Guadalvin, di-

vide en dos la abrupta y altísima peña en que la ciudad se asienta. Álzase ésta por la parte de la alameda mil doscientos pies sobre el valle, por donde corre el río luego de salido de su estrecho encierro, ciñéndola en redondo, como el río Tajo a Toledo.

La vista de la vega desde aquellas alturas, y la de las montañas que la limitan por la derecha del espectador, es incomparable.

Un atrevido puente de un solo arco, a enorme altura sobre el fondo del tajo, pone en comunicación sus márgenes. Se construyó en 1761. Desde él, parece un juguete la aceña movida por el Guadalvin, y hormigas los molineros que allá en el fondo de la hoz se divisan. Vicente Espinel, que era de Ronda, cuenta en sus *Aventuras del Escudero Marcos de Obregón* haber visto llover en el fondo del tajo, y lucir Sol espléndido en la ciudad.

No es ese puente el único, pues hay dos más sobre el tajo: uno romano, según dicen; moro el otro.

La ciudad abunda en recuerdos romanos y árabes esparcidos en templos, casas, muros y torres. Hasta treinta y dos iglesias, magníficas algunas, capillas y ermitas se cuentan en su recinto, y multitud de edificios públicos y particulares notables desde el punto de vista artístico, histórico y arqueológico.

Pero todo lo que en Ronda y su territorio haya podido hacer el hombre, palidece ante lo que ha hecho la Naturaleza. Su vega es un delicioso vergel; y desde las montañas altísimas que la rodean, se descubren panoramas de sublime hermosura. África, el mar, el Peñón de Gibraltar y multitud de pueblos escondidos en los valles y en las laderas de las montañas se ofrecen a la vista del que la dirige hacia el Mediodía. El espectáculo no es menos sorprendente para el que mira hacia Levante. Ese descubre a su frente la deliciosa hoya de Málaga, cubierta de ciudades, pueblos, alquerías, huertas y florestas, limitada al frente por el mar, y hacia la izquierda, por las cumbres de Sierra Nevada, coronadas de eternas nieves.

No se cansaban nuestros viajeros de andar por aquellas campiñas, ni de contemplar sus panoramas. Visitaron la «Cueva del Gato», gruta estalactítica donde nace el río Guadalvin, que pasa por Ronda. Se lo traga la tierra como a una hora de distancia de su nacimiento en la garganta llamada el «Sumidero», que es de los lugares más románticos, selváticos y pintorescos que cabe imaginarse. Pocos paisajes alpinos le igualan en belleza.

A duras penas se decidieron un día a despedirse de Ronda. Acordaron no volver a Málaga, e ir a Sevilla dando un rodeo por Gaucín, Algeciras y Jerez de la Frontera.

—He notado—dijo sir Roberto—que los campesinos de estas comarcas no son tan perezosos y abandonados como generalmente se dice que lo son los labriegos españoles.

—Es una de tantas calumnias que nos han levantado extranjeros que no nos conocen, y compatriotas nuestros que nos conocen todavía menos. Nada es más común en España que los vituperios contra la holgazanería de nuestro pueblo en boca de personas que no han trabajado nunca en cosa de provecho, y que sólo conocen de España los adoquines de las calles de Madrid. A esos franceses, tan dispuestos a echarnos en cara nuestra holgazanería, los están enriqueciendo los campesinos de nuestras provincias de Levante, convirtiendo en vergeles los arenosos campos de Argelia. ¡Que busquen en Francia quien haga otro tanto! He estado bastante tiempo en los Estados Unidos; he visto cómo trabajan esos americanos, cuya laboriosidad tanto se encomia, y os aseguro, sir Roberto, que ninguno de ellos trabaja la cuarta parte que cualquiera de nuestros labriegos andaluces.

En esas y otras pláticas entretuvieron nuestros viajeros el tiempo hasta llegar a Gaucín, donde acordaron pasar la noche.

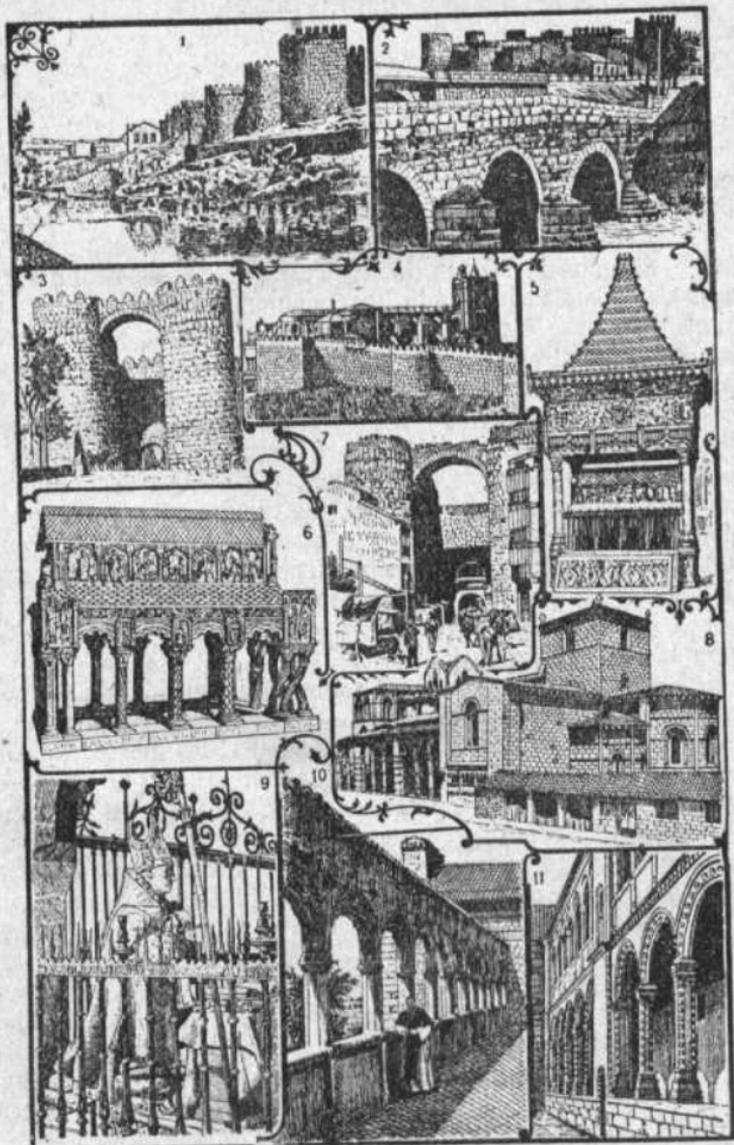
## CAPÍTULO VIII

ESTE pueblo de Gaucín—decía D. Antonio María yendo al día siguiente camino de Algeciras—es famoso por haber muerto en sus cercanías Alonso Pérez de Guzmán el Bueno.

—Es raro—dijo sir Roberto—que se aplicara el sobrenombre de «Bueno» a quien se llama «Bueno»; pues no sólo en inglés, sino en las demás lenguas germánicas, «hombre bueno» se dice por palabras que suenan próximamente como el apellido «Guzmán».

—No es sino una rara coincidencia—le contestó D. Antonio María—, porque el apellido «Guzmán», que es muy anterior a Guzmán el Bueno, procede de un castillo o lugar de ese nombre en el reino de León, donde tenía su solar esa familia.

Aquel día, como el anterior, era molesto y escabrosísimo el camino, pero admirable por los panoramas que desde él se divisa-



1. Murallas antiguas. — 2. Puente viejo. — 3. Puerta de San Vicente. — 4. Catedral. — 5. Baldaquino (1470) que cubre el sepulcro de San Vicente. — 6. Sepulcro de los Santos Mártires o de San Vicente. — 7. Puerta del Alcázar. — 8. Basílica de San Vicente. — 9. San Segundo (primer obispo de Ávila). — 10. Claustro descubierta de Santo Tomás. — 11. Claustro de Santo Tomás.

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE ÁVILA

ban, y que obligaba a nuestros viajeros a detenerse a cada paso para contemplarlos. Más de una vez se apearon y se sentaron en las rocas o en la hierba para gozar a su sabor de aquellas vistas.

—Pocos lugares habrá en el mundo más interesantes desde el punto de vista histórico que los que estamos contemplando—decía D. Antonio María—. Todas las razas han pasado por ellos. Ahí, a nuestros pies, tenemos una de las famosas columnas de Hércules; allá, en la lejanía, la otra. Al pie de ese peñón están las ruinas de Carteya, llamada Tarteso por los griegos, y que ya menciona Herodoto como corte de Argantonio. Por ese Estrecho tenían forzosamente que pasar las naves fenicias para ir en busca de estaño a las Islas Casitéridas, que hoy llamamos Británicas. y por sus mismas aguas navegaron tiempo adelante griegos, cartagineses y romanos. Siglos después lo cruzaron los vándalos, y trescientos años más tarde, los árabes, para hacer la conquista de España. En uno de esos lugares, dentro del alcance de nuestra vista, se riñó la batalla en que quedó destruído el Imperio gótico. Allí, en Tarifa, que estamos viendo, se dio la última gran batalla de la Reconquista; y ahí más cerca, en Algeciras, se oyó por primera vez en España—¿y quién sabe si en Europa?—el estampido del cañón.

—He leído distintas versiones sobre la invención de la pólvora y el uso de las armas de fuego—dijo Willy—; os agradeceré que me aclaréis el asunto. ¿Fueron los árabes, los moros, los alemanes o los chinos, los inventores de la pólvora? ¿Fue en Algeciras o en Crecy donde se emplearon por primera vez los cañones?

—Desde luego puedo asegurar que en Algeciras se emplearon los cañones; pero fue sólo por los moros sitiados, no por los cristianos sitiadores. La crónica de Alfonso XI habla de un modo inequívoco de las balas que lanzaban los moros, y de los cargamentos de pólvora que les llegaban de África. Si en la batalla de Crecy se emplearon cañones, no lo sé; Froissart no los menciona al referir esa batalla, aunque habla circunstanciadamente de ellos en muchísimos pasajes de sus crónicas relativas a tiempos posteriores, muy dentro del siglo xiv. Pero si hubo cañones en Crecy, fueron posteriores a los de Algeciras; porque el sitio de Algeciras duró de 1342 a 1344, y la batalla de Crecy se dio en 1346.

—¿Y de dónde recibirían los moros de Algeciras el conocimiento y uso de la pólvora y los cañones?—preguntó sir Roberto.

—Ese es otro punto muy obscuro, y también muy discutido. Muchos creen hoy en España que los asiáticos inventaron la pólvora y las armas de fuego, y que de ellos pasó su conocimiento y empleo a los moros africanos; pero, como hay datos positivos en los archivos de las ciudades de Flandes acerca de la existencia allí de cañones más de cuarenta años antes del sitio de Algeciras; como esas ciudades tenían relaciones comerciales con el mundo entero, y como la opinión más admitida atribuye a un monje alemán la invención de la pólvora, me inclino a creer que, lo mismo ella que las armas de fuego, tienen origen europeo, y que de Europa pasaron a África y Asia.

Agréguese a esto que ninguna palabra referente a artillería es arábiga, que desde el principio de usarse cañones en España fueron alemanes y flamencos los empleados en su fabricación y servicio, y que la artillería estuvo en los primeros tiempos de su uso más adelantada en Francia, Aragón y Navarra, que no estaban en contacto con los moros, que en Castilla, que tenía que estar muy en relaciones con ellos, y la probabilidad de que procedan del centro de Europa, y no de África ni de Asia, aumenta considerablemente.

—Por supuesto—dijo Willy—, que los cañones con que tiraban los moros de Algeciras serían imperfectísimos.

—De lo que dice la crónica de Alfonso XI pudiera inferirse que eran más perfectos que los que se usaron siglo y medio después, porque esa crónica habla de balas de hierro del tamaño de narajas, mientras que en tiempo de los Reyes Católicos se disparaban enormes balas de piedra, llamadas bolaños, para labrar las cuales había que llevar una muchedumbre de canteros tras de la hueste. Y eran tan imperfectas las piezas de artillería en ese tiempo, que alternaban con los antiguos ingenios. En cambio, consta que los alemanes, los franceses, los suizos, los flamencos y los borgeñones usaban ya piezas de artillería mucho más ligeras y perfectas que las nuestras. Estábamos tan rezagados en cuanto a artillería y armas de fuego, que apenas llevamos escopeteros a las conquistas de Méjico y del Perú, que fueron muy dentro del siglo xvi.

—¿Y cómo eran los cañones de ese tiempo, D. Antonio María?

—Se hicieron al principio, y por mucho tiempo, de barras o tiras largas de hierro forjado, muy juntas unas con otras en todo su largo, fuertemente trabadas entre sí, y reforzadas por aros o zunchos del mismo metal, que llevaban unas anillas, por las cua-

les se pasaban cuerdas para sujetarlos a la cureña. Y, asómbtrate, Willy: esos primeros cañones se cargaban por la culata, como los de hoy, para lo cual se usaba una pieza suplementaria de quita y pon, llamada «servidor», en la que se ponía la carga.

—¿Y por qué se hacían los cañones de barras juntas de hierro de ese tamaño, y no de una sola pieza?

—Porque el estado de la metalurgia del hierro en aquella época no consentía forjar masas de hierro de ese tamaño. El haberse sustituido el bronce al hierro en la fabricación de las piezas de artillería, fue un adelanto que no llegó a España hasta que Carlos V trajo de Flandes cañones de bronce y maestros de fundirlos, que montaron aquí su industria. Por cierto que Málaga fue uno de los primeros lugares de España en que hubo fundición de cañones de bronce. Después se establecieron en otras partes; hoy sólo tenemos la de Sevilla. Como obras de arte, las piezas de bronce de los siglos XVI, XVII y XVIII son admirables, y de ellas nos quedan muchísimas. De los antiguos cañones, hechos de barras de hierro, hay muchos en algunos lugares de España. No lejos de aquí, en Baza, había hace poco bastantes de ellos tirados por el suelo o sirviendo de guardacantones.

## CAPÍTULO IX

AQUELLA noche llegaron los expedicionarios a Algeciras. La ciudad tiene poco que ver, porque es moderna y carece de monumentos notables. Su primera fundación data de la invasión árabe. En 1278 le pusieron sitio los cristianos; pero tuvieron que levantarlo a toda prisa. Entonces fundó el rey Aben Jucef, de Marruecos, a Algecira la nueva, en el mismo lugar en que había estado asentado el real cristiano. Hubo, pues, desde entonces dos ciudades reunidas, aunque cada una de ellas con su correspondiente cerco de murallas: Algecira la vieja, de la cual sólo queda la torre llamada de la Villa vieja, y Algecira la nueva. Por eso se dice *Algeciras*, en plural, el nombre de esa ciudad.

Estas noticias daba D. Antonio María a sus acompañantes paseando al día siguiente por las afueras.

—En 1390—prosiguió—fue de nuevo sitiada por los cristianos. que tenían gran empeño en quitarle al rey de Marruecos ese punto

de apoyo en nuestra costa. Pero entonces debía de ser fortísima Algeciras, porque tampoco consiguieron tomarla. En cambio, se apoderaron de Gibraltar. Súpose en el real cristiano que estaba desapercibida, y saliendo de la hueste sitiadora un destacamento, compuesto todo él de gente del concejo de Sevilla mandada por D. Alonso de Guzmán, D. Juan Núñez de Lara y D. Fernando Gutiérrez, arzobispo de Sevilla, la tomó casi por sorpresa.

—Pues fué una hombrada—dijo sir Roberto.

—No tanto como hoy nos parece—le contestó D. Antonio María—, porque, en aquel tiempo, tomar a Gibraltar no era, como lo sería hoy tomar el Peñón, sino nada más que la ciudad y su castillo, que ocupaba el extremo septentrional del actual caserío. Tampoco se pudo tomar a Algeciras en 1309. Fue necesario el larguísimo sitio que le puso D. Alfonso XI, de 1342 a 1344, para que se hicieran dueños de ella los cristianos. En aquel sitio fue cuando emplearon cañones los moros. Fue famosísimo y asistieron a él muchos personajes extranjeros: hasta reyes. Toda la importancia que hasta entonces había tenido Algeciras, pasó a Gibraltar de allí en adelante. Algeciras fue tomada y arrasada en 1346 por el rey moro de Granada, y quedó convertida en un despoblado: hasta hace unos ciento sesenta años no comenzó a repoblarse de nuevo. En cambio, Gibraltar cayó otra vez en poder de los moros en 1333, antes del sitio de Algeciras, habiendo intentado en vano recobrarla D. Alfonso XI en los dos sitios que le puso, uno en ese mismo año de 1333, y el otro, en 1349.

—Es que hay pocas plazas fuertes en el mundo que hayan sufrido más sitios que Gibraltar—dijo sir Roberto.

—Catorce, a lo que recuerdo—dijo D. Antonio María.

—Precisamente catorce—le contestó sir Roberto.

—Pero no olvidemos—dijo D. Antonio María—que tan fuerte como Gibraltar es hoy, tan débil era antes de usarse la artillería.

—¡Cómo! ¡No lo entiendo!—dijo sir Roberto.

—Pues es muy claro—le replicó su interlocutor—. Desde que se vulgarizó el uso de los cañones, vino a constituir la plaza de Gibraltar el Peñón todo entero, que domina por su altura al mar y a los campos vecinos, mientras que antes la ciudad estaba dominada por el Peñón, que era lo que primero ocupaba el ejército que la sitiase. En 1333, el Rey de Castilla puso su campo en el arrenal que une al Peñón con el continente, y mandó por mar un fuer-

te destacamento que ocupase el Peñón. Una ciudad dominada tan de cerca por un monte de tan grande altura, tenía muy malas condiciones de defensa. Con las antiguas máquinas, no sólo se alcanzaba a la ciudad desde lo alto del Peñón, sino también al mar. Los moros tuvieron que blindar con gruesos maderos sus atarazanas y sus barcos, para librarlos de los proyectiles que les lanzaban los sitiadores desde la cumbre del monte.

—Pero desde la invención de la pólvora y el empleo de la artillería, esa plaza se ha hecho inexpugnable—dijo sir Roberto.

—Refos de cuentos, sir Roberto. No hay plazas inexpugnables; y lo prueban esos mismos sitios de Gibraltar, en que se funda la idea de la inexpugnabilidad. Si en el último, de 1779 a 1783, el que llaman «largo», no hubiera sido socorrida varias veces, en 1780 por la escuadra de Rodney, en 1781 por la de Darby, y en 1782 por la de Howe, hubiera tenido que rendirse. Cualquiera plaza marítima es inexpugnable si el dueño de ella es superior en el mar a su adversario. Lo que hace hoy inexpugnable a Gibraltar es el poder naval de Inglaterra.

—Creo que estáis en lo firme—le contestó sir Roberto.

—Como Algeciras no ha sido cristiana sino desde que se apoderó de ella D. Alfonso XI hasta que la destruyó el Rey de Granada, y los ciento setenta de su nueva existencia, su historia es toda musulmana. ¿No saben ustedes qué personaje ilustre nació en ella?

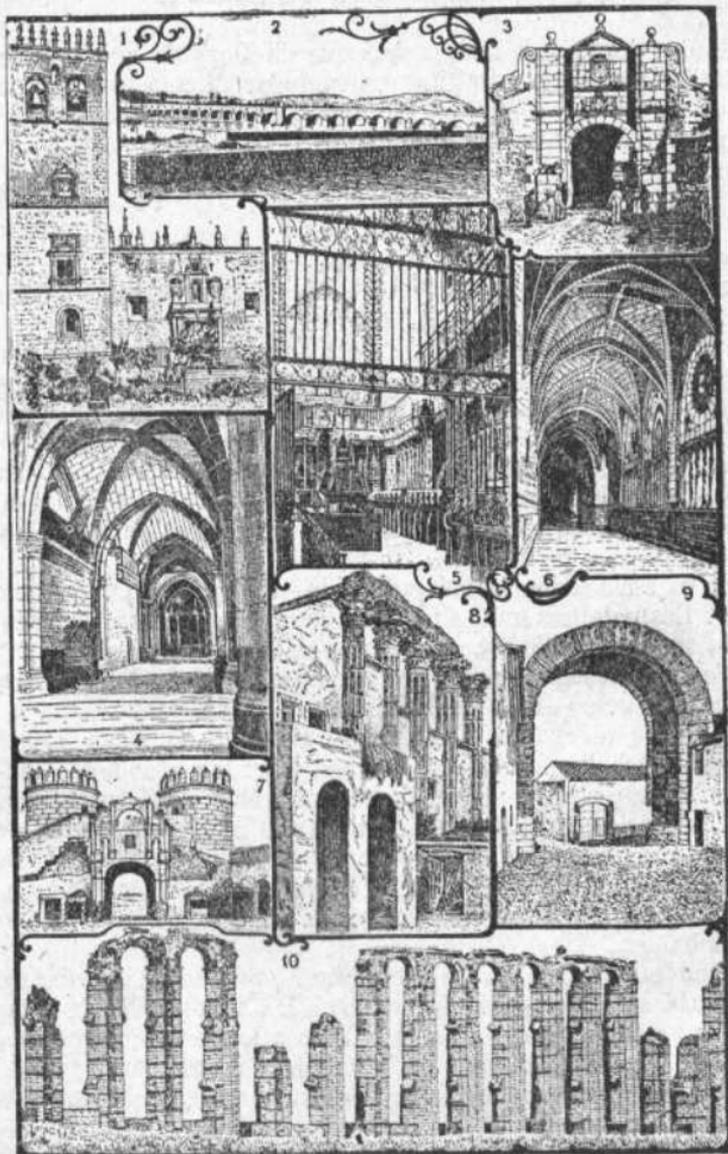
—Creo que el famoso Almanzor—dijo Frasquito.

—El mismo. No porque fuera musulmán dejó de ser un grande hombre; y en cuanto a naturaleza, tan español era como el que más, pues había nacido en España, donde llevaban más de doscientos treinta años de vivir sus antepasados. Comenzó siendo un pobre estudiante, y, gracias a sus talentos, llegó a ser primer ministro del Califa y verdadero rey de la España musulmana. Tan a maltraer trajo a los cristianos, que los forzó a refugiarse en lo más recóndito de las montañas del Norte. Se apoderó por asalto de Barcelona, de Zaragoza, de León y de Santiago de Galicia.

—Pero, al fin reunidos todos los reyes y condes cristianos, llegaron a vencerle en Calatañazor—dijo Frasquito.

—No olvides, Frasquito, que esa batalla es fabulosa.

—¿No sería un combate de menos importancia que la que se le atribuye? Yo he leído que bien pudo ser así.



1. Puerta principal de la Catedral de Badajoz. — 2. Puente de Palmas (exterior). — 3. Puerta del Pilar. — 4. Nave derecha de la Catedral. — 5. Coro de la Catedral. — 6. Claustro de la Catedral. — 7. Puerta de Palmas (interior). — 8. Templo de Diana en Mérida. — 9. Arco de Trajano en Mérida. — 10. Célebre acueducto de Mérida.

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE BADAJOZ

—Nada; después de las pruebas que da Dozy de que no hubo tal batalla, no puede admitirse en su lugar ni una escaramuza. Ninguno de los que combaten la opinión de ese autor ha logrado destruir ni uno solo de sus argumentos.

## CAPÍTULO X

**A**QUELLA misma tarde salieron de Algeciras nuestros viajeros, y fueron a dormir a Tarifa.

Es la ciudad más meridional de España, y muy curiosa por varios conceptos. Conserva sus murallas y su alcázar moriscos. También se enseña la torre o cubo desde cuyo adarve arrojó D. Alonso de Guzmán su daga a los sitiadores cuando le amenazaron con degollar a su hijo Pedro Alonso si no entregaba la plaza.

—Mi «gufa» dice que al lanzar la daga, exclamó D. Alonso: «Mejor quiero honra sin hijos, que hijos sin honra»—dijo sir Roberto.

—No es esa versión la más admitida—le contestó D. Antonio María—. Las palabras que se le atribuyen son estas otras: «Infante, si no tenéis cuchillo para degollar a mi hijo, ahí va el mío.»

—He leído en alguna parte que la madre murió de dolor a muy poco de ese suceso—dijo sir Roberto.

—Tampoco es exacto. Don Alonso Pérez de Guzmán murió diez y siete años después en una cabalgada por la serranía de Gaudín; y en cuanto a su viuda, doña María Coronel, duró hasta muy adentro del siglo xiv. El sepulcro de ambos está en la iglesia de San Isidro del Campo, en la aldea de Santiponce, cerca de Sevilla.

Una de las curiosidades de Tarifa es el modo de ponerse la mantilla las mujeres descubriendo sólo uno de los ojos, como lo hacían las de Lima.

—¿Cuál es el origen de esa costumbre?—preguntó sir Roberto.

—Podría salir del paso—le contestó D. Antonio María—con el conocido recurso de colgarles el muerto a los moros; pero creo, más bien, que se trata de una moda impuesta en tiempos relativamente próximos. Pero, hablando de otra cosa, ¿tienen ustedes listas las escopetas?

—¿A qué viene esa pregunta?—dijo sir Roberto—; ¿acaso tendremos que habérnoslas con bandidos?

—No; sino que se me ha ocurrido una idea, que creo ha de merecer la aprobación de ustedes.

—¿Cuál?

—Que salgamos de aquí cuanto antes, y que vayamos a la laguna de la Janda a cazar ánades.

—¡Magnífico!—exclamaron todos a una.

Llamaron, pues, a Currillo y a Miguel, y les mandaron que lo dispusiesen todo para ponerse al momento en camino.

—Con que compren pan y vino, basta—dijo D. Antonio María—; porque nosotros, con las escopetas, nos encargaremos de hacer provisión de otros artículos comestibles, y bien sabrosos.

Willy y Frasquito fueron, según costumbre, a ayudar a Currillo y a Miguel a poner las albardas a los caballos y a cargar las acémilas. Habíanse acostumbrado a no tener trabajo alguno útil por bajo ni deshonroso. Lo deshonroso—decía Willy—es ser un haragán y no servir para nada. Así, les sucedió muchas veces por los caminos desherrarseles los caballos, o descomponerse la carga de las acémilas, y apearse y echar mano al martillo y al pujavante para herrar al caballo descalzo, o arrimar el hombro para ayudar a Currillo a arreglar el bagaje.

Listas ya las cabalgaduras, y provistas las alforjas, salió la caravana de Tarifa por el camino de Vejer de la Frontera.

—Ved este llano que se extiende entre Tarifa y las montañas; ved también ese riachuelo que vamos a atravesar. Aquí se dio el 29 de Octubre de 1340 la batalla de Tarifa, que fue la última que se riñó en los ocho siglos de la Reconquista. Del lado de los cristianos, estaban el rey de Castilla D. Alfonso XI y el de Portugal, su suegro, que se llamaba también Alfonso, cuarto de los de su nombre que allí reinaron; del de los moros, Abulhacem, rey de Marruecos, y Yussuf, rey de Granada. La hueste cristiana estaba en la margen derecha de ese río, que se llamaba el Salado; la hueste mora, de este de acá. Las fuerzas que acaudillaba el rey de Portugal formaban el ala izquierda cristiana, apoyándose en esas montañas que ahí vemos, y tenían enfrente a las del rey de Granada, que formaban el ala derecha enemiga. Los primeros que pasaron del lado de acá del río Salado fueron Gonzalo Ruiz de la Vega, con el pendón de D. Fadrique, hijo bastardo del rey, de quien era mayordomo mayor, y de cuyas fuerzas era caudillo; y su hermano Garcilaso de la Vega, con el pendón y gente de D. Fernando, tam-

bién hijo ilegítimo del rey. Ambos hermanos, Gonzalo Ruiz de la Vega y Garcilaso de la Vega, vestían sobre las armas aquel día sobrevestas amarillas con el lema «Ave María, gratia plena», bordado en letras azules.

—Pues yo he leído—dijo Frasquito—que el origen de esa divisa fue la hazaña de un Garcilaso, paje del rey, que, cuando los Reyes Católicos tenían sitiada a Granada, rescató una cinta en que estaban escritas esas palabras del «Ave María», con la cual adornaba su caballo el moro Tarfe, vencién-dole antes en singular combate. Añade el romance que Garcilaso se llamó en adelante «de la Vega» por haber sido en la Vega de Granada donde hizo esa hazaña.

—Figuran en nuestra Historia muchos Lasos de la Vega, y en muy altos y señalados puestos, en tiempos muy anteriores al reinado de los Reyes Católicos y a la guerra de Granada.

—¿No sigue usted contándonos la batalla de Tarifa?—dijo Willy.

—Queda muy poco que contar. Al mismo tiempo que la hueste cristiana embestía de frente a los moros, les caía por la espalda Juan Alonso de Benavides, alcaide de Tarifa, con la guarnición de ella y con los caballeros cristianos que habían ido a engrosarla la noche anterior atravesando las líneas moras; porque habéis de saber que el motivo de la batalla fue el haber acudido el rey de Castilla a levantar el sitio que Albulhacen tenía puesto a Tarifa desde bastante tiempo antes. La victoria de los cristianos fue completa, y la mortandad de los moros, espantosa. Doscientos mil se dice que perdieron allí la vida, aunque excuso decirnos que no lo creo.

—Pero ¿cuántos eran los moros?—preguntó Willy.

—Se dice que seiscientos mil; pero tampoco lo creo, entre otras razones, porque si de veras hubiera habido seiscientos mil moros, ni los cristianos, que sólo eran veintitantos mil, hubieran ganado la batalla, ni se habrían atrevido a darla, porque en ninguna parte se dice que el rey D. Alfonso hubiera perdido el juicio.

—¿Y cuántos creéis que serían?

—¡Qué sé yo! La Crónica dice que la expedición pasó de África a Gibraltar en doscientas y tantas naves: pongamos doscientas cincuenta. Si suponemos que pasasen doscientos hombres en cada una, que ya es bastante, porque las naves no eran muy grandes, y

hay que contar con los caballos, que eran muchos, y con los víveres y pertrechos necesarios a todo ejército, nos salen cincuenta mil moros, que creo serían los más que allí habría.

—¡Pues no hacéis floja rebaja!—dijo riéndose sir Roberto.

—Sir Roberto, el que ha sido militar, como yo, sabe lo que es mover tropas, lo que es transportarlas a través del mar, y, sobre todo, alimentarlas.

## CAPÍTULO XI

TODAVÍA era temprano cuando llegaron nuestros viajeros a la laguna, de modo que pudieron aprovechar unas cuantas horas de la tarde cazando agachadizas, chorlitos y ánades.

—Si estuviéramos en Noviembre o Diciembre—decía D. Antonio María—, veríais la buena caza que hacíamos.

Cazaron durante el día algunas abutardas y chorlitos; y a la caída de la tarde se acercaron a la laguna, por ser esa hora la mejor para tirar a los ánades.

Como a las nueve, se decidieron a abandonar aquellos parajes, y a emprender el camino de Vejer. Al cruzar el río Barbate, les recordó D. Antonio María que allí mismo, y no en las orillas del río Guadalete, debió de darse la famosa batalla que abrió a los moros las puertas de España. Les dijo que la opinión de más autoridad es hoy la que atribuye la invasión de los árabes al estado de división que había en el Imperio gótico entre los partidarios de que se siguiera proveyendo el trono por elección, y los que querían hacerlo hereditario en la familia de Witiza, los cuales llamaron a los árabes en su ayuda y habían proclamado a un Achila o Aquila, hijo de Witiza, por rey de la provincia Tarraconense; hecho acreditado por ciertas monedas recientemente descubiertas.

Añadió que también se negaba hoy que hubiera sido en Guadalete la batalla con los moros y que muriera en ella el rey Rodrigo, creyéndose que vivió algunos, aunque pocos, años más, y que siguió defendiéndose en las sierras vecinas de la ciudad de Viseo hasta su muerte, que debió de ser en algún combate de poca importancia reñido por allí cerca; lo que explica que se encontrase algunos siglos después en Viseo su sepulcro, y que se acuñasen monedas con su nombre en tiempo posterior al de aquella batalla.

—Por último—dijo—, además de las divisiones políticas y de las divisiones sociales, debía de haber también, y muy hondas, entre unas y otras regiones o provincias de aquella Monarquía; porque no mucho tiempo antes se había rebelado la provincia



Federico de Gravina

Contraalmirante, jefe de la escuadra, que, en unión de la francesa, libró contra la Armada británica la memorable batalla de Trafalgar, en la cual fue mortalmente herido (1756-1805).



Cosme Damián de Churrua

Famoso general de la Armada, que pereció heroicamente en el combate naval de Trafalgar (1761-1805).

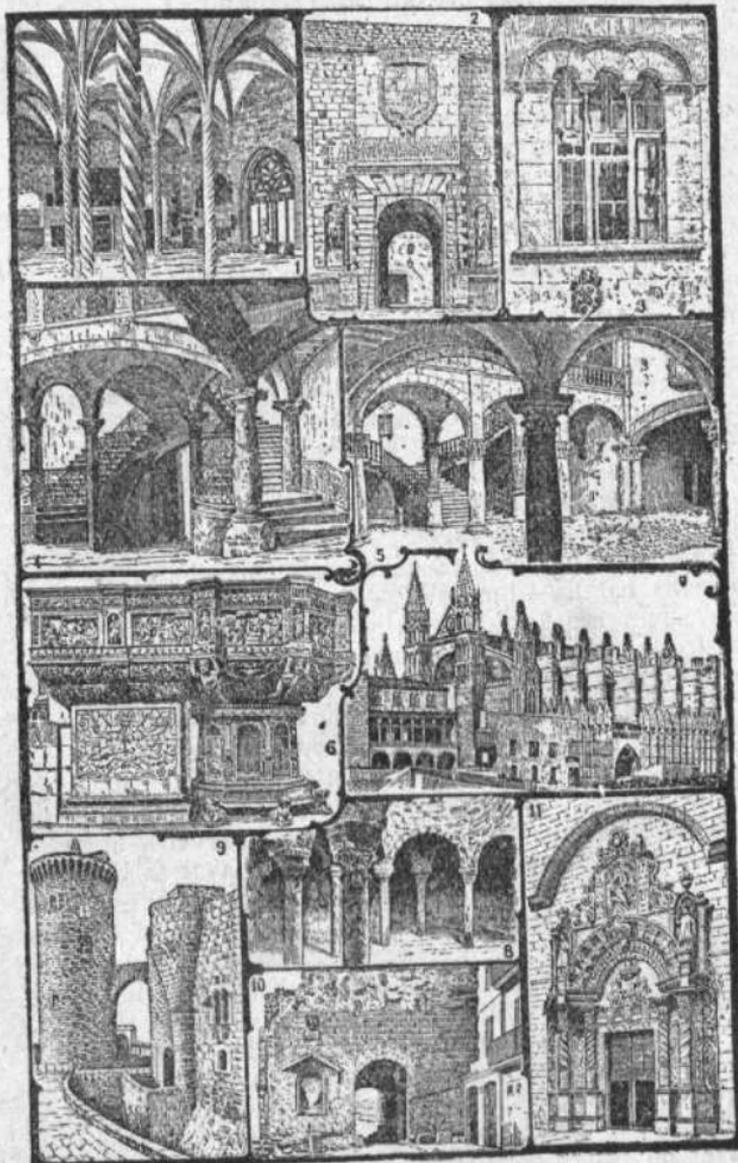
Narbonense con el conde Paulo; poco después (de aceptarse las opiniones modernas) se había proclamado independiente la Tarraconense con Achila, y al tiempo de la invasión de los árabes estaba sublevada la Vasconia.

—¿Y hay muchas monedas de D. Rodrigo posteriores al tiempo en que se había supuesto su muerte?—preguntó sir Roberto.

—Creo que no hay más que una, que se conserva en Lisboa; pero con una sola es bastante para justificar la opinión que os dije. Esa moneda es de oro, lo mismo que todas las góticas que tenemos.

—¡Cómo! ¿Tan ricos eran los godos de España, que sólo tenían monedas de oro?

—Es de creer que hubiese tan enorme cantidad de monedas romanas de plata y de cobre, que no hiciese falta acuñarlas de



1. Interior de la Lonja (Palma). — 2. Puerta de las Tablas (Ibiza). — 3. Almazár gótico (Ídem). — 4. Patio y escalera de la casa Sollrich Mirel (Palma). — 5. Zaguán de la casa Sollrich Mirel (Ídem). — 6. Pulpito de la Catedral. — 7. Catedral. — 8. Baños árabes (Ídem). — 9. Castillo de Bellver; torre del Homenaje. — 10. Puerta de Santa Margarita (Palma). — 11. Portada de Montesión (Ídem).

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE BAL EARES

esos metales. Aun las de oro góticas escasean, por lo cual hay que atribuirles carácter más bien de medallas para conmemorar acontecimientos notables, que de monedas de cambio. Hasta ese mismo siglo han circulado como corrientes en España monedas romanas de cobre: tal es su abundancia.

Sólo se detuvieron nuestros amigos en Vejer de la Frontera el tiempo preciso para admirar la vista espléndida que desde esa villa se disfruta, tanto sobre el mar como sobre tierra.

—Ahí tenéis—dijo D. Antonio María—el famoso cabo de Trafalgar, donde se dio la batalla naval en que Nelson ganó a costa de su vida la libertad y la independencia de su patria.

—¿Cómo?—preguntaron a coro sir Roberto, Willy y Frasquito.

—Sí; porque si Nelson hubiera perdido esa batalla, Napoleón habría invadido a Inglaterra con el ejército que tenía dispuesto en la rada de Boloña. Es difícil saber lo que hubiera pasado; pero habría sido muy distinta la historia de Europa y del mundo. Ya veis lo que puede influir el valor, la capacidad o la buena suerte de un hombre en el porvenir del género humano.

—En esa batalla—dijo Willy—combatieron valerosísimamente las naves españolas.

—Nuestros marinos se portaron como héroes, y los ingleses han sido los primeros en reconocerlo. Gravina murió de las heridas que recibió en el combate, y D. Cosme de Churruca, que mandaba el *San Juan Nepomuceno*, tuvo una muerte gloriosísima combatiendo contra seis navíos ingleses a un tiempo. Habiéndole llevado una pierna una bala de cañón, se hizo meter en un barril de serrín para contener la sangre, y siguió dictando órdenes hasta su último instante. La última que dio fue la de clavar la bandera, porque estaba decidido a que no se arriara mientras él estuviera vivo. No sólo fue un héroe, sino un sabio de reputación europea por sus mapas y trabajos hidrográficos. Pero no fueron sólo Gravina y Churruca los que se distinguieron en Trafalgar, sino todos los marinos españoles que tomaron parte en ese combate.

—Los franceses parece que estuvieron flojillos—dijo Willy.

—Hubo de todo. Algunos de sus navíos combatieron muy bien; pero los que mandaba Dumanoir se retiraron del combate sin entrar en fuego. Entre ellos hubo dos, el *Neptuno*, español, mandado por D. Cayetano Valdés, y el *Intrépido*, francés, mandado por Infernet, que se negaron a retirarse, y acudieron al fuego. Lo que no

puede leerse sin indignación—acabó diciendo D. Antonio María—es la relación que hace Thiers de ese combate en su *Historia del Consulado y del Imperio*, obra que es toda ella, de la cruz a la fecha, una serie de embustes, que, sin embargo, se ha tenido en España la imbecilidad de traducir al castellano.

De Vejer fueron a Chiclana, atravesando el campo de batalla de Barrosa.

Chiclana ofrece preciosa vista con sus casas blancas como la nieve y sus jardines. Fue fundada por D. Alonso de Guzmán el Bueno, en cuyo tiempo era un despoblado.

Casi toda esta tierra comprendida entre los ríos Guadalete y Guadiaro era antiguamente, incluso la ciudad y el Peñón de Gibraltar, de los duques de Medina Sidonia, descendientes de Guzmán el Bueno. Entre ellos y los duques de Arcos se repartían una extensión grandísima de la Andalucía baja, en que estaban enclavadas muchas y grandes y populosas ciudades y villas.

La rivalidad entre los representantes de ambas casas tuvo a toda esta región de Andalucía dividida en bandos, que se hacían guerra implacable en las ciudades y en los campos. Las calles de Sevilla eran teatro de sangrientas refriegas; las casas de muchísimos caballeros afiliados a una u otra parcialidad, estaban convertidas en verdaderas fortalezas muradas y torreadas: hasta llegó a reinarse una batalla naval entre las flotas de los duques de Arcos y de Medina Sidonia. Duró esa violentísima situación casi todo el siglo xv, hasta bien entrado el reinado de Isabel la Católica, la cual se dio maña para poner paz entre esas dos casas rivales.

Estas noticias históricas iba dando D. Antonio María a sus compañeros de viaje por el camino de Chiclana a Medina Sidonia.

Recordó que en toda aquella costa, y especialmente en Conil, había sido en extremo productiva en otro tiempo la almadraba, o pesca del atún, que se hacía por Mayo y Junio, y que trafa muchísima gente, que hacía de ella ocasión de holgorios y regocijos como si fuera una feria o una romería.

Antiguamente era muy pingüe negocio el de la almadraba, pero ha venido a menos hace tiempo; atribuyéndolo muchos al famoso terremoto de 1755, que fue el mismo que arruinó a Lisboa, que aglomeró mucha arena en toda aquella costa, y alejó de ella a los atunes, que quieren aguas más profundas.

## CAPÍTULO XII

AL día siguiente se encaminaron a Jerez de la Frontera. —Aquí, lo que más habrá que ver serán las bodegas—dijo sir Roberto a sus amigos cuando se disponían a salir a la calle, después de haberse repuesto con un tranquilo sueño de las fatigas de las cacerías de los días anteriores.

—La fabricación del vino constituye, sin duda, la principal industria de esta ciudad. Pero, aun sin ella, es muy notable por sus edificios públicos y particulares y por su historia, que es muy interesante; porque fue quitada a los moros, recobrada por ellos y vuelta a tomar por los cristianos.

—¿Y se debe la fama de sus vinos a los procedimientos de elaboración, o a sus cualidades naturales?—preguntó Willy.

—Alguna parte habrá que atribuir, indudablemente, al cuidado que se pone en fabricarlos y a la experiencia que se tiene en la manera de hacer las mezclas para obtener caldos de tales o cuales propiedades; pero es evidente que a la tierra, al clima y a las demás condiciones naturales de toda esta región se debe todo su mérito.

—La fama del vino de Jerez es ya antigua—dijo sir Roberto—; porque, según Vizetelly, era ya muy apreciado en Inglaterra en tiempo de nuestro rey Enrique VII, contemporáneo de vuestros Reyes Católicos.

—Como que la mayor y mejor parte del vino de Jerez se exporta de España—dijo D. Antonio María.

—Yo no estoy muy enterado de su fabricación—dijo Willy.

—En general—le contestó D. Antonio María—, se reduce a exprimir la uva, bien pisándola en el lagar, bien prensándola por cualquier otro medio, bien pisándola primero, y prensando después el orujo para extraerle el mosto de que está impregnado, que es lo que comúnmente se hace. El mosto fermenta durante un período de tiempo variable según su calidad y la temperatura ambiente; y una vez acabada la fermentación, se le encierra en grandes vasijas, que en unos lugares son de madera, como pipas o toneles, y en otras, de barro, a manera de tinajas, y se guarda en cuevas o bodegas todo el tiempo que se quiera, porque el vino es tanto mejor cuanto más viejo. Cuando la fabricación es esmerada, suele tras-

vasársele más o menos veces en períodos determinados, agregarle ciertas substancias que ejercen sobre él acción química en tal o cual sentido, y hacerse mezclas de mostos de distintos años.

—¿Y a eso se reduce la fabricación del vino?

—A eso sólo. Ya ves si será sencilla, que fué el primer invento que hizo el hombre después del Diluvio. ¿No recuerdas la historia de Cam?

Esa conversación la tenían andando por las calles.

—Estas casas son muy hermosas y confortables—dijo sir Roberto.

—Son muy parecidas a las de Sevilla—le contestó D. Antonio María—. Las casas de Andalucía son todas por el mismo estilo: un patio central rodeado de arcadas sostenidas sobre columnas, y una galería en torno suyo, a la cual dan las puertas de las habitaciones; y cuando la casa tiene piso alto, otra galería arriba y otras habitaciones que corresponden exactamente con las de abajo. En invierno se vive en el piso alto, y en verano, en el bajo. Algunas veréis que son verdaderas obras de arte. El Alcázar, que está cerca de la Alameda vieja, se distingue por su gallarda torre del homenaje, y otra ochavada, que descuellan sobre sus almenados muros.

Vieron después la Colegiata, que está cerca del Alcázar, donde, además de la iglesia, hay un Museo de monedas, medallas y camafeos; visitaron la iglesia de San Miguel, restaurada hace pocos años, que es de estilo gótico y de mucho mérito; las, también góticas, de Santiago, Santo Domingo y la Merced; la de estilo mixto, gótico y mudéjar, de San Dionisio, que es notabilísima, y las de San Lucas, el Carmen, la Trinidad, San Mateo y San Juan de los Caballeros.

Después recorrieron algunos edificios civiles, como el Cabillo Viejo, o antiguas Casas Consistoriales, convertido hoy en Biblioteca provincial; varios que fueron conventos, dedicados al presente a colegios, hospitales y otros usos; el nuevo Mercado central y la hermosa Casa de los Riquelmes. Es también digno de mención el acueducto, de más de ocho leguas de largo, que conduce a Jerez las aguas de los manantiales de Tempul, y el gran depósito de ellas en que termina, situado en un alto cerro, llamado del Calvario, desde donde se reparten por la ciudad.

Como habían montado a caballo para ver el acueducto y recorrer los alrededores, decidieron aprovechar la tarde yéndose de

paseo a la Cartuja, que dista como una legua de la ciudad, y es un soberbio edificio de estilo gótico, con añadiduras del Renacimiento, cuya fundación data de 1477, y que pasa, con razón, por ser el primer monumento artístico de la provincia de Cádiz.

Las viñas del convento tenían fama, y también sus yeguas. Allí está el primer depósito de caballos sementales. De todo el edificio, sólo la iglesia permanece con su primitivo destino.

—Toda esta región comprendida entre Sevilla y Jerez fué siempre famosa por sus caballos, que pasaron en todo tiempo por los mejores de España. De Utrera fueron a América los primeros caballos que allí hubo; porque no ignorarán ustedes—dijo D. Antonio María—que en el Nuevo Mundo, donde tantos caballos hay ahora, eran completamente desconocidos en el tiempo del descubrimiento.

—Lo notable—dijo sir Roberto—es que en tierras tan adecuadas a la vida y al desarrollo de ciertos animales y plantas no se producen naturalmente. Ni el azúcar, ni el café, ni el trigo, ni los caballos, ni los bueyes, ni los puercos, que constituyen desde hace tiempo la principal riqueza de América, son indígenas de ella, sino importados allí por los europeos.

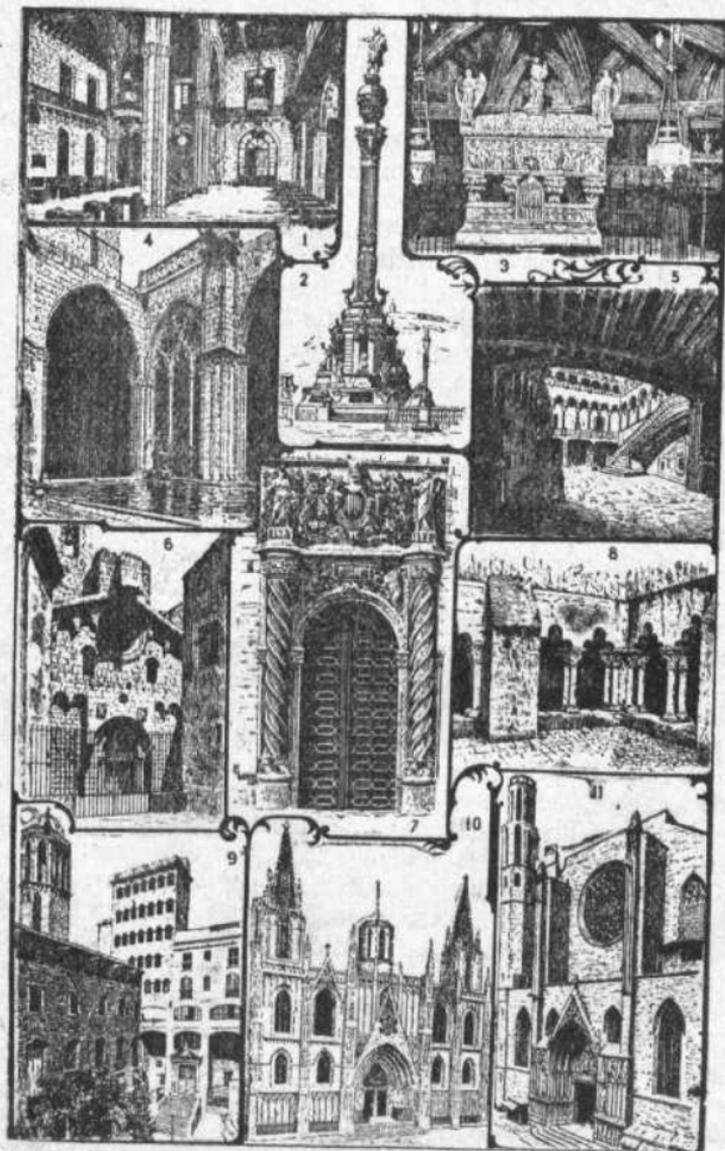
—Lo mismo sucede en Australia con el ganado lanar—dijo don Antonio María—. Allí eran completamente desconocidos los carneros hasta hace muy pocos años; y ahora hay muchísimos millones de ellos, que son su principal riqueza.

—Por cierto que he leído—dijo Willy—que el primer árbol de café que hubo en las Antillas, y del cual proceden todos los que ha habido después, fue llevado allí de arbusto, plantado en una maceta por un oficial de la Marina francesa; y que él, habiéndose alargado mucho la navegación por las calmas y vientos contrarios, y habiendo tenido que ponerse a ración de agua todos los tripulantes, dejaba de beber muchas veces su ración de agua para regarlo (1).

—Efectivamente, así se cuenta; y nada tendría de extraño que fuera cierto el hecho—dijo D. Antonio María—, por más que haya que desconfiar siempre de los cuentos novelescos. También se cuenta de Bernardo de Pallissy, o mejor dicho, lo cuenta él mismo

---

(1) El oficial de la Marina francesa a que Willy alude fue el capitán Desclieux, comisionado para llevar a la Martinica tres pies de café del Jardín de Plantas de París, de los cuales dos murieron en la navegación y sólo uno llegó a su destino. De él proceden todos los cafetales de América.



1. Salón de Contrataciones de la Lonja. — 2. Monumento a Colón. — 3. Cripta y sepulcro de Santa Eulalia (Catedral). — 4. Claustros de la Catedral. — 5. Patio de la Audiencia. — 6. Iglesia de San Pablo del Campo. — 7. Puerta de ingreso al Salón de Sesenta. — 8. Claustro de San Pablo del Campo. — 9. Fachada de la Corona de Aragón e iglesia de Santa Clara, en la plaza del Rey. — 10. Fachada de la Catedral. — 11. Santa Maria del Mar.

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE BARCELONA

en sus Memorias, que haciendo ensayos para obtener loza mayólica como la de ciertos platos italianos de ese estilo que hubo a las manos, quemó en el horno en que estaba cociendo los objetos de barro que había moldeado, todas las vigas, puertas y maderas de su casa. No digo que no haya algo de verdad; pero tengo por seguro que hay todavía más de exageración.

—Voy a enseñarles a ustedes—dijo a nuestros amigos un oficial que los acompañaba en su visita—algunos de los sementales que tenemos aquí.

—Le advierto a usted—dijo D. Antonio María—que sir Roberto es inteligentísimo en crías y cruzamientos de caballos y que los tiene magníficos en Inglaterra.

—En Inglaterra—contestó sir Roberto—se pone gran cuidado en la cría, en la selección y en los cruzamientos, no solamente de los caballos, sino de todos los animales útiles. Así, tenemos bueyes expresamente criados para dar carne, vacas que producen grandes cantidades de leche, carneros para el consumo, carneros productores de lana, y caballos para todo: de carrera, de caza y de arrastre.

—De esa última clase—dijo D. Antonio María—, en ninguna parte los he visto tan enormes como en los Estados Unidos. Por lo grandísimo de la alzada, lo ancho del pecho, lo robusto del cuello, lo grueso de las patas y lo monstruoso de los cascos, más que caballos, parecen elefantes. Los mayores percherones y normandos de Francia resultan pequeños y menudos a su lado. Arrastran pesos verdaderamente enormes.

Preguntando Willy por el campo de batalla de Guadalete, que, según les habían dicho en la ciudad, estaba por allí cerca,

—Sí, señores—les contestó el oficial—; por aquí corre el río Guadalete; y muy cerca hay una pequeña altura, llamada el *Real de Don Rodrigo*, en que estuvo, según dicen, el último campamento del rey de los godos.

—¿Y cómo lo explican los que dicen que la batalla se dió entre el río Barbate y la Laguna de la Janda?—preguntó sir Roberto.

—Supongo que de ninguna manera—le contestó D. Antonio María—. No harán caso, y harán bien, de una tradición como la que sitúa aquí el real de D. Rodrigo, que se habrá originado, como casi todas las tradiciones, no en recuerdos directos transmitidos de padres a hijos desde la época del suceso, sino en las noticias de las

crónicas. Pero que D. Rodrigo acampase aquí cerca, no se opone a que la batalla se diera en la orilla de la Laguna, porque bien pudo haber acampado aquí cuando se dirigía al encuentro de los árabes invasores, como acampó por estas inmediaciones D. Alfonso XI cuando se dirigía a levantar el sitio de Tarifa.

Al día siguiente fueron a ver algunas bodegas. Son vastísimos edificios de planta baja, compuestos de larguísimas naves o erujías paralelas, ocupadas a los lados y a todo lo largo por filas de enormes toneles tendidos y puestos unos sobre otros, dejando una calle en medio para tránsito. Por lo común, hay a lo largo de esas calles vías férreas en conexión con los ferrocarriles generales para conducir los vinos al interior del territorio de la Península o a los puertos de embarque, que son al presente Cádiz y el Puerto de Santa María. Antes del establecimiento de los ferrocarriles se embarcaban y desembarcaban las mercancías de Jerez en el Portal, que está en el río Guadalete, cerca de la Cartuja.

En algunas bodegas hay toneles enormes, que tienen nombres con que son conocidos por todos los aficionados. En las de Domecq hay uno llamado *Napoleón*, que es muy famoso. De las de González Byass son muy conocidos los llamados *Doce Apóstoles*, *Matusalén*, en cuyo enorme vientre se encierra vino de noventa años, y *Non plus ultra*, que lo contiene de cincuenta. Cuando la visita en 1862 de Doña Isabel II a esas bodegas, se bautizó allí una bota nueva con vino del año 1832, que no habría de destaparse hasta la muerte de la soberana. Había en ellas veinte mil pipas de vino, y se empleaban en su servicio doscientos cincuenta trabajadores y seis máquinas de vapor.

### CAPÍTULO XIII

DESISTIERON nuestros amigos de emprender aquella tarde la marcha, porque se les hizo muy tarde recorriendo bodegas; pero a la madrugada bajaron Willy y Frasquito, y se encontraron ya en pie a los dos muchachos, y preparándolo todo para el viaje.

Emprendieron temprano la marcha, y en dos jornadas se pusieron en Sevilla. La primera fue hasta Utrera, adonde llegaron por la noche, después de detenerse un buen rato en Lebrija.

Se alza esta última villa sobre una eminencia coronada por las

ruinas de un antiguo castillo moruno. Está rodeada de muros y torres del mismo tiempo, como lo es también la iglesia, que fue antes mezquita, y cuya torre se parece de lejos a la Giralda de Sevilla. En la plaza hay una estatua romana descabezada, conocida por el nombre de «La Mariquita del Marmolejo».



Antonio de Nebrija (El Nebricense)  
(1444-1522).

Fascimil del grabado en madera que figura en la primera edición de sus obras.

El camino que anduvieron aquel día es muy monótono, por ir en su mayor parte por la Marisma, vastas llanuras desnudas de arbolado dedicadas a pastos. Vense en ellas de cuando en cuando rebaños de caballos y toros.

Versó la conversación sobre el vino de aquella región, tan celebrado en el mundo entero; sobre los exquisitos melones de los «Navazos» de Sanlúcar de Barrameda, que no los hay mejores en España; sobre los toros y caballos de la tierra que se comprende entre la sierra de Córdoba y la ribera del mar de Occidente, que son también famosos por su bravura y gallardía, y sobre la historia, tan antigua y tan variada, de toda aquella parte de Andalucía que

habían andado desde que salieron de Málaga, cuyas poblaciones comenzaron casi todas por ser colonias fenicias, griegas y cartaginesas, antes de conquistadas por los romanos. Al pasar por Lebrija recordó D. Antonio María que allí había nacido Antonio de Nebrija, insigne latino y creador, puede decirse, de la Gramática castellana.

—No es tan sabido—añadió—que su hija Francisca fue también doctora eminentísima, a quien su padre, a pesar de ser muy instruídos sus otros hijos, le entregaba su cátedra de Retórica de la Universidad de Alcalá de Henares para que le sustituyera en sus ausencias, con aplauso de sus discípulos y de los doctores de la Universidad. Ya veis cómo en un tiempo en que a nadie se le había ocurrido hablar de feminismo, como ahora se dice, parecía natural

que las mujeres aprendieran Ciencias, y desempeñasen cátedras, y hasta gobernasen provincias y reinos. No fue ella la única mujer que descolló en su tiempo por su sabiduría; porque hubo otras varias, de las que recuerdo en este momento, a doña Beatriz Galindo, llamada la «Latina», la cual fue también, por su talento y saber, objeto de la admiración de sus contemporáneos. La misma Reina Católica fue una mujer admirablemente dotada por la Naturaleza de cualidades intelectuales y morales de primer orden. Ya de adulta emprendió el estudio de la lengua latina con tanto fruto, que llegó a hablarla y entenderla perfectamente. Por cierto que su maestro fue el mismo Antonio de Nebrija, de quien veníamos hablando.

—Estaba esperando una coyuntura, D. Antonio María—dijo Willy—, para preguntarle el significado de una palabra que le oí decir antes: ¿Cómo dijo usted que se llamaban las tierras de Sanlúcar en que se daban tan buenos melones?

—Navazos—le contestó D. Antonio María—. Son unas tierras arenosas y anegadizas, en que se hunde uno hasta media pierna. Sanlúcar, además de sus buenos melones, tiene fama por su manzanilla, que es un vino dorado, suave y ligero, que yo, que no soy bebedor, prefiero al Jerez.

Ya desde buen rato antes de llegar a Utrera, había cambiado el aspecto del paisaje. A la árida marisma habían sucedido tierras fertilísimas, cubiertas de olivares y viñedos.

—Esta región—dijo D. Antonio María—es eminentemente agrícola. Aquí todos los frutos son de primera clase. También sobresale por la calidad de sus ganados. Se crían toros de plaza bravísimos y caballos arrogantes.

—¿Y nos quedamos sin ver Cádiz?—dijo sir Roberto.

—Creo que lo mejor es que sigamos a Sevilla, para que no nos sorprendan los meses de calor en estas regiones; porque yendo ahora a Sevilla, podremos llegar a las provincias del Norte antes de Julio.

—¿Tiene Cádiz algo de particular?

—Monumentos, no. Le pasa lo que a Málaga: que, siendo una de las ciudades más antiguas de España, y hasta de Europa, es todo nuevo en ella; pero tiene cierta importancia comercial, resto de la grandísima que tuvo en otro tiempo. En sus inmediaciones hay muchas y muy famosas salinas; cerca está la Carraca, arsenal

marítimo de importancia; el Puerto de Santa María, donde hay buenas bodegas, aunque inferiores a las de Jerez, y San Fernando, Observatorio de gran nombradía. También tiene fama Cádiz por sus finísimas pescadillas.

#### CAPÍTULO XIV

¿Qué hay de notable en esta ciudad de Utrera?—preguntó sir Roberto hallándose sentado a la mesa con sus compañeros de viaje, después que hubieron dejado los caballos.

—Por lo pronto—le contestó Frasquito—, unos famosos mostachones. Currillo acaba de decírmelo.

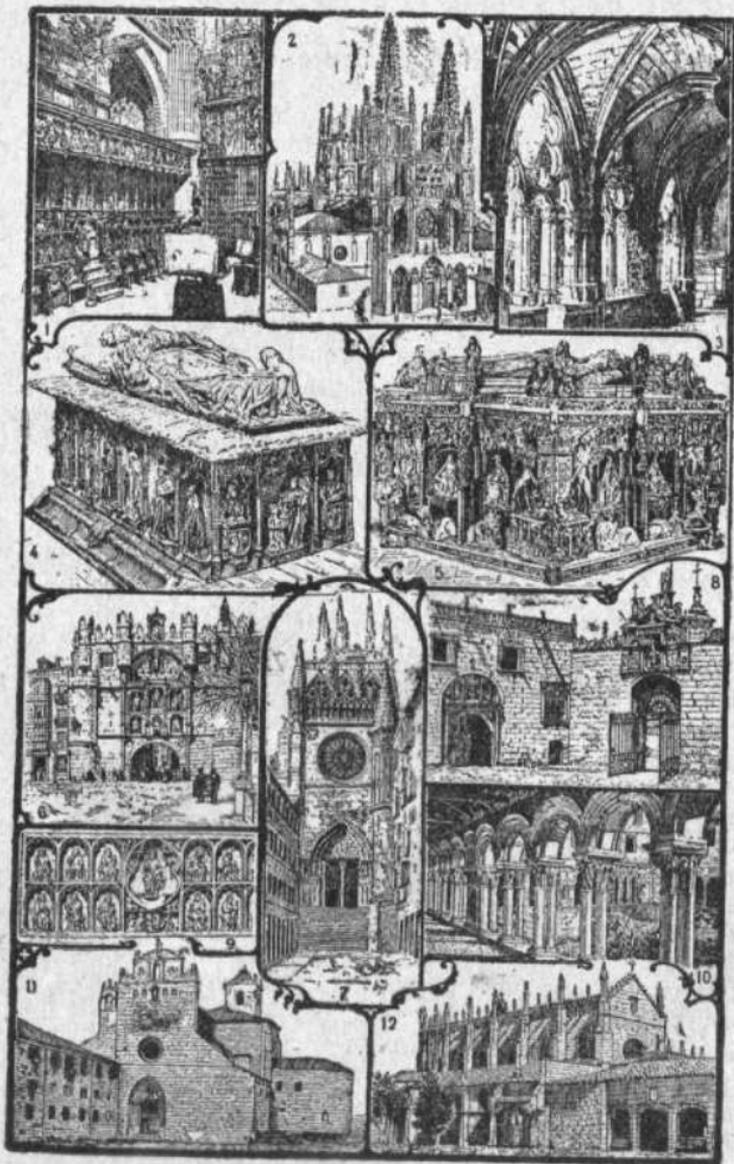
—¿Y qué es eso de mostachones? Me huele a cosa de bigotes—dijo sir Roberto.

D. Antonio María se echó a reír al oír esta salida.

—Son unas panatelas suavisimas, que se confeccionan con harina, huevos, azúcar y no sé qué otros ingredientes. Es raro el pueblo que no se distingue por alguna golosina o algún otro artículo comestible; por lo común, hechura de monjas. Morón, que está muy cerca de aquí, tiene fama por sus tortas; algo más lejos, Ecija, por su carne de membrillo; Granada, por sus frutas en almíbar; y en Sevilla comeréis unas yemas de San Leandro, de que os aseguro que llevaréis los más dulces recuerdos a Inglaterra.

—¿Y no hay más de particular en Utrera que los mostachones?

—Hay algo más. Es ciudad antiquísima, sobre la que han escrito Rodrigo Caro, que fue natural de ella, y otros, y que han pasado por las mil vicisitudes de conquistas, guerras, sitios y demás por que ha atravesado toda la región andaluza. El muro, que aún subsiste como habéis visto, tiene en su circuito treinta y cuatro torreones, sin contar el castillo y torre del Homenaje. Era antiguamente la ciudad mucho mayor que ahora, pues todavía en el siglo pasado tenía tres mil casas y diez y seis mil pasos de perímetro, incluyendo los arrabales. Abunda en agua; pues, además de muchísimos pozos y de dos arroyos que corren por las mismas calles, tiene los fuentes, el agua de una de las cuales viene encañada desde media legua de distancia. La tierra es feracísima, y el ganado que en ella se cría, inmejorable. Muchos mártires, obispos y hombres ilustres en las armas y en las letras nacieron en Utrera. Entre los



1. Coro de la Catedral. — 2. Catedral. — 3. Claustro de Fresdesval. — 4. Sepulcro del fundador de la Catedral. — 5. Sepulcro de los Reyes Don Juan II y Doña Isabel de Portugal (Cartuja de Miraflores). — 6. Arco de Santa María. — Catedral, escalinata y puerta del Sarmantal. — 7. Vista interior del patio del Hospital del Rey. — 8. Catedral, Capilla del Condestable (detalle). — 9. Claustros del Monasterio de las Huelgas. — 10. San Pedro de Cardena. — 11. San Pedro de Cardena. — 12. La Cartuja de Miraflores (vista general).

## ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE BURGOS

obispos, recuerdo a Gregorio, llamado Bético, que lo fue de Elvira, y asistió al famoso Concilio que allí hubo, el primero celebrado en España; entre los guerreros ilustres, a Alonso de Arcos, a quien se debió la toma de Gibraltar en 1462, y cuyo sepulcro está en la iglesia de la Cartuja de Sevilla; y entre los hombres de letras, a Rodrigo Caro, autor de muchas obras, y entre ellas, de los famosos versos a las ruinas de Itálica, que hasta hace poco se habían atribuido a Francisco de Rioja. Mañana, si Dios quiere, porque ya hoy es tarde, veremos, antes de salir para Sevilla, algunos de los edificios de la ciudad, que serán menos seguramente de los que figuran en los manuales y descripciones, porque en la desamortización habrán desaparecido algunos, y otros habrán cambiado de destino.

Dedicaron, en efecto, las primas horas del día siguiente a visitar varias de las muchas iglesias de Utrera, algunas de las cuales, aunque abiertas al culto, pertenecen a conventos extinguidos. Las principales de esas iglesias son la Mayor, llamada de Nuestra Señora de la Mesa, de estilo gótico, con cinco naves, magnífico coro con esculpida y artística sillería y excelente órgano; y la de Santiago, de sólo tres naves y también gótica, aunque adornada por fuera con brillantes azulejos de estilo mudéjar.

Vieron luego el castillo, que está en ruinas; fortaleza que hizo gran papel en el siglo xv, en las contiendas entre Ponces y Guzmanes, que tan agitada y revuelta tuvieron a toda la Andalucía baja.

Algo tarde llegaron a Sevilla, por haberse detenido mucho en Alcalá de Guadaira a ver el molino de la Mina y demás curiosas obras hidráulicas del acueducto que, con el nombre de «Caños de Carmona», surte de agua a Sevilla desde el tiempo de los romanos.

Detuviéronse en la Cruz del Campó mientras volvía Currillo, a quien mandaron a buscarles alojamiento.

No tardó en presentarse, con la noticia de haber encontrado por allí cerca una casa muy a propósito para alojarse ellos y las cabalgaduras, por disponer la dueña de ella, doña Dolores, de buenas habitaciones y de un cobertizo en el corral, que podía habilitarse para estable.

Acostáronse nuestros amigos en los cuartos que les preparó doña Dolores, y que, por lo limpios y cómodos, merecían los elogios que había hecho de ellos la dueña de la casa.

Se levantaron temprano al día siguiente, y se echaron a la calle.

—Esta es una ciudad deliciosa—decía sir Roberto—; la vida aquí debe ser un encanto.

—Su único defecto—le contestó D. Antonio María—es el excesivo calor que hace en el verano. El estilo de las casas es morisco, aunque modificado por las costumbres europeas, que conceden más al ornato exterior que las musulmanas. Hasta hace tres o cuatro siglos eran raras las que tenían vista a la calle, aunque por dentro solían ser magníficas. Todavía se conservan muchas del tiempo de los moros; pero los balcones, ventanas y rejas son de tiempo posterior. Las cancelas son todavía de más reciente introducción que los balcones y ventanas, porque las hubo hasta este mismo siglo.

Sevilla ha sido residencia predilecta de muchos reyes, y por largo tiempo la ciudad más importante de toda la Península, por la extensión de su comercio y de su industria y por su riqueza. Su prosperidad duró tres largos siglos: el XIV, el XV y el XVI, en el último de los cuales recibió un impulso considerable por el descubrimiento de América. Fray Tomás de Mercado, religioso dominico que vivió en el siglo XVI, hace una pintura deslumbradora de su opulencia. Dice que sus mercaderes tenían corresponsales en todas las plazas comerciales del mundo; que llegaban allí cargamentos de mercancías de Inglaterra, Flandes, Italia, Francia, África, y que de allí salían igualmente para todas esas regiones y provincias, no habiendo ciudad en el mundo que se pudiera comparar con ella por la cuantía y actividad de su tráfico. Esta ciudad, dice textualmente, *arde en todo género de negocios*.

Hoy es una de las ciudades más importantes de España, y de las que ofrecen más atractivo para la vida; ninguna puede compararsele en cantidad de monumentos y obras de arte, porque toda ella es un puro museo de arquitectura, escultura y pintura, ni por el lujo y solemnidad de sus fiestas religiosas, que superan a las de la misma Roma, no a la Roma de ahora, sino a la de los Pontífices; pero como centro industrial y mercantil, no puede ya competir ni remotamente con Barcelona, ni con Bilbao, ni siquiera con Málaga.

Exporta principalmente productos agrícolas, como naranjas, aceite y aceitunas, minerales procedentes de las minas de la región, objetos de hierro y acero de la magnífica fábrica de Portilla, y artículos de loza, porcelana y alfarería. Las porcelanas que se fabri-

can en la Cartuja gozan de gran fama, y tienen mucha salida en toda España.

Aparte de mil industrias menudas, merecen especial mención las dichas fundiciones de hierro y acero de Portilla, la de cañonés de bronce, los talleres de fabricación de cartuchos metálicos y mixtos de guerra, y los de cigarros y tabacos; todos ellos pertenecientes al Estado. La fábrica de tabacos es un inmenso edificio, tan sólido como una fortaleza.

—Una de las particularidades de Sevilla y de toda Andalucía, como también de las regiones hispanoamericanas—prosiguió diciendo D. Antonio María—, es el hallarse casi todo el comercio en manos de gentes de otras naciones y provincias. Las tiendas son en su mayor parte de montañeses, catalanes y naturales de otras comarcas, especialmente de las del norte de España. Antiguamente hermigueaba Sevilla en extranjeros que monopolizaban casi todo el tráfico. Había francos, genoveses, lombardos, catalanes y gentes de otras naciones y comarcas, quedando de ello el recuerdo en los nombres de algunas calles. La primera medida hostil de D. Pedro contra el rey de Aragón, antes de declararle la guerra en 1356, fue embargar las mercancías a todos los catalanes que había en Sevilla, que eran muchísimos.

—Pues ese hecho no está muy de acuerdo con la laboriosidad de los andaluces, que tanto nos encomiabais días pasados cuando íbamos de Ronda a Algeciras—le dijo sir Roberto.

—No creáis tal cosa. Los andaluces son laboriosos, pero no comerciantes. Los de clases altas y medianas se distinguieron en todo tiempo como guerreros, escritores, sabios y artistas, y los del vulgo fueron siempre muy trabajadores; pero en las faenas del campo o en sus casas, practicando oficios manuales. En España se tiene una idea muy equivocada del carácter y de las disposiciones de los andaluces. Se les cree holgazanes, muy largos de palabras y muy cortos de obras; gente a quien se le va toda la fuerza por la boca, como suele decirse, y no hay nada de eso. El andaluz trabaja como el que más. Aquí no veréis a las mujeres cavando ni arando la tierra, como en las provincias del norte de España y en otras comarcas de Europa, porque a mis paisanos no les gusta que sus mujeres trabajen fuera de casa; pero de lo que hacen ellas de puertas adentro tenéis una prueba en la blancura inmaculada de las paredes y en el brillo de los chismes y cacerolas pendientes de ellas, que

resplandecen como el oro y la plata, hasta en las casas más humildes. Y sin son o no hombres de acción los andaluces, dígalos la Historia. La segunda mitad del siglo XIII, los siglos XIV y XV y buena parte del XVI, no cesaron un punto de guerrear con los moros; y de aquí salieron muchos de los navegantes, descubridores y conquistadores de América. En este nuestro mismo siglo, andaluces fueron en su mayor parte los que humillaron en el campo de batalla a las tropas de Napoleón, que tenía todo el mundo por invencibles; cosa que nadie había hecho antes que ellos. Un hombre puede ser muy trabajador, y, sin embargo, no ser a propósito para comerciante; pero, decidme francamente, sir Roberto, ¿cómo se trabaja más: vendiendo arrimado a un mostrador, o cavando la tierra, o practicando un oficio mecánico?

—Defendéis tan elocuentemente vuestra causa, que no hay más remedio que daros la razón, y convenir en que los andaluces son unos leones para el trabajo—le contestó riendo sir Roberto.

## CAPÍTULO XV

AQUEL mismo día y los siguientes los dedicaron nuestros amigos a recorrer iglesias y monumentos religiosos y civiles de Sevilla, y a pasear tarde y noche por sus alamedas y jardines.

El monumento que primero visitaron fue la catedral. Al entrar en ella, experimentaron una sensación de asombro contemplando la inmensa altura y grandeza de sus naves.

—He leído—dijo sir Roberto—que al disponer el Cabildo en 1401 la construcción de este edificio, dijo: «Edifiquemos una iglesia tal, que cuantos la vean nos tengan por locos»; ¿es cierto?

—Lo que acordó el Cabildo fue demoler la mezquita, y edificar en su lugar una iglesia que no tuviera igual en el mundo.

—Pues en cuanto a altura y anchura de naves no estuvo muy lejos de realizar su propósito; ¿no es verdad, D. Antonio María?

—Como que, exceptuando las catedrales de Colonia y Milán, no hay en toda la cristiandad iglesia de estilo gótico tan grande como ésta. Cuando se acordó edificarla, estaba vacante la Sede episcopal de Sevilla, y el Cabildo dispuso por sí la obra, que llevó a efecto sin ayuda de los reyes y sólo con sus propios recursos. Las obras comenzaron en 1403 y se acabaron en 1506; pero, ha-

biéndose desplomado la cúpula del crucero, que era más alta y más atrevida que la de ahora, hubo que reanudar los trabajos hasta 1519; todavía en todo aquel siglo y los dos siguientes siguió trabajándose, ya en la construcción de dependencias importantes de la iglesia, como, por ejemplo, la Capilla Real y el Sagrario, ya en la de accesorios de ella, como rejas, órganos, etc.

—¿Dijisteis que hubo aquí antes una mezquita?

—Sí; ocupaba justa y cabalmente el solar de la actual catedral. Tenía su patio de abluciones, que es el que llamamos de los «Naranjos», y su alminar, que es la Giralda. Todavía se conservan de ella las tapias que rodean a la catedral, la puerta del Perdón, por donde se entra al patio de los Naranjos, y la del Lagarto, que está al pie de la torre.

—Las dimensiones del edificio, según mi «guía», son cuatrocientos catorce pies de longitud y doscientos setenta y uno de latitud; la altura de la nave central, ciento cincuenta, y la del cimborrio del crucero, ciento setenta y uno—dijo sir Roberto.

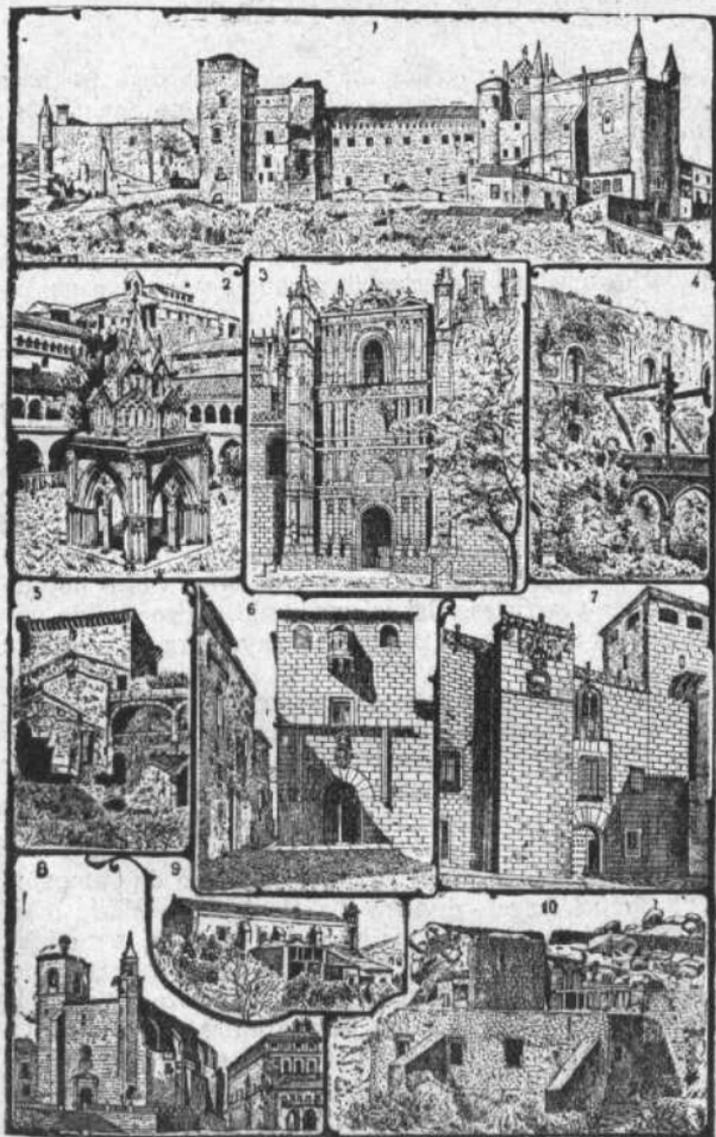
Los órganos son colosales—añadió sir Roberto mientras recorrían el coro.

—Como que el del lado de la Epístola tiene nada menos que cinco mil trescientos tubos—le contestó D. Antonio María—. En la Biblioteca Colombina, que es uno de los edificios que están unidos a la catedral, están las obras de Haendel, célebre músico alemán del siglo XVII, regaladas por lord Wellesley, que se embelesaba oyéndolas tocar en ese órgano. Como instrumento de música, son prodigiosos estos órganos; pero, como obras de arte, pecan de demasiado recargados en sus adornos y esculturas. El mayor de los dos es obra de Jorge Bosch, en 1792. ¿Y qué os parece la sillería del coro, sir Roberto.

—¿Cómo me ha de parecer? ¡Maravillosa! Duró su construcción setenta y tantos años, según dice mi «guía», y trabajaron en ella escultores de gran nota, como Nuño Sánchez, Dancart y Guillén.

—Como que esta catedral es un museo de maravillas de todas las artes. Reparad en las rejas del coro, sir Roberto.

—Son prodigiosas—dijo el interpelado—; pero no me gustan los coros en las naves centrales de las iglesias, como lo están todos los que hasta ahora he visto en España. Son verdaderos edificios por su tamaño; y puestos así, en medio de la nave mayor, perjudican mucho a su visualidad y perspectiva.



1. Monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe. — 2. Claustro de Nuestra Señora de Guadalupe. — 3. Fachada de la Catedral (Plasencia). — 4. Ruinas del Monasterio de Yuste. — 5. Idem del Palacio de Jarandilla. — 6. Casa del Sol (Cáceres). — 7. Casa de los Gofines (Idem). — 8. Iglesias de San Martín (Trujillo). — 9. Monasterio de Yuste. — 10. Cementerio judío de Berrocal (Plasencia).

## ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE CÁCERES

—Así lo reconocen hoy todos nuestros arquitectos. No hace muchos años hubo que restaurar la iglesia gótica de San Miguel, de Jerez de la Frontera, y se suscitó esa cuestión sobre la colocación del coro, en la que intervino el padre Gago abogando por llevarlo al ábside, como demostró que se había hecho siempre en España hasta el siglo XVI o fines del XV, en que se dio en colocarlos en la nave central. Hoy sería una lástima destruir los coros que existen para trasladarlos más allá del crucero, porque los hay que son estupendos como obras de arte. Tenemos, pues, que resignarnos a ver interrumpidas por ellos las naves mayores de nuestras soberbias catedrales.

Acercáronse a la capilla mayor a ver su portentoso retablo, que no tiene igual. Es gótico, y se divide en cuarenta y cuatro compartimientos, llenos de estatuas y esculturas que representan multitud de escenas del Viejo y del Nuevo Testamento y de la vida de la Virgen María, a quien está dedicado. La idea del retablo y sus planos y dibujos son de Dancart, y su construcción, que duró cuarenta y cuatro años, del mismo Dancart y de otros varios notabilísimos escultores y artistas. Del mismo estilo gótico florido que ese retablo son los costados del presbiterio, cuya obra duró catorce años.

Pero ¿cómo podría describir, por ligeramente que fuera, ni encomiar siquiera todo lo admirable, lo artístico, lo digno de estudio por este y el otro concepto que encierra la catedral sevillana, si se requeriría para ello un libro voluminoso? Ni aquel día, ni el siguiente, ni el otro, tuvieron tiempo nuestros amigos de hacer ninguna otra cosa.

—Ved este *Descendimiento de la Cruz*, de Pedro de Campaña, discípulo de Miguel Angel—dijo un día D. Antonio María a sir Roberto indicándole un cuadro que hay en el altar de la sacristía mayor—. Ante ese cuadro pasaba Murillo las horas muertas esperando, según decía, a que acabaran de bajar a Nuestro Señor de la Cruz: tan admirable lo encontraba. Estaba antes este cuadro en la iglesia de Santa Cruz, y delante de él estaba enterrado Murillo; pero el mariscal francés Soult destruyó esa iglesia, y también la de la Magdalena, en que se había bautizado ese pintor famoso. El cuadro, hecho pedazos, fue recogido más adelante por el Cabildo, y restaurado por Joaquín Cortés. En la misma sacristía mayor se halla la custodia de plata, obra maestra de Juan de Arfe, que

empleó siete años en hacerla; el *Tenebrario*, o candelero de bronce que se usa en los oficios de la Semana Santa, obra de Bartolomé Morel, sin rival en su género; un viril en que hay engarzadas mil doscientas piedras preciosas; una riquísima cruz de estilo gótico, hechura de Francisco Merino; varias otras obras artísticas, y dos llaves, que, según se dice, fueron las mismas entregadas a San Fernando a su entrada en Sevilla cuando se rindió la ciudad.

Un día subieron nuestros amigos a la Giralda, desde donde se divisa inmensa extensión de tierra.

—De esta torre —dijo D. Antonio María—, sólo es obra

de bronce doradas y primorosamente labradas, que iban en disminución, de mayor a menor, comenzando por la más baja. Esas bolas se cayeron e hicieron pedazos en el terremoto de 1396, ciento cuarenta y ocho años después de la conquista de la ciudad. A pesar de decirse vulgarmente que



Cristóbal Colón

(Del retrato considerado como auténtico que se conserva en la Biblioteca Nacional.)

morisca lo que he y hasta el cuerpo de las campanas, por que este último, que llaman la Giralda o el Giraldillo, coronado por una estatua colosal de la Fe, obra de Bartolomé Morel, la cual estatua hace de veleta, a pesar de sus veinticinco quintales de peso, fue edificada en 1568 por Fernando Ruiz. En tiempo de los moros adornaban lo alto de la torre cuatro bolas

Veinticinco parroquias tiene Sevilla  
Y veinticinco campanas la Giralda,

sólo veintidós se cuentan hoy: la *Santa María*, que es la mayor, pesa diez y ocho toneladas. Por último, tiene esta torre la honra de haber sido, de las de España, la primera que tuvo reloj. Se colocó en ella en 1400.

—¿Es el mismo que tiene hoy?—preguntó sir Roberto.

—No; el actual se puso en 1764, y lo construyó el fraile José Cordero. Es de gran mérito, según dicen.

Hay en Sevilla otras torres moriscas; las de San Marcos, San

Juan de la Palma, Santa Marina, Santa Catalina y Omnium Sanctorum son las que mejor se conservan. Formando cuerpo con el edificio de la catedral, está el que contiene la famosa librería *Colombina*, legada al Cabildo por D. Fernando Colón, hijo del célebre descubridor de las Indias. Costa de diez y ocho mil volúmenes, entre ellos muchos manuscritos curiosísimos. Algunos son del mismo Cristóbal Colón, y otros tienen nota de su mano. Allí está también la Biblia traducida al romance castellano del siglo XIII por Pedro de Palencia, y que un tiempo se creyó perdida.

## CAPÍTULO XVI.

ESTE edificio—dijo sir Roberto cierta mañana que visitaron el Alcázar—más parece hechura de moros que de cristianos. La Alhambra de Granada debe de parecersele mucho.

—Así es—le contestó D. Antonio María—; pero tened presente que aunque casi todo lo más precioso que en él hay de morisco es del tiempo del rey D. Pedro, fueron moriscos o mudéjares los arquitectos que dirigieron los trabajos y los artistas y albañiles que los ejecutaron. En los edificios civiles de ese tiempo se prefería el estilo morisco al gótico; y hasta en los religiosos se nota muchas veces la influencia del gusto morisco, especialmente en ciertos pormenores de la ornamentación. Este edificio y la Alhambra de Granada son los únicos de estilo morisco del último período que se conservan en España. Del primero, sólo tenemos la mezquita de Córdoba; pero ése no es civil, sino religioso. Si hubieran llegado a nosotros los famosos palacios de Medina Azahara y de Azahira que había cerca de Córdoba, conoceríamos ese estilo civil morisco en su primera época, el cual, a juzgar por las descripciones que se leen, y por la riquísima ornamentación de las alquiblas y maksuras de la mezquita, debía de ser maravilloso.

—Es difícil distinguir en este edificio—dijo sir Roberto—lo que es del tiempo de los moros de lo restaurado en los de D. Pedro, Reyes Católicos y Carlos V; porque en una de esas restauraciones se ha conservado el estilo morisco y en otras no, viéndose mezclas extrañas de él y el plateresco.

—Las cámaras que dan al jardín—le contestó D. Antonio María—pasan por ser de la primitiva construcción árabe; la parte

occidental del edificio pertenece a lo restaurado en tiempo del rey Don Pedro, y el patio de las Doncellas y la sala de Carlos V son del tiempo de este último soberano.

Aparte de la iglesia, tiene el Alcázar en el piso alto un oratorio del tiempo de los Reyes Católicos, notable por los azulejos de estilo italiano que lo adornan, pintados en 1504 por Niculoso Francesco, y los más preciosos en su clase que quizás haya en España, muy semejantes a los que se ven en la portada de la iglesia de Santa Paula y en la de San Isidro del Campo, cercana a Sevilla.

Los jardines del Alcázar, que también vieron nuestros viajeros, son de lo más curioso de Europa. Pertenecen al estilo del siglo XVI; que también en jardinería, como en arquitectura, hay estilos.

Otro día visitaron la *Lonja*, el palacio arzobispal y las *Casas Capitulares*.

El primero de esos edificios, fabricado por Juan de Herrera para los negociantes, que antes se reunían para sus cambios y transacciones en las gradas de la catedral, es magnífico. En él está el famoso Archivo de Indias, que tiene como treinta mil legajos, inexplorados en su mayor parte.

—Aquí, como muy ordinario ocurre, faltaba edificio cuando había negocios, y dejó de haber negocios cuando hubo edificio—dijo D. Antonio María—, porque precisamente se construyó en las postrimerías de la vida mercantil de Sevilla.

Las Casas Capitulares son una maravilla del estilo plateresco. No se sabe el nombre del arquitecto que las hizo.

No acabaría nunca si siguiera a nuestros viajeros en sus excursiones por Sevilla, visitando las más notables de sus interesantísimas iglesias, admirando las innumerables obras de arte, riquezas y curiosidades que encierran, así como sus variados estilos de arquitectura.

Otro día fueron nuestros viajeros a la Cartuja.

Habían conseguido una recomendación para el director de la fábrica, y vieron detenidamente sus talleres y dependencias.

La fábrica es de primer orden y está montada con todos los adelantos modernos.

—Hasta 1836, fue este edificio Monasterio de Nuestra Señora de las Cuevas—dijo D. Antonio María—. En su iglesia, que ha conservado intacta su actual propietario, estuvo depositado muchos

años el cuerpo de Cristóbal Colón, antes de trasladarlo a la ciudad de Santo Domingo.

—Veo que está usted muy enterado—le dijo el director del establecimiento, que los acompañaba—. La iglesia se conserva como estaba; los propietarios han tenido ese buen gusto. Compraron este edificio tres años después de la desamortización. El Monasterio fue fundado en 1400 por D. Gonzalo de Mena, arzobispo de Sevilla, que había sido antes obispo de Burgos; y aunque Ortiz de Zúñiga, en sus *Anales de Sevilla*, supone que hizo esta fundación en recuerdo de la Cartuja de Miraflores, que está cerca de Burgos, no es exacto, porque la Cartuja de Miraflores se fundó cerca de cincuenta años después que ésta.

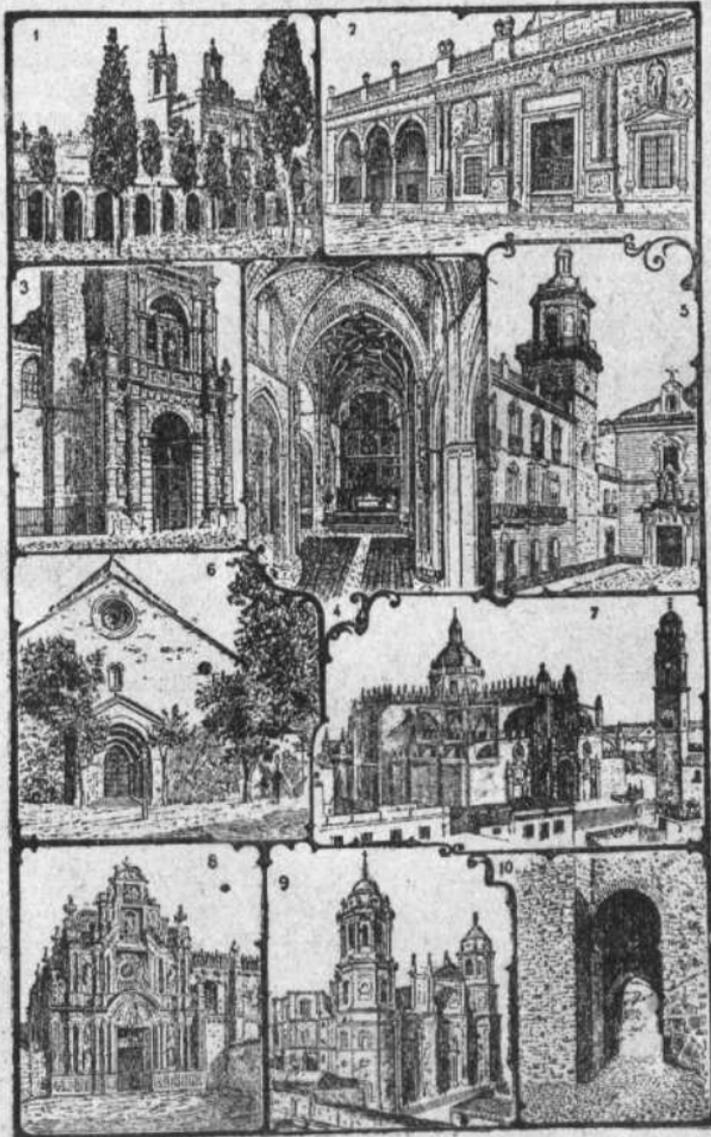
En la iglesia de la Cartuja estuvieron hasta la época de la desamortización varios sepulcros muy notables de varios caballeros de la familia de Rivera, que fueron trasladados entonces a la iglesia de la Universidad, donde ahora se encuentran. Había también en ella una soberbia sillería de coro, de la cual sólo queda la mitad, pues el resto de ella fue regalado por D. Carlos Pickman a la reina Isabel II, que se la regaló a su vez a la catedral de Cádiz, donde ahora se encuentra.

Enseñó el director a nuestros amigos el museo de Arte Cerámico que hay en la fábrica; los llevó a pasear por los jardines, que son preciosos, y, por último, los condujo hasta la puerta, donde los despidió cortésmente.

## CAPÍTULO XVII

**D**ESPUÉS de pasarse muchos días en Sevilla sin descansar un solo instante, viendo sus innumerables iglesias y monumentos, pusieron a discusión nuestros amigos el itinerario de su viaje.

Willy tenía empeño en ir primero a Extremadura y después a Salamanca, para ver el teatro de las campañas de lord Wellington. Frasquito hubiera preferido remontar el río Guadalquivir hasta sus fuentes, y trasponer después las montañas, para entrar en el reino de Murcia, y desde allí ir siguiendo el litoral hasta Cataluña. Sir Roberto no se inclinaba a plan alguno; pero, obligado a elegir, habría optado por ir primero a Granada, a ver la Alhambra, y en seguida a Madrid, para dedicar unos cuantos días a visitar el Museo del Prado.



1. Claustro grande de la Cartuja (Jerez de la Frontera). — 2. Ayuntamiento antiguo (Ídem). — 3. Fachada de San Miguel (Ídem). — 4. Interior de San Miguel (Ídem). — 5. Plaza de Loreto (Cádiz). — 6. Santo Domingo (Jerez de la Frontera). — 7. Colegiata del Salvador (Ídem). — 8. Iglesia de la Cartuja (Ídem). — 9. Catedral (Cádiz). — 10. Puerta principal del castillo (Jimena de la Frontera).

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE CÁDIZ

Don Antonio María oía los argumentos de unos y otros, sin tomar parte en el debate. Pidióle sir Roberto que de cidiese.

La solución del problema no era fácil. Había bu enas razones para todos; pero el verano se acercaba, y el calor, que en esa estación es insoportable en toda España, aconsejaba que se diese la



Diego Velázquez de Silva

El más grande pintor realista que ha habido en el mundo. Entre sus obras, todas maravillosas, se destaca ese prodigio de arte que se llama *Las Meninas* (1589-1660)



Bartolomé Esteban Murillo

Admirable pintor sevillano, cuyos místicos asuntos trató con gran delicadeza, elevación y poesía. Sus *Inmaculadas* son célebres en todo el mundo (1608-1682)

preferencia a las comarcas más frescas y frondosas, que, desde luego, no son las centrales.

En su deseo de complacer a sir Roberto y a Willy, propuso que fueran primero a Córdoba, donde verían la Mezquita, edificio árabe de distinto estilo que la Alhambra; dar a ésta por vista, por lo pronto al menos, ya que su estilo es semejante al del Alcázar de Sevilla, que ya conocían, y encaminarse desde Córdoba a Extremadura, y después entrarse por el reino de León, donde decidirían si remontarse a Galicia y Asturias o seguir a Castilla. Esa proposición fue aceptada por unanimidad.

Recayó después la conversación sobre las artes cerámicas, de que habían visto tan hermosos ejemplares en la fábrica de la Cartuja y en muchas iglesias y edificios de Sevilla.

—No diré que España haya sobrepujado en esas artes a todos los pueblos de Europa—dijo D. Antonio María—; pero durante un largo período de la Edad Media ocupó un puesto muy distinguido, por la originalidad y hermosura artística de sus productos. Nuestros azulejos y barros labrados y esmaltados de re



El gran escultor  
Juan Martínez Montañés (1580-1649)  
(Del retrato pintado por Velázquez.)



Alonso Cano  
Clásico y admirable escultor y notable  
pintor andaluz, uno de los más esclarecidos entre los españoles (1601-1667).

flejos metálicos gozan de fama grande entre los inteligentes.

—¿No se fabrica ya esa clase de loza?—preguntó Willy.

—Desgraciadamente, se han perdido los procedimientos que se seguían para fabricarla; pero se trabaja asiduamente en recobrarlos, y ya se hacen azulejos que, si no son iguales a los antiguos, van pareciéndoseles.

—Por lo que infiero de lo que vimos en la Cartuja y por la grandísima variedad que hay en los productos del arte cerámica, debe de ser esa industria difícil y complicada—dijo Willy.

—No difícil, sino difícilísima—le contestó D. Antonio María—; como que requiere muy profundo conocimiento de la naturaleza de las tierras que han de entrar en la composición de las pastas que han de moldearse, y de las sales y óxidos metálicos que han de

formar los vidriados, barnices y pinturas, y, por último, una práctica grandísima para el torneado y moldeado de los objetos, y para graduar los fuegos de los hornos. Y no cuento con la parte puramente artística de la industria, pues su campo es tan dilatado como el de las demás artes gráficas.

—Tengo entendido—dijo Willy—que en ese arte son los chinos y los japoneses los primeros en el mundo.

—Desde el punto de vista puramente mecánico, y hasta pudiéramos decir científico del arte, o, para explicarme más claro, teniendo sólo en cuenta la finura de la pasta y la brillantez, viveza y variedad de los colores, es indudable que los chinos y japoneses ocupan el primer puesto entre los fabricantes de barros cocidos; pero desde el punto de vista artístico, según el concepto que del arte tenemos los europeos, nadie en el mundo aventajó a los griegos como artistas del barro, así como nadie los ha aventajado tampoco como artistas del mármol. Las hidrias, ánforas y demás vasos griegos, por la esbeltez y elegancia de la forma y por la belleza de los adornos y figuras, son el *non plus ultra* del arte.

—Lo que parece extraño—dijo sir Roberto—es que de tantas obras de mérito como se ven en España hechas de azulejos y barros cocidos, no se sepan los nombres de sus autores, como se saben en Italia y Francia los de muchos de los artistas fabricantes de sus lozas mayólicas y porcelanas.

—Eso depende del desprecio con que en España se ha mirado el trabajo. Por eso notaréis que entre los españoles cuyos nombres han pasado a la posteridad hay muchos de santos, guerreros, teólogos, oradores, poetas y literatos; pero contadísimos de arquitectos, fabricantes, artistas o inventores. Y no es porque no los haya habido, como en todas partes, sino porque se hacía poco caso de ellos, y los hombres que escribían tenían a menos tratar de asuntos que consideraban indignos de su atención. Sólo en los siglos XVI y XVII las relaciones constantes en que estábamos con los demás Estados de Europa, donde se daba a las artes otra importancia que entre nosotros, nos hizo otorgar una consideración que hasta entonces no nos habíamos dignado conceder a los pintores y escultores. Sin esa circunstancia, es probable que los nombres de Velázquez, Murillo, Ribera, Siloe, Berruguete, Alonso Cano, Roldán, Montañés y otros artistas nos fueran desconocidos e poco

menos, como nos lo son los de la mayor parte de los artistas, arquitectos y fabricantes de tiempos anteriores.

—¿Quién era capaz de averiguar los nombres de los muchos artistas que idearon y fabricaron los innumerables trabajos de barro cocido, sean azulejos, placas labradas en bajo relieve, jarrones de estilo mudéjar y mil otros objetos de ornamentación que se ven esparcidos por iglesias, palacios y casas particulares de Sevilla, Córdoba, Granada, Toledo y otros lugares de España? Pues, sin duda ninguna, muchos de los autores de esas obras introdujeron modificaciones en los procedimientos de la fabricación, idearon emplear materias nuevas para la combinación de las pastas y adoptaron otras novedades que les sugirieron su ingenio y su experiencia.

—Y la única clase de barros cocidos en que se ha distinguido España, ¿es la de esmaltes de reflejo metálico?—preguntó Willy.

—Como cosa propia, exclusivamente nuestra, sí; aunque conviene advertir que los artistas italianos de fines del siglo xv y principios del xvi tomaron de nosotros ese estilo. Pero también en la fabricación de otras clases de loza polícroma se distinguieron los alfareros de Talavera y de otros lugares, cuyos procedimientos de fabricación fueron, a lo que generalmente se cree, los mismos empleados en Italia por el mismo tiempo y en tiempos anteriores. Gonzalo Fernández de Oviedo, en una de sus obras, que lleva por título *Las Quincuagenas*, dice que la loza de Talavera era la más hermosa y mejor de España; noticia que se refiere a los últimos años del siglo xv y primeros del xvi.

—¿Y ha desaparecido del todo esa industria?—preguntó Willy.

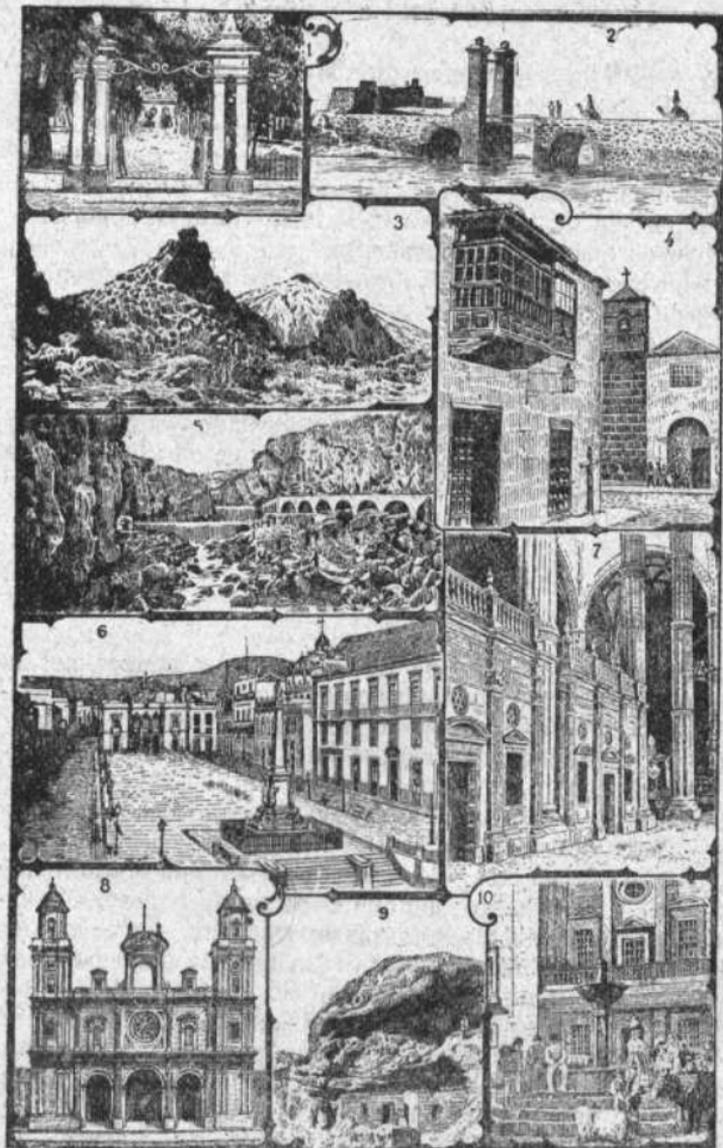
—Puede decirse que sí; porque la que hoy tenemos es de introducción moderna. De la industria antigua, sólo vino a quedarnos en el siglo xviii, y ha llegado hasta nosotros, la parte más humilde y pobre de ella: toda la que se refiere a la fabricación de ollas, tinajas, alcarrazas, macetas y otros objetos semejantes; pero la industria artística y relativa a objetos de valor se extinguió, como todas las demás industrias españolas, en el curso del siglo xvii. Los reyes de la dinastía borbónica, y muy especialmente Carlos III, hicieron grandes esfuerzos para restablecer esas industrias extinguidas; pero tropezaron con la dificultad de faltarles base en que apoyar la restauración que intentaban. Tan tremenda había sido la decadencia, que no quedaba ni sombra de ninguna

de esas industrias ni se encontraban obreros que entendieran los procedimientos y principios más elementales de ellas. Hubo que acudir en demanda de maestros y de oficiales a Francia, Italia y Alemania. Por lo que hace a la industria cerámica, la restauración del siglo XVIII produjo las fábricas del Retiro y de la Moncloa, en Madrid, la de Alcora y no recuerdo si alguna otra, las cuales se acreditaron bastante por sus productos, que gozan de gran estimación entre los aficionados e inteligentes. De esas fábricas, de las cuales algunas funcionan todavía, se han derivado las muchas establecidas por iniciativa particular en este nuestro siglo, y una de las cuales es la de la Cartuja. Hoy se fabrica loza y porcelana en Sevilla, Talavera, Segovia, Gijón y en varios otros lugares; y alfarería basta, en muchísimos. En Nolla, población del reino de Valencia, se fabrican ladrillos finos y mosaicos, de que se hace gran consumo en toda España.

Don Antonio María, por consideración a sir Roberto y a Willy, no quiso decir que la muy renombrada fábrica de porcelana llamada *de la China*, establecida en el Retiro de Madrid, fue destruida por los ingleses en la guerra de la Independencia.

—Ahora, Frasquito —prosiguió D. Antonio María—, dime si estás enterado de los procedimientos del arte cerámico.

—En líneas generales —contestó Frasquito—, sé que la base principal de la fabricación de los barro cocidos es la arcilla, tierra plástica que forma pasta con el agua y que se endurece al secarse; que su nombre químico es silicato de alúmina; que cuando es completamente puro, constituye el *kaolin*, el cual sirve para la fabricación de la porcelana. Esa tierra arcillosa se mezcla con otras tierras en que entra la sílice, el cuarzo y otras materias poco plásticas, variando la proporción de unas y otras en la mezcla según sea la clase de productos, más duros, tiernos, mates, brillantes, porosos o impermeables, que se trate de obtener. Todas esas tierras se criban, lavan y purifican más o menos; se someten después a trituraciones y moliendas que las reducen a polvo finísimo, tanto más fino cuanto más hayan de serlo los objetos que hayan de fabricarse, y después, a mezclas y batidos con agua que las unen íntima y homogéneamente, hasta formar la pasta a que ha de darse forma, bien por medio de moldes, bien en el torno, bien a mano, cuando se trata de objetos muy artísticos o rebeldes por su forma a tales procedimientos, como sucede con las figuras,



1. La Alameda (Las Palmas). — 2. Castillo del Arrecife (Lanzarote). — 3. El pico de Teide (Tenerife). — 4. Plaza de la Iglesia (Santa Cruz de Tenerife). — 5. Barranco del Santo (Ídem). — 6. Plaza de la Constitución (Ídem). — 7. Interior de la Catedral (Las Palmas). — 8. Catedral (Ídem). — 9. Una casa en las rocas (Artensan). — 10. Fuente de la Catedral (Las Palmas).

estatuas y medallones, que más son obra de escultores que de obreros y artesanos. Después se someten las piezas ya moldeadas a varias cochuras, de las cuales la primera, que suele ser única para cierta clase de barro tiernos, porosos y de poca consistencia, es más bien una preparación para las siguientes, en que se fijan sobre la superficie de los objetos el barniz, vidriado y pinturas con que han de quedar definitivamente.

—Para no ser un alfarero de profesión, ya sabes bastante; y creo que si te vieras forzado por la necesidad a fabricar un cacharro en que poder hervir agua, ya te darías maña para salir del apuro.

—De eso esté usted seguro, padre. ¿Verdad, Willy?

—¡Qué duda cabe!—contestó el interpelado— No ya un cacharro en que calentar agua, sino algo más que eso; hasta algún vaso, con sus pretensiones de artístico, seríamos capaces de hacer Frasquito y yo, D. Antonio María.

## CAPÍTULO XVIII

AL día siguiente salieron de Sevilla nuestros amigos por la puerta de Carmona. Una de las cosas en que repara necesariamente quien vaya por ese camino, son los Caños de Carmona, acueducto fundado sobre arquerías, que lleva buen caudal de agua a Sevilla desde tiempo remotísimo.

—Debe de ser ese acueducto de construcción árabe—dijo sir Roberto—; así a lo menos lo dicen las guías.

—Generalmente, se cree—le contestó D. Antonio María— que es del tiempo de los romanos; aunque es de suponer que desde entonces acá haya experimentado tantas reparaciones, que no queden ya de la primitiva fábrica sino trozos. En materia de acueductos, nada hay en España, ni quizás fuera de ella, tan notable como el de Segovia. Y lo que más sorprende es que de semejante obra, indudablemente romana, no diga ni una palabra ningún autor antiguo, y que se hiciese para población de tan mediana importancia como lo era Segovia entonces.

—En Inglaterra tenemos también—dijo sir Roberto—in-cr. fble número de restos romanos. Son muchísimos los puentes y calzadas actuales que están fundados sobre cimientos romanos.

y pasma el número de quintas que había en nuestro suelo, cuyos cimientos se descubren a poco que se cava.

Todavía era temprano cuando llegaron nuestros viajeros a Alcalá de Guadaíra. Habían recorrido un camino amenísimo a través de un terreno algo quebrado y cubierto de olivares, viñedos, huertas, árboles frutales y tierras de labor. El río Guadaíra, encajonado entre las alturas, parecía una cinta de plata. Antes de entrar en Alcalá, descubrieron a la derecha, sobre una altura, su grande y famoso castillo, medio arruinado desde hace mucho tiempo.

—Si pudiéramos detenernos, subiríamos al castillo—dijo don Antonio María—. Es uno de los ejemplares mejor conservados de la arquitectura militar hispano-árabe de la Edad Media. En su recinto se venera la imagen de Nuestra Señora del Aguila, por lo cual es frecuente el nombre de Aguila en las mujeres de Alcalá.

—Ya he notado—dijo sir Roberto—lo común que es en las españolas llamarse por advocaciones de la Virgen; y hasta muchas veces, no por advocaciones relativas a pasajes de su vida, como Encarnación, Purificación, Dolores, Angustias, Visitación y otras tales, sino por los nombres de los santuarios o pueblos en que hay imágenes famosas, como Carmen, Guadalupe, Araceli, Pilar, etc.

—Es una costumbre relativamente moderna—dijo D. Antonio María—. Antes se llamaban nuestras mujeres por nombres comunes, como Juana, Teresa, Blanca, Beatriz, Guiomar, Isabel, Elvira, Ana, Aldonza, Leonor y muchos otros; y las que querían llamarse por el nombre de la Virgen, llevaban el de María a secas. En los nombres personales ha imperado la moda, lo mismo que en los trajes. Tampoco se estilaban hace tres siglos entre los hombres la mayor parte de los nombres que ahora usamos. Algunos, propagadísimos hoy, como los de Manuel y José, eran muy raros entonces; el de José, sobre todo, estaba relegado a moros y judíos. A esta villa de Alcalá de Guadaíra se la suele llamar también Alcalá de los Panaderos, por ser la molienda del trigo y la fabricación del pan el principal, y casi pudiera decir único, tráfico en que se emplea su vecindario. Hay en su término más de doscientas aceñas, movidas por el río Guadaíra. La harina que aquí se obtiene es muy buena, y el pan, exquisito.

Pero no sólo de pan surte Alcalá a Sevilla, sino también de agua, pues aquí comienzan las obras hidráulicas que ya vimos para recoger las que conducen a Sevilla los caños de Carmona; obras sumamente notables, de origen romano, sin duda, pero en que también pusieron mano los moros.

Carmona, donde se detuvieron a almorzar, está sobre una altura, y fue tenida en lo antiguo por población fuerte y de fácil defensa. Conserva buena parte de sus antiguos muros y su alcázar, aunque muy modificado éste por obras y restauraciones modernas. Son todas esas fortificaciones del tiempo de los moros; pero los cimientos, y aun quizás algunos trozos de ellas, son seguramente romanos, porque la ciudad fue fortificada por Julio César.

Desde las torres del alcázar se goza de una vista extensísima, distinguiéndose los pueblos de Morón, Osuna, Jerez de la Frontera, el Arahál, Paradas, Zahara, Grazalema, Ubrique y la Serranía de Ronda.

Recordó D. Antonio María a sus compañeros de viaje, señalándoles a Zahara, que el haber quebrantado los moros las treguas tomando a esa población fue lo que motivó la guerra de Granada en tiempos de los Reyes Católicos.

—Allí—les dijo señalándoles a Ubrique—se han dedicado de algún tiempo acá a la fabricación de petacas, carteras, portamonedas y otros artículos semejantes, que son ya conocidos y apreciados en toda España. Después de la disolución del califato de Córdoba, fue a temporadas Carmona cabeza de reino; pero cayó definitivamente en poder de los cristianos en 1247, poco antes que Sevilla. A la muerte del rey D. Pedro, se refugió e hizo fuerte en ella don Martín López de Córdoba, maestre de Alcántara, que tenía bajo su custodia a los hijos y los tesoros del difunto monarca, y allí sufrió el largo asedio que D. Enrique puso a la villa. Tuvo que capitular al fin; pero D. Enrique faltó a lo pactado en la capitulación, haciendo matar al intrépido maestre.

Al oír esto sir Roberto, no pudo menos de decir:

—Pues veo que D. Enrique no valía mucho más que su hermano.

—Fue un hombre de muy buenas condiciones; pero ese hecho indigno será siempre una mancha en su memoria—contestó don Antonio María—. Ayala lo refiere con la misma frialdad que los hechos de D. Pedro; lo que bastaría para demostrar su imparciali-

dad, que algunos pretenden negarle, sin otro fundamento que el deseo que suponen en él de congradarse con el nuevo monarca.

Por la necesidad que tenían de ir aquel mismo día a dormir a Écija, no pudieron ver nuestros viajeros sino algún que otro edificio, entre los cuales los hay de mérito, como tampoco la sala Capitular del Ayuntamiento, que es magnífica.

## CAPÍTULO XIX

FUERON hablando nuestros amigos por el camino de Carmona a Écija sobre la famosa Escuela sevillana de pintura; tema muy del gusto de sir Roberto.

Don Antonio María explicó cómo se había formado mediante la concurrencia de la influencia italiana y de la flamenca; hizo un resumen del proceso de su desarrollo durante los siglos XVI y XVII, y acabó haciendo una relación de los nombres de sus principales artistas, entre los cuales descuellan los de Antonio de Arfian, Juan de las Roelas, Francisco de Zurbarán, Bartolomé Murillo y Diego Velázquez de Silva.

—También hubo en Sevilla escultores en madera—dijo Willy.

—En las artes de tallar y esculpir la madera y forjar el hierro, como también en platería y orfebrería artística, pocos pueblos pueden competir con España—le contestó D. Antonio María—. Hemos tenido escultores, tallistas y fundidores de primer orden. Ya hemos visto en Sevilla imágenes, retablos, sillerías de coro y otras obras en madera, rejas, custodias, viriles, relicarios y otros objetos de hierro, oro, plata y bronce como no los hay mejores en el mundo, y todavía nos queda muchísimo que ver.

—¿Y ya no hay quien practique esas artes?—preguntó Willy.

—Como todas, han entrado entre nosotros en un período de renacimiento—contestó D. Antonio María—, y van de día en día tomando mayores vuelos. Ya hay muy buenos forjadores, tallistas y joyeros. En Barcelona se hacen muy buenos trabajos de hierro forjado, y en Éibar se fabrican objetos de hierro con incrustaciones de oro, que son verdaderas joyas.

Hablando de estos y otros asuntos, llegaron a Écija ya algo tarde, por el mucho tiempo que se habían detenido en Carmona.

Asiéntase en la orilla izquierda del río Genil, gran afluente de

Guadalquivir, que se llamó Sínkilis en tiempo de los romanos, y Guadagenil hasta hace muy poco. Fue en lo antiguo tan importante como Sevilla y Córdoba, y tuvo silla episcopal.

Hoy no carece de importancia con sus treinta mil habitantes, seis iglesias parroquiales y doce más que fueron conventos extinguidos.



Francisco Zurbarán

Famoso pintor, de colosal talento y de gran corazón, que supo expresar admirablemente la exaltación del misticismo (1598-1662).

Varias de esas iglesias tienen torres revestidas de resplandecientes azulejos con vivos colores, que presentan aspecto originalísimo. Son también dignos de verse los claustros de los conventos de San Francisco y Santo Domingo. Las columnas de las iglesias de Santa María y Santa Bárbara son romanas, procedentes de las ruinas de un templo gentilicio que había en la calle de los Mármoles.

También conserva la ciudad en gran parte sus robustas murallas árabes.

Las casas, con sus patios adornados de arquerías, fuentes y flores, y separados de los zaguanes por afiligranadas cancelas, son lindísimas y semejantes en un todo a las de Sevilla.

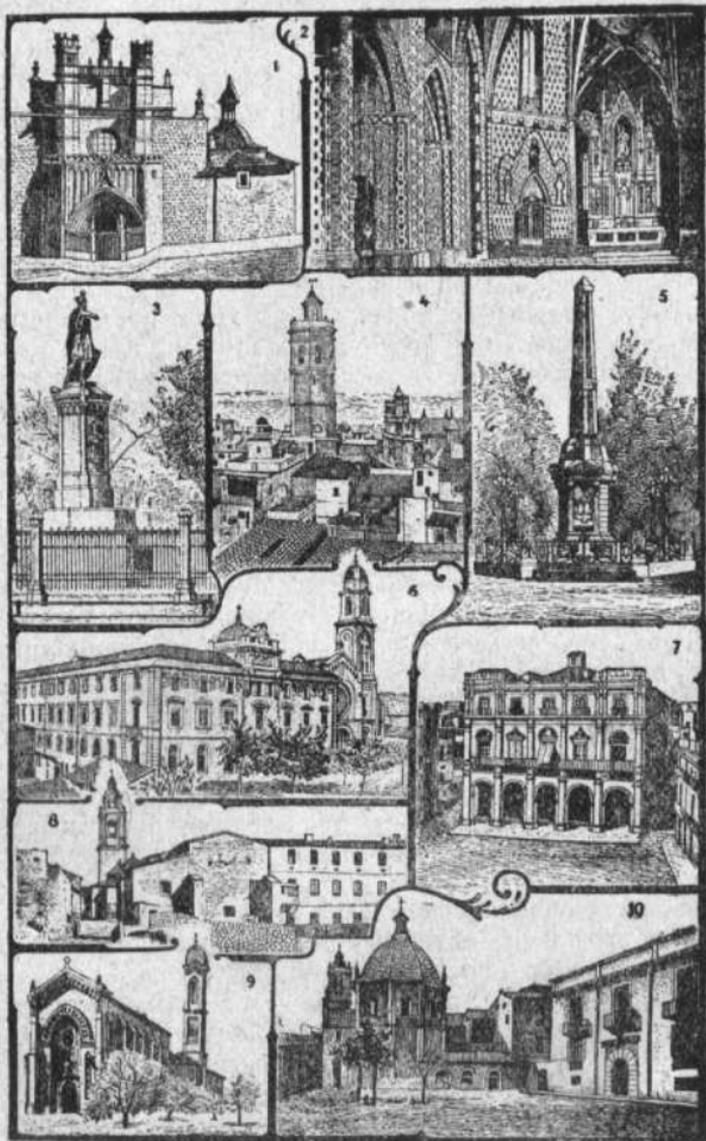
El teatro ofrece la singularidad de carecer de techumbre, y la plaza de toros, que es magnífica, ocupa el lugar de un antiguo circo romano. Tiene también Écija un paseo delicioso, adornado de fuentes y estatuas, a orillas del río.

Pasaron el día muy agradablemente nuestros amigos dando vueltas por la ciudad, y viendo lo más notable de ella.

Suelen llamarla «la sartén de Andalucía», por lo caluroso de su clima, y tiene fama por su dulce de membrillo. Esta última noticia la supieron nuestros amigos por Currillo, cuya madre era de allí, y confirmaron su rigurosa exactitud comiéndose una buena ración.

Salieron de Écija nuestros viajeros muy de madrugada por la puerta del Puente, que es muy bonito, aunque algo angosto.

—¿Es por aquí cerca—preguntó Willy—donde se dió la famosa batalla de Munda entre César y los hijos de Pompeyo?



1. Fachada de la Arciprestal.—2. Interior de la Arciprestal.—3. Monumentos a Don Jaime I.—4. Torre de la Arciprestal.—5. Monumento a los mártires.—6. Escuelas Pías.—7. Casas Consistoriales, construídas en el siglo XVII (fachada de estilo clásico).—8. Santo Domingo.—9. Iglesia de la Sagrada Familia.—10. Iglesia de la Sangre y plaza de María Agustina.

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE CASTELLÓN

—Has tocado un punto—le contestó D. Antonio María—de los más debatidos. No se sabe dónde estuvo Munda. Hay quien cree que en Monda, pueblo cercano a Coín; otros suponen que en Ronda; otros, que en Montilla, que cae por aquí cerca. Yo estoy en que debe de ser al uno de estos pueblos que hay entre el río Guadalquivir y el Genil. Nada tendría de particular que estén en lo cierto los que piensan que Munda corresponde con Montilla; pero, si no es así, para mí no hay duda de que no andan muy lejos de la verdad.

—¿Y hacia dónde cae Montilla?—preguntó Willy.

—A nuestra derecha. Es famosa por sus vinos, que compiten con los de Jerez, y por haber nacido en ella el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba. Un poco más hacia el Mediodía está Lucena, célebre por la batalla que se dio en sus inmediaciones en tiempo de los Reyes Católicos, en la que fue hecho prisionero Boabdil. Hoy tiene fama por los objetos de azófar, que allí se fabrican, entre los cuales merecen citarse los velones, que, aunque cada día menos usados por lo muy vulgarizados que están otros sistemas de alumbrado, forman un ramo importante de su comercio. Ambas son poblaciones grandes y populosas, pues Lucena tiene veinte mil habitantes, y quince mil Montilla. Todavía más lejos que Lucena, y detrás de nosotros, cae Osuna, ciudad también importante, que hasta hace no mucho tiempo tuvo Universidad...

—Sí—dijo Willy—; la misma en que se graduó el doctor Pedro Recio de Agüero.

—Muy enterado te veo del *Quijote*, querido Willy; pero ¿crees tú de veras que hubo nunca tal doctor Agüero? ¿Vas a salirnos uno de esos calamitosos cervantistas que toman por historias verdaderas y personajes reales los que se le antojó a Cervantes hacer figurar en su obra?

—Ya sé que no hubo tal doctor Pedro Recio—contestó Willy—; pero al hablar usted de la Universidad de Osuna, recordé la comida de Sancho en la ínsula Barataria, que es preciosísima.

—Es verdad—dijo D. Antonio María—. La gracia de esa escena, como de otros muchos pasajes del *Quijote*, es inimitable. No es fácil encontrar libro tan entretenido y ameno, y tan profundo al mismo tiempo. Pero hay que leerlo con cierta cautela; porque te advierto, querido Willy, que ha vuelto más gente loca ese libro que el Amadís de Gaula y todos los de caballería juntos.

—¿De veras, D. Antonio María?

—No tienes sino leer los innumerables desatinos que se han escrito sobre el *Quijote*, para convencerte de ello. Hay quien cree que no hay en él una palabra que no tenga doble sentido, y se devana los sesos por descubrirlo. Hay otros que han escrito para demostrar la profunda ciencia de Cervantes como nauta, como geógrafo, como orador, como artista, como historiador...; hasta como cocinero! Tampoco faltan quienes crean que todas las escenas y personajes del *Quijote* han sucedido y existido verdaderamente, y señalan *ce* por *be* las ventas, caminos y lugares en que ocurrieron las aventuras que se cuentan en la



El príncipe de los ingenios, Miguel de Cervantes Saavedra (Retrato descubierto en 1912 y considerado como auténtico por autoridades respetables. No es, sin embargo, indiscutible su autenticidad.)

gar en que pasó la de los batanes, el corral en que mantearon a Sancho y la encrucijada en que apedrearon los galeotes a Don Quijote.

—¿Y es verdad, padre, que el *Quijote* acabó con los libros de caballerías?—preguntó Frascuito.

—Yo más bien creo que ese libro fue eco fiel de la opinión contra ellos que ya reinaba en su tiempo en España, y que a haber condensado y dado cuerpo a esa opinión tan chistosa y admirablemente, se debe la extraordinaria aceptación que tuvo, como debe la que tiene universalmente a la profunda filosofía que encierra.

Así entretenidos en esa y otras semejantes conversaciones llegaron nuestros viajeros a Córdoba, donde se alojaron en una posada de uno de los barrios extremos, y se acostaron temprano para aprovechar las más horas posibles del día siguiente.

obra, y las personas verdaderas que se ocultan tras de los nombres de Don Quijote, Sancho Panza, el cura, el barbero, el caballero del Verde Gabán, etc. Ya los habitantes de la Mancha han llegado a tomar por lo serio todas esas extravagancias, y enseñan a los viajeros la casa de Don Quijote, la venta en que sucedió la aventura de los pellejos de vino, el lu-

## CAPÍTULO XX

MUY de mañana se echaron a la calle, y anduvieron a la ventura por la ciudad para formarse una primera idea de ella.

Tenía allí D. Antonio María un antiguo amigo, D. Juan de Argote, a quien conocía casi desde la niñez. Habían hecho, además, algunos viajes juntos por América, con lo que se había refrescado su amistad, no habiendo dejado nunca después de cultivarla y sostenerla escribiéndose, aunque de tarde en tarde.

No le pareció bien pasar por Córdoba sin hacerle una visita, y a eso de las diez, habiendo dejado a sus compañeros en un café, se encaminó solo a la casa de su amigo.

Recibióle éste con los brazos abiertos, y lo presentó a su familia, que se componía de su mujer, doña María Antonia Ramírez de Prado, señora de muy buena familia cordobesa, con la que llevaba algo más de veinte años de casado, y de dos hijas, Rosario y María Antonia, de veinte y diez y nueve años de edad, respectivamente, muy agraciadas y distinguidas.

Contóles D. Antonio María el motivo de su venida a Córdoba y todas las circunstancias relativas a su viaje, lo que los sorprendió en gran manera, por lo poco común que se ha hecho en nuestro tiempo, y más en España que en otras partes, semejante manera de viajar.

Cuando hubo oído D. Juan las noticias que acerca de su viaje le dio su amigo, se empeñó en llevárselo a él y a sus demás compañeros a su casa.

--No temas--le dijo--serme molesto: la casa es grande, y cabe en ella todo un escuadrón, con caballos y todo.

Resistíase D. Antonio María a aceptar los ofrecimientos de don Juan, no tanto por evitarle molestias a él, como a sir Roberto y a Willy, que temía hubieran de encontrarse cohibidos entre personas para ellos desconocidas. Con todo, tanto insistió su amigo, que prometió hacer lo posible por vencer la resistencia que suponía había de encontrar en sir Roberto.

--Se me ocurre--dijo D. Juan--que lo mejor es que salgamos juntos y vayamos en busca de tus compañeros, a quienes me harás el favor de presentarme. Ya verás cómo se allanan todas las dificultades.

Se encaminaron, pues, al café donde media hora antes había dejado el primero a sus compañeros de viaje. Hizo D. Antonio María la presentación en toda forma, *more anglica*, de D. Juan y sir Roberto; puso asimismo a D. Juan en relaciones con Willy y Frasquito, no tardando en establecerse una franca y decidida corriente de simpatía entre todos ellos.

Chapurreaba D. Juan el inglés, más bien que lo hablaba, con acento y giros andaluces tan graciosos, que hacía las delicias de sir Roberto, Willy y Frasquito, los cuales no podían contener la risa que les retozaba en los labios. No se incomodaba por eso D. Juan, sino que les acompañaba en sus risas, porque era hombre de mucha correa, como suele decirse, y se había propuesto ante todo hacerse simpático y agradable a sus flamantes amigos.

—Lo primero de todo es que se vengan ustedes a mi casa a comer, que ya va siendo hora. Allí tendré el gusto de presentarles a mi familia; descansaremos un rato, y después podremos ver las curiosidades de la ciudad.

No había modo de resistirse a tal proposición, por la buena voluntad, oportunidad y llaneza con que fue hecha. Levantáronse, pues, y se dirigieron a la casa de D. Juan.

Iban muy despacio, curioseándolo todo y oyendo las explicaciones que D. Juan les iba haciendo sobre tal casa, tal ventana, tal columna empotrada en una pared, tal torre o tal otra antigüalla que se hallaba a su paso.

—Esta ciudad es toda ella una pura ruina—les decía—. Las casas están fabricadas con restos de edificios romanos y árabes, amontonados sin orden ni concierto. Estoy seguro de que no se cavaría en parte alguna del suelo de la ciudad y sus alrededores sin encontrar fragmentos de columnas, estatuas, pisos y cimientos de edificaciones antiguas; porque salta a la vista que esa Córdoba, de un millón de habitantes, trescientas mezquitas y novecientos baños del tiempo de los Califas, no podía ser esta misma Córdoba que estamos viendo.

—¿No habrá algo de exageración en esas descripciones?—preguntó D. Antonio María— Porque, dada la extensión que tiene hoy la ciudad, no parece que pudiera contener el caserío correspondiente a tantos baños y mezquitas.

—Bien pudiera ser que hayan exagerado los autores de esas noticias la grandeza de la ciudad; pero en las ciudades antiguas

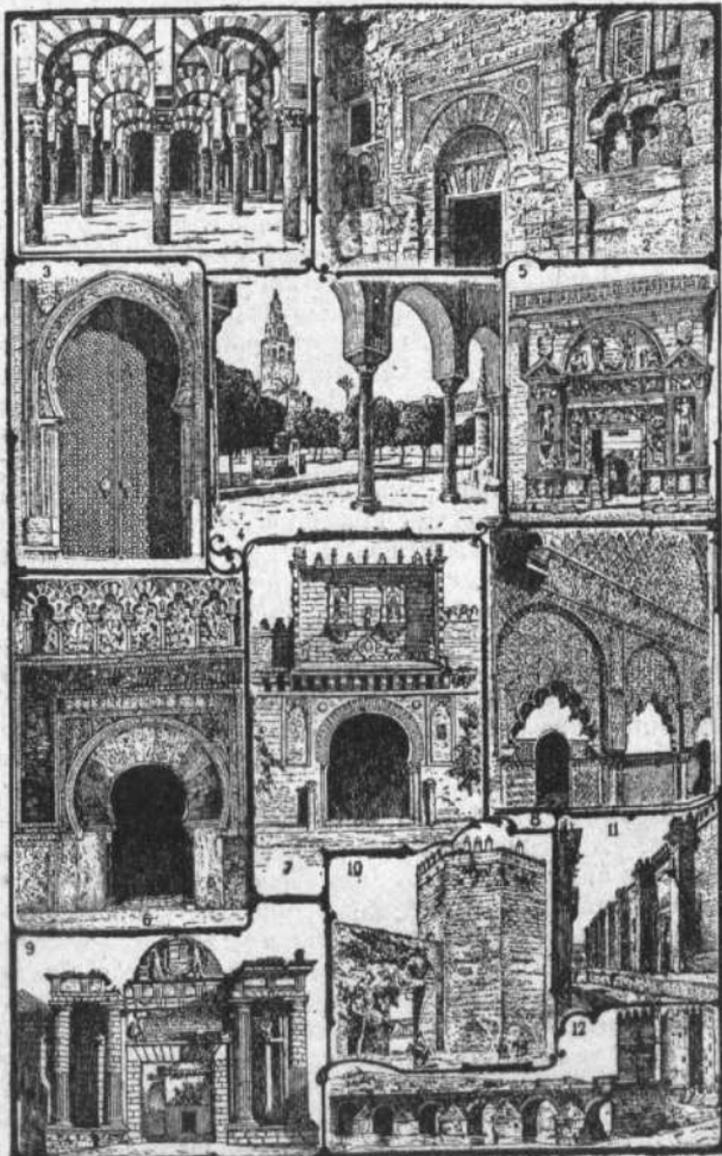
las murallas no abarcaban nunca en su recinto todo el caserío, sino solamente la parte de él que podía buenamente defenderse, y que venía a formar una especie de ciudadela o acrópolis, como las llamaban los griegos. Aquí, según las noticias que he leído en obras modernas fundadas en textos arábigos y en los escritos de San Eulogio y San Álvaro, de Córdoba, había al otro lado del río un arrabal pobladísimo, que se llamaba *Secunda* o *Segunda*, habitado por artesanos y gente pobre, muchos de los cuales seguían siendo cristianos en el tiempo de los Califas. De ese barrio, del que se habla mucho en las historias y relaciones del tiempo de los martirios, no dicen una palabra los autores de las descripciones modernas de Córdoba. También se dice que la ciudad se extendía mucho más que hoy por la parte de Occidente, por los vestigios de edificios y los restos de murallas que se descubren en las huertas del pago de la Salud. Y nada te digo de las quintas de recreo que había en sus términos y alrededores, a lo largo de la ribera del río y entre la ciudad y las faldas de la sierra, que eran innumerables. Sólo los palacios de Medina Azahara y de Azahira, construídos, el primero por el califa Abderramán el Grande, y el segundo por el famoso Almanzor, eran verdaderas ciudades, por lo extensos y poblados.

—Parece que ya está averiguado el lugar en que estuvo Medina Azahara—dijo D. Antonio María.

—Sí—le contestó D. Juan—. No se duda ya de que estaba a la falda de la sierra, como a una legua de la ciudad, en la dehesa llamada de Córdoba la Vieja, cerca de donde se alza hoy el convento de San Jerónimo, que fue construído a principios del siglo xv con materiales sacados de las ruinas de la misma Medina Azahara. Ese palacio, o mejor dicho, esa ciudad, porque era un conjunto de muchísimos edificios y jardines, debía de ser infinitamente superior, según las descripciones, a la tan famosa Alhambra de Granada.

—Y el palacio de Azahira, ¿se sabe dónde estuvo?

—De ése no hay más noticias que las que nos dan los autores árabes. Parece que estaba al Oriente de la ciudad y a la orilla del río. Fue también una ciudad, y sus arrabales casi se tocaban ya con los de Córdoba. Fue destruído por el populacho allá por 1008 o 1009, antes que Medina Azahara con los berberiscos, castellanos y catalanes, en el turbulentísimo período que siguió a la muerte de Almanzor.



1. Interior de la Mezquita. — 2. Puerta de la Mezquita. — 3. Puerta de la Catedral. — 4. Galería del Patio de los Narajjos. — 5. Puerta del Mitral. — 6. Puerta de la ciudad. — 7. Torre de la Malmuerta. — 8. Interior de la Mezquita. — 9. Entrada de la Mezquita. — 10. Torre de la Cárrada. — 11. Puente y torre de la Cárrada. — 12. Puente y torre de la Cárrada.

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE CÓRDOBA

Llegaron en esto a la casa de D. Juan. Pasaron el zaguán, y entraron en el patio, que les pareció lindísimo a sir Roberto y a Willy.

—Vean ustedes esta columna—les dijo D. Juan señalándoles una de las que sostenían los arcos del patio—; sospecho que es una de las que se quitaron de la mezquita cuando se demolió una parte de ella para construir la catedral en el siglo XIII, o el coro, en 1523. Como ésta hay muchas en otras casas de Córdoba. No son estas casas tan bonitas como las de Sevilla; pero su traza es la misma, como sucede con todas las de Andalucía. Aquí no se estiman las cancelas que separan el zaguán del patio en las casas de Sevilla; pero tampoco su uso es muy antiguo en la misma Sevilla. La que hoy es cancela en las casas sevillanas, era antes una puerta de madera, como las de nuestras casas de Córdoba, y se llamaba «puerta de en medio».

Subieron la ancha escalera; y al llegar arriba, se encontraron con doña María Antonia y sus hijas, que los esperaban. Hizo D. Juan las presentaciones consiguientes, y poco después, sentados todos en la espaciosa sala, emprendieron animada conversación, que D. Juan razonaba con sus felices y discretas ocurrencias.

Pasado algún tiempo, se levantaron doña María Antonia y sus hijas para ocuparse en disponer la comida, y aprovechó la coyuntura D. Juan para enseñar a sus amigos su biblioteca, que era verdaderamente digna de un bibliófilo. Extendió sobre una gran mesa un plano de Córdoba, y se entretuvo explicándoles la topografía de la ciudad.

—¿Ven ustedes esta ancha vía que divide la ciudad en dos partes desiguales? Es la calle de la Feria, y por ella iba una antigua muralla, de que aún quedan restos, que separaba la ciudad alta o Almedina, del arrabal llamado Ajarquía, que fue el que primero ocuparon los cristianos cuando se apoderaron de Córdoba en tiempos de San Fernando. Este edificio, situado a la orilla del río, es el que fue convento correspondiente a la iglesia, profanada hoy, de los Santos hermanos mártires de Córdoba, Acisclo y Victoria, a quienes ya sólo se rinde culto en una capilla que hay en el fondo de la iglesia. Esta otra iglesia que aquí ven ustedes, no lejos de la mezquita, es la del convento de Santa Clara, que, según opinión muy autorizada, aunque no admitida por todos los historiadores, tuvo antes de la conquista árabe la advocación de San Jorge,

y fue donde el conde o gobernador godo de Córdoba se defendió durante tres meses después de tomada la ciudad por los moros mandados por Mugeith.

Entró en esto en la biblioteca un criado a avisarles que las señoritas los esperaban en el comedor.

Poniendo punto a sus explicaciones, arrolló D. Juan el plano, lo encerró en su estuche y se encaminó al comedor con sus amigos.

La comida fue agradabilísima, no menos por lo bien sazonado de los manjares que por la conversación discreta y amena y por la cordialidad de buen tono que reinó en ella. Se habló de viajes, recordando D. Antonio María los que en compañía de D. Juan había hecho por América, y el tiempo, tan lejano ya, en que se habían visto por última vez.

Frasquito contestó a las preguntas que le hicieron doña María Antonia y sus hijas sobre su temporada en Inglaterra. Willy tomó también parte en la conversación con la oportunidad y discreción que tanto le distinguían. Sir Roberto habló con entusiasmo de la hermosura de la tierra andaluza y del carácter franco, abierto y simpático de su pueblo.

Doña María Antonia le obsequió con un plato de dulce confeccionado por ella misma, y tan exquisito, que sir Roberto confesó no haber probado en achaque de confituras nada mejor en su vida.

Don Antonio María declaró que los dulces que se confeccionan en Andalucía no tienen rival en el mundo entero.

—Las yemas, huevos hilados, bizcotelas, frutas en almibar y otras confituras que hacen las monjas de Sevilla, Granada, Córdoba y muchas otras ciudades de Andalucía, son de lo más exquisito que se conoce en toda la redondez de la Tierra—dijo.

—Es que el arte culinaria, como cualquiera otra, tiene fisonomía y carácter especial en cada pueblo—dijo sir Roberto—; lo mismo que hay idiomas, estilos de arquitectura, escuelas de pintura y escultura distintas y características de cada país, lo mismo sucede con el arte de confeccionar cosas de comer, sean dulces o no.

—Es una verdad incuestionable—le contestó D. Antonio María—. La cocina española tiene caracteres propios bien definidos, que ningún gastrónomo confundirá con los de la cocina francesa, inglesa o italiana; y dentro de cada una de ellas hay variedades, o, como si dijéramos, dialectos.

Al oír tal ocurrencia tratándose de asuntos culinarios, no pudieron todos menos de reírse.

—No lo tomen ustedes a broma—les dijo D. Antonio María—. Por humildes que sean las cosas, si se las estudia seriamente, se echa de ver que obedecen a las mismas leyes y principios generales que las grandes. Y, bien mirado, no sé por qué hemos de tener por fútil e indigno de atención cuanto se refiere al arte culinaria, siendo así que el comer, y el comer bien, es una de las grandes preocupaciones de los hombres.

Levantáronse de la mesa, y fueron a tomar café a la galería, donde siguió la conversación, discurriendo sobre mil asuntos ligeros y entretenidos. Durante ella encontró oportunidad D. Juan de presentar a sir Roberto y a D. Antonio María la proposición que había hecho antes al último, apoyándola en tan buenas razones, que aquella misma tarde, antes de las dos, estaban instalados en casa de don Juan los viajeros y sus caballos.

—Ahora vamos a ver la mezquita, si les parece a ustedes. Es el monumento más notable de Córdoba, y necesitaremos verlo más de una vez para que se formen ustedes de él cabal idea.

## CAPÍTULO XXI

MUY curioso y digno de estudio les pareció ese enorme edificio, cuyas novecientas y pico columnas formando diez y nueve naves que corren de Norte a Mediodía, cruzándose con las treinta y tantas que van de Oriente a Ocaso, dan a su interior la apariencia de un bosque de piedra.

De las dos fanegas y media castellanas que tiene el solar de forma cuadrilonga en que se asienta, las dos terceras partes están bajo la techumbre; la tercera restante la ocupa el «Patio de los Naranjos», que era el de las abluciones en tiempo de los moros, al cual se abrían entonces, sin interposición de pared alguna, las diez y nueve naves primeramente dichas, en cuyo fondo estaban las *maksuras* y la *alquibla*, hoy convertidas en capillas de las más de cincuenta que la iglesia tiene.

No hay modo de dar idea del conjunto de sutiles y graciosas arquerías, aéreas columnas, resplandecientes mosaicos esmaltados, y afiligranados y marmóreos muros y cúpulas de esa parte

de la mezquita, que allá en el fondo de la larguísima columnata se descubría en tiempo de los moros desde el «Patio de los Naranjos», y que hoy impide ver, en primer lugar, la pared que cierra el edificio por ese lado separándolo del susodicho patio, y en segundo lugar, la fábrica de la catedral cristiana, que se alza en medio de la mezquita, y corta con los muros de su coro las alineaciones de las crujías.

—Pertenece estas capillas—decía D. Juan a sus amigos— a un estilo artístico muy distinto de las obras moriscas de tiempos posteriores, como la Alhambra de Granada y el Alcázar de Sevilla. En estas últimas, todo es apariencia: arcos fingidos que nada sostienen, madera, yeso y estuco; aquí todo es realidad: verdaderos arcos, piedra, mármoles y jaspes. Sólo en la Capilla Real y en la de Nuestra Señora de Villaviciosa, restauradas por alarifes mudéjares en el siglo XIV, cuando ya estaba convertida la mezquita en iglesia cristiana, verán ustedes un estilo de ornamentación análogo al de la Alhambra y el Alcázar.

Una noche, hallándose todos de tertulia con D. Juan y su familia, preguntó doña María Antonia a su tocayo su opinión sobre la mezquita.

—Es—le contestó el interpelado—uno de los monumentos más notables que pueden verse, y de que con justicia está orgullosa Córdoba. Carlos V tuvo razón cuando, al ver la obra del coro, que se estaba haciendo entonces, dijo que se estaba erigiendo un edificio como había muchos y destruyendo lo que era único en el mundo: porque catedrales góticas de mérito hay muchas en Europa; pero mezquitas como la de Córdoba, ninguna. Ahora, si se me pregunta cuál estilo de arquitectura está más en armonía con el espíritu del Cristianismo, si el de la mezquita o el de una iglesia gótica, diré sin vacilar que el de una iglesia gótica.

Sir Roberto se mostró de acuerdo con esta opinión de D. Antonio María.

—Es—siguió éste diciendo—que hay relaciones inexplicables y misteriosas entre el alma y las impresiones que recibimos por los sentidos. Las líneas de la arquitectura y los sonidos de la música, según sean y se combinen, así despiertan tales y cuales ideas y sentidos, vagos y oscuros por lo general, pero intensísimos. No todos los hombres experimentan en igual medida esas emociones, pues así como los hay insensibles a la música, así los hay que nada

sienten a la vista de un edificio; pero a todos, más o menos, los conmueven las combinaciones de líneas, colores y sonidos.

—A mí la música me hace sentir mucho—dijo D. Juan.

—Y a mí, tanto—dijo doña María Antonia—, que a veces hasta lloro. Hay canciones que me llenan de tristeza.

—Pues a mí—dijo D. Antonio María—me conmueve mucho la música; pero la arquitectura, tanto o más. En una catedral gótica me siento más cristiano que en mi casa; y en cuanto a la música, no me explico que haya quien sienta lo mismo oyendo la *donna e mobile* que el *tantum ergo*. Estoy, además, en que esas relaciones entre el espíritu y la materia son recíprocas. Así, el espíritu cristiano ha producido el estilo gótico, y el estilo gótico despierta el pensamiento cristiano.

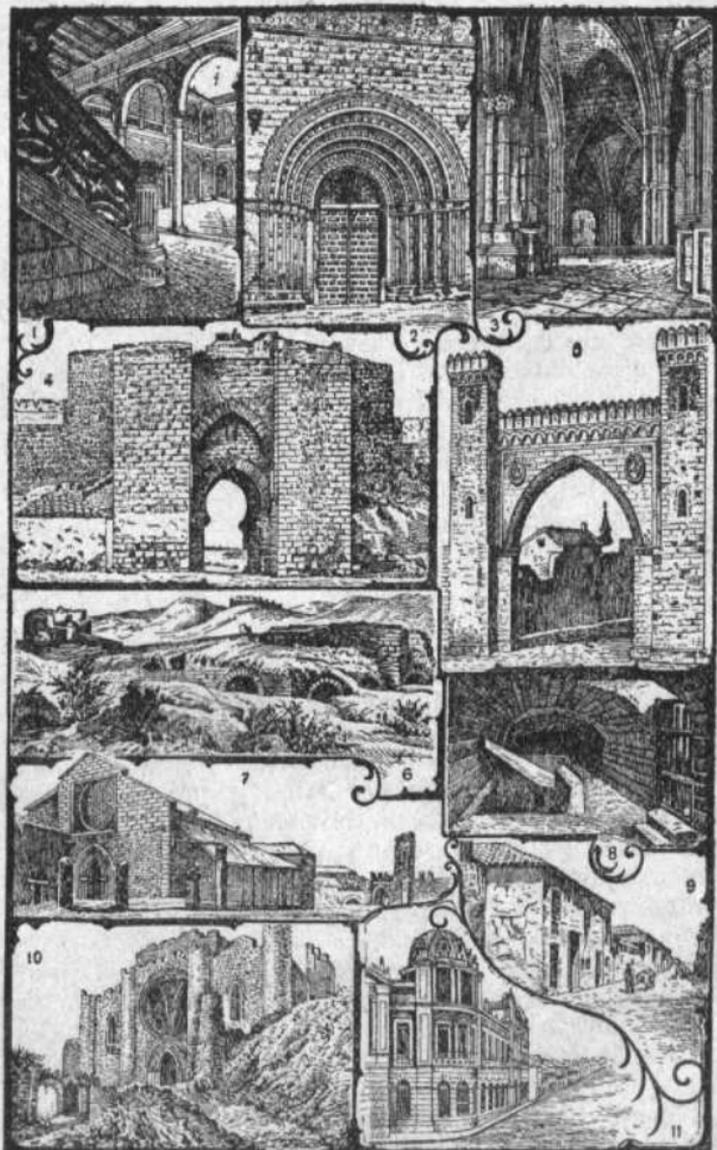
—No quiero entrar en discusiones sobre eso—dijo D. Juan—; pero el estilo gótico se explica por la necesidad de cubrir grandes espacios con escasos materiales. Se hizo preciso apoyar en las columnas toda la fábrica, dejando reducidos los muros al papel de tabiques, que pudieran sustituirse, como se hizo, por grandes ventanales. La necesidad de disminuir los empujes laterales de los arcos dio origen al arco apuntado; la de contrarrestar esos empujes produjo los arbotantes; la de aumentar el peso y estabilidad de las columnas, las agujas y los pináculos...

—Todo eso es muy cierto—interrumpió D. Antonio María—en cuanto se refiere a lo puramente material de la arquitectura; pero no respecto a lo espiritual de ella. Cada estilo tiene su alma, su espíritu. El alma de los sombríos templos de la India, cavados en el seno de una montaña, no es la misma que la del Partenón de Atenas, ni la del Partenón que la de la Alhambra.

Otra noche se habló sobre la decadencia a que había venido Córdoba.

—Desde que cayó el Califato—dijo D. Juan—, no ha cesado un punto esa decadencia. En el mismo siglo XI ya fue Córdoba suplantada por Sevilla, y después de la reconquista cristiana dio un bajón enorme. Tres siglos después tuvieron Carlos V y Doña Juana que eximir de tributos por diez años a los que viniesen a vivir a Córdoba: tan despoblada debía de encontrarse.

—Una de las causas principales de la decadencia, no sólo de Córdoba, sino de todo el reino—dijo D. Antonio María—, fueron las leyes económicas absurdas promulgadas a petición de las Cor-



1. Claustro del convento de Calatrava (Almargo). — 2. Puerta de la iglesia (Ciudad Real). — 3. Párrquia de San Pedro (Idem). — 4. Puerta de Toledo (Idem). — 5. Puerta Nueva (Idem). — 6. Ruinas del Castillo de Salvatierra. — 7. Santa María de Alarcos (Ciudad Real). — 8. Interior de la habitación en que se cree que estuvo preso Cervantes (Argamasilla de Albas). — 9. Exterior de la misma (Idem). — 10. Restos del castillo-convento de Calatrava. — 11. Palacio de la Diputación (Ciudad Real).

tes en los siglos XVI y XVII. Ya de largo tiempo atrás prohibían las leyes sacar oro y plata del reino. Fueron confirmadas en el siglo XVI, y se dictaron al mismo tiempo otras prohibiendo el uso de telas, guarniciones y demás tejidos de oro y plata.

—Si se prohibía sacar el oro y la plata, y se prohibía también usarlos—dijo Willy—, qué hacía con ellos quien los tuviese?

—Esa pregunta me hago yo, y no acierto a contestármela. Otras leyes de este mismo siglo prohibían exportar artículos fabricados a las colonias de América.

—¿Y a qué esa prohibición?—preguntó sir Roberto.

—Para evitar que se encareciesen aquí esos artículos.

—Pero si se prohibía sacar el oro y la plata, ¿no era natural que el exceso de esos metales hiciera subir los precios de las cosas?

—¡Qué duda cabe!—contestó D. Antonio María—Pero las Cortes de entonces no entendían eso: no veían en el oro y la plata mercancías como cualquiera otras, sino riqueza. Creían que el que poseía oro o plata era más rico que el que poseía en granos, por ejemplo, el valor de esos metales. Faltos de experiencia en materias económicas, los hombres de entonces, como la mayor parte de los de ahora y de todos los tiempos, porque esos asuntos económicos son muy complicados y difíciles, veían los efectos, y trataban de ponerles inmediato remedio, sin tomarse el trabajo de investigar las causas. De ahí resultó que se dictaron otras leyes prohibiendo el comercio de granos; otras que prohibían la fabricación de paños finos, y permitían la introducción de paños extranjeros; otras, también del tiempo de Carlos V, prohibían sacar del reino cueros curtidos y sin curtir, cordobanes labrados y sin labrar, guadamaciles, guantes y zapatos; otras prohibían exportar seda, tanto en bruto como tejida, y autorizaban a entrar seda extranjera; otras prohibían la exportación de hierro. Por último, por pragmática expedida en Madrid, en 1551, se prohibió el giro de letras dentro del reino. ¿Quieren ustedes mayores desatinos? ¿Hay motivo para sorprenderse de que, pasados unos cuantos años, hubieran muerto todas las industria del reino? ¿Qué falta hace calentarse la cabeza para averiguar las causas de la ruina de España?

—Por lo que ha dicho usted, veo que Córdoba fue en otro tiempo población industrial—dijo sir Roberto.

—Fue muy nombrada por sus cueros lisos y labrados, cono-

cidos por los nombres de *cordobanes* y *guadamaciles* o *guadamacías* —le contestó D. Juan—. La palabra *cordonnier*, que en francés significa *zapatero*, se deriva del nombre de Córdoba

—Y hoy, ¿qué industrias quedan en Córdoba?—preguntó sir Roberto

—Hoy no es población industrial ni comercial—le contestó don Juan—. Tiene sólo esas pequeñas industrias que hay en todas partes para cubrir las necesidades locales, y exporta algunos objetos de platería, que se venden en las ferias de la provincia

—¿Y nada nos dicen de las aceitunas ni del aceite, que son superfinos, según es notorio?—preguntó D. Antonio María

—No me has dejado decirlo. Efectivamente; las aceitunas de esta tierra son de primera clase, y el aceite, exquisito.

—¿Y de la antigua industria de cordobanes y guadamaciles, nada queda?—preguntó sir Roberto.

—Hay tenerías; pero como las de cualquier otra parte.

## CAPÍTULO XXII

No se contentaron nuestros amigos durante su estancia en Córdoba, que fue de muchos días, con ver la ciudad, sino que hicieron excursiones por sus alrededores, y bastante largas algunas.

Don Juan, para poder acompañarles en ellas, se había hecho llevar de una de sus fincas una robusta jaca de campo.

Una de esas excursiones, que duró dos días, fue para ver el campo de batalla de Bailén.

Don Antonio María se la explicó sobre el mismo terreno a sus amigos, que siguieron con el mayor interés sus explicaciones.

—A fines de Mayo de 1808—comenzó diciéndoles—, todavía no había pisado un soldado francés el suelo de Andalucía, cuando Dupont salió de Toledo con su ejército, y, atravesando la Mancha, pasó la Sierra, y llegó el 3 de Junio a Bailén; el 4, a Andújar; el 5, a Villa del Río; el 6, al Carpio, y el 7, después de un ligero combate en el puente de Alcolea, a Córdoba, donde entró a saco, cometiendo sus tropas atrocidades inauditas; hombres, viejos y niños asesinados, mujeres atropelladas, casas robadas, iglesias y monasterios profanados y saqueados... En tanto que todo esto ocurría, y desde algunos meses antes, el general Castaños estaba organizan-

do en Sevilla un ejército con los elementos que tenía a mano, y Reding, otro en Granada. Componíanse ambos de las tropas que había en la región y de cuantos voluntarios se iban presentando. No ocultándosele ese hecho a Dupont, y creyéndose en situación peligrosa por la presencia de Castaños a su frente y de Reding a su flanco izquierdo, que, con avanzar un poco, podía situarse a su espalda cortándole la comunicación con Madrid, retrocedió a Andújar después de haber permanecido diez días en Córdoba, y se estuvo allí hasta mediados de Julio, al mismo tiempo que dirigía carta tras carta a Madrid pidiendo refuerzos.

Erró Dupont en detenerse en Córdoba diez días y todo un mes en Andújar, dando tiempo a sus enemigos para apercibirse y combinar sus planes; porque si, una vez tomada Córdoba, hubiera seguido sin detenerse a Sevilla y a Cádiz, es seguro que apenas habría encontrado quien se le opusiera, y, en todo caso, habría destruido al ejército de Castaños, que estaba organizándose. Cuando un general se encuentra en la situación de Dupont respecto a dos ejércitos enemigos tan separados entre sí como los de Castaños y Reding, que estaban en Sevilla el uno y en Granada el otro, no debe esperar a que se le acerquen y ataquen al mismo tiempo, sino que debe lanzarse como el rayo, primero sobre el uno, y en seguida sobre el otro, para destruirlos parcialmente. A esa operación debió Napoleón la mayor parte de sus victorias.

He dejado a Dupont en Andújar, pidiendo refuerzos a Madrid. Al fin, le llegaron en dos Cuerpos, mandados, respectivamente, por Vedel y Gobert, el primero de los cuales se situó a sus espaldas en Bailén, y el otro, algo más atrás, en La Carolina.

Pero Castaños y Reding, ya organizados sus ejércitos, avanzaron a una: el primero, desde Sevilla hacia Andújar, a encontrarse con Dupont; el segundo, desde Granada hacia Bailén, para atravesarse sobre el camino de Madrid, y caerle por la espalda. Entonces Vedel, que estaba en Bailén, cometió el gravísimo error de avanzar en ayuda de Dupont hasta Andújar, abandonando a Bailén, que hubiera podido ocupar Reding, que seguía avanzando desde Granada; bien es verdad que Gobert, que hasta entonces había estado en La Carolina, avanzó a su vez hacia Bailén, ocupando el lugar que Vedel acababa de dejar vacío.

Castaños se había presentado el 14 de Julio frente a Andújar, en la orilla opuesta del río, y Reding seguía avanzando desde Jaén

hacia Mengibar. Gobert, que acababa de llegar a Bailén, sabiendo la aproximación de Reding, le salió al encuentro, y perdió la batalla y la vida cerca de Mengibar. Las tropas de Gobert retrocedieron en mal estado hasta La Carolina. Dupont, sabedor del caso, mandó a Vedel que saliera a toda prisa para Bailén, que había vuelto a quedar vacía después de la retirada de las tropas de Gobert, mandadas entonces por Dufour; pero Vedel no se detuvo en Bailén, sino que siguió más atrás, yendo a reunirse con Dufour en La Carolina, poniéndose así entre Dupont y Vedel.

Dupont estaba encerrado entre Castaños y Reding, y Reding entre Dupont y Vedel, y todos ellos, sobre el mismo camino que va de Córdoba a Despeñaperros.

Castañes, comprendiendo que era de más importancia el ataque de Reding, que iba dirigido contra la espalda de Dupont, que el suyo, que era contra el frente, destacó de su ejército el Cuerpo mandado por Coupigny, y lo mandó a reforzar a Reding, mientras él permanecía frente a Andújar, para engañar a Dupont.

—¿Y cómo podía llegar Coupigny hasta donde se hallaba Reding, si estaba Dupont entre los dos?—preguntó Willy.

—Pues por medio de un rodeo, como lo dio yendo por Mengibar. Pero Dupont advirtió el movimiento, y, comprendiendo el peligro, retrocedió a Bailén en la noche del 18.

—Pero se encontraría allí con Reding—dijo Willy.

—¡Pues claro! Ese encuentro fue precisamente la batalla de Bailén, en la cual tuvo que combatir el ejército de Dupont dando frente adonde tenía antes la espalda. El ejército de Dupont, marchando desde Andújar hacia Bailén en la noche del 18 de Julio, formaba una columna interminable, porque llevaba como seiscientos carros consigo. Antes de llegar a Bailén, se encontró con las avanzadas de Reding, que tenía su ejército desplegado en batalla delante de Bailén, y se entabló en seguida la pelea.



Francisco Javier Castaños

—Que ganó Reding—dijo Willy.

—Sí, gracias a Dios. Poco después de mediodía tuvo que pedir Dupont suspensión de hostilidades después de muchos e infructuosos ataques contra la línea enemiga, que le opuso resistencia inquebrantable. Cuantas veces había intentado emplazar su artillería, otras tantas había sido desmontada por la española, cuyos tiros eran certerísimos. Algunas horas después de suspendido el combate, llegaron al campo de batalla Castaños con su ejército, por el camino de Andújar, y Vedel por el de La Carolina.

—De modo—dijo Willy—que Castaños vendría a caer sobre la espalda de Dupont, y Vedel sobre la de Reding.

—Eso es. La cosa acabó capitulando todo el ejército francés, incluso el cuerpo de Vedel. Thiers, en su *Historia del Consulado y del Imperio*, cree que a la llegada de Vedel debió Dupont romper de nuevo las hostilidades.

—Habría sido una infamia, si horas antes había solicitado, y se le había concedido, suspensión de ellas cuando se vio perdido—dijo Willy.

—Eso es lo que a cualquiera se le ocurre; pero Thiers piensa, por lo visto, que todo era lícito para los franceses, con tal de no pasar por la humillación que sufrieron. Mas no cuenta con lo que hubiera podido suceder allí, pues si bien es cierto que Vedel había llegado de refresco en favor de los franceses por un lado, Castaños había llegado también en favor de los españoles por otro.

—Habría sido una batalla rarísima la que se hubiera allí entablado—dijo Willy—, porque Dupont y Reding habrían tenido que combatir ambos al frente y a la espalda a un mismo tiempo.

—Ni más ni menos—contestó D. Antonio María—. Veo que te has hecho perfecto cargo de la situación de las fuerzas.

Al día siguiente determinaron los viajeros partir para Extremadura. Willy se lamentó de no haber visto bastante de Andalucía.

—Es verdad, y lo visto ha sido muy a la ligera; pero es imposible que lo hagamos de otro modo, so pena de renunciar a nuestro viaje por España.



1. Hospital Real en Santiago de Compostela. — 2. San Francisco en ídem. — 3. Fachada del Seminario contra en íd. m. — 4. Hospital del Obradoiro de la Catedral en ídem. — 5. Un patio del Hospital de los Reyes Católicos en ídem. — 6. Iglesia parroquial de San Julián en El Ferrol. — 7. Universidad de Santiago. — 8. Pórtico de la Gloria de la Catedral de ídem. — 9. Antigua iglesia de San Martín, hoy del Seminario (ídem).

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE CORUÑA

## CAPÍTULO XXIII

AL día siguiente continuaron hablando de Andalucía nuestros amigos, ya que tan pronto iban a dejarla. Alababa D. Antonio María la riqueza de su suelo y la variedad de su clima.

—Si hubiéramos estado en Sierra Nevada—decía—, habríamos visto en un espacio de muy pocas leguas la vegetación de la Groenlandia y la de las Antillas. Hay allí un lugar llamado Trevélez, cuyos jamones, curados en la nieve, dejan muy atrás a los mejores de York y de Westfalia, que todavía son inferiores a los nuestros de Galicia y Asturias, y a los de esta misma tierra de Extremadura, en que vamos a entrar muy pronto. Y no sólo se distingue Andalucía por la excelencia de su suelo, sino también por la riqueza mineral que encierra en sus entrañas: sus minas de plomo, hierro, cobre y plata son riquísimas, y rinden beneficios enormes; y en cuanto a mármoles, jaspes y otras piedras de construcción, no hay que decir sino que a las sierras de Granada hubo que ir a buscarlas para la edificación del Escorial, por no haberlas semejantes en ninguna otra parte de España. El mal de que adolece Andalucía, y particularmente ciertas regiones de ella, consiste en la aglomeración de la propiedad territorial en pocas manos.

—Yo no veo—dijo sir Roberto—que sea ése un mal tan grande; al contrario, nada hay más favorable a los progresos de la agricultura y de la ganadería que las grandes fincas, porque permiten la implantación de máquinas y procedimientos de cultivo, que la escasez de recursos ponen fuera del alcance de los pequeños agricultores. ¿A qué, sino a lo poco repartido del suelo, se deben los progresos de la agricultura y de la ganadería en Inglaterra?

—Es cierto—le contestó D. Antonio María—; pero, de ordinario, allí viven en sus tierras los grandes propietarios, y no, como aquí, en las grandes poblaciones. Ese es uno de los males más graves que se padecen en España, y el que más se opone a su progreso y al bienestar de sus habitantes. En Inglaterra, las casas mejores y más espléndidas están en el campo; para allí reservan sus ostentaciones y sus lujos los grandes propietarios; en mejorar sus fincas, promoviendo así la prosperidad del país y de sus habitantes, invierten sus rentas. A eso se debe que esté convertido el suelo de Inglaterra en un jardín delicioso. Aquí se andan leguas y leguas

sin ver, no ya palacios, pero ni siquiera viviendas, como no sean castillos y monasterios en ruinas, o ranchos de pastores. Sólo en las Vascongadas, Asturias y Galicia veréis a los dueños de las tierras vivir en ellas, que por eso son las más pobladas y prósperas y las mejor cultivadas de España.

—Pero propietarios y colonos tan chicos no es posible que dispongan de capitales para la adquisición de máquinas agrícolas, ni siquiera para el empleo de sistemas de cultivo perfeccionados—dijo sir Roberto.

—Sobre ese punto tengo yo ideas particulares—le contestó D. Antonio María—. Comprendo la utilidad de las máquinas donde sobre la tierra y falten los brazos para cultivarla, como sucede en las comarcas americanas, donde, por tal motivo, son altísimos los jornales, y hay inmensas extensiones de tierra verdaderamente abandonadas por falta de gente que las trabaje; pero donde, como aquí, gana un hombre dos pesetas al día, no hay máquina que compita con él. Las máquinas son, por eso, adecuadas al cultivo extensivo, que es el usado en los Estados Unidos de América, donde las cosechas son inmensas, no por la perfección de los procedimientos agrícolas, sino por la extensión de los terrenos que se cultivan, pues la tierra, como es sabido, da allí poquísimo. Los sistemas de cultivo han de adaptarse a las circunstancias. Quien imite aquí los de los Estados Unidos, no sólo se arruinará miserablemente, como ha pasado a muchos poco discretos o mal aconsejados, sino que promoverá conflictos sociales. Tras de sacar de la tierra escasos productos, dejará sin trabajo a muchos, cuyos jornales le costarían menos que la compra y entretenimiento de las máquinas con que tratase de sustituirlos. El sistema, seguido en grandes regiones de España, de combinar el cultivo extensivo con el trabajo a mano, es desastroso. Con el intensivo practicado a mano se sacan más productos a la tierra, y se da empleo a muchísima gente que tiene que buscar trabajo en oficios menos productivos a la sociedad, o emigrar, como único remedio a su miseria. ¿No es increíble que se emigre donde hay tanta tierra sin cultivar, y tanta otra que, por mal cultivada, rinde la décima parte de lo que debe?

—Voy creyendo que tenéis razón—dijo sir Roberto.

—¡Y tanto como la tengo! Ni en agricultura, ni en economía, ni en nada, suele convenir a un país lo que a otro. En los Estados Unidos, la agricultura, como todo, es negocio tan arriesgado com

el juego al alza o a la baja de los fondos públicos. Por eso hay allí tantos ejemplos de sujetos que pasan repentinamente de la nada a capitalistas de cientos de millones de duros, cosa inconcebible en Europa por medio de negocios lícitos y corrientes. En España, no hay otro camino para enriquecerse, o alcanzar siquiera el bien-



Benito Arias Montano  
(1527-1598)

estar, que el de la economía y el ahorro; idea que hay que inculcar a todo el mundo, y al agricultor antes que a nadie. Yo, en mis propiedades de Andalucía, he adoptado el sistema de dividir las en colonias, proporcionadas a las fuerzas de los arrendatarios. Sólo admito como tales a hombres formales, de laboriosidad y honradez probadas, y además, que tengan familia, porque sólo así se apegan al terreno. Las rentas que les señalo son módicas, y no tengo inconveniente en ayudarlos a desenvolverse al principio entregándoles animales, instrumentos de labranza, semillas, abonos y hasta efectivo, cuyo valor, más el pequeño interés correspondiente, han de devolverme cómodamente a plazos largos,

porque quiero que esos donativos tengan el carácter de empréstitos beneficiosos a ambas partes contratantes, y no el de limosnas.

—Pues eso que hacéis es constituíros en Banco agrícola, D. Antonio María—dijo sir Roberto.

—Ya lo sé, sir Roberto; y todavía pienso llegar más allá, porque estoy estudiando la organización de una Sociedad cooperativa, administrada por ellos mismos, que les permita adquirir todos los artículos que necesiten a precios inferiores que en el comercio. Todo lo que sea suprimir intermediarios entre el consumidor y el productor, es conveniente para ambos.

—¿Y dejáis a vuestros colonos en libertad de sembrar y plantar lo que quieran, de hacer los cultivos en la forma que les acomode, o les imponéis condiciones determinadas?

—Los dejo en libertad de hacer lo que quieran, pero dentro de ciertos límites; porque comprenderéis que no podría autorizarlos a hacer lo que creería un abuso hacer yo mismo: por ejemplo,

cortar árboles añosos sin sustituirlos por otros ya bien crecidos y desarrollados. El hombre tiene el derecho de cortar lo que él mismo ha sembrado, y que da frutos en el término de su vida; pero no lo que sembraron sus antepasados, no para una sola generación, sino para muchas. ¡Lucidos andaríamos si las generaciones que nos precedieron no se hubieran ocupado en plantar árboles, y sí sólo en cortarlos! Creo que estamos en el deber de hacer por nuestros sucesores lo que hicieron por nosotros nuestros antepasados.

—De lo que apenas hemos hablado —dijo Willy— es de los hombres ilustres de Andalucía, que deben de ser muchos.

—Tantos—le contestó D. Antonio María—, que sólo nombrarlos me sería imposible. Sin llegar a los tiempos modernos, ya a la caída del Imperio romano hubo muchísimos andaluces ilustres por su santidad o por su sabiduría. De entonces acá, son innumerables. Séneca, Lucano, Columela y otros autores latinos, infinidad de santos mártires y otros hombres esclarecidos, entre ellos algunos emperadores, fueron andaluces; y en tiempos más recientes, San Isidoro, San Leandro, San Fulgencio, San Hermenegildo, San Eulogio, San Álvaro de Córdoba y otros muchos santos mártires también lo fueron. Sin contar los príncipes, guerreros y hombres de letras que florecieron en la Andalucía musulmana, que debieron ser muchísimos, y de los cuales, no tanto por sernos poco conocidos, como por haber vivido en religión y costumbres ajenas a las nuestras, solemos prescindir absolutamente; tenemos tan gran número de guerreros, sabios, artistas y hombres de letras en la Andalucía cristiana, posterior a la conquista de San Fernando, que podrían llenarse libros con sus nombres. Gonzalo de Córdoba, el capitán más ilustre que ha habido en España, y que figura a la par de los más famosos de Europa; Benito Arias Montano, portento de sabiduría; Antonio de



Luis de Góngora y Argote

Poeta inspiradísimo y genial, que en su segunda época cayó en los defectos de rebuscamiento y obscuridad de estilo que caracterizan a la escuela del *gongorismo*, que del suyo tomó nombre (1561-1627).

Nebrija, famosísimo retórico; Gonzalo Argote Molina, notable historiador y genealogista; Ambrosio de Morales, insigne investigador de nuestras antigüedades; Nicolás Antonio, bibliófilo eminente; Diego Ortiz de Zúñiga, analista muy distinguido, y una verdadera legión de literatos y artistas, entre los que citaré a Luis de Góngora, de reconocido talento, a pesar del culteranismo y obscuridad de su estilo, y a Vicente Espinel, inventor de las décimas llamadas espinelas, y gran músico, a quien se debe la quinta cuerda de la guitarra; y sobre todo, Bartolomé Murillo y Diego Velázquez, que son los primeros pintores de España, y Pedro Roldán y Juan Montañés, que, si no son los primeros escultores, figuran en el número de los mejores.

#### CAPÍTULO XXIV

**T**ODA la anterior plática la sostenían nuestros viajeros camino de Llerena, adonde llegaron más tarde de lo que debieran, por lo malo del camino, que entre Fuenteovejuna y Reyna va por ásperas montañas, que separan por allí las aguas del Guadalquivir de las del Guadiana.

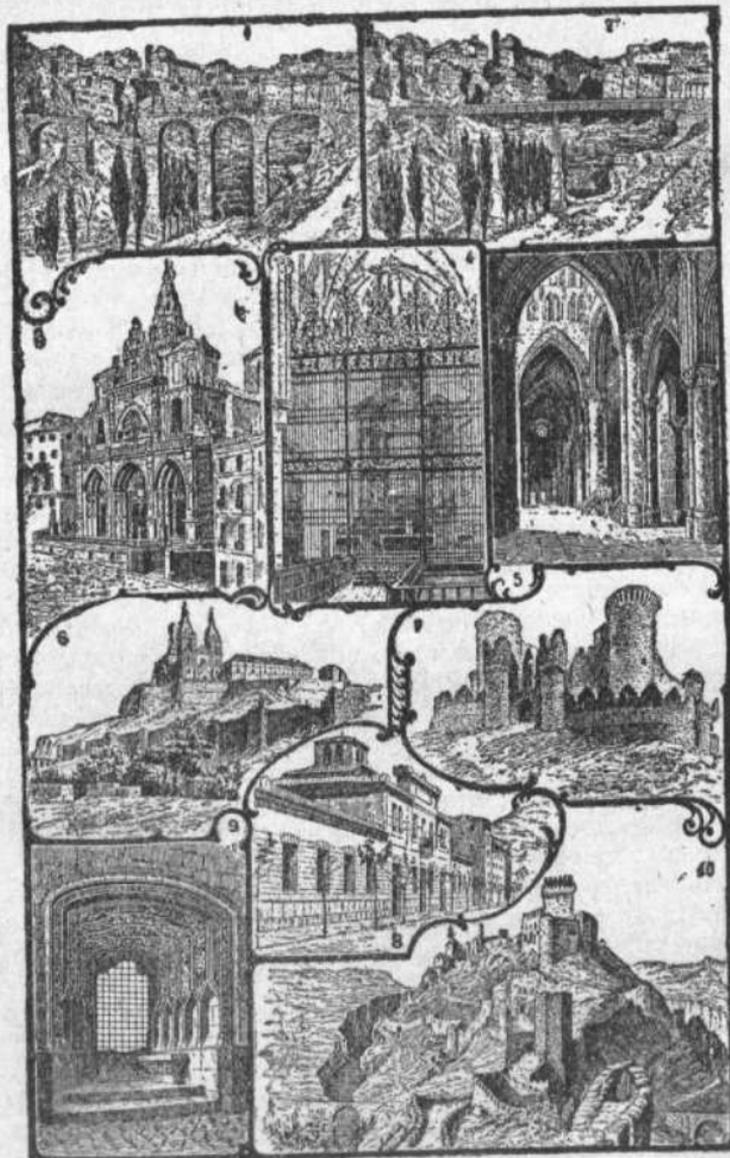
—Ahí, a nuestra izquierda, están Guadalcanal y el Pedroso, y más lejos, Almadén de la Plata; los tres, dentro de Andalucía. En el Pedroso hay abundantes minas de hierro, que sostienen a más de tres mil trabajadores—dijo D. Antonio María.

—¿Están allí las famosas minas de azogue?—preguntó Willy.

—No; el Almadén que tú dices está en la Mancha. En este de aquí hubo antiguamente minas de plomo argentífero, que están abandonadas; y en Guadalcanal las hubo también en explotación hasta fines del siglo último. *Almadén* es voz árabe, que significa *mina*; de modo que donde veas un pueblo de ese nombre, ten por cierto que o las hay o las hubo en lo antiguo.

Al pasar por Reyna, llamó D. Antonio María la atención de sus compañeros sobre las ruinas de su castillo romano.

—Esta villa—dijo—es la misma *Regina* que nombra Plinio entre las ciudades que tenían título de romanas. En estos alrededores se encuentran a cada paso cimientos de edificios, lápidas, columnas, medallas y otras antigüedades, que demuestran su importancia en lo pasado. Poco antes de la conquista de Sevilla, fue tomada Reyna a los moros por los frailes de Santiago, conducidos por su



1. Puente viejo de San Pablo.—2. Puente nuevo de San Pablo.—3. Fachada de la Catedral.—4. Altar mayor de la Catedral.—5. Nave del crucero de la Catedral.—6. Casa matriz de la Orden Santiago de la Espada (Uelás).—7. Castillo de Alarcón.—8. Muecualas de Aguirre (Cuenca).—9. Ventana del Castillo de Belmonte.—10. Castillo de Alarcón.

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE CUENCA

maestre Pelayo Pérez Correa, que militaba con ellos en las huestes de San Fernando, y fue desde entonces una de las muchas encomiendas de esa Orden en Extremadura, dependientes todas ellas del convento de San Marcos de León.

—Yo tenía entendido—dijo Frasquito—que la casa matriz de la Orden de Santiago estaba en Uclés, en la Mancha.

—Te diré: la Orden tenía dos casas matrices; una, el convento de San Marcos, en León, para el reino de ese nombre; y otra, el de Santiago de Uclés, para el de Castilla. Porque la Orden de Santiago se fundó en el siglo XII, cuando no se habían reunido las coronas de León y de Castilla en la persona de un solo soberano.

—En mi «gufia»—dijo sir Roberto—he leído que esas Órdenes, medio monásticas, medio militares, se fundaron a imitación de los morabitos, especies de monjes musulmanes armados.

—Esa es una noticia tomada de la «Historia de los Árabes», de Conde, que goza hoy de poco crédito. La Orden de Santiago, como todas las análogas fundadas en España y en otras partes, fueron imitación de la famosa del Temple, que fue la primera de todas. La de Santiago tenía muchas encomiendas en Extremadura, dependientes del convento de San Marcos, de León. En la edad Media estaba obligada a servir con mil lanzas en la guerra, y es sabido que una lanza no se reducía a un hombre armado a caballo, sino que comprendía al hombre de armas con todo su acompañamiento, que consistía en varios escuderos y pajes, todos armados.

—¿Y de dónde salían esos hombres armados?

—¿De dónde habían de salir, sino de la congregación misma? Componíase de frailes o caballeros de hábito; de comendadores, que estaban sobre ellos y los gobernaban; de clérigos seculares, y de un maestre, que estaba sobre todos. Hacían vida en común en sus castillos y encomiendas, y en caso de guerra formaban escuadrones que salían a campaña, quedándose en los castillos los caballeros indispensables para guardarlos.

—Los caballeros serían los oficiales de las tropas de la Orden—dijo Frasquito—; pero los soldados, ¿de dónde salían?

—No había soldados, en el sentido que das a esa palabra; o mejor dicho, los caballeros eran los soldados, porque la milicia en aquel tiempo estaba organizada de muy otra manera que ahora. Ha habido muy distintas clases de milicias, según los tiempos. En los de la República romana, sólo podían ser soldados los ciu-

dadanos que poseyesen bienes que dieran arriba de cierta renta que la ley determinaba; porque se creía que sólo éstos podían tener interés en la conservación de la República. Más adelante, en tiempo de Mario, se abrieron las filas a los esclavos y libertos, lo que, en opinión de muchos, fue causa de la pérdida de las libertades y del establecimiento del Imperio. Entre los godos invasores de España, como entre todos los pueblos que destruyeron el Imperio romano, eran guerreros todos los varones, desde el primero al último; pero no los esclavos que los seguían. Eso fue al principio; porque siglos adelante, como se ve por el Fuero Juzgo, formaban sus ejércitos de esclavos, a lo que hay que atribuir en gran parte la catástrofe de Guadalete y la destrucción de su Imperio. En los siglos siguientes de la Edad Media estuvo tan honrada la profesión de las armas, que se tenía por un codiciado privilegio reservado a los nobles y caballeros, y envidiado por los que no lo eran. Y así es natural que sucediera, porque sólo los primeros estaban interesados en la conservación de las instituciones feudales. Por eso, a medida que se extendieron las libertades municipales, fueron entrando en la constitución de los ejércitos las milicias concejiles, muy a despecho de la Nobleza, que no veía con buenos ojos armarse a la gente de inferior condición. Esta participación de la gente común en el oficio militar comenzó hacia la segunda mitad del siglo XII.

—Y hoy—preguntó Frasquito—, ¿qué sistema se sigue en España?

—Como todos gozamos de iguales derechos, a todos nos toca cumplir los mismos deberes, y el defender a la nación es uno de los más elementales de todo ciudadano—dijo D. Antonio María.

—Y los caballeros de la Orden de Santiago y de las otras análogas ¿no salen ya a campaña como antes?—preguntó Frasquito.

—Hace mucho tiempo—le contestó su padre—que han perdido esas Órdenes todo otro carácter que el de distinciones honoríficas.

—Tengo entendido—dijo sir Roberto—que hay que hacer muchas pruebas de nobleza para ingresar en ellas.

—Hoy, sí—le contestó D. Antonio María—. Esa costumbre se introdujo hace unos cuatro siglos, precisamente cuando comenzaron las Órdenes a perder su antiguo carácter práctico.

—¿Antes no se hacían esas pruebas?—preguntó Frasquito.

—Nada se sabe de cierto, porque faltan documentos. Se supo-

ne que los que ingresasen en esas cofradías serían hidalgos de pública voz y fama; único modo, probablemente, de serlo en épocas en que apenas se escribía, ni había partidas de bautismo, ni registros, ni apenas documentos escritos de ninguna clase. Recuerdo haber leído en la Crónica del Rey D. Pedro que Juan Diente, uno de los ballesteros de maza que le acompañaban siempre, y que le servía de verdugo, fue nombrado nada menos que comendador de Santiago; y no me cabe en la cabeza que ese Juan Diente fuera ningún personaje ilustre. A lo que entiendo, debía de ingresarse en las Órdenes de paje de lanza; de ahí se ascendería a escudero; después, a freile o caballero, y a comendador por último. A los freiles y comendadores los nombraba libremente el maestro.

—¿Y quién al maestro?—preguntó Willy.

—Los mismos freiles. En la de Santiago eran trece comendadores los electores; pero no hay que decir las influencias e intrigas que se pondrían en juego en esas elecciones.

## CAPÍTULO XXV

**L**LERENA es población antigua e interesante. En ella pasaron los viajeros la noche y unas pocas horas del día siguiente para darle un vistazo.

Perteneció hasta la desamortización de los bienes del clero a la Orden de Santiago, y ejercía jurisdicción sobre un vasto territorio en que había más de cincuenta villas y lugares. En la antigüedad se llamó *Regiana*, y dependería probablemente, a juzgar por ese nombre, de la cercana y hoy tan decaída villa de Reyna.

Conserva restos de sus antiguos muros. Tiene dos iglesias parroquiales. En la de Santa Clara hay trozos románicos dignos de estudio, y en la iglesia matriz, una torre de ciento ochenta pies de altura, llamada de la *Granada*.

Después de dar un paseo por la villa, emprendieron nuestros amigos el camino de Zafra.

—Ahora sí que estamos en pleno teatro de la guerra que llamas tú de la Península—dijo D. Antonio María a Willy—; de aquí en adelante, pasaremos todos los días por lugares famosos por los titos y batallas que hubo en el curso de esa guerra. ¡Quién sabe si su abuelo anduvo por este mismo camino que seguimos ahora!

—Esta provincia de Extremadura, que estamos recorriendo, ¿fue también reino independiente alguna vez?—preguntó Willy.

—No; todo lo que conocemos hoy con el nombre de Extremadura fue conquistado a los moros en el siglo XII por D. Fernando y don Alfonso, reyes de León, y formó parte del reino de ese nombre antes de su unión con el de Castilla; pero debo advertirte que el nombre de Extremadura ha experimentado muchas vicisitudes. Comenzó a llamarse Extremadura a la frontera del río Duero, que es lo que el nombre de *Extrema Durii* significa en latín, porque el Duero fue durante el siglo X y buena parte del XI el límite meridional de los Estados cristianos del centro y occidente de España. Extendíase, pues, entonces Extremadura desde las fuentes del Duero hacia Soria, hasta su desembocadura en el mar en Oporto. Cuando la disolución del Califato de Córdoba y la consiguiente debilidad de los Estados musulmanes permitió a los reyes de Castilla y León ir conquistando y poblando el territorio que se comprende entre los ríos Duero y Tajo, se fue corriendo el nombre de Extremadura a toda la tierra fronteriza de la cuenca del Duero. Había, pues, dos Extremaduras: la castellana, que era gran parte de lo que llamamos hoy Castilla la Vieja, y en que estaban Avila, Segovia y Osmá; y la leonesa, en que estaban Zamora, Salamanca, Ciudad Rodrigo, Viseo y Coimbra. A la Extremadura castellana se la llamaba también Castilla la Nueva.

—Pues si a la tierra de Segovia y Avila se las llamaba Castilla la Nueva, ¿qué nombre se daba a la Castilla la Nueva de ahora?

—Se la llamaba reino de Toledo, que es su propio nombre. La Extremadura castellana acababa en la tierra de Guadarrama, donde comenzaba el reino de Toledo; pero la leonesa se fue extendiendo hacia el Sur por las conquistas del siglo XII, hasta tocar con Andalucía. Acabó, por último, por perder la Extremadura castellana ese nombre, y no conservarlo de la leonesa sino la región más meridional de ella, que es la que se comprende hoy en las provincias de Badajoz y de Cáceres. Separado Portugal de León por ese mismo tiempo, conservó el nombre de Extremadura la parte de ese reino que se comprende entre Duero y Tajo.

Un día entero dedicaron nuestros viajeros a pasear por Zafra, población muy antigua y llena de recuerdos, pero que padeció mucho en la invasión francesa. Fueron señores de ella los duques de Feria, título que está hoy incluido en los de la casa de Medinaclie.

El alcázar, magnífico edificio de estilo gótico, edificado en 1437 por Lorenzo Suárez de Figueroa, progenitor de los duques de Feria, fue muy maltratado en la guerra de la Independencia. A su entrada se ve uno de esos cañones del siglo xv formados de barras y zunchos de hierro forjado, restos de la armería ducal robada por las tropas francesas de Drouot en 1811. El convento de Santa Clara, fundado también por los Figueroas, fue asimismo saqueado y maltratado por los invasores, los cuales mutilaron varias estatuas de las iglesias, entre ellas las del fundador y su mujer, que adornaban su sepulcro.

Próximo al alcázar se encuentra el convento de Santa Marina, que experimentó la misma suerte que los demás edificios de la villa. En su iglesia está el sepulcro de Margarita Harrington, hija de lord Exton, erigido en 1601. Hay en la villa varios edificios de estilo del Renacimiento dignos de nota, como el soberbio patio de mármol adornado de columnas góticas y dóricas de la Casa Grande, y la torre de la Colegiata. El blasón de Figueroa, apellido de los duques de Feria, campea en muchos edificios de la villa.

—Son armas parlantes—dijo D. Antonio María contestando a una pregunta que le hizo su hijo Frasquito—. ¿No sabes tú lo que son armas parlantes?

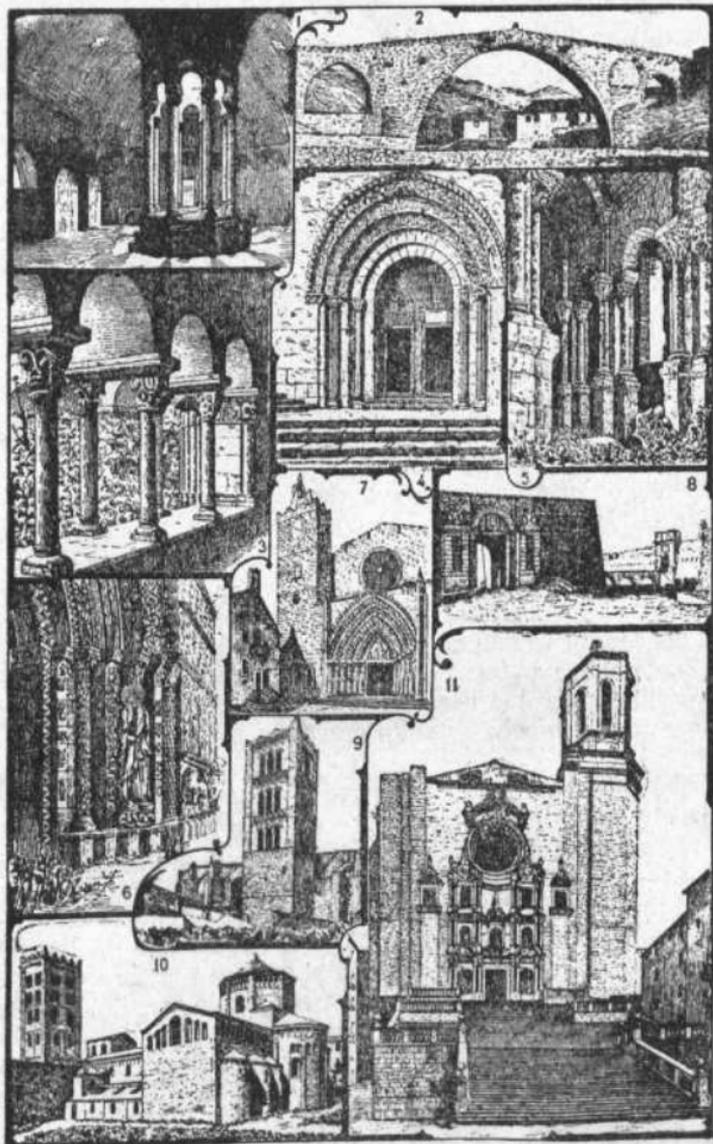
—Te confesaré que no estoy muy enterado de Heráldica.

—Pues no está de más tener idea de ella. Armas parlantes son las que en sus emblemas o figuras declaran, poco más o menos, el nombre de la persona u objeto a que se refieren. Así, por ejemplo, un castillo, por Castilla; un león, por León; una granada, por Granada; un águila, por Aguilar; dos abarcas, por Abarca; cinco llaves, por Chaves; una paloma, por Coloma, y cinco hojas de higuera, por Figueroa, que es el caso de que tratábamos, son armas parlantes.

## CAPÍTULO XXVI

DESDE Zafra fueron nuestros amigos a Badajoz en dos jornadas: la primera, hasta la Albuera, pasando por Feria y Santa Marta; la segunda, hasta Badajoz, donde pasaron la noche.

Se detuvieron en la Albuera por complacer a Willy, que quería ver el lugar en que se dio una de las más famosas batallas de la guerra de la Independencia.



1. Baños árabes (Gerona). — 2. Puente de San Juan de la Abadesas (Ídem). — 3. Claustro de San Pedro (Ídem). — 4. Puerta de San Pedro de Galligáns (Ídem). — 5. Ruinas de la iglesia de San Pedro de Roda (Ampurdán). — 6. Puerta de la iglesia de Monasterio de Ripoll. — 7. Frontis de la parroquia de Castellón de Ampurias. — 8. Castillo de Figueras. — 9. Campanario de la parroquia de Castellón de Ampurias. — 10. Vista exterior del Monasterio de Ripoll. — 11. Catedral de Gerona.

## ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE GERONA

Aunque pasaron en el campo de batalla más de dos horas, llegaron muy temprano a Badajoz.

Antes de entrar en la ciudad estuvieron examinando por fuera su recinto, para darse cuenta de cómo pasaron las cosas en el memorable asalto de 6 de Abril de 1812, en que estuvieron a gran altura los ingleses; porque apoderarse a escala franca de una plaza tan fuerte como Badajoz, defendida por una guarnición de 5.000 hombres, y con los adarves cubiertos de cañones, es empresa más que humana, como dijo D. Antonio María.

—Ese sistema de atacar plazas fuertes escalándolas a la luz del día bajo los fuegos del enemigo, es en extremo irregular, árriesgadísimo y más que temerario; pero honra en gran manera el ánimo y empuje de los que se atreven a ponerlo en práctica.

—¿Pues cuál es el método regular y científico de atacar una plaza fuerte?—preguntó sir Roberto.

—Depende de su situación y de la clase de defensas que tenga—le contestó D. Antonio María—. Si consisten las fortificaciones en eortinas y baluartes, como todas las que se construyeron del siglo xvi en adelante, antes de pensar en acercarse para abrir las brechas, es preciso desmontar la artillería de los adarves del frente de ataque, estableciendo en la prolongación de sus caras las baterías llamadas «de rebote»; porque ya comprenderán ustedes que no sería posible acercarse hasta el borde del foso para establecer allí las baterías de brecha estando entera la artillería de las murallas.

—¿Y qué necesidad hay de acercarse tanto para abrir la brecha? ¿No se puede hacer desde lejos?—preguntó sir Roberto.

—Si tuvieran los muros al descubierto, sí—le contestó D. Antonio María—; pero una de las modificaciones que se introdujeron en el arte de fortificar plazas después del empleo de la artillería, fue ocultar todas las mamposterías de los muros dentro del foso y no dejar al descubierto sino los parapetos que los coronan, que deben hacerse de tierra apisonada, de modo que sólo desde el borde del foso pueden verse las mamposterías.

—¿Y no puede tirarse contra las mamposterías y abrir brecha en ellas sin verlas, con los cañones de tiro tan preciso que hoy se estilan?—volvió a preguntar sir Roberto.

—Seguramente que sí—le contestó D. Antonio María—; pero ni habría nunca seguridad en que esa brecha no vista fuera

practicable, ni podría tampoco la columna de asalto romper la marcha desde muy lejos de la muralla, y atravesar un gran espacio del campo a la vista y bajo los fuegos del enemigo; ni, aunque pudiera efectuarse tan difícil operación, sabría qué clase de obstáculos había de encontrar para descender al fondo del foso y asaltar la imperfecta y problemática brecha, que los artilleros que había dejado media legua detrás le aseguraban haber abierto.

Al día siguiente, y a eso de las diez de la mañana, emprendieron el viaje a Mérida.

A la salida de la ciudad, les recordó D. Antonio María que por allí cerca se dio el año 1086 la sangrienta batalla de Zalaca, Sacralias o Salatrices (que de todas esas maneras la llaman), en que fue desbaratado el ejército cristiano por el de los almoravides y herido el rey D. Alfonso, el conquistador de Toledo.

—Aterrados los príncipes musulmanes de los varios Estados en que se había dividido el Califato de Córdoba ante los progresos de las armas cristianas, acordaron pedir ayuda a Jucef o Yusuf, rey de los almoravides de África. Acudió éste a su llamamiento con un poderoso ejército; súpolo D. Alfonso, que estaba sitiando a Zaragoza, y le salió al encuentro. Por cierto que cuentan los genealogistas que en ese combate tuvo principio el linaje de los Girones en cierto caballero que, al ver al rey desmontado por haberle sido muerto el caballo, le ofreció el suyo, cortándole al tiempo de cabalgar un jirón de la sobvesta; aventura que ha dado motivo para un cuadro a un pintor moderno llamado Carlos Rivera. El hecho es, sin género de duda, fabuloso en todas sus partes.

Llegaron a Mérida demasiado tarde para ver la ciudad. Se entretuvieron hablando sobre Extremadura mientras daban vueltas por la plaza Mayor y las calles más iluminadas.

—Hoy es provincia mucho más agrícola que industrial, y más ganadera que agrícola—decía D. Antonio María—. Una de sus principales fuentes de riqueza consiste en la cría de ganados, y más principalmente en la del puerco. Los jamones y chorizos extremeños son famosos en toda España. Hay grandísimas dehesas y bosques de robles y alcornoques en que se crían y ceban miles de cerdos. En los pueblos pequeños, en que pueden tener uno o dos cada vecino, se acostumbra mandarlos a la dehesa juntos todos con un solo porquero; y es cosa curiosa ver cómo esos animales, que se nos figura que son tan poco inteligentes, se reúnen por sí

solos en piara para salir del pueblo, y cómo toma cada uno de ellos el camino de su casa, sin equivocarse nunca, cuando vuelven del campo por la tarde. Una tierra dedicada en su mayor parte al pastoreo, como Extremadura, tiene que estar poco poblada, y así sucede efectivamente; pero antiguamente fue de las más populosas y ricas de España; bien se echa de ver todavía en los restos de caminos, puentes, acueductos y edificios antiguos de toda clase de que está literalmente sembrado su suelo. Esta ciudad de Mérida era la capital de la Lusitania, la segunda de España en tiempo de los romanos.

—¿Y cuál era la primera?—preguntó Frasquito.

—La primera era Tarragona, que daba nombre a toda la provincia tarraconeuse, la más grande de las tres en que España se dividía.

—¿Cuáles eran las otras dos?

—La Bética y la Lusitania. La Bética ocupaba toda la Andalucía de ahora y algo más; la Lusitania, mucho más que el actual reino de Portugal, pues se prolongaba todo a lo largo del Duero hasta su confluencia con el Pisuerga, y comprendía todo el territorio que llamamos hoy Extremadura y buena parte del de Castilla. Todo lo demás de España pertenecía a la provincia tarraconense. Pues, como iba diciendo, Mérida, capital de Lusitania, era sin disputa la segunda ciudad de España, a pesar de haberlas grandes y magníficas, como Sevilla, Córdoba, Málaga, Cartagena, Astorga y otras. Todavía en el siglo VIII era tan grande y soberbia, que Muzá, que se apoderó de ella después de un largo sitio, estaba asombrado de su magnificencia. Hoy es la ciudad de España, sin excluir a Tarragona, donde más restos romanos se hallan. No tengo duda de que si se practicaran grandes excavaciones en sus términos, habían de descubrirse antigüedades en gran número; y lo mismo digo de toda Extremadura. Tiene Mérida la gloria, poco estimada hoy de la gente superficial, pero la más grande, sin duda, de que puede una ciudad envanecerse, de ser patria de una de las más antiguas e insignes-mártires del cristianismo: Santa Eulalia, que nació en el año 292 y que fue martirizada en el tiempo de la persecución de Diocleciano. Sus reliquias, llevadas a Asturias cuando la invasión musulmana, están en la Cámara Santa de la Catedral de Oviedo. Pocos santos hubo nunca en España tan venerados; apenas hay pueblo de mediana importancia donde no se le rinda

culto, bien que bajo el nombre de Santa Olalla, que es la verdadera y castiza forma de decirlo.

El puente sobre el Guadiana es uno de los monumentos más antiguos y notables de España. Tiene 81 arcos, 2,675 pies de largo, 21 de ancho y 33 de altura sobre el nivel del agua. Por su longitud desmesurada con relación a su altura, más parece calzada que puente. Es de sillares almohadillados de granito y tiene mil ochocientos años de antigüedad, porque es del tiempo de Trajano. En Abril de 1812 volaron los ingleses algunos de sus arcos para impedir que pudiera acudir Marmont en socorro de Badajoz. Aguas arriba del puente, en una isla de en medio del río, hay un dique de manpostería, también de fábrica romana, llamado el Tajamar, cuyo objeto es proteger los arcos del puente contra las inundaciones.

Entrando en la ciudad por el puente, a mano derecha, está el *conventual*; edificio que fue en su origen fortaleza romana; después, árabe; más adelante, palacio episcopal, todavía después, convento de templarios, y por último, residencia del provisor de la Orden de Santiago. De ese edificio sólo quedan ruinas: un patio rodeado de columnas de granito, una alberca, restos de antiguos baños y restos también de un templo antiguo. Los franceses contribuyeron no poco a acabar de arruinarlo, como también arrancaron los mármoles de un antiguo arco de cuarenta y cuatro pies de altura, levantado en tiempo del emperador Trajano, llamado arco de Santiago. Cerca de ese arco se encuentra el palacio del duque de la Roca, diplomático que vivió en tiempo de Felipe IV; un verdadero museo por los restos de fábrica románica, gótica y morisca, que constituyen su arquitectura. Un templo antiguo de Diana, del que quedan altas columnas estriadas con capiteles corintios, está hoy transformado en casa particular.

Fuera de la ciudad, y cerca del convento de los Descalzos, se hallan las ruinas del Foro, muy próximas a la llamada *Vía Plata*, calzada romana que va de Mérida a Salamanca, la cual, algo más allá, cruza el río Albarregas por un puente, también romano, de 450 pies de largo y cuatro magníficos arcos.

Vense alrededor de la ciudad ruinas de varios acueductos. Las más notables de ellas son las que se encuentran al norte de la ciudad, cerca de la *Vía Plata*. De cuantos restos romanos hay en Mérida, éstos son los más importantes. A oriente de la ciudad están las ruinas, bastante bien conservadas, del Circo Máximo, de 1.350

pies por 830; las de un anfiteatro y las llamadas las *Siete Sillas*, que lo son de un teatro de que hace minuciosa descripción Bernabé Moreno de Vargas en su *Historia de Mérida*. Hay además en Mérida y sus cercanías muchísimas otras ruinas romanas de menos importancia, restos de edificios formando parte de construcciones más modernas, fragmentos de columnas, piedras con inscripciones y otras reliquias que demuestran la antigua grandeza de la ciudad. La iglesia de Santa Eulalia, en las afueras de ella, aunque se asegura ser del siglo iv, ha debido de experimentar grandes modificaciones en tiempos más modernos, porque su notable portada y sus capillas son de estilo románico.

## CAPÍTULO XXVII

Yo le agradecería a usted, padre—dijo Frasquito—, que me explicase en qué consiste la diferencia entre romano y románico, porque veo que no son la misma cosa, como yo había creído.

—La palabra *románico* se refiere siempre a arquitectura—contestó D. Antonio María—y se emplea para designar el estilo de ella que precedió al gótico en las provincias del occidente de Europa; pero ni *románico* tiene que ver nada con los romanos, ni *gótico*, hablándose de edificios, con los godos. Tampoco es general el empleo de la palabra *románico* para designar aquel estilo; en Italia lo llaman *lombardo*, y *sajón* en Inglaterra; nombres ambos tan impropios como los de románico y gótico, porque ni los sajones ni los lombardos tuvieron sistema propio de arquitectura.

—¿Y todos esos estilos, románico, sajón y lombardo, son uno mismo?—preguntó Frasquito.

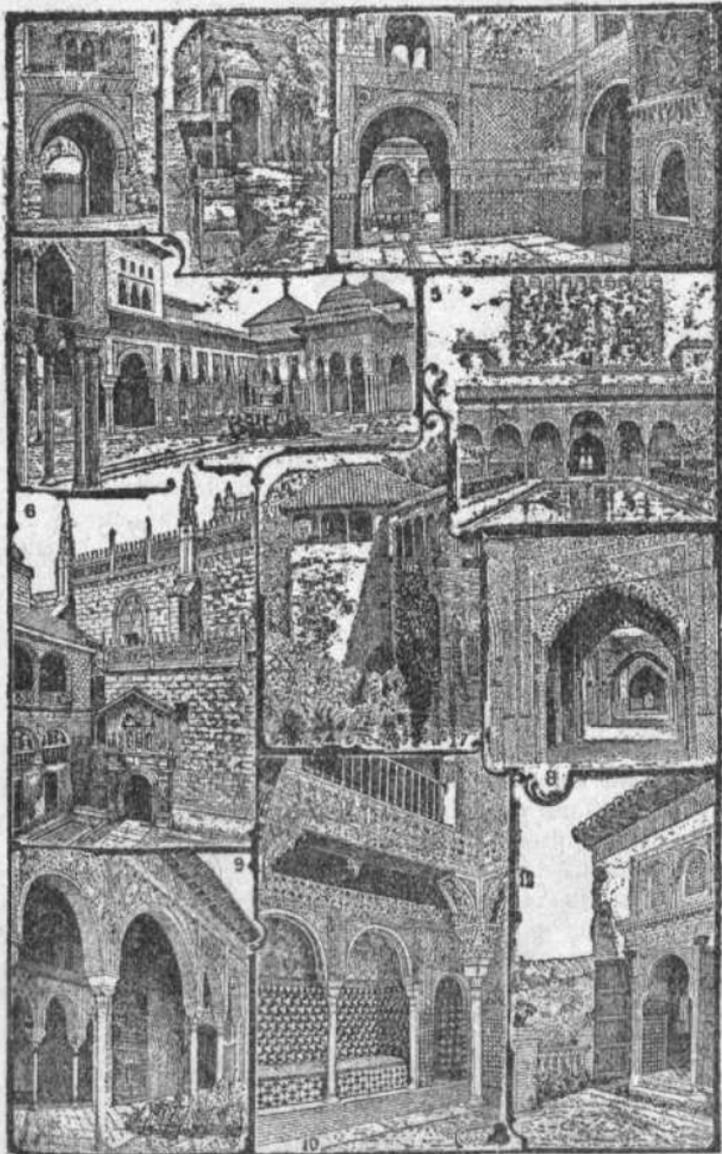
—Sobre poco más o menos, sí.

—¿Y cuándo acabaron esos estilos y comenzó el gótico?

—El gótico comenzó en el siglo xii, y se discute mucho sobre si tuvo origen en Francia o en Alemania. Si nació en Francia, fue, indudablemente, en sus regiones septentrionales; a mi parecer, su cuna hay que buscarla hacia las orillas del Rhin.

—¿Y en todas partes comenzó al mismo tiempo a construirse conforme al estilo gótico?

—Casi al mismo tiempo. En España, particularmente en los reinos de León y de Castilla, se sostuvo el estilo románico en lu-



1. Puerta del Vino en la Alhambra. — 2. Sala de Dos Hermanas (Idem). — 3. Sala de la Capilla Real (Idem). — 4. Patio de los Leones. — 5. Torre de Comares (Idem). — 6. Exterior de la Capilla Real (Idem). — 7. Tocado de la Reina (Idem). — 8. Sala de Justicia. — 9. Galería del Generalife. — 10. Sala del Reposo del baño. — 11. Exterior de la Mezquita (Idem).

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE GRANADA

cha con el gótico hasta bien dentro del siglo XIII, cediendo muy lenta y difícilmente el terreno; como a su vez lo cedió difícilmente el gótico al de Renacimiento, porque todavía se edificaron en España en el siglo XVI iglesias góticas tan magníficas como las de Segovia y la nueva de Salamanca.

—Y antes del estilo románico, ¿cuál hubo en los seiscientos o setecientos años que mediaron entre el tiempo en que se edificaron estos circos, anfiteatros y puentes que estamos viendo y las iglesias románicas?—preguntó Frasquito.

—Puede decirse que ninguno; y se explica perfectamente. Fueron siglos más ocupados en destruir que en edificar. Habían construido los romanos tan enorme número de edificios, y tan sólidos y magníficos, en los quinientos años del Imperio, que nada dejaron que hacer a las generaciones siguientes, como no fuera destruir lo que ellos habían edificado. Las ciudades eran inmensas y los campos estaban cubiertos de caminos y puentes que las ponían en comunicación unas con otras, y de acueductos que las surtían de agua en abundancia. Vino primero el cristianismo, que aborrecía las divinidades paganas y los juegos y espectáculos propios de la vida antigua, y por ese solo hecho quedaron inutilizados los templos, termas, arcos de triunfo, estatuas, circos, anfiteatros, teatros y naumaquias. Vinieron después las irrupciones de los bárbaros, que ocasionaron tremenda mortandad, pestes, hambres, desolaciones y estragos en las tierras del Imperio. La población de ellas tuvo que disminuir considerablemente en aquellos siglos. Sobraban, pues, palacios y habitaciones y faltaba gente. ¿Cómo y a qué se había de construir? Para comprender cuán grande debió de ser la destrucción en esos tiempos, basta considerar la gran profundidad a que sueen encontrarse los restos de los antiguos edificios y el increíble número de monedas que se descubren con el arado y la azada. Para que los hombres tirasen el dinero y para que dejaran cubrirse de montones de escombros edificios magníficos, sobre los cuales vinieron a levantarse, andando el tiempo, casuchas de mala muerte, es preciso que fuera espantoso el estrago.

—De modo que durante todo el tiempo que medió entre el paganismo y el principio del estilo románico, se aprovecharían para iglesias los antiguos templos de los dioses de la gentilidad.

—No, porque esos templos eran inadecuados al culto cristiano. Los antiguos templos eran pura y simplemente la habitación,

digámoslo así, del dios, donde sólo entraban los sacerdotes, quedando fuera el pueblo; mientras que las iglesias cristianas habían de tener cabida para todos los fieles. Por eso en las provincias occidentales de Europa se aprovecharon para templos cristianos las antiguas basílicas, que eran edificios a modo de Bolsas y tribunales de comercio, donde había un lugar para estrado de los jueces, y lo demás del edificio para el público y los negociantes. Esas basílicas se componían de tres naves separadas por columnas, de las cuales la más ancha era la central. Al fondo de esa nave central estaba el estrado destinado a los jueces, escribanos y alguaciles. Ese espacio ha venido a ser el ábside de nuestras iglesias, más acá del cual se agregó, andando el tiempo, una nave cruzada con las otras para dar a la traza del edificio figura simbólica de cruz, y ahí tienen nuestros cruceros.

—¿De modo—dijo Frasquito—que la palabra basílica se aplica al principio a otros edificios que no eran iglesias?

—Sí; *basílica* es voz griega que significa *palacio real*, adoptada por la lengua latina para designar los edificios que te he dicho: de modo que esa palabra, conservándose la misma, ha tenido sucesivamente tres significaciones distintas.

—¿Y en qué tiempo se usó ese estilo de arquitectura que llaman *bizantino*, del que veo frecuente mención en los libros?

—Ese estilo tuvo muy poca entrada en el occidente de Europa. Comenzó en las provincias de Oriente, en el siglo VI, precisamente en ese largo período en que aquí no había estilo ninguno. Sus edificios más notables son Santa Sofía, de Constantinopla; San Vital, de Rávena, y San Marcos, de Venecia.

—Pues Venecia y Rávena están en el occidente de Europa, pues que son, si no me engaño, ciudades de Italia—dijo Frasquito.

—Es cierto; pero San Vital, de Rávena, fue edificada en el tiempo en que pertenecía esa ciudad al Imperio de Oriente; y en cuanto a Venecia, estuvo siempre en más estrechas relaciones y frecuente comunicación con las provincias orientales de Europa que con las occidentales, por razón de su comercio marítimo.

Después de haber visto todas o las más notables ruinas que hay en Mérida y sus contornos, hicieron nuestros amigos una excursión a la «Charca de la Albuhera», conocida entre los arqueólogos por el nombre de «Laguna de Proserpina», monumento, también romano, situado algo más de dos leguas al norte de la ciudad. Es un

depósito de agua, como dos veces lo dice su nombre vulgar, con gigantescas obras de piedra granítica para represarla y dos torres llamadas «Los Bocines», con sendas escaleras para bajar al depósito. Otro, llamado la «Albuhera de Cornalvo», que está a dos leguas de Mérida por otro camino, también lo vieron el mismo día.

—Siquiera en el nombre de éste no se incurre en la redundancia que en el del otro—dijo D. Antonio María—, porque en «Charca de la Albuhera», o sobra la «charca» o sobra la «albuhera», que son en castellano exactamente lo mismo.

## CAPÍTULO XXVIII

ESTUVIERON discutiendo aquella noche nuestros viajeros el proyecto que les ocurrió al pronto de ir directamente a Madrid; pero al fin lo desecharon, acordando dirigirse al día siguiente a Guadalupe, pasando por Medellín, y así lo pusieron en práctica.

—Venir a Extremadura y no pasar por Guadalupe, es un pecado mortal—decía D. Antonio María—. Durante los tres siglos XIV, XV y XVI, fue el santuario más célebre y venerado de España. No hubo rey, príncipe ni personaje de nota en todo ese tiempo que dejase de hacer una peregrinación, por lo menos, a Guadalupe. Cristóbal Colón, al verse medio perdido en el mar viniendo de regreso de su primer viaje de descubrimiento, hizo voto de verificar esa peregrinación con los tripulantes de sus naves, con cirios en las manos y descalzos. Y de más está decir que Cortés, Pizarro y todos los demás conquistadores de América que pudieron regresar a España, y con mayor razón los que eran extremeños, no se olvidaron de ir a visitar ese famoso santuario.

—¿A qué se debía esa popularidad de la Virgen de Guadalupe?—dijo Willy.

—A que desde 1331, hacia cuyo año descubrió esa imagen en una cueva de la sierra de Guadalupe un pastor de Cáceres, dio en decirse que era ésta la misma esculpida por San Lucas y regalada a San Leandro por el papa San Gregorio; la cual, para librarla de los ultrajes de los musulmanes, habían escondido los cristianos cuando la invasión árabe en esa cueva de la sierra. A poco de descubierta la imagen, se le hizo una capilla, que no tardó en convertirse en magnífica iglesia, a la que se agregó muy poco después

un monasterio de Jerónimos, que fue la casa matriz de los de esa Orden religiosa en España. La devoción que se tuvo a esa imagen de allí en adelante fue tan grande, que los regalos y donativos de reyes, príncipes, personajes ilustres y gente común llovieron sobre el monasterio, que vino a ser el más opulento de España.

Llegaron a muy buena hora a Medellín nuestros viajeros para dar un vistazo a la villa y proseguir su camino.

—Aquí nació Hernán Cortés— dijo Frasquito.

—Sí—contestó sir Roberto—; era un porquero, lo mismo que Pizarro: así lo dice mi «guía».

—Pues en eso está equivocada vuestra «guía». Cortés era hidalgo y de familia pobre, sí; pero no tan escasa de medios que no pudiera mandar a su hijo a estudiar a Salamanca. Quien guardó puercos fue Francisco Pizarro, que, aunque hijo de otro hidalgo, no era legítimo, y pasó la

niñez en el más completo abandono, por la pobreza de su madre.

—¿Nació también en Medellín?—preguntó sir Roberto.

—No—le contestó Frasquito—; en Trujillo, que está muy cerca de Medellín.

—También pasaremos por Trujillo—dijo D. Antonio María— cuando volvamos de Guadalupe. Y notad—añadió dirigiéndose a sir Roberto—que todos los nombres de estos pueblos han sido trasladados a América: allí tenéis Trujillo, Medellín, Cáceres, Guadalupe, lo mismo que aquí; porque siendo de esta tierra muchos de los conquistadores, tuvieron gusto en ver reproducidos allí los nombres de los lugares de su nacimiento.

Medellín era una de las poblaciones más florecientes de Extremadura antes de la invasión francesa. Tiene un castillo arruinado, que perteneció, como toda la villa, a los condes de Medellín, con una vista espléndida sobre el campo circunvecino. Al pie de la villa corre el Guadiana, sobre el que hay un puente fabricado hace como tres siglos, y había antes uno romano, cuyos restos aún se descubren. También se ven fuera de la villa trazas de dos



Hernán Cortés

vías romanas, que iban, la una hacia Mérida, y la otra en dirección suroeste, como hacia Zafra o Almendralejo.

Desde Medellín fueron nuestros amigos a la cercana villa de Don Benito, de campo muy fértil, en que se dan muy buenas frutas; y sin detenerse en ella siguieron hacia Guadalupe, adonde no pudieron llegar aquella noche, que tuvieron que pasar en Logrosán.



Pizarro (Francisco) (1475-1541)

No lo sintieron, al recordar que existe en sus inmediaciones el rarísimo, o quizás único caso de Europa, de una mina de fosfato cálcico entre capas estratificadas de cuarzo y arcilla, o de arcilla y pizarra. Extiéndese unas cuantas millas el filón o depósito, entre capas de arcilla y pizarra en los extremos, y de arcilla y cuarzo en el centro. Sobresalen en algunas partes del suelo, distinguiéndose por su ligero color amarillo pajizo, que allí donde es más rico se convierte en laminillas blancas y purpurinas, como las de los depósitos estalactíticos de carbonato de cal. Contiene el mineral como 14 por 100 de fluoruro de calcio.

—Si no nos urgiera llegar a las provincias del Norte antes de que arrecien los calores, podríamos ir a las minas de Almadén, que son quizás las más ricas del mundo—dijo D. Antonio María.

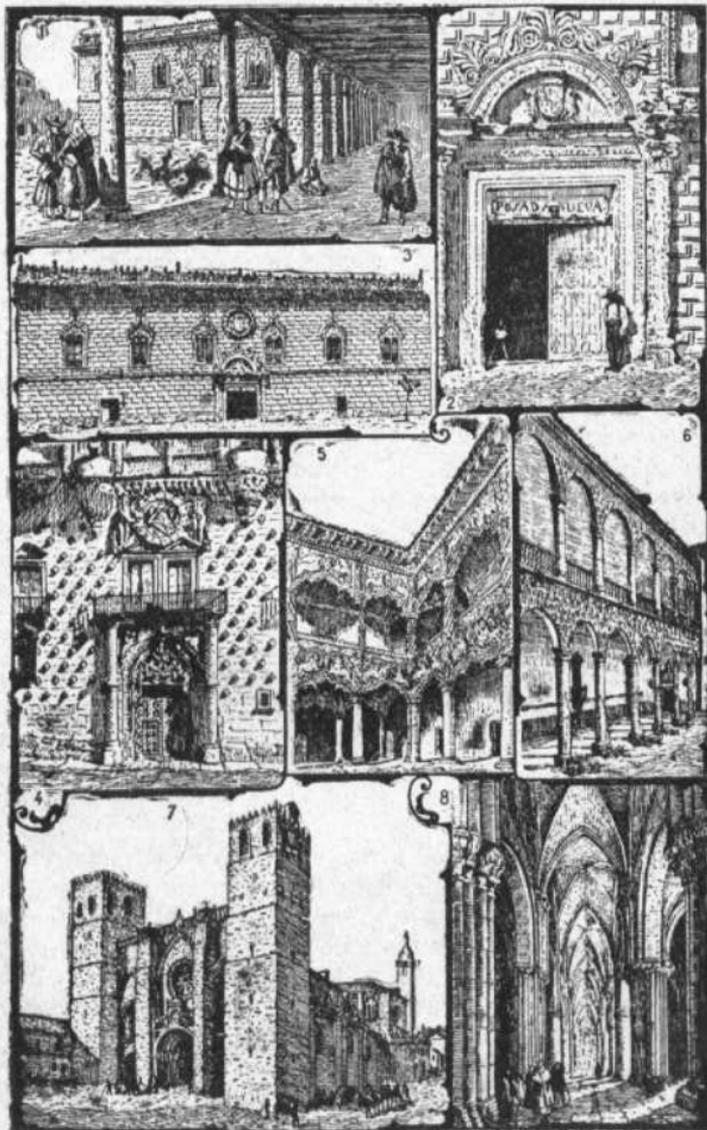
—¿Estamos cerca?—preguntó sir Roberto.

—A unas diez y seis horas—contestó D. Antonio María.

—El mineral que allí se encuentra—prosiguió diciendo—es el cinabrio, combinación de azufre y mercurio, asociados generalmente con cobre y con piritita de hierro. Se obtiene el mercurio por medio de calcinaciones, que se hacen en dos clases de hornos, de los cuales el mejor es el inventado por Bustamante en el año 1633.

—¿De modo que las minas de Almadén son muy antiguas?

—Antiquísimas. Ya fueron explotadas por los romanos, y más adelante, por los árabes. Puede decirse que no han dejado nunca de estar en explotación. En Almadenejos, que está cerca de allí, hay también minas de azogue, probablemente prolongación de las de Almadén, pues son tan extensas, que se las considera inagotables.



1. Palacio de los duques de Medinaceli (Cogolludo). — 2. Portada del palacio, hoy posada (Ídem). — 3. Fachada principal del mismo. — 4. Fachada del palacio del Infanzado (Guadalajara). — 5. Patio de los Leones del palacio de Guadalajara. — 6. Galerías del jardín. Palacio de Guadalajara. — 7. Catedral de Sigüenza. — 8. Interior de la Catedral (Ídem).

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE GUADALAJARA

—¿Y quién las explota?—preguntó sir Roberto.

—Pertenecieron siempre al Estado—le contestó D. Antonio María—; unas veces las ha explotado él directamente, y otras por medio de contratistas o arrendatarios. Uno que, allá por el siglo XVI, tuvo a cargo esa explotación, fue el famoso banquero alemán Fugger, a quien llamamos nosotros Fúcar, que con sus hijos y descendientes vino a constituir una opulentísima dinastía de Fúcares, como la de los Rothschild de nuestros tiempos.

—¿Y saca mucho el Estado español de esas minas?

—No todo lo que pudiera si las explotase con más ahinco; pero esa explotación es en extremo malsana para los mineros, porque las emanaciones del azogue ocasionan gravísimos trastornos, que, además de manifestarse en enfermedades molestas, acortan mucho la vida. Es, pues, muy difícil encontrar trabajadores.

De Logrosán a Guadalupe, el camino es precioso. Primero se llega a Cañamero, que está a la entrada de una hoz o garganta, por donde corre el pintoresco Ruescas, riachuelo que, junto con otro que baja de la misma sierra, va a desembocar en Guadiana cerca de Medellín. Poco adelante se entra en la sierra de Guadalupe, ascendiéndose por montañas cubiertas de bosques y hierbas aromáticas, alcanzándose al cabo una alta llanura, desde donde se descubre gran extensión de terreno.

El embajador veneciano Navagiero, que acompañó al emperador Carlos V en una visita a Guadalupe, lo describe más como ciudad que como monasterio. Un fuerte muro almenado y torreado circuye el conjunto de edificios y torres que forman el monasterio, dando a éste ese aspecto de plaza de guerra tan común en los conventos orientales.

La iglesia es gótica, como el coro en medio de la nave central. La reja que separa a los monjes del pueblo es soberbia, obra maestra de Francisco de Salamanca y Juan de Avila. El retablo del altar mayor es magnífico, pero fuera de lugar en una iglesia gótica. Lo proyectó y dibujó Juan Gómez de Mora y lo ejecutó Giraldo de Merlo. La capilla mayor, la de los cuatro altares, el sagrario y sacristía son dignas del edificio. En la de los cuatro altares están las estatuas de D. Dionis de Portugal y de doña Juana, su mujer, y el sepulcro de doña María de Alencastre, duquesa de Aveiro. Súbese al camarín de la Virgen por una escalera de mármol.

El general francés Víctor robó los diamantes, perlas, joyas, oro

y plata que en vestiduras, lámparas y mil otros objetos habían sido regalados al santuario durante siglos. Nueve carretas se llevó cargadas de plata. De los muros del sagrario pendían antiguamente las cadenas de los cautivos que debían su libertad a la intercesión de la Virgen. Llámala Cervantes «Santísima imagen, liberador de los cautivos, lima de sus hierros y alivio de sus prisiones».

Hay en torno del santuario muchos edificios, antes extensos y suntuosos. En la hospedería, que era el destinado a alojamiento de los peregrinos, hay dos hermosos claustros, gótico el uno, mudéjar el otro. Es muy digno de atención un precioso templete de gusto gótico, sobre el cual se alza una elegantísima arquería. Todavía se conservan el edificio destinado a botica y la librería, de la cual han desaparecido los mejores libros. Para facilitar el viaje al monasterio, edificó en 1338 D. Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, el soberbio puente que cruza el Tajo poco más arriba de Talavera la Vieja, y que, por tal motivo, se llama «Puente del Arzobispo».

## CAPÍTULO XXIX

DESDE Guadalupe fueron nuestros viajeros a Trujillo. En lugar de volver a Logrosán, se encaminaron casi en línea recta a Trujillo, pasando por Navezuela, Cabañas y Madroñera, y atravesando riosos y montañas escarpadísimas.

Trujillo es ciudad antigua, que se dice fundada por Julio César con el nombre de «Turrís Julia». Su parte alta, que llaman la *Villa*, se asienta sobre una peña granítica y domina por su altura el país circunvecino. Cíñese de muros torreados y tiene en su parte norte una fortaleza romana, también murada y torreada. Son todas esas construcciones de sillares de granito, tan enormes en algunas partes, que parecen ciclópeos. Ofrece la villa gran interés al artista, por lo pintoresco de sus casas y calles, abiertas en la peña, y por sus muchas torres, algunas de aspecto morisco.

La iglesia de Santa María la Mayor es notable por su hermoso rosetón calado, sus ventanales góticos y su portada del mismo estilo. Tiene una torre románica más antigua que ella. En sus capillas se ve, entre otras, el sepulcro de Diego de Paredes, famoso por lo enorme de sus fuerzas.

La ciudad está en la falda de las peñas en que la villa se asienta.

La iglesia de San Martín, de una sola nave y esbeltas arcadas, se distingue por su techo de piedra, de muy curiosa hechura. Contiene varios y muy artísticos sepulcros y un espléndido rosetón calado. Hállase en la esquina de la plaza, que está circuida de curiosos y pintorescos edificios públicos y privados, contándose la casa de Pizarro entre los últimos, y la del Ayuntamiento entre los primeros. Son dignos también de mención el retablo de granito de la iglesia de Santiago y el patio del convento de San Francisco. Hay antiguas y buenas casas particulares, algunas de las cuales son verdaderos palacios. En la iglesia de la Concepción hay un sepulcro dentro de un nicho, una estatua orante, que se dice de Francisco Pizarro, así como el sepulcro; pero, haciendo imposible este hecho el positivo de hallarse en la Iglesia Mayor de Lima la momia de Francisco Pizarro, hay que convenir en que este sepulcro de la iglesia de la Concepción, de Trujillo, no es de Francisco Pizarro, sino de algún otro caballero de este apellido, o en que, de ser de él, no contiene sus restos.

El sepulcro de Francisco Pizarro y su momia, muy bien conservada por cierto, están en Lima. Fue hijo de Gonzalo Pizarro, llamado «El Largo», capitán que estuvo en la guerra de Navarra, y no fue más cruel que cualquiera otro hombre de guerra de su tiempo o de los nuestros. Muchas más crueldades y actos de barbarie, y sin razón que los cohonestara, cometieron aquí muchos generales franceses. Francisco Pizarro se encontró en el Perú en situaciones peligrosísimas, en que se jugaba el todo por el todo, y en que se necesitaba suplir con una energía llevada hasta la ferocidad la inmensa flaqueza de sus fuerzas. Era de carácter noble, de buen corazón y tan liberal, que rayaba en despilfarrado. Se cuentan varias anécdotas que lo acreditan. Pasando una vez un río en una barca, se cayó al agua, y fue arrastrado por la corriente, un criado indio que le acompañaba; él se tiró al agua y lo salvó, con gran riesgo de su vida, pues pasaba entonces de los sesenta años y no estaba ya para esos trotes. Tan dadivoso era, que, con haber sido el español que más plata y oro allegó de cuantos pasaron a Indias, no dejó nada a su muerte.

—Que fue, por cierto, bien trágica—dijo sir Roberto.

—Sí; fue muerto en su propia casa por los que seguían al hijo del adelantado D. Diego de Almagro. Y para que veáis de qué casta de hombres era Pizarro, os diré que, con más de sesenta y cinco

años que tenía cuando fue muerto, hizo frente a cinco o seis hombres armados hasta los dientes, que le acometieron a un tiempo.

—Sí; recuerdo perfectamente lo que refiere William Prescott sobre ese hecho. Dice que, no pudiendo con él todos juntos, sacrificaron a uno de ellos levantándolo en alto, y arrojándolo encima; y aprovecharon el momento que tardó él en atravesarlo con la espada, para darle una estocada en la garganta.

—Así lo refieren los cronistas contemporáneos. Debía de ser un hombre hercúleo cuando, a edad tan avanzada, se pasaba el día entero jugando a los bolos y a la pelota. Tanto él como su compañero, y más tarde rival, Diego de Almagro, no vacilaban en atacar ellos solos a cien indios de guerra.

—Yo creo que Cortés le aventajaba mucho—dijo sir Roberto.

—Estoy en lo mismo; pero no caben comparaciones entre ellos. Cortés recibió una educación esmerada; estuvo estudiando dos años en Salamanca y hasta llegó a saber muy pasablemente el latín. Pizarro, en cambio, pasó la niñez en el mayor abandono y no sabía siquiera escribir su nombre. Cortés hizo la conquista de Méjico a los treinta y tres años; Pizarro pasaba de los cincuenta cuando conquistó el Perú.

—¿Y a cuál de los dos hechos concedéis más mérito?

—Es difícil decirlo; porque, si bien los indios aztecas y tlascaltecas, de Méjico, parecían ser gente mucho más brava y guerrera que los del Perú, Cortés dispuso de más elementos que Pizarro, aunque fueron bien escasos los de ambos. Cortés emprendió la conquista de Méjico con quinientos ocho hombres, de los cuales treinta y dos eran ballesteros o escopeteros, a los cuales hay que agregar ciento diez maestros, pilotos y marineros y diez y seis caballos y yeguas. Además, llevaba unos cuantos cañoncitos pequeños, de los llamados culebrinas. En cuanto a Pizarro, entró en el Perú con setenta y dos hombres de a caballo y ciento dos de a pie, de los cuales veinte iban armados de ballestas y sólo tres de escopetas. En resumen: Cortés disponía de seiscientos diez y ocho hombres, y seis u ocho escopetas y unos cuantos cañones; y Pizarro, de ciento sesenta y cuatro hombres y tres escopetas: la diferencia es enorme.

—Pero ¿sólo con tres armas de fuego conquistó Pizarro el Perú? ¡Eso es increíble!—dijo sir Roberto.

—Pues no llevó ni una más. Se ha exagerado mucho la parte

que tuvieron las armas de fuego en las conquistas de América. Las relaciones de entonces más hablan de ballestas que de escopetas; y bien sabéis que entre las ballestas que llevaban los españoles y los arcos que usaban los indios, la diferencia era bien poca.

—Y tan poca—dijo sir Roberto—, que, como sabéis muy bien, nosotros los ingleses preferimos siempre el arco a la ballesta.

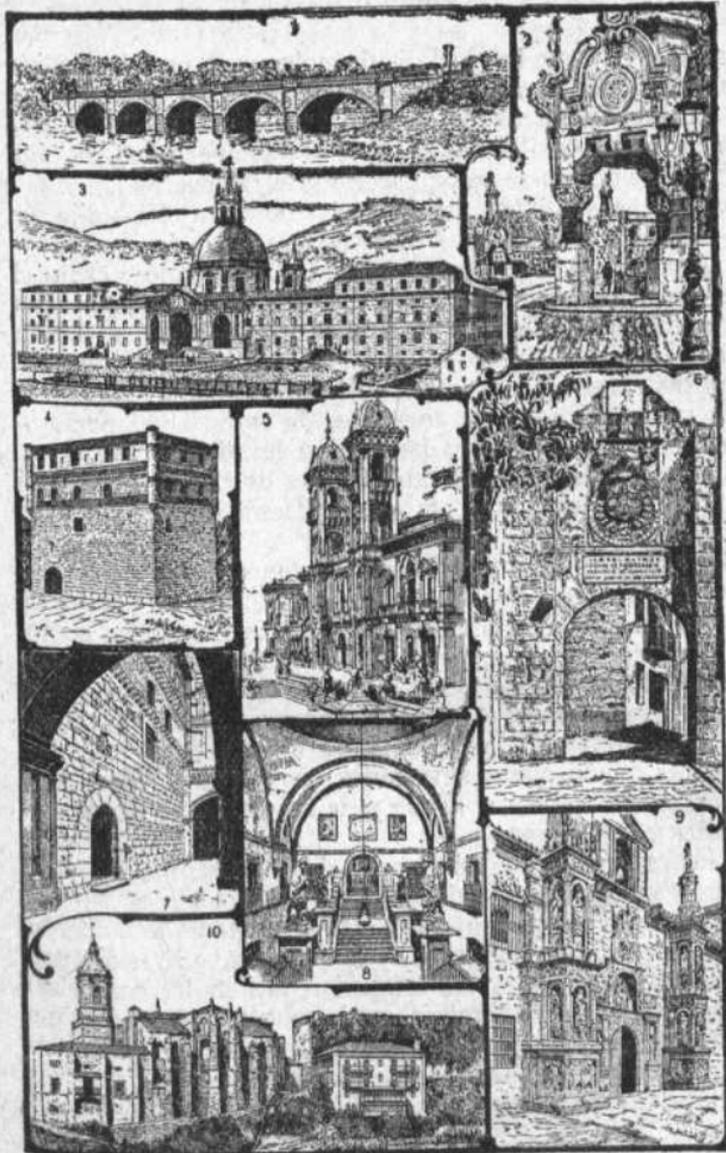
—Tanto más en mi abono. Ya veis, sir Roberto, que para acusar a un hombre porque cometió algunos actos de crueldad al verificar con ciento sesenta y cuatro hombres y tres escopetas la conquista de un imperio, aunque estuviera habitado por carneros, es preciso ser bien intolerante. ¿Cómo se pretende que hiciera esa conquista? Los autores de esos vituperios, no lo dudéis, o no han visto guerra en su vida o proceden de mala fe.

—Con quien no se condujo nada bien fue con su compañero Almagro—dijo sir Roberto.

—Como, probablemente, se hubiera conducido Almagro con él si se hubiesen vuelto las tornas; ya sabéis lo que son las guerras civiles. Hay que tener también en cuenta la rudeza de aquella gente. Y sólo hombres de ese temple pueden llevar a cabo empresas como aquélla. ¿Creéis que abundarían mucho los hombres como Cortés, Pizarro, Alonso de Ojeda y otros tales, en España ni en ninguna parte? Ya os he dicho lo que era Pizarro; pues Cortés no le iba en zaga. Bernal Díaz del Castillo, que le acompañó a la conquista de Méjico, y autor de una relación de ella sumamente curiosa, al describir su persona, como lo hace con pelos y señales, dice «que sabía menear muy bien las manos, como muy varón que era»; y para que así hable Bernal Díaz, tan hecho a ver varones del temple de los conquistadores de Indias, mucho tenía Cortés que serlo. ¿Y dónde me dejáis a Francisco Orellana, que tuvo el valor de abandonarse a la corriente del río Amazonas, sin saber adónde iba a parar, ni si se despeñaría por alguna catarata, metido él y su gente en una mala nave hecha por ellos mismos, hasta salir al Océano después de un viaje, comparado con el cual, la famosa expedición de los argonautas y la Odisea de Ulises son verdaderos juegos de niños?

—Por cierto que ese Orellana era también de Trujillo.

—¡Esa es otra! La mayor parte de esos hombres, metidos a descubridores de islas y continentes, a cosmógrafos, hasta a calafates y fabricantes de barcos, eran naturales de tierras cien leguas



1. Puente internacional (Irún). — 2. Detalle del puente de Loyola (vista general). — 4. Casa solar de Loyola. — 5. Casino de San Sebastián. — 6. La Puerta (Fuenterrabía). — 7. La Santa Casa (San Ignacio de Loyola). — 8. Escalera principal (Idem). — 9. Universidad (Oñate). — 10. Iglesia y palacio de Carlos V (Fuenterrabía).

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE GUIPÚZCOA

distantes del mar y que hasta el día de embarcarse para las Indias no habían visto más agua que la de los arroyos y albuferas de sus pueblos. Cuando Cortés titubeaba entre ir a Italia o a las Indias, seguramente no conocía el mar sino de oídas; debió de verlo por primera vez al embarcarse en Sanlúcar de Barrameda.

—Siempre he admirado más que el valor de Colón—dijo sir Roberto—el de los Pinzones, y todavía más el de los marineros que los acompañaron en el primer viaje; porque Colón, como el autor del proyecto, y como hombre científico que era, habituado además a largas expediciones marítimas, podía estar, y estaría seguramente, convencido del éxito de la empresa. Los Pinzones podían quizás entreverlo; pero ¿en qué podrían fundar esperanzas marineros rudos e ignorantes, incapaces de entender ni por asomos las explicaciones de Colón, dado que se las diera?

—¿Y en qué consistían las explicaciones de Colón?—preguntó Frasquito— ¿Es que él sostenía que la Tierra es redonda y no querían creerlo?

—No era eso. Todo el mundo sabía entonces, y desde muchísimos siglos antes, que la Tierra es redonda. Pasaba por hecho fuera de toda discusión. Hasta en las insignias imperiales se representaba desde tiempo inmemorial a la Tierra por un globo. El punto que se discutía era si podía o no dársele la vuelta saliendo de un paraje cualquiera, y caminando o navegando constantemente en la misma dirección, y volviendo a él por el lado opuesto. Colón sostenía que sí, y sus adversarios que no, fundándose para ello en pasajes de autores antiguos y de las Sagradas Escrituras, interpretadas a su manera.

—¿Y fueron muchos los adversarios de Colón?

—Fueron muchos menos de lo que generalmente se supone. Su mayor enemigo no fue tanto la incredulidad como la indiferencia. Después de todo, lo que pedía, y lo que al cabo se le dio, tres cascarones de nuez (que a eso estaban reducidas las carabelas), era bien poco. Sólo esa indiferencia explica que, no ya un soberano, sino cualquier sujeto particular de medianas rentas, no le facilitase tan insignificantes elementos; posible es que si hubiese propuesto cualquier desatino, hubiera encontrado más fácilmente quien le ayudase.

## CAPÍTULO XXX

DE Trujillo fueron nuestros viajeros a Cáceres, ciudad situada en una eminencia en medio de una campiña fertilísima y cubierta de frutales y viñedos. La parte alta de la ciudad conserva sus antiguos y torreados muros, y toda ella abunda en sólidas mansiones de aspecto señorial, con sus portadas de granito, en que campean emblemas heráldicos. La de los duques de Abrantes tiene lindísimas ventanas; la de los Golfines, antiguos y espaciosos mosaicos, y en otras hay interesantes detalles de estilo mudéjar. Las iglesias de San Mateo, Santa María y Santiago son todas notables. La primera de ellas es gótica y tiene una hermosa torre; la segunda, un magnífico retablo en el altar mayor, y la tercera, que está extramuros y que fue mozárabe, una preciosa reja. En las tres hay magníficos sepulcros. En la plaza se alzan dos estatuas romanas: una de Ceres, que está mutilada, y otra de Diana.

Ya que estaban en Cáceres, aprovecharon la ocasión para ver las minas de fosfato de cal que hay entre esa ciudad y el lugar de Malpartida, que son las más ricas de España. Una compañía fundada en 1876 explotaba esas minas hasta una profundidad de ochenta metros, con magnífica maquinaria de vapor de hasta 250 caballos de fuerza, y las viviendas de los mineros formaban ya un pueblo, con su iglesia, escuelas, casa de correos, etc.

Arroyo del Puerco, adonde fueron nuestros viajeros desde Malpartida, es uno de los pueblos más ricos de Extremadura. En su iglesia parroquial hay algunas pinturas del divino Morales. Tiene un antiguo reloj de torre, que, por alumbrarse de noche, llaman el *Faro*. Desde allí fueron a Brozas, lugar en que hay un castillo de aspecto muy pintoresco y una torre, que llaman de Belvis; y desde Brozas, atravesando un país árido y miserable, a Alcántara.

Esta villa, de la que tomó nombre la célebre Orden Militar que hasta principios del siglo xv dependió de la de Calatrava, es la que se llamó en tiempos de los romanos *Norba Cesárea*. Hállase sobre una eminencia a orillas del Tajo y tiene antiguos muros y torreonnes y un castillo que domina el caserío, haciendo todo ello un conjunto muy pintoresco. El convento de San Benito es un soberbio edificio, que perteneció, como todo el pueblo, a la Orden de Alcántara y que fue casi arruinado en la guerra de la Independencia.

En su iglesia están los sepulcros de varios comendadores y caballeros de aquella Orden. Otros de esos sepulcros están en el claustro.

Al puente debe la villa el nombre que lleva, pues Alcántara significa *el puente* en lengua árabe, y significaba antes lo mismo en la castellana. Hoy, fuera de alguna región de Andalucía, y no sé si también del continente de América, sólo nos queda el diminutivo *alcantarilla*, que va poco a poco torciéndose de su acepción legítima para tomar la de *cloaca*, que muchos, mal informados, le atribuyen. Decir, pues, puente de Alcántara, es una redundancia.

El puente es colosal y soberbio; obra de romanos al fin, que más parece de gigantes que de hombres. Consta de seis arcos, de los cuales los dos de en medio, de 110 pies de vano, son los mayores. Tiene 670 pies de largo y 210 de alto sobre el río. Lo construyó en el año 105 de Cristo, imperando Trajano, Cayo Lucio Celer, como reza la lápida que hay en la especie de capilla que está a su entrada, capilla que es contemporánea de la obra. Compónese ésta de sillares almohadillados de granito, sin argamasa interpuesta; y habría sido eterna, como lo dicen los versos latinos de la lápida, sin la barbarie de los hombres. En 1113 fue roto uno de los arcos centrales, y se suplió la falta con una obra de madera, hasta que en 1543 la reparó Carlos V. El segundo arco de la orilla derecha fue volado en 10 de Junio de 1809 por el coronel Mayne, para impedir el paso del río a los franceses. Se reparó de nuevo con madera el defecto, hasta que, vuelto a ser cortado el puente en 1836 en la guerra civil, ha sido definitivamente restaurado en 1882 por el ingeniero D. Alejandro Millán.

## CAPÍTULO XXXI

COMO todos tenían empeño, y D. Antonio María el primero, en hacer una visita a Yuste, en cuyo monasterio pasó el último año de su vida y murió el emperador Carlos V, y como querían ver también el puente de Almaraz, fueron primero a este último pueblo.

Es de dos arcos, y tiene 580 pies de largo y 134 de alto sobre el nivel del agua. Se construyó en 1552, a costa de la ciudad de Plasencia, para facilitar el paso a Guadalupe a los peregrinos de las provincias de allende el Tajo. Lo fabricó Pedro de Urías, y es

obra de gran mérito. El general Cuesta lo cortó en 1809 para impedir a los franceses el paso del río, y en tal estado quedó hasta 1845, en que lo recompuso a expensas de la localidad el padre Ibáñez.

—Aquí tienes, Willy—dijo D. Antonio María—, el teatro de una hazaña de tus compatriotas.

—Ya lo recuerdo—contestó Willy—. Habla usted de la toma del reducto de *Napoleón* por las tropas de lord Hill en 1812.

—Veó que sabes al dedillo todas las operaciones de la guerra de la Península.

—Sí, señor; porque se las he oído contar muchas veces a mi abuelo. Esa operación fue la primera de la campaña que acabó con la batalla de Salamanca. El general Hill se trasladó súbitamente desde la raya de Extremadura y Andalucía a orillas del Tajo, se presentó aquí el 18 de Mayo y tomó a escala franca el fuerte que estaba en la orilla izquierda y como a media milla del puente. Fue una gran hazaña, pues no llevaba consigo ni una sola pieza de artillería y en el fuerte había montadas diez y ocho.

Río abajo, más allá de su confluencia con el Tietar, hay otro puente, llamado del Cardenal, por deberse su construcción al cardenal D. Juan de Carvajal.

Plasencia, adonde fueron desde Almaraz, es una pintoresca ciudad situada a orillas del clarísimo Jerte.

La ciudad está ceñida por antiguos muros con sesenta y ocho torreones medio arruinados en torno; tiene también un alcázar en ruinas a la parte del septentrión y un largo acueducto. La vista que presenta la ciudad desde la eminencia granítica que está rente a una de sus puertas, llamada el *Postigo*, es preciosa.

La fundó Alfonso IX en 1190 sobre las ruinas de la antigua Ambracia, y estableció Sede episcopal en ella.

La catedral, que no está acabada en algunas partes y ha sufrido en otras alteraciones y adiciones impropias de su estilo, es del gótico florido y comenzó a construirse en 1498. Es hermosa su puerta meridional, y la septentrional, llamada «del Enlosado», obra de Berruguete, lo es asimismo, con sus medallones de estilo italiano del Renacimiento y sus escudos heráldicos, imperiales y de la casa de Carvajal, que tantos hombres ilustres ha dado a la ciudad.

El retablo del altar mayor es magnífico, y la reja, una obra

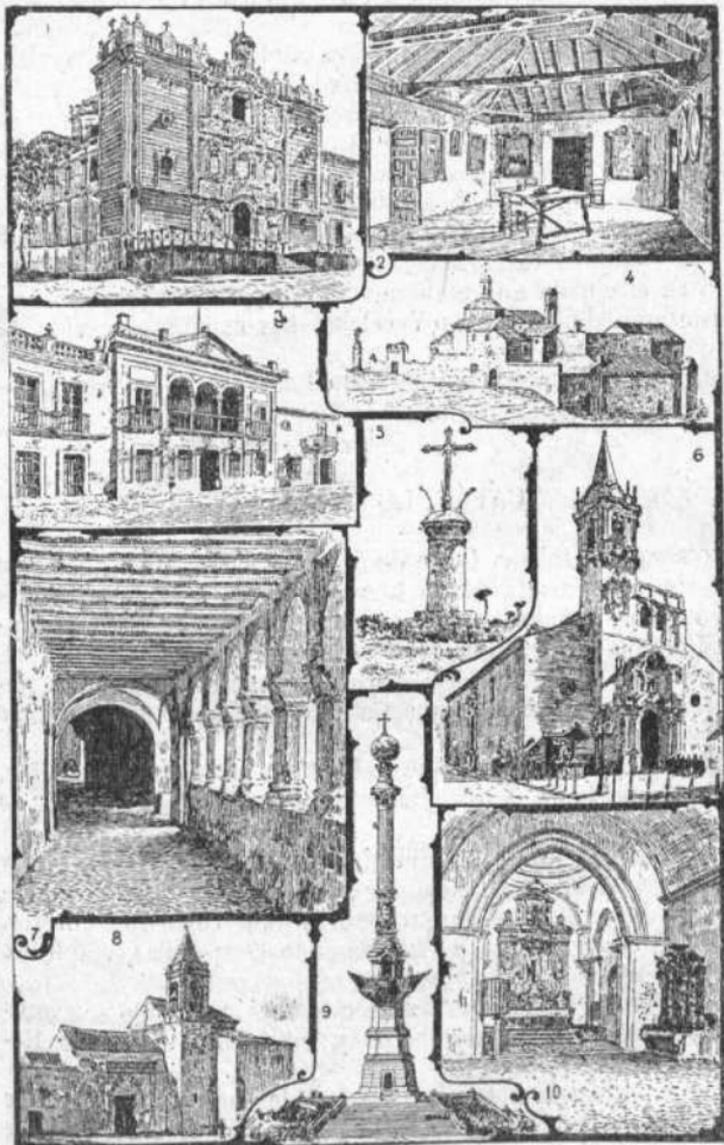
maestra. La capilla mayor, comenzada por Juan de Alava, fue terminada por Diego de Siloe y Alonso de Covarrubias. La sillería del coro es un trabajo admirable de escultura, en que están figurados asuntos de toda clase, sagrados, profanos, serios, bufos y eróticos. Data de 1529 y es obra de Rodrigo Alemán, autor también del trono del obispo y del confesonario del penitenciario. Entre los sepulcros, es notable el del obispo D. Pedro Ponce de León, con su estatua orante.

En la iglesia de San Nicolás está el sepulcro del obispo D. Pedro de Carvajal, con su estatua, también orante, como lo es asimismo la de Cristóbal de Villalba, que está en el convento de San Ildefonso y que lo figura armado de punta en blanco. En la iglesia de San Vicente hay otro sepulcro con estatua, de Martín Nieto, que murió en 1597, y que lo representa también armado. Este sepulcro, que era la mejor obra de piedra de Extremadura, ha experimentado bárbaras mutilaciones. Inmediata a este último convento está la llamada «Casa de las bóvedas», construída en 1550, cuyo patio y cuyas salas, con pinturas al fresco que representan las guerras de Carlos V, son dignos de nota. Lo es asimismo la esbelta cruz que se halla fuera de las puertas de la ciudad, camino del puente.

Varios sujetos ilustres del apellido de Carvajal fueron naturales de Plasencia. Entre ellos hubo varios prelados y el famoso doctor Lorenzo Galíndez de Carvajal, consejero de los Reyes Católicos y autor de varias obras muy estimables.

Desde Plasencia se dirigieron nuestros viajeros por la aldea de Pasarón al monasterio de Yuste.

Está admirablemente situado para el objeto que Carlos V se propuso al elegirlo por morada. Su fundación data de 1404, y se hizo en el paraje mismo en que, según tradición, catorce obispos habían padecido martirio cuando la invasión sarracena. El edificio del monasterio, construído a mediados del siglo XVI, a expensas casi exclusivamente de los condes de Oropesa, fue quemado por los franceses poco después de su derrota en Talavera de la Reina. Sólo quedaron en pie la iglesia, el monasterio primitivo en que habían habitado los monjes antes de construirse el otro, el cual se conservaba con el nombre de «el Noviciado», y los aposentos que había mandado construir Carlos V años antes de su abdicación, con la idea, que ya tenía por entonces, de ir a pasar allí sus últimos años.



1. Convento de la Merced (Huelva). — 2. Famosa eselda del prior Juan Pérez (La Rábida). — 3. Ayuntamiento de Huelva. — 4. Convento de la Concepción (Huelva). — 5. Iglesia de la Concepción (Huelva). — 6. Iglesia del pueblo de Palos de Moguer. — 7. Monumento conmemorativo de la Rábida. — 8. Famosa eselda del prior Juan Pérez (La Rábida). — 9. Ayuntamiento de Huelva. — 10. Interior de la iglesia del convento de la Rábida.

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE HUELVA

El llamado «Palacio del Emperador» está rodeado de corpulentos naranjos. Tiene sobre la planta baja un piso en que están las habitaciones que ocupó Carlos V, precedidas por una especie de mirador, que forma su fachada, y al que se sube por una rampa sustentada sobre arcos, que se hizo expresamente para que el emperador pudiera bajar y subir a caballo a sus habitaciones.

La iglesia es gótica, de una sola nave, tan larga y tan alta como la de cualquier catedral. No ardió con el monasterio, porque no había en ella nada que pudiera servir de pasto a las llamas.

—¿Fue aquí donde Carlos V celebró sus exequias en vida?— pregunto Frasquito.

—No hubo tales exequias; Modesto Lafuente lo ha probado— le contestó D. Antonio María.

## CAPÍTULO XXXII

SALIERON aquella misma tarde de Yuste, y fueron a pernoctar en plena sierra, más allá de un lugar llamado Cabezuelas. Desde allí, por caminos escabrosísimos, se pusieron en Monsagro, pasando por Montemayor, y desde Monsagro, en Ciudad Rodrigo.

El viaje fue largo y penoso, pero entretenidísimo por sus peregrinaciones. Hubo momentos en que tuvieron que apearse y caminar a pie.

En Montemayor supieron que se hallaban muy cerca de Béjar, y tuvieron tentaciones de dirigirse a esa villa; pero desistieron de ello por no alargar el camino.

—Es uno de los centros industriales más importantes de esta región extremeña—dijo D. Antonio María—. Hay como doscientas fábricas de paño, que dan trabajo a unos cinco mil obreros. Cerca de Alcántara hay un pueblo llamado Garrovillas, empleado en la misma industria.

—Por lo visto, los habitantes de esta región no sólo son agricultores y ganaderos, sino mineros y fabricantes—dijo sir Roberto.

—Alguna industria hay, pero escasa—le contestó D. Antonio María—. Antiguamente debía de estar algo más desarrollada que ahora, porque he leído que en Talavera de la Reina, a fines del siglo último y principios del presente, era importantísima la in-

dustria de la seda, y se fabricaban grandes cantidades de tejidos, galones de oro y plata, cintas y otros mil artículos de seda. Verdad es que se hacía todo eso en una gran fábrica establecida bajo la tutela o la inmediata dirección del Estado, pues sin duda fue su establecimiento una parte del plan general de Carlos III, encaminado a dar nueva vida a las antiguas industrias del país, al cual obedeció también el establecimiento de las fábricas de paños de Segovia, de armas de Toledo, de porcelana del Retiro, de la Moncloa y otras. Al presente, en Talavera no creo que hay otra industria que tenga alguna importancia que la de fabricación de loza.

—Allí se dio una gran batalla en la guerra de la Independencia —dijo Willy—. Duró dos días, y fueron vencidos los franceses, a pesar de ser en doble número que los ingleses.

—Los ingleses sólo perdieron 6.000 hombres y diez y siete cañones. A Wellington, que todavía no se llamaba así, sino sir Arturo Wellesley, le recompensó su Gobierno con el título de par y una pensión anual de dos mil libras esterlinas. Pues volviendo al asunto de que estamos hablando, diré que el territorio de Extremadura, aunque dedicado casi todo él a la agricultura y a la ganadería, debe de ser riquísimo en minas, pues las hay de hierro, antimonio, wolfram y otros metales; pero su mayor parte no están en explotación.

—¿Y por qué no se explotan? —preguntó Frasquito.

—Unas veces —le contestó D. Antonio María—, por las pretensiones excesivas de sus propietarios: otras, por la dificultad y carestía de los transportes; otras, por la desconfianza de los capitalistas, muy escarmentados ya de invertir su dinero inútilmente en tales empresas. Porque hay que tener en cuenta la dificultad de extraer el mineral, el valor de los jornales, el de los transportes, el del combustible, si, como en los más de los casos sucede, se requiere emplearlos para los trabajos. Ya ves: para la explotación de las minas de Huelva hay que traer de Inglaterra cantidades enormes de hierro en bruto y de carbón de piedra. Otra cosa tenía que decirles a ustedes: que debemos estar en las Batuecas o muy cerca de ellas.

—¿Qué es eso de las Batuecas? —preguntó sir Roberto.

—Así se llama a uno de estos valles por el nombre de un riachuelo que lo cruza y de un convento que en él había y se quemó hace poco tiempo. Ha dado en decirse que ese valle de las Batue-

cas, y también el de las Hurdes, que quizás hayamos atravesado sin saberlo, eran desconocidos, y que fueron descubiertos en este siglo. ¡Descubrirse un valle en España! ¡Tiene gracia! ¡Y un valle en que había convento y un santuario (que subsiste) donde se venera una devotísima imagen de la Virgen, muy visitada por la gente de los contornos! Se halla ese santuario en la Peña de Francia, así llamada porque un francés llamado Simón Vela (nombres que nada tienen de franceses), después de andar por todo el mundo conocido, vino a descubrir aquí esa imagen de la Virgen.

Iban hablando así nuestros viajeros durante el trayecto entre Montemayor y Monsagro, que es de lo más pintoresco que puede imaginarse. Encontráronse un campesino montado en una mula, con una mujer a la grupa. Vestía él un especie de colete de piel, y ella un justillo de paño encarnado y un pañuelo de colores vivos a la cabeza.

Después de saludarse mutuamente, preguntóle D. Antonio María por dónde caían las Batuecas.

—Pues por el mismo camino que traen sus mercedes; deben de haber pasado por allí mismo. ¿De dónde vienen sus mercedes?

—Salimos este mañana de Montemayor y queremos llegar antes de la noche a Monsagro.

—¿Y no han pasado sus mercedes por Alberca?

—Hemos visto a derecha e izquierda algo parecido a pueblos; pero pasar precisamente, no hemos pasado por ninguno.

—Pues, por lo que veo, han pasado sus mercedes por entre las Batuecas y las Hurdes. Deben de haber dejado las Batuecas a la izquierda y las Hurdes a la derecha; y si no han pasado por la misma Peña de Francia, tiene que haber sido muy cerca, porque queda ahí detrás, en el mismo camino que traen.

—¿Y nos falta mucho para llegar a Monsagro?

—Ni un cuarto de hora de camino.

—¿Y de dónde venís vosotros, si no es impertinente la pregunta? —dijo Willy.

—Hemos salido de Salvatierra y vamos a Ladrillar, que está muy cerca de las Batuecas.

Despidiéronse de aquellos amables campesinos y siguieron su camino comentando las peripecias de la jornada.

—Veo —dijo Willy— que aquí, como en muchas partes de Andalucía, se estila el tratamiento de *merced*.

—Es exactamente lo mismo que el de *usted*—le dijo D. Antonio María—. *Usted* es contracción de *vuestra merced*, como *usía* lo es de *vuestra señoría*, y *ucencia* o *vuecencia* de *vuestra excelencia*. Vosotros los ingleses, como los franceses, empleáis el plural de la segunda persona, y decís *vos* o *vosotros*, aunque sea un solo sujeto a quien dirijáis la palabra; nosotros los españoles empleamos en los mismos casos el singular de la tercera, y no nos dirigimos a la persona con quien hablamos, sino a su *merced*, o *señoría*, o *excelencia*, ó *alteza*, o *majestad*, o *santidad*; y realmente incurrimos al hablar así en una falta lógica y de concordancia, porque, siendo *merced*, *señoría*, *excelencia* y todas esas demás cualidades del género femenino, debiéramos decir, por ejemplo, *usted* o *vuestra merced* o *vuestra señoría* es muy *buena*, y no es muy *bueno*, como decimos.

—De esa clase de errores se cometen en todos los idiomas —dijo sir Roberto—. En francés, que, como en inglés, se habla en plural a la persona a quien uno se dirige, debiera sostenerse esa pluralidad en los adjetivos que se le aplicaran, y no se hace. En vez de decir *sois* muy *buenos*, como debiera hacerse, aun hablando con una sola persona, se dice *sois* muy *bueno*, lo que es una falta de concordancia.

—¿Y ya no se emplea nunca el *vos* en castellano al dirigirse a una sola persona? —preguntó Willy.

—Todavía se emplea entre los campesinos de algunas comarcas de España y también en algunas regiones de América. En la isla de Cuba está muy en uso ese tratamiento, no sólo entre la gente del campo, sino también entre la más educada de algunas poblaciones, y lo mismo sucede en algunas regiones del continente de América.

—¡Calla! —exclamó de pronto D. Antonio María después de un rato de silencio— ¡Cuidado que he sido torpe! Monsagro... Monsagro..., eso quiere decir *Monte sagrado*, *Monte sacro*; y no tengo duda de que se llama así por la Peña de Francia, que tiene que estar cerquísima. ¡Parece mentira que no se me haya ocurrido antes! Pues ya no tengo duda de que hemos pasado por las mismas Batuecas, y rozándolas.

Pasaron aquella noche en Monsagro, pueblo de gente honrada.

—¡Pero si la tenemos ahí, a la vista! —les dijo su huésped—; vengán a la puerta, y la verán ahí mismo.

Efectivamente, así era. Habían pasado al pie mismo de ella sin verla.

Al día siguiente muy temprano se pusieron en marcha, y llegaron a muy buena hora a Ciudad Rodrigo.

### CAPÍTULO XXXIII

FUE fundada esa ciudad en 1150 por el conde Rodrigo González Girón. Tiene una hermosa catedral, cuya construcción se comenzó en 1190, reinando en León Fernando II; muy buenas iglesias, monasterios y casas particulares y un castillo del siglo xv muy bien conservado, que domina todo el caserío. Pero lo que a los ojos de Willy daba más interés a la ciudad era el recuerdo del famoso asalto que le dieron los ingleses en 1812.

En 1810 fue tomada a los españoles por los franceses después de un largo sitio, en el que la guarnición se condujo valerosísimamente. En el convento de Santa Cruz, que estaba extramuros de la ciudad, se peleó con tal fiereza, que estuvo en poder de sitiados y sitiadores a un mismo tiempo, habiéndolo defendido los primeros palmo a palmo.

La ciudad capituló al fin. Su gobernador se llamaba Herrasti, y Massena y Ney los generales franceses que mandaban el ejército sitiador, los cuales obraron con gran torpeza, porque el tiempo que invirtieron en el sitio se lo dieron a Wellington para fortificarse en las célebres líneas de Torres Vedras.

A principios de 1810 se le presentó oportunidad a Wellington de recobrar la plaza. El general francés Marmont estaba en Valladolid, y Soult en Andalucía. Wellington atravesó el Agueda por Mariabón, y caminando entre hielos y nieves, se presentó ante Ciudad Rodrigo el 7 de Enero. Estaba rodeada la plaza de dos muros: el interior, que está ahora convertido en paseo, y el exterior, que era lo que se llama una falsabraga, de doce pies de alto. Ayudaban a la defensa los terraplenes que se habían levantado cuando el sitio de 1810, extramuros de la ciudad, y tres conventos, también extramuros, que los franceses habían convertido en fortalezas: los de Santa Cruz, San Fernando y Santo Domingo. De dos eminencias, el Teso grande y el Teso chico, que están al norte de la ciudad, habían fortificado la primera, construyendo en ella



1. Capilla de San Pedro (Monasterio de Sijena). — 2. Claustro de la Catedral (Barbastro). — 3. Cámara llamada la Campana del rey monje. — 4. Frontis de la Catedral. — 5. Claustro de San Pedro el Viejo. — 6. Vestibulo del Ayuntamiento. — 7. Interior de la Catedral (Jaca). — 8. Abadía de Santa Cruz. — 9. Claustro de San Juan de la Peña. — 10. Castillo de Loarre.

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE HUESCA.



una luneta a trescientas varas del recinto, protegida por dos baterías establecidas en el convento de San Fernando.

En la noche del 8, el general inglés Colborne, al frente de trescientos hombres, se apoderó de la luneta del Teso grande. Inmediatamente se establecieron allí baterías contra la plaza, porque Wellington quería precipitar las operaciones antes de que pudiera acudir Marmont en socorro de los sitiados. En la noche del 13, se apoderaron los ingleses del convento de Santa Cruz, y el día 15 del de San Francisco. El 19, abiertas varias brechas en la falsa-braga, avanzaron las columnas de ataque inglesas, penetrando por ellas, y después de varias tentativas infructuosas para apoderarse del muro interior, lograron escalarlo por dos lugares a un tiempo y apoderarse de la ciudad.

Aquel famoso sitio valió a lord Wellington el título español de duque de Ciudad Rodrigo, con grandeza, que le otorgó el Gobierno provisional establecido en Cádiz, y que el rey Fernando VII le confirmó más adelante.

La catedral es magnífica. Tiene tres naves, con crucero, arcos apuntados, pilares formados de haces de columnas, ventanales altos de arcos ligeramente apuntados y carece de triforio. En la nave de la derecha hay tres ventanales con esculturas románicas, que ningún amante de las artes debe dejar de examinar. La portada norte, de gran profundidad en el espesor del muro, tiene las jambas profusamente cubiertas de esculturas. Doce estatuas de santos las adornan, con columnillas entre ellas, cuyos capiteles, así como los doseletes que las coronan, son de labor maravillosa. La portada que se abre en el brazo derecho del crucero, llamada «Puerta de las cadenas», es románica. Hay sobre ella cinco estatuas, y encima, otras doce hornacinas. La sillería del coro está admirablemente esculpida por Rodrigo Alemán, conforme al estilo gótico. La nave de la izquierda se comunica con el claustro, en cuya arquitectura se combinan el estilo gótico del primer período y el flamígero.

El cañoneo de los ingleses contra el Teso grande hizo gran daño a la catedral, por hallarse situada en la esquina del recinto que cae hacia ese lado.

También en 1818 estuvo a punto de quedar destruída la preciosa capilla de Cerralbo, que alguien había tenido la peregrina ocurrencia de convertir en polvorín. Ardió la polvora; pero tal era



la fortaleza de los muros del edificio, que la explosión no pudo volar sino el techo.

Como a seis leguas de Ciudad Rodrigo, en la misma frontera portuguesa, está Fuente Aguinaldo, lugar muy célebre por las frecuentes entrevistas que allí tuvieron en antiguos tiempos los Reyes de Portugal y de Castilla.

Al día siguiente salieron nuestros viajeros de Ciudad Rodrigo, y fueron a Ávila, atravesando sierras, ríos y barrancos, por caminos imposibles, pero de una hermosura selvática incomparable. Tenebrón, Salvatierra, el Barco, Avellaneda, San Martín de la Vega y Robledillo, fueron los lugares que encontraron a su paso.

#### CAPÍTULO XXXIV

**A**VILA es una de las ciudades más curiosas de España. Conserva íntegros sus antiguos muros y torreones. Ochenta y seis de éstos hay en el circuito de los muros, los cuales tienen cuarenta pies de altura y doce de grueso, franqueándose por diez puertas.

La catedral está tan ligada a ellos, que uno de los torreones forma su ábside. Es románica, conforme al estilo común del siglo XII, en que fue construída. Sus muros almenados y su cimborrio le dan, vista por fuera, aspecto de castillo.

—Hay datos curiosos sobre la reconstrucción de esta ciudad —dijo D. Antonio María a sus compañeros de viaje—. El Rey D. Alfonso VI, el conquistador de Toledo, encomendó su repoblación y la de Segovia y Salamanca, a su yerno D. Ramón de Borgoña, marido de su hija Doña Urraca, y éste trajo a ellas grandes colonias de asturianos, gallegos, montañeses, gente de Burgos y su tierra, y procedió a fortificarlas y a repartirlas entre los nuevos pobladores.

—¿Cuándo se conquistaron estas ciudades? —preguntó sir Roberto.

—A decir verdad —le replicó D. Antonio María—, creo que no hubo que conquistarlas, porque toda esta región, llamada Extremadura en los siglos X, XI y XII, debía de estar abandonada; a lo menos, no recuerdo haber leído en ninguna parte que tuvieran que poner sitio los cristianos del Norte a Segovia, ni a Ávila, ni a Soria, ni a Salamanca. Es más: allá por el año de novecientos

treinta y tantos, Ramiro II, para acudir en socorro de los moros de Toledo, que estaban alzados contra el Califa de Córdoba, atravesó con su ejército toda esta sierra, y el primer lugar fortificado con que se tropezó fue Madrid, que cae al otro lado de los puertos. Madrid era entonces, a lo que parece, como un antemural o puesto avanzado de la ciudad de Toledo; una fortaleza con algunas casas en torno, ceñidas por una muralla, que Ramiro II tomó y desmanteló en esa ocasión, si no miente la Historia.

—¿Y por qué estaba desierta esta comarca?

—Yo me lo explico por varias razones. En primer lugar, porque su clima, rigurosísimo, y su tierra, poco fértil y amena, no invitaban a establecerse en ella a los habitantes de las regiones meridionales de España; en segundo, porque las septentrionales no estaban lo bastante pobladas para que pudieran desprenderse de colonos o emigrantes que se establecieran en ésta; en tercero, porque, siendo muy llana toda esta región central de España, era muy accesible a las correrías de los moros y cristianos fronterizos, que la barriaban con sus algaras o escuadrones de gente a caballo, haciendo muy difícil la defensa de las poblaciones y muy precarias las propiedades, por la incertidumbre de las cosechas.

—¿De modo que esta tierra no vino a habitarse hasta...?

—Hasta que la conquista de Toledo hizo más tranquila y segura la vida. Observad que casi todas las iglesias de Ávila, de Segovia y de toda esta tierra son de estilo románico, que era el predominante en el siglo XII. Estas murallas, las de Segovia y las de Salamanca, deben de ser de ese mismo período. De éstas, desde luego lo afirmo, porque se sabe hasta el nombre de los maestros que las construyeron, y el tiempo que se invirtió en construirlas. Llamábanse los maestros Casandro, italiano, y Florín de Pontuenga, que supongo sería de Pontieu, francés. La obra, que se comenzó en 1090, duró nueve años, y hubo empleados en ella hasta ochocientos hombres.

—¿Y se sabe quién hizo la catedral?

—Albar García Navarro fue el maestro o arquitecto que dirigió las obras. Trabajaron en ellas como mil hombres, y se acabaron en 1107, aunque después se ha hecho muchas modificaciones y añadiduras. La portada norte de la catedral no pertenece al estilo del edificio, porque es gótica, con estatuas muy estropeadas en las jambas. La fachada occidental es también gótica, del último

período de ese estilo. Las torres no están acabadas. El retablo del altar mayor es del tiempo de los Reyes Católicos. Sus pinturas son de Santos Cruz, Pedro Berruguete y Juan de Borgoña, y se cuentan entre las más antiguas de España. La sillería del coro es muy notable. La esculpió Cornielis, entre 1536 y 1547. Hay dos púlpitos de hierro, que son maravillas de labor en hierro forjado. Está llena la iglesia de sepulcros notables, así como la sacristía de joyas, entre las que merecen especial mención una custodia de plata, obra de Juan de Arfe, y un cáliz del siglo XIV, de Andrea Petrucci, de Siena. Los claustros son hermosos, pero se hallan en mal estado. Entrase por ellos a varias capillas. En la de San Miguel hay un precioso sepulcro del siglo XIII con curiosas esculturas.



Santa Teresa de Jesús (1515-1582)

—Creo recordar a ese Juan de Arfe como autor de alguna otra obra notable que en alguna parte hemos visto —dijo sir Roberto.

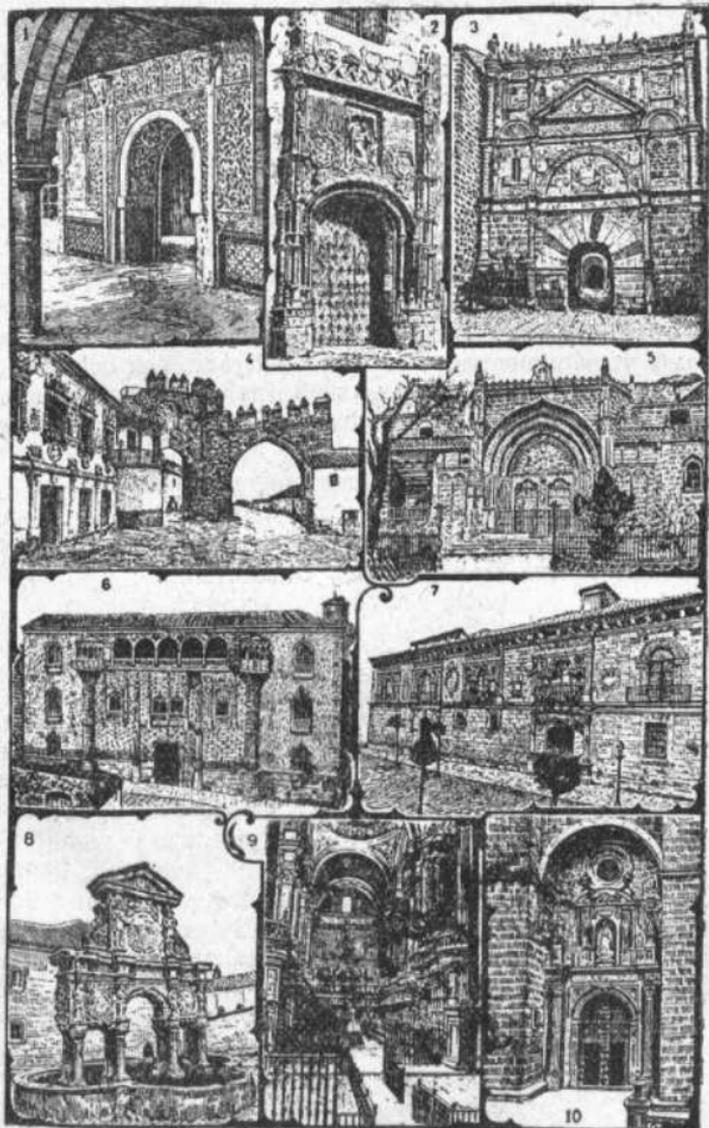
—¡Ya lo creo! Como que él hizo la soberbia custodia de la catedral de Sevilla y otras obras preciosas que quizás veamos en alguna otra parte. Era leonés, como lo dice el letrero que hay en la custodia que acabamos de ver. Nació por el año 35 del siglo XVI, y tiene varias obras escritas; una de ellas, «El quilatado de oro, plata y piedras», impresa en Valladolid en 1572, y la otra, que se titula «Varia conmensuración», que se refiere a arquitectura y escultura, impresa en Sevilla en 1585, y es muy conocida.

Saliendo de la ciudad por la puerta de San Vicente, se va a la iglesia del mismo nombre, fundada en 1107 sobre las ruinas de otra, sin duda en honor de los Santos Vicente, Sabina y Crispetta, hermanos, martirizados el 27 de Octubre del año 303 en la roca que se enseña en la cripta que hay bajo el ábside oriental. La iglesia es preciosa, y su extremo occidental, lo mejor que tiene. Es de estilo románico, y consta de una sola nave. El sepulcro de San Vicente, que está en el crucero, es obra muy interesante del siglo XIII, y pertenece por su estilo al gótico italiano del primer

período, como se echa de ver en los fustes de las columnas; pero la labor afiligrada de metal que hay sobre los arcos es más moderna.

Son muchas las iglesias de Ávila dignas de la atención del historiador, del arqueólogo y del amante de las artes. Mencionaré la de Santa Teresa de Jesús, fundada en el solar de la casa en que nació la santa. Muy cerca de ella está la de Santo Domingo, con una buena portada románica. En la del convento, hoy seminario de Santo Tomás de Aquino y una de las pocas de estilo gótico de Ávila, está el precioso sepulcro de príncipe D. Juan, heredero de los Reyes Católicos, que murió en Salamanca en 1497, a los diez y nueve años de edad. Ese sepulcro, que ha padecido graves mutilaciones, se parece al de los Reyes Católicos en la catedral de Granada. En la tercera capilla del lado norte está el de Juan de Ávila y doña Juana Velázquez, su mujer, criados del príncipe, con sus efigies preciosamente esculpidas. Ambos sepulcros, el del príncipe y de sus criados, son obras maestras de *Messer Domenico*, escultor florentino.

Merece verse la casa del duque de la Roca, inmediata a la iglesia de Santa Teresa de Jesús. En el patio de la del duque de Abrantes se ven dos de los famosos *toros de Guisando*, figuras prehistóricas de piedra berroqueña que, con otras muchas semejantes, se hallaban en el campo de Guisando, tres leguas distante de la ciudad. Otros dos de esos toros están en la plazuela de Santo Domingo. Los restantes se conservan en el patio del monasterio de Jerónimos, del mismo Guisando, en cuyo campo se verificó el 9 de Septiembre de 1468 la célebre entrevista de D. Enrique IV y su hermana doña Isabel, más adelante reina de Castilla. Gil de Ávila, que escribía en 1598, contó 66 de esos toros de piedra como existentes en Guisando; Somorrostro, en 1820, sólo 37. Algunos de ellos llevan inscripciones latinas, indudablemente más modernas que las figuras. Eran éstas, a lo que parece, bastante comunes en el centro de España. En Segovia había en la calle Real una o dos semejantes, que llamaban allí «*las marranas de piedra*»; pero en nuestros días, con ese afán de coleccionar que se ha desarrollado tanto en los individuos como en las corporaciones, han sido trasladadas al Museo provincial, donde sólo las ven los poquísimos que le visitan. Se han hecho mil conjeturas, ninguna satisfactoria, acerca de la significación y objeto de tales figuras, que, por lo mal



1. Palacio del Condestable Iñanzo (Jaén).—2. Portada de la Magdalena (Ídem).—3. Casa de las Torres (Ubeda).—4. Casas Consistoriales y Puerta de la Virgen del Pópulo (Baeza).—5. San Pablo (Ubeda).—6. Seminario (Baeza).—7. Ayuntamiento (Ídem).—8. Fuente monumental de la plaza de Santa María (Ídem).—9. Cere de la Catedral (Jaén).—10. Portada Norte (Ídem).

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE JAÉN

definido de sus líneas, pueden ser lo mismo de toros que de otros animales cualesquiera.

Otro de los edificios religiosos notables de Ávila, la iglesia de San Pedro, lo es en grado extraordinario. Pertenece, como casi todos los de la ciudad, al estilo románico. Entre los edificios civiles que hay en Ávila dignos de nota, está el antiguo palacio de los condes de Polentinos, con preciosa portada llena de esculturas, y patio elegante, aunque algo maltratado; pero, más que este o el otro edificio, merece atención la ciudad en conjunto, por la fisonomía antigua y venerable, al par que artística, de sus calles, plazas, casas y monumentos. Por dondequiera se ven columnas, escudos heráldicos, arcos, portadas, esculturas y mil otros objetos curiosos y artísticos. Hasta las aldabas y herrajes de las puertas son dignos de estudio.

Tres días se detuvieron allí nuestros amigos. Después de ellos, se encaminaron al Escorial, atravesando la sierra llamada de Ávila, que es prolongación por aquella parte de la misma cadena en que están las de Somosierra, Navacerrada y Guadarrama.

## CAPÍTULO XXXV

COMO desde Extremadura, y muy en particular desde Ciudad Rodrigo, venían viendo continuamente nuestros viajeros los variados trajes, a veces ricos y ostentosos, de los labradores de las comarcas que atravesaban, ya no ponían atención en ellos. Para sir Roberto y Willy, acostumbrados a la prosaica y monótona uniformidad en el vestir de los campesinos de Inglaterra, fueron al principio esos trajes motivo de gran curiosidad, y hasta de asombro, por su riqueza y elegancia. Decía sir Roberto que todavía le gustaban más que los tan celebrados de majo y maja de Andalucía, que él había tenido por comunes a toda la Península.

—Pues todos estos trajes, que pasan por muy antiguos entre los observadores superficiales, son de fecha reciente —dijo D. Antonio María—. ¿Qué piensas tú de eso, Willy?

—Ya os oí hablar de esto mismo en Tarifa, y me parecieron tan lógicos vuestros argumentos en pro de lo moderno de esa costumbre y de la mayor parte de las prendas de los trajes populares, que me pongo de vuestra parte.

—Pues yo pienso de otro modo —dijo sir Roberto—. Creo que, si ne todas, la mayor parte de las piezas que componen esos trajes son de una antigüedad venerable.

—Pero, padre —dijo Willy—, reparad bien en que todos estos trajes se componen de chaquetas más largas o más cortas, chalecos y calzones hasta media pierna, amén de las medias y de los sombreros. Pues bien; todas estas prendas, más o menos historiadas con bordados, galones y botonaduras, son las mismas del traje francés, adoptado en la Península después del advenimiento de la dinastía borbónica, del cual traje francés se deriva el mismo que nosotros usamos.

—Lo que me dices, querido Willy, es lo que llaman en español una verdad de Pero Grullo, extensiva a todos los trajes más o menos ceñidos al cuerpo, y que no sean, por lo tanto, de los llamados talares, que van sueltos y flotantes; porque, siendo una la figura humana, todos los trajes que se le apliquen siguiendo sus contornos han de componerse de una funda o forro para el tronco del cuerpo, y de unos tubos más o menos anchos para los brazos y las piernas, llámeseles como se quiera.

—Pero en que esa funda para el tronco sea más larga o más corta, abierta por delante, por detrás o por los costados, o cerrada de alto a abajo con botones, cordones o corchetes, con solapas o sin ellas, ceñida y ajustada al cuerpo, o más o menos suelta, acuchillada, mostrando otro traje interior, o escotada, formando cuadrados o triángulos sobre el pecho, o completamente cerrada; y en que esos tubos que decís para los brazos sean ceñidos o anchos, o anchos por arriba y ceñidos por abajo, de una sola pieza o formando globos o bullones unos a continuación de otros, cerrados de arriba a abajo o abiertos por la sangría del brazo, enseñando la manga de la camisa u otra segunda manga interior, y en mil otras figuras variadísimas en la manera de cubrir el cuerpo, los brazos y las piernas, está la diferencia entre unos y otros estilos de trajes. En una prenda para encerrar el tronco del cuerpo; abierta por delante, provista de botones a un lado y de ojales al otro, con las mangas unidas a ella, puesta sobre otra prenda cerrada y sin mangas, que antes se llamaba chupa y ahora chaleco, con dos tubos (valiéndome de vuestra misma expresión) para encerrar los muslos, seguidos de otros dos para las piernas, consiste ese traje francés, del cual se deriva el que ahora usamos, y que se

diferencia, si no en cosas muy substanciales, sí lo bastante, en su forma general, del llamado «a la antigua española», y también «de golilla», que, con diversas modificaciones en sí mismo, y dentro de su estilo propio, se usó en España en los siglos XVI y XVII —dijo D. Antonio María.

—¿Y en qué consistía la diferencia entre el traje francés y el de golilla?

—La diferencia esencial estaba en la pieza que cubría el torso del cuerpo, que en el traje de golilla era cerrada por delante, y tenía las mangas independientes, usándose para cubrir la espalda; que, a lo que creo, no era de la misma tela que el resto de la prenda, sino algo así como las de nuestros chalecos de ahora, una esclavina o capa, madre de las que quiso desterrar Esquilache y abuela de las que todavía actualmente usamos en España. Al traje francés se le venía llamando desde antes del advenimiento de Felipe V «traje militar», y ya lo habían adoptado nuestros soldados, como puede verse en el cuadro de Velázquez que representa la rendición de Breda.

—¿Y cómo se llaman las prendas de ese traje de golilla?— preguntó sir Roberto.

—Pues capa, calzones, medias y jubón. Por cierto que nada hay tan curioso como seguir las vicisitudes por que han pasado esos nombres de las piezas del vestuario. «Jubón», por ejemplo, es aumentativo o diminutivo (que no lo sé bien) de la voz «jubas», que también con el artículo árabe antepuesto, dijimos «aljuba», y que tomaron de nosotros los franceses, convirtiéndola en *jube* y *jupón*, que designa entre ellos la falda del traje mujeril, y que nos devolvieron convertida en «chupa». La semejanza de todas esas palabras se comprende mejor recordando que la «jota» sonaba antes en castellano lo mismo que en francés; de modo que juba, aljuba, chupa, jubón, *jupón* y *jube* son en castellano o en francés, en forma natural, en aumentativo o en diminutivo, y aplicadas a tal prenda o cual otra del traje varonil o del femenino, exactamente la misma palabra. Y el antiguo «jaco» o «jaca», que seguramente pronunciaríamos «yaco» o «yaca», y que llamaban *jacque* los franceses, ¿dónde me lo dejáis? De esa palabra se derivan los «jaquets», chaquetas, chaquets y demás familia. Lo curioso de esas palabras es que ruedan de un idioma a otro, y vuelven al de su procedencia tan alteradas y corrompidas, que ya no parecen las

mismas. Desde que nos vestíamos «jacos» y «jacas» hasta que volvió a nosotros la palabra con que los designábamos, convertida en «chaquets» y «chaquetas», había ocurrido en nuestra lengua el cambio de pronunciación de la jota; y tan ajena nos es ahora la que antiguamente tenía, que para imitarla tenemos que valernos de la «ce-hache». Hasta en la disposición de los órganos vocales nos diferenciamos de nuestros antepasados, sir Roberto.

—Y las palabras «calzón y media», ¿qué origen tienen?

—«Calzón» es diminutivo de «calza», que era una parte del traje que cubría toda la pierna hasta los dedos del pie. Cuando la calza se dividía en dos partes, se llamaba «calzón», en diminutivo, a la de arriba, y «media calza» a la de abajo, que, abreviando, se dijo más adelante «media» tan sólo.

—¿Y de dónde procede la voz «calza»?

—Ducange cree que se ha derivado de la latina «cáliga», calzado militar entre los romanos, de donde tomó su nombre el emperador Calígula; pero Ducange se equivocó, indudablemente, porque está a la vista que «calza» es corrupción de la voz latina «calcea», que significa lo que se dice «calzado» en castellano.

## CAPÍTULO XXXVI

EL monasterio de San Lorenzo del Escorial es uno de los mayores de España; porque si bien hay otros que quizás ocupen más terreno, no están, como él, en un solo cuerpo, sino formados por varios edificios circuidos de un muro común que los comprende a todos, como los de Guadalupe, Santas Creus, Poblet y otros.

La guerra de la Independencia y la desamortización de los bienes eclesiásticos fueron rudos golpes para el monasterio. En los cinco años que siguieron a ese último hecho padeció más que en los dos siglos precedentes. Argüelles impidió su completa ruina destinando a su conservación una pequeña parte de las rentas patrimoniales de la Corona.

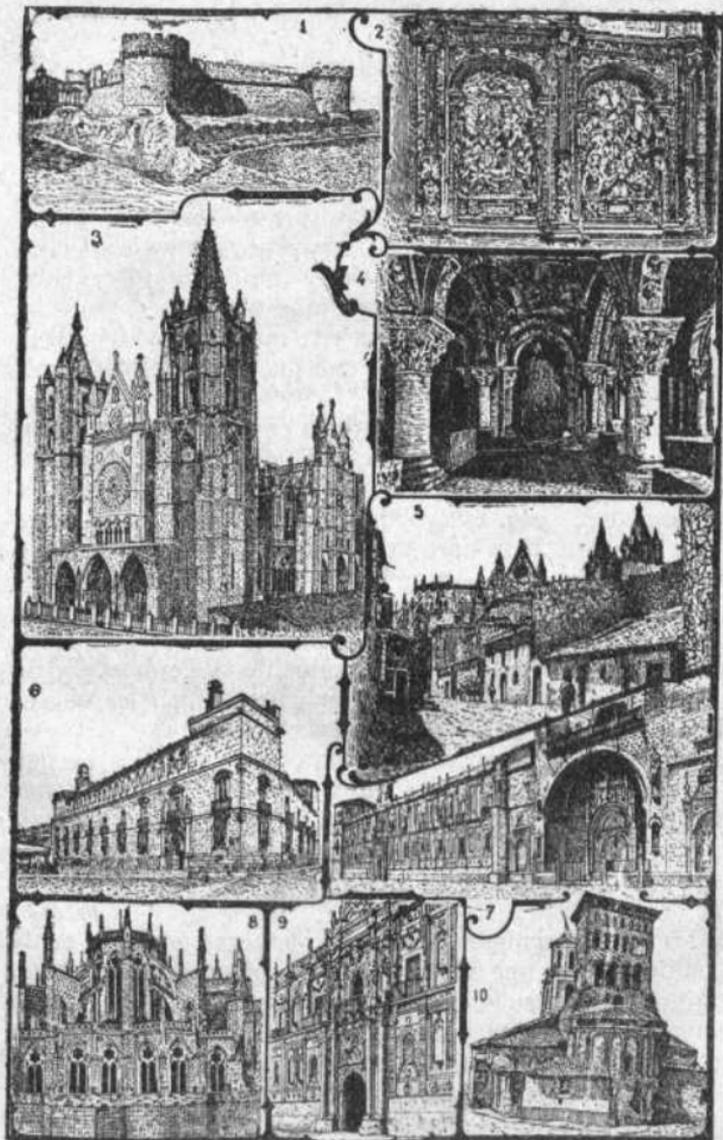
Ya antes había sido maltratado y robado por el general francés La Houssaye durante la ocupación de Madrid por los franceses, despojado de su soberbia librería por el rey intruso, y de sus cuadros durante la primera guerra civil. Los tesoros desaparecieron, la librería volvió muy incompleta, y los cuadros se quedaron

en el Museo de Madrid, con gran perjuicio de ellos y del edificio a cuyo ornato se destinaron.

El monasterio forma un cuadrilongo de setecientos cuarenta y cuatro pies de largo por quinientos ochenta de ancho, del centro de cuya fachada trasera, que mira a Madrid, sobresale el Palacio Real, que, para los que atribuyen figura de parrilla a la traza del edificio, representa su asa o mango.

Todo en la iglesia es enorme; las proporciones de las naves, de los pilares, de los retablos. Desde el suelo hasta lo alto de la cúpula tiene trescientos veinte pies, y hay en ella cuarenta altares, habiendo trabajado en el retablo del mayor durante siete años el célebre Jacometrezo, ilustrísimo artista milanés, cuyo nombre verdadero es Giacomo de Trezzo.

—Sepan ustedes —dijo D. Antonio María— que durante los veintitrés años que duró la fabricación de este edificio fueron tantos los trabajadores, capataces, maestros y artistas que aquí se reunieron, que llegó a convertirse esto en un pueblo lleno de viviendas y talleres de todas clases. La actividad que se desarrolló en las obras, y el orden que presidió en su ejecución, fueron verdaderamente admirables. Había, sólo en la iglesia, veintidós grúas de dos ruedas, unas bajas y otras altas, puestas en tablados y andamios que parecían llegar al cielo; y ni esas máquinas, ni las que había en las demás partes del edificio, descansaban un solo instante: tan perfecta y puntualmente estaban arreglados los transportes de los materiales. No se labraban las piedras al pie de las obras, sino en las mismas canteras; y como éstas no estaban todas por aquí cerca, sino que las había en la sierra de Filabres, en Burgo de Osma, San Jerónimo del Espejo, Las Navas, Riberas del Río Genil, sierras de Granada y de Aracena y muchos otros lugares, de donde se sacaban piedras de granito y de otras materias, jaspes de diversísimos colores, mármoles blancos, negros, verdes, pardos, colorados, sanguíneos y de mil otros matices, pueden ustedes figurarse el orden prodigioso y el cálculo puntual que tenía que haber en el trabajo, para que ni los canteros ocupados en esos lugares tan distantes, ni los aparejadores y albañiles que aquí se empleaban en colocar en su sitio las piedras labradas que iban llegando, estuvieran un solo momento ociosos. Y como en aquel tiempo no había, como ahora, ferrocarriles, háganse ustedes una idea del tráfico de carretas que habría en todos los caminos de Es-



1. Castillo de los condes de Grijal (Salagún). — 2. Trascoro de la Catedral (León). — 3. Catedral (León). — 4. Pantcón de los Reyes en San Isidro (León). — 5. Murallas antiguas (León). — 6. Casa de los Guzmánes (León). — 7. Monasterio de San Marcos (León). — 8. Apside de la Catedral (León). — 9. Portada del convento de San Marcos. — 10. Iglesia de San Tirso (Salagún).

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE LEÓN

pañá transportando sillares cuadrados y de otras formas, basas, cornisas, capiteles, pedestales, dinteles, jambas, dovelas y otras piezas de tan descomunal tamaño, que requerían, cuando menos, siete yuntas de bueyes, cuando no diez, doce, veinte y hasta cuarenta para arrastrárlas.

«Aquí era de ver—dice el padre fray José de Sigüenza en su *Historia de la orden de San Jerónimo*—una procesión o rosario tan largo, de bueyes ensartados tan iguales y tan parejos, y tirar todos a punto de aquella pesada carga, que parecían entenderse para arrancar con ella; y cuando no era esto muy a una, acontecía arrancar del casco los cuernos de los que quedaban faltos o posteriores.»

Pero no eran sólo piedras, sino también enormes vigas y alfardas y piezas de madera de toda suerte, que se cortaban en los bosques de todo el reino, y hasta en Indias; hierro, cobre, plomo y otros metales; cal, yeso, estuco, ladrillos, azulejos y mil otras cosas las que se necesitaban para la fábrica del Escorial. Y como todo el trabajo, hasta el de labrar las imágenes, relicarios, esculturas y pinturas para la iglesia, y las telas de raso, terciopelo y bordados de oro y plata para los ornamentos del culto, se hacía al mismo tiempo en los talleres y conventos de la Península y de los otros Estados del rey de España, imagínense ustedes el sinnúmero de personas que estaban ocupadas en las obras.

Aquí mismo se fabricaban las espuertas, sogas y cables, de que se hacía enorme consumo. Todos estos contornos estaban llenos de fraguas, fundiciones y talleres, en que se hacían las campanas, estatuas, rejas, candelabros y demás objetos de metal, y las techumbres, hojas de puertas y ventanas, sillerías de coro y demás infinitos objetos de madera.

Casi todos los trabajadores eran navarros y vascongados, gente discolorada y bulliciosa. Catorce años después de comenzadas las obras, se sublevaron un día porque el alcalde había preso a unos cuantos ellos por no sé qué faltas, y fueron en tumulto contra el alcalde, que se vio obligado a poner en libertad a los presos.

El maestro y director de las obras era un religioso dominico, fray Antonio de Villacastín, hombre de la férrea voluntad y singulares dotes de mando necesarias para manejar y meter en vereda a toda aquella turba. A él se debieron algunas medidas que se pusieron en práctica para abreviar los trabajos, una de las cuales

fue la de dividir la fábrica de la iglesia en veinte destajos, que se encomendaron a sendos maestros, cada uno de ellos con cuarenta canteros bajo su gobierno. Esa medida permitió acabar en seis años un trabajo para el que se habían calculado veinte. Ese fray Antonio de Villacastín contestó a Juan Bautista de Toledo cuando le invitó éste a ayudarle a poner la primera piedra: «Poned vos la primera, que yo me reservo para la última». Y así lo hizo, poniendo el 13 de Septiembre de 1584 la última piedra del pórtico.

Muchísimos artistas, pintores, escultores y lapidarios acudieron aquí de todos los dominios de Felipe II, y de fuera de ellos, invitados por el Rey. Parecía como si quisiera éste suplir con la riqueza de los accesorios del edificio la pobreza y aridez de su arquitectura. Así se cubrieron de frescos tres mil pies cuadrados de muro, y así se cubrieron también de cuadros de los mejores pintores de la época todas las salas y galerías. Por desgracia, era aquél el peor tiempo de la pintura italiana, y las obras que dejaron sus artistas no pueden calificarse de maestras. Y no lo ignoraba Felipe II, cuyo gusto no era menos delicado que su amor a las artes, y que, quebrantando sus inclinaciones económicas, pagaba espléndidamente a los artistas. Era también lo que llaman un reliquiomaníaco. Nada menos que quinientos quince relicarios dejó en la iglesia del Escorial, preciosos en su mayor parte. El general francés La Houssaye, digno mandatario del corso hipócrita que representó la comedia de hacerse coronar por manos del Pontífice, robó todo el oro, plata y pedrería de ellos, más de cien vasos sagrados de oro y plata, la admirable custodia, la estatua de plata de tamaño natural de San Lorenzo y cuanto halló de algún valor intrínseco en el edificio. Catorce carros cargó con esos despojos.

Toda esa relación hizo D. Antonio María a sus compañeros de viaje, en la altura llamada «Silla de Felipe II», por



Felipe II.

ser donde este rey solía sentarse a contemplar los progresos de su obra.

—Ahora —le dijo sir Roberto— voy a manifestaros francamente una opinión, con la que sé que no estáis conforme: la de que este edificio, en el que no veis sino una enorme mole de piedra, destituida de belleza y sentimiento artístico, es para mí una obra de arte de primer orden.

—¿Habláis de veras?

—Y tan de veras. ¿Qué mérito encontráis en la Pirámide grande de Egipto? ¿Cuál en esos dos colosos que se alzan en la llanura de Tebas? Ninguno, ¿verdad? Pues están universalmente reconocidos como obras de arte, por el efecto que producen en el ánimo del espectador. Son símbolos elocuentísimos de la tenebrosa religión del antiguo Egipto, expresión de sus sombríos misterios y de su obscura y enigmática teogonía. También ese edificio que tenemos ahí a nuestros pies es la expresión exacta y fidelísima del carácter de la época y del genio del monarca que lo construyeron. Hay en él una grandeza y una austeridad que encajan perfectamente en el carácter de Felipe II: hasta el lugar en que se encuentra parece haber sido escogido para contribuir con el edificio a la expresión de su genio, de sus ideas y de sus principios religiosos y políticos. No es una obra anodina e insípida ese conjunto de piedras: en su silencio, habla al alma con un lenguaje elocuentísimo. Cuantos han visitado El Escorial convienen en que es la expresión petrificada de toda una sociedad y de toda una época: por eso he dicho y repito que es una obra de arte de primer orden.

—Puede ser que tengáis razón, sir Roberto; pero lo que creo es que no es una sociedad ni una época lo que El Escorial representa, sino al mismo rey Felipe II, que fue, más que Juan Bautista de Toledo y que Juan de Herrera, el verdadero arquitecto que lo ideó y lo hizo. Todos los planos y proyectos pasaban por sus manos, y en todos hacía supresiones y añadiduras. Hasta en los detalles más mínimos intervino; bien que lo mismo hizo en todos los asuntos tocantes a la gobernación y administración de sus Estados, hasta en aquellos menudos pormenores que caían bajo la jurisdicción de sacristanes, escribientes y covachuelistas. Con razón decía, pues, que el oficio de rey era muy trabajoso.

## CAPÍTULO XXXVII

COMO del Escorial a Madrid sólo hay nueve leguas, nada amenas ni divertidas por cierto, las anduvieron en poco tiempo nuestros amigos, muy entretenidos hablando sobre mil asuntos diversos, y, entre ellos, sobre la capital de España, en que muy pronto habrían de encontrarse.

No les era enteramente desconocida, por anteriores conversaciones y lecturas, y menos a D. Antonio María, que había estado en ella algunos meses, aunque hacía muchísimos años, en uno de los últimos de la década del 50 al 60, cuando aun no se habían construido o estaban en germen los barrios de Salamanca, Pozas, Guindalera y Prosperidad, que reunidos ocupan tanta o quizás mayor extensión que toda la antigua villa.

—Madrid no es población histórica, porque su existencia no se remonta muy atrás. Tampoco es monumental, porque comenzó a desarrollarse tarde y pobremente. La falta de seguridad de que nuestros reyes se estableciesen permanentemente en la villa, rompiendo con su antigua y constante costumbre de no vivir fijos en ninguna parte, debió de contribuir a que no se fabricasen edificios sólidos y duraderos. Otra cosa hubiera sido si la villa hubiese tenido condiciones de vida originadas en su situación geográfica; pero hay que convenir en que es población del todo artificial, y que sin la constante residencia en ella de la Corte y de todos los centros oficiales de la Monarquía española durante tres siglos (los peores, por cierto, de nuestra historia), no tendría más importancia que Sigüenza, Cuenca, Guadalajara o cualquiera otra semejante villa de esta región. Les hago esta advertencia para que no sufran ustedes un desengaño figurándose que van a ver ni la capital que correspondería a país como España, tan abundante en poblaciones monumentales y artísticas, ni nada parecido a esas grandes metrópolis de América y Australia, en que se vive rodeado de todos los adelantos modernos llevados a extremos desconocidos en Europa, ni siquiera a las ciudades europeas de primera o siquiera mediana importancia.

Así hablaba D. Antonio María a sus compañeros, para evitarles el desencanto que habrían de experimentar a su entrada en la villa.

—Todos estos campos que venimos atravesando desde nuestra salida del Escorial, y aun los que hay hasta la misma sierra, hoy tan áridos —decía D. Antonio María yendo desde Colmenarejo a Aravaca—, eran hace siglos un bosque abundante en osos, jabalíes y otras alimañas. Madrid era entonces un lugar de grandes atractivos para los cazadores. Por eso los tenía para Enrique IV, que era aficionadísimo a la caza, y que se pasaba buenas temporadas en Madrid y en El Pardo, lugar que no está lejos del primero, río arriba, donde hay un antiguo palacio real, que fue en su origen un apeadero de caza.

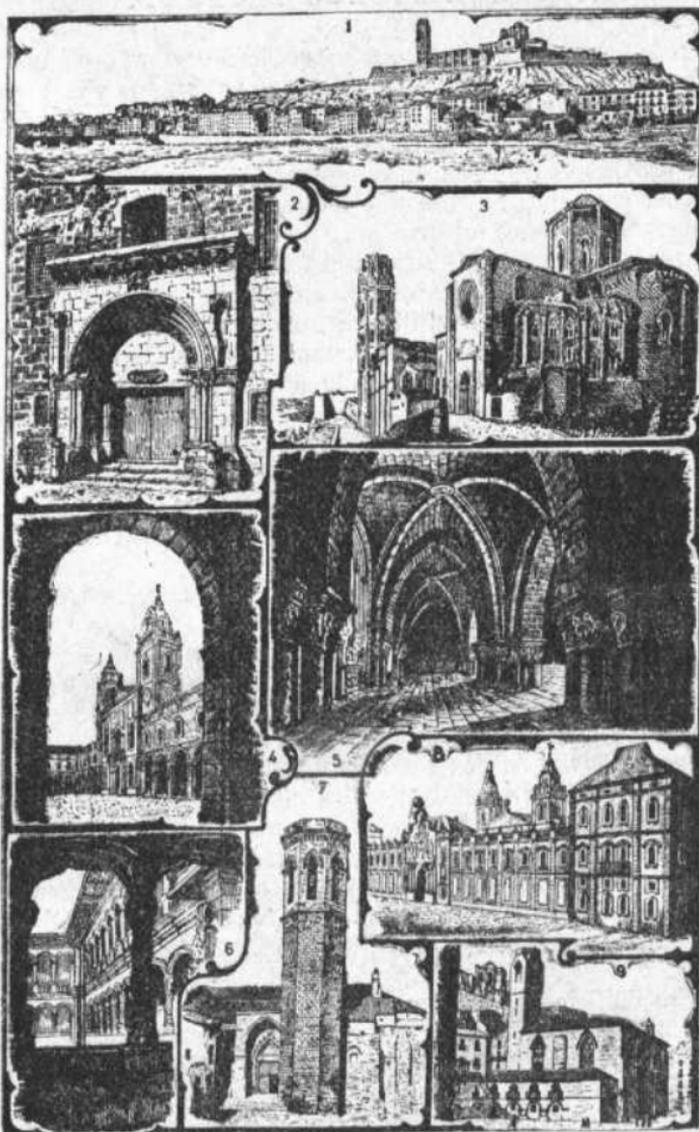
—¿Y por qué se le ocurrió a Felipe II establecerse en Madrid de asiento? —preguntó sir Roberto.

—Para mí tuvo varias razones. El primer rey de Castilla que hizo vida sedentaria fue Felipe II; y el haber elegido a Madrid por residencia debió de ser, en primer lugar, por lo mismo que los reyes godos, desde Leovigildo, habían preferido a Toledo: por lo céntrico de su posición en la Península; en segundo lugar, porque, siendo Madrid villa de poca importancia, no despertaba los celos de las ciudades cabezas de reino, como León, Burgos, Toledo y otras (1). Al hecho de haber fijado su asiento Felipe II en un punto de Castilla hay que atribuir en gran parte las alteraciones de Aragón que ocurrieron en su mismo reinado, y la independencia de Portugal y de Flandes, y las rebeliones de Cataluña que sucedieron en los siguientes. Para decirlo de una vez: el establecimiento de la Corte en una población de Castilla ha sido causa de la mala consolidación de la unidad nacional, que al fin y al cabo no ha llegado a efectuarse, porque Portugal, que era una provincia importantísima de la Monarquía gótica, y que debió siempre formar parte de España, se hizo independiente; y no digo lo mismo de Flandes, Nápoles y Sicilia, porque, por más que fuesen tan del dominio de nuestros reyes como estas tierras que pisamos, no están incluidas en España.

—¿Y cómo creéis que hubiera podido evitarse la desmembración de España? ¿Estableciendo la Corte en Lisboa?

—Eso dicen hoy muchos, porque ven independiente a Portu-

(1) Reclus, en su Geografía entre otros errores sobre España, dice que el haberse establecido en Madrid la Corte con preferencia a Toledo fue por haber tomado parte esta última ciudad en las Comunidades y haber sido Madrid centro del Gobierno durante esas turbulencias. No cabe decir más desatinos sobre un hecho ocurrido tan largo tiempo después de las Comunidades.



1. Vista panorámica.—2. Puerta de la Anunciata de la Catedral antigua (Lérida).—3. Exterior de la ídem.—4. Primer patio y segundo frontis de la Universidad (Cervera).—5. Interior de la Catedral antigua (Lérida).—6. Claustro del convento de Franciscanos (Balpuig).—7. San Lorenzo (Lérida).—8. Universidad (Cervera).—9. Plaza del Mercado (Lérida).

## ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE LÉRIDA

gal; pero no tienen en cuenta que los sublevados entonces habrían sido Castilla, Aragón y Cataluña. Lo que le falta hoy a España por el Oeste, le faltaría por otro lado; tendríamos a Portugal pero no a Cataluña ni Valencia. Y no hay que olvidar que de todas las provincias de España, la que menos se hubiera resignado a no tener consigo a su soberano habría sido Castilla, porque los aragoneses y catalanes estaban muy hechos a las largas ausencias de sus reyes, que a veces hasta prefirieron para su residencia sus dominios de Italia; pero los castellanos estaban tan mal acostumbrados, que promovieron el alzamiento de sus Comunidades sólo porque Carlos V tuvo que ir a coronarse a Alemania. A mi entender, el único medio que hubieran tenido nuestros reyes de conservar sus dominios habría sido estar continuamente peregrinando de uno en otro sin calentar asiento en ninguno, y sin olvidar, por supuesto, los de América, que eran lo más extensos, y que, por estar en vías de formación, más exigían su presencia; pero este sistema se armonizaba mal con el carácter de Felipe II y con el sistema centralizador que pretendía establecer en el gobierno.

—Madrid, a lo que parece, era población muy insignificante en esa época—dijo Frasquito.

—Tampoco hay que exagerar la insignificancia de Madrid entonces, pues era población tan importante, poco más o menos, como Guadalajara, Alcalá de Henares, Sigüenza, Brihuega, Madrid, Tordesillas y otras, en que, como en ella, se reunieron muchas veces Cortes en los siglos XIV, XV y XVI. También tomó Madrid parte bastante activa en las alteraciones de las Comunidades. Era una población chica, sí; pero no tanto que pudiera considerársela como una aldea, como piensan algunos.

Pasado Aravaca, y siguiendo nuestros viajeros el camino que llevaban, fueron a desembocar en el que va de Carabanchel a Madrid, y torciendo a la izquierda, se dirigieron hacia el puente de Segovia.

—Ese edificio grande que ahí vemos—dijo Willy—debe de ser el Palacio Real; ¿no es así?

—Has acertado, Willy. Ocupa el lugar mismo en que estuvo el antiguo alcázar, que se quemó en la Navidad de 1734. La primitiva muralla de Madrid, que era muy fuerte, venía a terminar por ambos lados en el alcázar, que formaba, puede decirse, parte de ella. Todavía se distingue perfectamente la línea que seguía

este antiguo recinto; pero de la muralla ya no queda ni señales. En el siglo XVI todavía se veían largos trozos de ella y algunos torreones; pero ya desde mucho tiempo antes ocupaban los arrabales mucho mayor espacio que la villa, y se había construido una tapia que los comprendía a todos ellos. Ya veremos despacio todo eso cuando estemos dentro.

Dejaron los caballos y acémilas al cuidado de Miguel en una posada de la calle de Segovia, y fueron a alojarse cerca de la Puerta del Sol, para estar en un lugar céntrico, llevándose consigo a Currillo, para lo que pudiera ofrecérseles.

### CAPÍTULO XXXVIII

ESTUVIERON siete días nuestros viajeros en Madrid en continuo movimiento y curioseándolo todo. Visitaron cuantos edificios hay en la villa que ofrezcan algo de notable, entre ellos el Palacio Real. En el Museo del Prado, que goza de muy justa fama de ser de los más ricos de Europa, se pasaron largas horas. La Armería Real, que también es muy buena, no pudieron verla, porque, habiéndose quemado algún tiempo antes el edificio en que estaba, se trabajaba a la sazón en reorganizarla; pero se desquitaron examinando las de los duques de Medinaceli e Infantado, que, aunque no comparables con ella, contienen objetos muy curiosos, y el Museo de Artillería, que también es digno de verse.

—Con las colecciones de armas antiguas, así como con las de monedas y medallas, cacharros, minerales, insectos, plantas y otras semejantes, estoy del todo conforme—dijo D. Antonio María a sir Roberto hallándose en el Museo de Pinturas—; pero de ninguna manera apruebo las colecciones de cuadros.

—¿Y por qué?—le preguntó sir Roberto.

—Porqué los cuadros no se han hecho para formar colecciones, sino para ornamento de las iglesias, capillas, salas o localidades, cualesquiera que sean, a que sus autores los destinaron.

—Tampoco las armas se hicieron para formar colecciones, sino para servirse de ellas en la guerra—le contestó sir Roberto.

—Pero los cuadros siguen teniendo la aplicación práctica que tenían cuando se pintaron, mientras que las armas antiguas, únicas que se coleccionan, ya no lo tienen. ¿Qué diríais de quitar los

cañones de las fortalezas para formar colecciones con ellos? El cuadro que pintó Velázquez para tal trozo de muro de determinado edificio debe dejarse en su sitio; porque para ornamento de ese sitio fue hecho, y no para ser encerrado en un museo, y porque sólo en aquel sitio puede producir todo su efecto por la disposición de las luces, que ya tuvo en cuenta el autor al pintarlo. Quitad un cuadro de su lugar, y causaréis dos daños; uno, al lugar para que fue hecho el cuadro, que dejáis privado de ese adorno; otro, al cuadro, que colocáis junto con otros mil en condiciones desfavorables para su visualidad. Desde ahora os digo que no puede haber un museo de pinturas en que todos los cuadros estén colocados como deben. Hay que tener en cuenta, además, que la belleza de un cuadro no está sólo en la pintura en sí, sino en su armonía con el estilo del local a que fue destinado y con los demás objetos de él. Por último, toda colección, sea de cuadros, sea de lo que quiera, tiene un gravísimo inconveniente: el de que un incendio, un saqueo o una guerra acaben con todo de un golpe. Si este Museo de Pinturas hubiera existido a principios del siglo, apenas quedaría en toda España un cuadro de Velázquez, porque estarían todos ellos en Francia y otros países extranjeros, adonde se los habrían llevado algunos de los aprovechados generales franceses que estuvieron al frente del Gobierno de Madrid. Si yo fuera pintor, me dedicaría exclusivamente a la pintura al fresco, para librar a mis trabajos de las garras de los coleccionistas—dijo riéndose D. Antonio María.

Frente a la fachada del Museo de Pinturas se alzaba el famoso grupo de Daoiz y Velarde, que antes había estado en otro lado y que después fue nuevamente mudado de sitio.

—¿Qué representa este grupo?—pregunto sir Roberto.

—A Luis Daoiz y a Pedro Velarde, capitanes de Artillería que dieron el grito de guerra contra los franceses en 1808. Daoiz era natural de Sevilla; pero pertenecía por línea paterna a una noble familia navarra que procedía de la villa de Aoiz, como su nombre lo dice, pues *Daoiz* es sinalefa de *de Aoiz*, como *Dávila* lo es de *de Avila*. En cuanto a Velarde, era montañés, natural de Murieda, aldea de Asturias de Santillana. Velarde, aunque el más joven de los dos, pues sólo tenía veintitantos años, mientras que Daoiz rayaba en los cuarenta, fue el que tomó la iniciativa. Hay que advertir que las circunstancias eran muy difíciles, porque Murat y las tropas francesas estaban en Madrid con la anuencia del rey de Es-

pañá y contaban con el apoyo de las autoridades españolas. Todo acto de agresión a ella era, pues, una rebeldía contra la legalidad vigente; era lo que se llamó mas adelante un pronunciamiento. Velarde, ardiendo en ira al ver al pueblo de Madrid atropellado por los soldados franceses, porque sucedía el caso el 2 de Mayo, día en que el pueblo estaba medio amotinado porque se oponía a la salida para Bayona del infante D. Francisco, único representante que quedaba aquí de la familia real, se dirigió al Parque de Artillería, donde se encontraba Daoiz asediado por la turba que le pedía las armas allí almacenadas; y tanto le habló, y tales razones adujo para persuadirle a que franquease al pueblo las puertas del edificio, que Daoiz siguió su consejo. Ya dado ese paso, no les quedaba otro remedio que ir a los cuarteles a sublevar a las tropas españolas y suizas que hubiese en la villa, y buscar después todos juntos a los



Francisco de Goya y Lucientes

franceses y cerrar con ellos dondequiera que los topasen, que era lo que a mi juicio mejor hubieran podido hacer, o fortificarse en el Parque, y esperar allí el ataque del enemigo, que fue lo que hicieron. El resultado no podía ser dudoso: llegaron tropas francesas, y, después de una o dos tentativas frustradas, se apoderaron por asalto del Parque, perdiendo Daoiz y Velarde la vida en la refriega. Velarde era hombre que valía muchísimo, tanto por su ánimo esforzado como por su instrucción y su inteligencia, y Murat había ya tratado de atraérselo brindándole con el porvenir más risueño; pero causó en él tal indignación el proceder alevoso de los franceses, que toda la inclinación que antes tenía hacia ellos se trocó en odio implacable.

—¡Cómo!—exclamó Frasquito—. ¿Velarde había sido partidario de los franceses?

—Era uno de los muchos españoles que sentían deseo de innovaciones en sentido que diríamos hoy liberal, y que eran al mismo tiempo admiradores de Napoleón. Como él había muchos en Es-

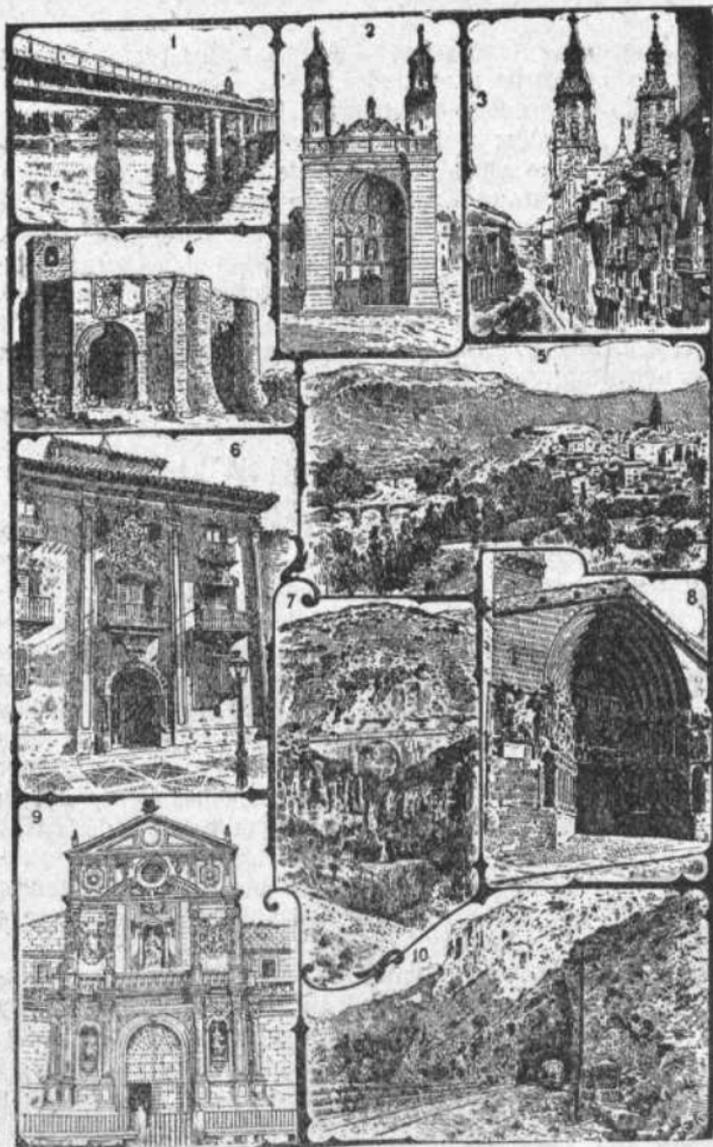
pañá; unos llegaron en sus ideas hasta las últimas consecuencias, y se hicieron afrancesados; otros se quedaron a medio camino, y, tomando las ideas de los franceses, sin aceptar su dominio, formaron el partido constitucional, autor del famoso código doceañista; otros, la generalidad de los españoles que empuñaron las armas, detestaban cuanto venía de Francia: ideas y hombres; algunos otros, como Velarde, que comenzaron por admirar a los franceses y a sus caudillos, se arrepintieron al verlos de cerca.

En Velarde, el amor patrio se sobrepuso a todas sus ideas y preocupaciones. El día de que se trata se sentó, como de costumbre, a la mesa de su oficina, que estaba en la calle que llaman «Ancha de San Bernardo». Estaba excitadísimo; y al sentir el rumor del pueblo en la calle, se levantó, diciendo al comandante D. José Navarro, que ocupaba una mesa frente a la suya: «¡Es preciso batirnos!» Trató de calmarle su superior; pero en esto oyó un tiro lejano. Velarde no pudo contenerse más, y exclamando «¡Vamos, vamos a batirnos!, ¡es preciso morir!», echó mano del fusil de uno de los ordenanzas, y, seguido de otro ordenanza y de un escribiente meritorio, se lanzó a la calle dando gritos de muerte contra los franceses. Al frente de la turba que, cada vez más numerosa, se le iba agregando, llegó al cuartel de voluntarios del Estado, de cuyo coronel consiguió, a fuerza de ruegos y muy a duras penas, que le diese cuarenta hombres con cuatro oficiales, y en seguida se dirigió al palacio de Monteleón, donde estaba el Parque de Artillería. Lo demás ya lo he contado.

—Encuentro—dijo Frasquito—que el coronel de los voluntarios del Estado debió, o negarse absolutamente a darle un solo hombre, si creía hacer mal en ello, o darle cuantos tenía, si pensaba que hacía bien.

—Tienes muchísima razón, Frasquito. Parece que era uno de esos hombres de carácter indeciso, incapaces de adoptar una resolución. Como ése hay muchísimos, que son siempre funestos y calamitosos.

—Ved aquí—dijo D. Antonio María indicando el obelisco del Dos de Mayo—; en este mismo sitio y contra las tapias del Retiro, que entonces iban por aquí mismo orillando este paseo por donde vamos, fueron fusilados muchos vecinos de Madrid la noche de los sucesos que os he referido. Murat dictó un bando condenando a muerte a cuantos fuesen habidos con armas; y como los Consejos



1. Puente de Sagasta (Logroño). — 2. Colegio de Logroño. — 3. Calle del Mercado (Logroño). — 4. Santa María de la Piscina. — 5. Vista general de Haro. — 6. Palacio del duque de la Victoria (Logroño). — 7. Puento de Tomás (Ídem). — 8. Fachada de la iglesia de San Bartolomé (Ídem). — 9. Vista de la Catedral de Calahorra. — 10. Túneles de la Tocha.

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE LOGROÑO

de guerra franceses entendían por tales hasta los cortaplumas y tijeras, excuso decirlos las atrocidades que se cometerían.

—Esta calle de árboles, que es muy larga—prosiguió diciéndolo—, se llama «El Prado»; y hasta hace no muchos años era verdaderamente un prado, que servía de paseo y de lugar de esparcimiento al vecindario. Hay estampas de cerca de tres siglos de fecha que lo representan lleno de gente de a pie y de a caballo y de coches. Su propio nombre es el de «Prado de San Jerónimo», porque pertenecía, como todos estos terrenos, al monasterio de San Jerónimo, que ha dado también nombre a la calle que conduce a él desde la Puerta del Sol. Antes corría por aquí un arroyo con la bastante agua para necesitar varios puentes; pero en tiempos de Carlos III se elevó mucho el piso, y el arroyo corre ahora muy hondo por bajo del suelo.

—¿Qué monumento es aquél?—preguntó sir Roberto señalando a la Puerta de Alcalá.

—Es una especie de arco de triunfo, erigido en tiempos de Carlos III para conmemorar su entrada en Madrid. Era una de las varias puertas que daban entrada a la villa desde el tiempo de Felipe III; porque os advierto que desde entonces hasta la fundación de los barrios nuevos de Salamanca, Pozas, Pacífico, Prosperidad, Guindalera y algunos más, Madrid no había crecido ni una pulgada. Todo su desarrollo lo tuvo en el siglo xvi. Del xvii hay por ahí un plano de Madrid que demuestra que las tapias que tenía entonces la villa eran las mismas que hemos conocido hasta hace pocos años. En cuanto a vecindario, debía de tener menos que en nuestro tiempo, porque, fuera de la calle Mayor y demás de la villa primitiva, las demás sólo tenían casas de planta baja y de apariencia harto pobre, a juzgar por el plano. En cambio, había entonces infinitamente más caballos y coches que ahora, relativamente a la población.

—Ese edificio que veis ahí en alto—prosiguió D. Antonio María—está ocupado por las oficinas del Ministerio de la Guerra. Lo edificó a fines del siglo pasado una duquesa de Alba. A su muerte, lo compró la villa para regalárselo a D. Manuel de Godoy, Príncipe de la Paz. Por último, y después de cambiar varias veces de mano y de destino, ha venido a tener el que antes os dije. Como todos nuestros edificios dedicados a oficinas públicas, está lleno de tabiques de citara y de panderete, para formar las covachuelas en

que anidan los innumerables empleados de nuestra complicadísima y enrevesada administración.

—De ese otro que estan levantando ahí enfrente no puede decirse lo mismo—advirtió sir Roberto.

—Tengo entendido—le contestó D. Antonio María— que se destina a alojamiento del Banco de España; y, efectivamente, si sigue como va, será el mejor edificio de la villa.

—Esa fuente no es fea—dijo sir Roberto, por la de la Cibeles, que tenía delante en aquel momento.

—Ciertamente que no—le contestó D. Antonio María—. Es obra del famoso arquitecto Ventura Rodríguez, autor también de los palacios de los duques de Liria y de Altamira y de otros edificios públicos y particulares, los mejores de Madrid. Al decir que es autor de la fuente, como lo es también de todas las otras del Prado, me refiero a los diseños y trazados de ellas, no al trabajo material de escultura; pues, según las notas que tengo en la cartera, la figura de la Cibeles la hizo Francisco Gutiérrez, y las de los leones, Roberto Michel. Este otro paseo que estamos siguiendo se llamó antes «de los Recoletos Agustinos», y ahora, más brevemente, «de Recoletos», por el monasterio que había ahí enfrente, y que ha desaparecido hace años.



Ventura Rodríguez

Restaurador de la Arquitectura clásica española, caracterizada por la sencillez y elegancia de su estilo (1717-1785).

### CAPÍTULO XXXIX

IBAN la otro día por la calle de Fuencarral. Al pasar frente al Hospicio, llamó D. Antonio María la atención de sus compañeros sobre su portada, obra de Pedro Rivera, y uno de los ejemplares más conocidos, en Madrid a lo menos, del estilo churrigüesco.

—¿Por qué se llama puerta a esta plaza?—preguntó Frasquito al llegar a la Puerta del Sol.

—Porque a la entrada de la calle Mayor estuvo hasta el siglo **xvi** una de las puertas de la villa, que, al ensancharse ésta, se trasladó a aquella otra que vimos antes, y que se llama la Puerta de Alcalá, por estar sobre el camino que conduce a Alcalá de Henares. Esta Puerta del Sol no pertenecía tampoco al antiguo recinto, sino a la tapia que formaba el segundo. El primer recinto estaba mucho más adentro, y la puerta a que vino a sustituir esta del Sol se llamaba de Guadalajara.

Así, andando por todas partes, observándolo todo y discurrendo sobre lo que veían y sobre cuanto les venía a las mientes, se pasaron los siete días que estuvieron en Madrid.

Fueron uno de ellos a ver la Real Fábrica de Tapices; pero estaba ociosa en aquellos días, y supieron que venía estándolo de ordinario desde tiempo atrás. Aquella visita los condujo a hablar acerca de las industrias de Madrid.

—Hay mucha gente—decía D. Antonio María—que cree que aquí no hay industria de ninguna clase; otros, yéndose al extremo opuesto, dicen que Madrid es población muy industrial, fundándose en lo que tributa al Estado por ese concepto. Ni unos ni otros están en lo cierto. Los que aprecian la importancia industrial de Madrid por el importe de la contribución, se olvidan de que en gran parte de ella corresponde a grandes Empresas y Compañías que tienen aquí sus oficinas centrales, figurando los tributos que pagan como correspondientes a la industria local, no siéndolo; pero los otros también se engañan, porque aquí hay bastante industria, aunque casi toda en pequeña escala. Hay algunos buenos establecimientos tipográficos, donde se hacen muy buenos trabajos, y los guantes de Madrid son también muy celebrados, hasta fuera de España. La perfección de la industria tipográfica de Madrid no es de hoy, pues en el siglo pasado se hicieron aquí ediciones magníficas, tanto en la Imprenta Real como en las de Sancha e Ibarra.

Otra de las industrias en que se distinguió Madrid hasta hace no mucho tiempo fue la fabricación de escopetas y armas de fuego manuales. Esa industria, como la de la imprenta, no nació en España, sino que fue importada de Alemania; pero tuvo aquí aprovechadísimos discípulos, que no tardaron en convertirse en maestros y hasta en inventores. Cristóbal de Friesleva fue uno de ellos. Aunque se estableció en la villa de Ricla, cerca de Zaragoza, apren-

dió su oficio en Madrid, y fabricó arcabuces cargados por la recámara tres siglos antes que el francés Robert y su discípulo Lefaucheux. Otro famoso fabricante de escopetas madrileño fue Nicolás Bis, inventor de los cañones de callos de herradura, allá por fines del siglo XVII. Las escopetas de Francisco López, arcabucero de Carlos III, tenían fama en toda Europa. Hasta Vizcaya, donde tan gran desarrollo tiene hoy esa industria, puede decirse que vino a aprenderla a Madrid, pues Agustín de Pustindui, que la montó en aquella provincia en el siglo pasado, fue discípulo de Joaquín de Celaya, arcabucero de Fernando VI. Melchor Álvarez fue otro notable fabricante madrileño de escopetas, algunas de las cuales, de gran mérito, figuran en museos extranjeros. Él fue el primero en España que forjó cañones retorcidos en espiral. Ya de nuestro tiempo son los Zuloagas, uno de los cuales montó en la villa de Éibar una famosísima fábrica de armas. En Madrid hay también fundiciones de hierro y de otros metales, talleres de coches y carros, molinos de grano movidos por vapor, talleres de encuadernación de libros, carpintería y ebanistería, fábricas de muebles, chocolate, jabón, velas, fósforos, hielo, cerveza y mil otras cosas que no recuerdo; hornos de cal, tejas y ladrillos... En fin, multitud de industrias, aunque, por lo común, repito, en pequeña escala.

Al día siguiente de esta conversación salieron para Toledo.

## CAPÍTULO XL

DE modo—decía sir Roberto conforme iban camino de Toledo— que la primera vez que suena el nombre de Madrid en la Historia es cuando refiere la expedición de Ramiro II de León a Toledo, en el año 939.

—Precisamente—le contestó D. Antonio María—. De seguro existiría antes de ese tiempo; pero no consta en ninguna parte, ni vuelve a saberse de ella hasta el tiempo de Alfonso VI, que se apoderó de la villa poco antes que de la ciudad de Toledo. Por cierto que los segovianos pretenden que asistieron a la toma de Madrid; pero debe de ser un cuento, porque Segovia y Ávila y toda la tierra comprendida entre el río Duero y la sierra vino a poblarse, poco más o menos, al tiempo mismo, y aun después de la conquista de esta comarca. Toda esta tierra, hasta Andalucía, pertenecía al

reino de Toledo, que fue uno de los más grandes que se formaron de las ruinas del Califato de Córdoba.

—Toledo era entonces, a lo que parece—dijo sir Roberto—, una de las ciudades más importantes de España.

—Se ha exagerado mucho la importancia de Toledo. En todo tiempo, y hasta en el de los reyes godos sucesores de Leovigildo, que fue el primero que le dio el título de «Ciudad Real», y que estableció en ella su corte, fue inferior Toledo en población y en riqueza a muchas otras ciudades de España. El haberla elegido los reyes godos para corte debió de ser principalmente por su situación céntrica y su fortaleza, que, antes de usarse cañones, era grandísima. Ya Tito Livio dice de ella que era ciudad pequeña, pero muy fuerte. Después de la conquista de los árabes se la llamó despreciativamente *Toleduela*, que así hay que entender el nombre de *Tolétula* o *Tolantola* que se le daba entre los andaluces, quienes nunca debieron de ver con buenos ojos que la prefirieran los reyes godos, para capital de sus estados, a Córdoba, Sevilla, Écija, Málaga y otras ciudades más ricas, pobladas e importantes.

—¿Influiría acaso ese hecho en la invasión de los árabes?

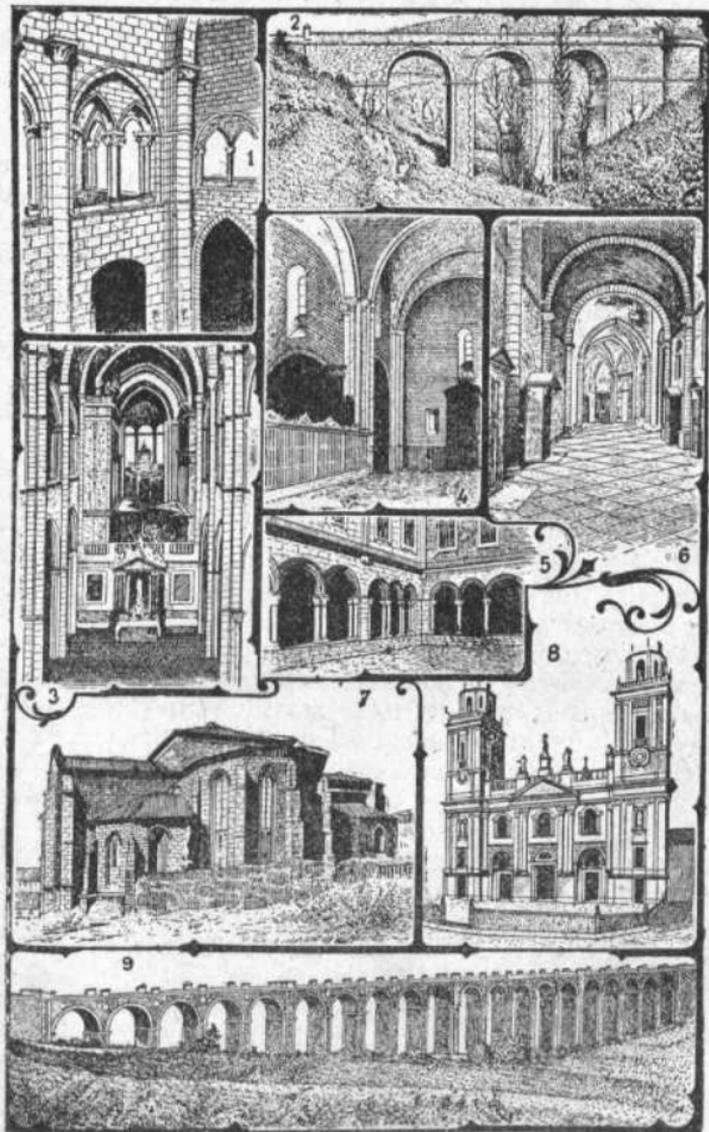
—¿Quién sabe! Hay tanta obscuridad en todo lo que se refiere a ese tiempo, que caben todas las conjeturas. A mi ver, en la caída del imperio gótico debieron de tener gran parte las rivalidades entre unas y otras provincias.

Llegaron a Toledo ya obscureciendo, porque se habían detenido mucho tiempo en Illescas durante las horas más calurosas del día.

No descansaron los cinco siguientes ni un solo instante; y aun se quedaron sin ver muchas cosas curiosas de Toledo, que, desde el punto de vista arqueológico, es la población más digna de estudio de España, y casi pudiera decirse que de Europa, por la grandísima variedad de estilos de sus casas y monumentos.

La catedral es de estilo gótico, adulterado en muchos de sus accesorios, como generalmente sucede en los edificios cuya construcción ha tenido que durar varios siglos. Por la enorme altura y amplitud de sus naves, por el prodigioso número de obras maestras del arte que en ellas y en sus capillas se encierran, es uno de los monumentos más ilustres, no de España, ni aun de Europa, sino del mundo.

En el solar que ocupa se alzaron antes otros templos, el últi-



1. Triforio y ventana de la Catedral de Mondoñedo. — 2. Viaducto de Lugo. — 3. Interior de la Cat. de Cruzil. — 4. Crucero de la Catedral de Mondoñedo. — 5. Claustro de la iglesia de San Francisco (Lugo). — 6. Nave baja de la Catedral de Lugo. — 7. Iglesia de San Francisco (Lugo). — 8. Fachada de la Catedral de Lugo. — 9. Viaducto de Chanca (Lugo).

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE LUGO

mo de los cuales fue la Mezquita mayor de los musulmanes. Dirigió las obras un tal Pedro Pérez, que murió, ya muy viejo, en 1285, y la lápida de cuyo sepulcro, descubierta en el siglo XVII al derribar la antigua capilla de Santa Marina para levantar la actual del Sagrario, está hoy en la sacristía de la capilla de Santa Marina, vulgarmente llamada «de Doctores», de la misma catedral. Ignórase quiénes le sucedieron hasta Rodrigo Alonso, Álvaro Gómez, Anequin Egeas, Martín Sánchez y Juan Guas, que sucesivamente dirigieron los trabajos desde 1389 hasta 1493. César Bermúdez da los nombres de ciento cuarenta y nueve artistas, de los muchísimos más, arquitectos, escultores, pintores, orfebres, forjadores y lapidarios, que durante un período no menor de seiscientos años contribuyeron a la construcción y ornamento de ese monumento maravilloso.

Consta de siete naves, contando con las de las capillas, las cuales van creciendo en altura desde las últimas, que son las más bajas, hasta la central, que tiene 116 pies desde el suelo hasta la clave de las bóvedas; disposición que da por fuera al edificio la forma piramidal propia de las iglesias góticas. Tiene 404 pies de largo y 204 de ancho. Ochenta y ocho pilares formados de haces de columnillas sostienen sus sesenta y dos bóvedas, y setecientos cincuenta ventanales cubiertos de admirables vidrieras pintadas a fuego, entre las cuales se cuentan los tres maravillosos rosetones calados de la nave central y de los brazos del crucero, dan luz a sus naves y sus veintiséis capillas. Ciento cuarenta y dos años, desde 1418 a 1560, invirtieron en fabricar esas vidrieras toda una pléyade de artistas, muchos de cuyos nombres se conocen.

Catorce reyes y reinas, y multitud de infantes, prelados y personajes ilustres tienen espléndidos sepuleros en sus capillas. En la de Santiago o de D. Álvaro están los del célebre condestable y maestre de Santiago D. Álvaro de Luna, y cinco más, de su mujer y otras personas de su familia y descendencia.

Del coro no hay más que decir sino que es un museo de escultura. En su sillería baja talló maese Rodrigo, aparte de infinitas figuras de flores, animales y arabescos, todos los episodios guerreros del reinado de los Reyes Católicos, que permiten al anticuario estudiar las armas y trajes de la época; y la alta, hecha en tiempos más modernos por Alonso Berruguete y Felipe de Borgoña, es obra admirable sobre toda penderación.

Pero ni ellas ni nada del edificio puede describirse, ni, aunque se pudiera, sería éste lugar de hacerlo. Cortaré, pues, en seco la comenzada descripción, limitándome a consignar que en los tres días seguidos que se pasaron nuestros amigos dentro de esa iglesia portentosa, desde la hora de abrirse hasta la de cerrarse sus puertas, distaron muchísimo de ver todo lo que en ella hay digno de verse, o mejor dicho, y nunca más propiamente, de admirarse.

Las demás horas de esos días y las restantes de su estancia en Toledo las dedicaron a ver muy por encima sus innumerables monumentos, y a andar a la ventura por la ciudad, que es ya por sí, y toda en su conjunto, un puro monumento, en que no hay plaza, ni calle, ni esquina, ni hueco de muro, sea puerta o ventana, ni siquiera herraje de puerta, que no sea un documento histórico, artístico o arqueológico.

—Esta ciudad tiene fama por sus espadas y armas blancas—dijo Willy.

—No sólo por sus armas, sino por sus tejidos de seda, brocados de oro y plata y por otros artefactos; como que en la Edad Media, y hasta bien entrada la Moderna, era población muy industrial, que se distinguió por lo bulliciosa y turbulenta. Las rebeliones y motines de la gente toledana han dejado fama perdurable; pero todo eso acabó. Hoy es una ciudad muerta. Hay, cierto es, una fábrica de armas fuera de la ciudad, allá en la Vega; pero vive artificialmente, merced a la iniciativa y gestión del Estado, que es el propietario de ella, y quien, por intermedio del Cuerpo de Artillería, la dirige y administra. La fundó Carlos III, como otras de sedas, paños, alfarería y otros artículos que se establecieron por el mismo tiempo en varias ciudades y villas del Reino, con el loable propósito de resucitar antiguas y decaídas o extinguidas industrias; pero casi todos esos establecimientos cesaron de trabajar en la guerra de la Independencia. Esta fábrica de armas tuvo



D. Alvaro de Luna

Tomado de la estatua yacente de su sepulcro, existente en la Catedral de Toledo.

mejor suerte; pero las armas que hoy se fabrican, aunque son muy buenas, nada tienen de común con las antiguas, ni siquiera en la primera materia de que se hacen, pues consta positivamente que los antiguos espaderos de Toledo forjaban sus armas con acero de una mina que llaman de «hierro helado», que está cerca de la



Berruguete (Alonso)

villa de Mondragón, en Vizcaya, mientras que la fábrica de armas actual se vale de aceros extranjeros. Tampoco se siguen los mismos procedimientos de fabricación, pues antiguamente se forjaban las hojas de una sola pieza de acero, y hoy se componen de dos partes: una interior, llamada *alma*, que es una barra de hierro dulce, y otra exterior, formada de placas de acero llamadas *tejas*, que se consolidan entre sí y con el *alma* a fuego y martillo.

—¿De modo—dijo Willy— que las espadas de Toledo de

hoy no tienen semejanza con las antiguas?

—Ninguna absolutamente. En lo antiguo, era una industria particular, que ejercían muchos espaderos agremiados, como lo estaban por aquel tiempo todos los oficios, y cada uno de ellos tenía su sistema propio, que solía guardar secreto y transmitir como herencia a sus hijos o sucesores. Por eso no todas las armas de Toledo gozaban de igual reputación, sino de más o de menos, según el taller de que procedían. Cada espadero tenía su marca, y muchos de ellos no sólo trabajaron en Toledo, sino en otras ciudades. Se conocen los nombres y las marcas de muchos de ellos, aunque suele ignorarse de no pocos el tiempo que vivieron.

—Debe advertirse—añadió D. Antonio María—que la fama de las buenas espadas no era monopolio de Toledo, pues la tenían también varias ciudades de España, como Valencia, Zaragoza, Sevilla, Cuéllar y otras. La espada de Francisco I de Francia, que hasta el tiempo de la invasión francesa estuvo en la Armería

Real, estaba hecha en Valencia, y muchas de las llamadas «del Perrillo», por la marca que llevaban en la hoja, que era la usada por el espadero Julián del Rey, fueron forjadas en Zaragoza y en otras partes. Ese Julián del Rey, así llamado por haber sido el rey Católico su padrino de bautismo, era moro, y fué espadero de Boabdil el Chico, último rey de Granada.

Durante sus visitas a la catedral, no pudo menos de recaer la conversación de nuestros amigos sobre el rito gótico o muzárabe, que todavía se observa en una de sus capillas.

—Ya sabéis—les dijo D. Antonio María—que era el que seguía en toda España hasta muy a fines del siglo XI, y se había introducido en ella al mismo tiempo que el cristianismo. Sus rezos, himnos y ceremonias habían sido recopilados y puestos en orden por los Santos obispos Isidoro y Leandro en el siglo VII. En el XI se propuso el Papa Gregorio VII unificar las ceremonias eclesiásticas en todas las naciones, y mandar sus legados a los diversos reinos en que España entonces se dividía, con objeto de persuadir a sus reyes y prelados a que adoptasen el ritual romano. El primero de los Estados españoles que entró por el nuevo régimen fue el de Aragón, en cuya iglesia de San Juan de la Peña se celebró la primera misa con arreglo al ritual romano, el día 13 de Marzo de 1071, en presencia del rey Sancho Ramírez y del legado del Papa Hugo Cándido. En Castilla encontró la innovación gran resistencia en el pueblo; pero el rey, cediendo a las instancias de su mujer, que era francesa, y de los muchos señores y eclesiásticos de esa nación que habían venido por aquel tiempo a España a tomar parte en la Reconquista y a repoblar los territorios ganados a los moros, dispuso que se adoptase el rito romano. Conservóse, sin embargo, el gótico en seis parroquias de Toledo. Hoy sólo subsiste, por excepción, en la capilla muzárabe de la catedral, y en la capilla llamada de Talavera, del claustro de la catedral vieja de Salamanca.

## CAPÍTULO XLI

POR segunda vez, y desde Toledo, volvieron nuestros amigos a Madrid, y emprendieron el camino a Segovia por Guadarrama, con objeto de ver el famoso acueducto romano. Trasmontaron, pues, la sierra por Guadarrama, y cruzando la posesión real de Ríofrío, abundantísima en ciervos, fueron a dar a Segovia.

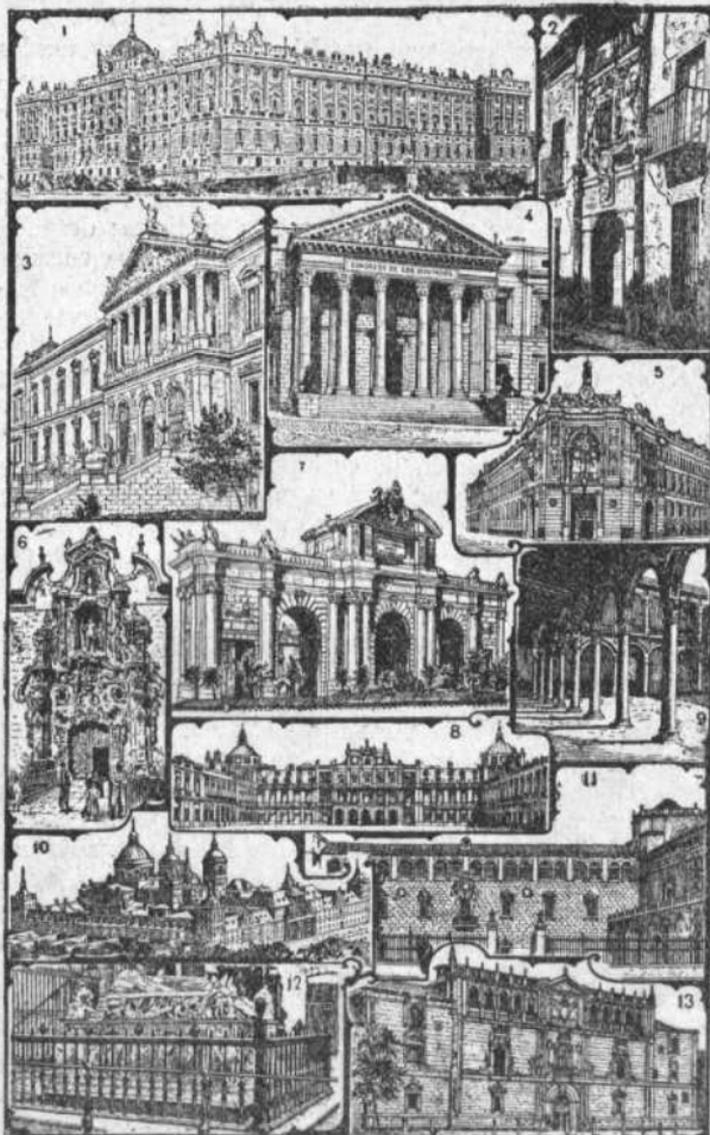
Por el camino que llevaban se llega a uno de los arrabales, en el que se entra por una especie de arco muy deteriorado, encima del cual hay dos estatuas de guerreros.

—Esas estatuas—dijo D. Antonio María—son las de Dia Sanz y Fernán García, capitanes de los tercios segovianos que asistieron a la conquista de Madrid en tiempo de Alfonso VI; pero les diré a ustedes con la mayor reserva que entonces no había capitanes, ni tercios, ni segovianos; de modo que el hecho no puede ser más discutible.

Echóse a reír sir Roberto de tan buena gana, que no pudo hablar en un buen rato.

—Explíquenos usted eso, D. Antonio María—dijo cuando hubo recobrado el uso de la palabra.

—Pues es muy sencillo. La palabra *capitán*, tomada, indiscutiblemente, de la lengua italiana, no sé si directamente o por intermedio de la francesa, no se introdujo en la nuestra hasta muy adelantado el siglo XIV; de modo que en el XI, en que fue la conquista de Madrid, no teníamos capitanes. Tercios tampoco los hubo, ni siquiera la palabra con la acepción de cuerpo armado, hasta el siglo XVI, en que tuvo principio para designar a ciertas unidades orgánicas compuestas de arcabuceros, piqueros o lanceros y hombres armados de espada y rodela. Por último, Segovia estaba poblándose cuando se conquistó a Madrid, que fue poco antes que a Toledo, siendo sabido que la población de Segovia, como la de Ávila, Salamanca y toda esta región, llamada entonces Extremadura, fue encomendada por Alfonso VI a su yerno D. Ramón de Borgoña por ese mismo tiempo. Ya ven ustedes cómo estaba en lo firme al decir que no podía haber entonces capitanes, ni tercios, ni segovianos. Ahora añadiré, a mayor abundamiento, que hasta muy a fines del siglo XII no comenzaron las milicias concejiles; lo que quiere decir que, aunque hubiera estado poblada Segovia a fines del XI, cuando se conquistó el reino de Toledo, no hubiera mandado a tomar parte en la empresa milicias que no podía tener ni tenía. Noten ustedes también que este arco es moderno, relativamente hablando, y que esos guerreros están ataviados a estilo del siglo XVI; lo que no es negar que se haya querido representar en ellos a los susodichos Dia Sanz y Fernán García, cuya existencia tengo por tan problemática como los oficios y hechos que se les atribuyen. Pronto veremos el famosísimo acueducto, que es uno



1. Palacio Real (Madrid). — 2. Casa de Lizanos (Alcalá de Henares). — 3. Biblioteca Nacional (Madrid). — 4. Congreso de los Diputados (Id.). — 5. Banco de España (Id.). — 6. Hospicio provincial (Id.). — 7. Puerta de Alcalá (Id.). — 8. Palacio Real (Aranjuez). — 9. Patio del Archivo general central (Alcalá de Henares). — 10. Monasterio de San Lorenzo (Escorial). — 11. Fachada del Archivo (Alcalá de Henares). — 12. Sepulcro del Cardenal Cisneros en la iglesia Magistral (Id.). — 13. Universidad (Id.).

## ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE MADRID

de los monumentos romanos más notables y mejor conservados de España y aun de Europa. No sólo es una obra soberbia, comparable con el puente de Alcántara y tan vieja como él, sino que sigue sirviendo para el objeto a que fue destinada.

—¡Qué!; ¿sigue llevando agua a la ciudad?—preguntó Willy.

—Casi un río lleva a Segovia desde más de tres leguas de distancia. Primeramente ese arroyo corre a flor de tierra; después, cuando el descenso del terreno va haciéndolo necesario, se encauza en un arcaduz de durísima mampostería, que va poco a poco creciendo en altura, hasta que lo bajo del terreno le obliga a sostenerse sobre arcos que aumentan progresivamente en elevación conforme baja el terreno, hasta formarse dos hileras de ellos, que en la parte más alta se eleva a 102 pies sobre el suelo. Comenzando desde allí a subir el nivel del piso hasta la ciudad, que está situada en una eminencia, van menguando en altura los pilares de donde arrancan los arcos, hasta reducirse a su primitivo tamaño.

—Lo prodigioso de que se conserve en buen estado una obra semejante—dijo sir Roberto—es la intervención que tiene en ella elemento tan destructor como el agua.

—A lo que hay que agregar la circunstancia de ser en esta tierra frecuentísimas y rigurosísimas las heladas, lo que aumenta considerablemente sus efectos destructores.

Está construído el acueducto con sillares de granito sin argamasa interpuesta, que se sostiene por su propio peso.

Se dice que a fines del siglo XI, cuando acababan de poblar la ciudad los cristianos, hicieron una incursión los moros de Toledo en sus cercanías, y rompieron el acueducto por una parte de él en que no es todavía muy grande la altura de los arcos, y que así estuvo hasta el tiempo de los Reyes Católicos, en que un religioso del monasterio del Parral (situado en las afueras de la ciudad), llamado fray Juan de Escobedo, recompuso los arcos derruídos, dejándolos como debieron de estar en su principio.

—Más adelante se han hecho algunos otros trabajos de recomposición, que no sé cuáles sean—dijo D. Antonio María—; pero he leído en alguna parte que al verlos el mariscal francés Ney, exclamó: «¡Aquí empieza la obra del hombre!», como indicando que lo demás de la fábrica era cosa sobrehumana.

La ciudad de Segovia se alza sobre una altura escarpadísima, y está ceñida todo en redondo de muros y torreones, que deben de

ser del tiempo de su repoblación por D. Ramón de Borgoña a fines del siglo XI; porque, si bien algunos trozos de ellos pueden, como se dice, ser romanos, el hallarse entre sus piedras algunas lápidas romanas con letreros vueltos al revés, y que debieron de pertenecer a otras fábricas o a antiguos sepulcros, demuestran que en su mayor parte son de tiempo más reciente. Algunas de las puertas que dan entrada a la ciudad son de forma muy elegante, y a todas se sube por asperísimas cuestas, porque la única que había de fácil acceso había sido, muy indiscretamente, derribada pocos años antes de la visita de nuestros amigos.

La mayor parte de las iglesias de Segovia, que tiene muchas, demostrando en su número cuánto más poblada estuvo antiguamente que ahora, deben de ser del mismo tiempo que las murallas, a juzgar por su estilo románico. La del monasterio del Parral, la del hospicio de Santa Cruz, ambas fuera de puertas, y quizás alguna otra, son góticas, como también la catedral, que es magnífica. Todo el siglo XVI se invirtió en construirla, habiéndola comenzado el mismo famoso arquitecto Juan Gil de Hontañón, autor de los planos de la nueva de Salamanca y del cimborrio de la de Sevilla.

Los arrabales, tan antiguos como la ciudad, pues que en el siglo XII se concedió franquicias y privilegios a sus moradores que se pasasen a vivir intramuros, se compone en su mayor parte de casuchas, en cuya construcción no es raro ver columnas y otras piedras labradas, que evidentemente formaron parte de más nobles edificios.

Abundan las casas de piedra con hermosas y blasonadas puertas, y algunas de ellas con torres almenadas provistas de ladroneiras y matacanes. Algunas de esas torres, como la llamada de San Juan y la de Lozoya, son altísimas, y se distinguen de muy lejos, descollando sobre la masa del caserío.

Muchas casas tienen los muros de la fachada cubiertos de extraños adornos y dibujos, que algunas veces consisten en nervios o resaltes que marcan los contornos irregulares de las piedras de que están contruídos. Una hay extrañísima, cuya fachada, formada de sillares de granito labrados en punta de diamante, ha dado motivo al nombre de «Casa de los Picos» con que se la designa.

Un nervio o moldura que suele ir adornado de pequeñas bolas en todo su contorno, y que, sobresaliendo de la superficie de la

fachada, encuadra a la puerta y al escudo de armas que va encima de ella formando una especie de frontispicio, es detalle muy común en las casas antiguas de algunas pretensiones, no sólo de Segovia sino de toda esa región de Castilla.

—¿De qué tiempo serán estas casas?—preguntó Frasquito.

—Creo—le contestó su padre—que la mayor parte de las que tienen aspecto de antiguas datan de los siglos XIV, XV y principios del XVI. Nota su parecido con la de los Lujanes, que vimos en Madrid, y que debe de ser del XV.

—Debía de ser Segovia población muy importante en los siglos pasados para tener tantas y tan buenas iglesias y, sobre todo, tan soberbia catedral como tiene—dijo sir Roberto.

—Era importantísima por su industria de paños, y estaba habitada por una numerosa población fabril, bastante inclinada a revueltas y motines—le contestó D. Antonio María.

En el agitado período de las minoridades de Fernando IV y Alfonso XI, en los siglos XIII y XIV, figuró mucho, y también en todo el curso del siglo XV, por lo muy frecuentemente que se detenían los reyes en ella; por último, se señaló mucho en la guerra de las Comunidades, por el calor con que abrazó el partido de los rebeldes. Su diputado a las Cortes de la Coruña, Rodrigo de Torresillas, fue muerto y arrastrado por las calles a su vuelta a la ciudad, por haber votado el subsidio solicitado por el rey para ir a coronarse a Alemania; y Juan Bravo, capitán de su milicia, fue uno de los tres degollados en Villalar al día siguiente de la batalla. Todavía existe su casa, cuya pequeña pero elegante fachada de piedra da a la calle Real, y la trasera, a la muralla de que forma parte.

—Y de su industria de paños, ¿qué se ha hecho?—preguntó Willy.

—Acabó hace tiempo, como la de seda de Toledo, cueros de Córdoba y tantas otras que había en diferentes ciudades de España. Carlos III, en sus esfuerzos para levantar al país, quiso restablecerla bajo los auspicios del Estado, y fundó aquí un gran establecimiento en un edificio de los arrabales, llamado hoy «la Casa Grande», que está a temporadas abandonada o convertida en cuartel; pero, a pesar de sus buenos deseos, se extinguió de nuevo la industria después de un breve pero brillante período de vida. Llegaron en su reinado a labrarse aquí paños bastante finos, como lo prueba

el regalo que hizo a vuestro rey Jorge III de un traje de paño medido en un sobre; bien es verdad que no ha llegado a mi noticia el tamaño del sobre.

—Aunque abultara tanto como un número del *Times*—dijo Willy—sería finísimo, porque el paño, por delgado que sea, no puede serlo tanto como la seda o el lienzo.

—Antiguamente—prosiguió D. Antonio María—no había aquí una fábrica de paño, sino muchísimas, de más o menos importancia. Los fabricantes, como en todas partes sucedía en aquel tiempo, estaban agremiados y daban ocupación a muchos miles de familias.

—¿Y dónde estaban esas fábricas?—preguntó Willy.

—Debían estar hacia la orilla del río. Por allí había un arrabal de San Pedro, que ha desaparecido del todo. La campana de su iglesia juega gran papel en los frecuentes motines y asonadas de que era teatro Segovia en algunos tiempos.

Iban hablando así nuestros viajeros conforme se dirigían al Alcázar.

La fachada de este edificio da sobre una vasta explanada, en donde estuvieron hasta 1520 la catedral, los claustros, la canonjía y el obispado, y de donde se quitaron al comenzar las obras de la catedral nueva, que es la que hoy existe.

Con gran sorpresa de D. Antonio María, que sabía que el Alcázar se había quemado algunos años antes, se lo encontraron en muy buen estado de conservación por fuera, y en vías de restauración por dentro.

Por lo que les dijo uno que parecía maestro o capataz de los albañiles que allí trabajaban, hacía tiempo que se estaba restaurando el edificio por cuenta del Estado.

—¿Y van a dejarlo tal como estaba?—le preguntó D. Antonio María.

—¡Ca; no, señor! Eso costaría un dineral; y tampoco sé si podría hacerse, porque no creo que se conserven dibujos de las esculturas, de los artesonados y de los frisos de los muros, que eran de muchísimo mérito. Por lo que tengo entendido, nos conformaremos con imitar lo que se pueda con yeso y cartón piedra.

Domínase desde la puerta trasera del Alcázar gran extensión de tierra, hasta perderse la vista en el lejano horizonte; porque la roca en que la ciudad está fundada se levanta allí eminentísima y

abrupta en figura de proa de barco, ceñida a sus pies por el río Eresma, que va a dar sus aguas al Duero cerca de Tordesillas, y por el arroyo Clamores, que desemboca en Eresda, al pie mismo de ella.

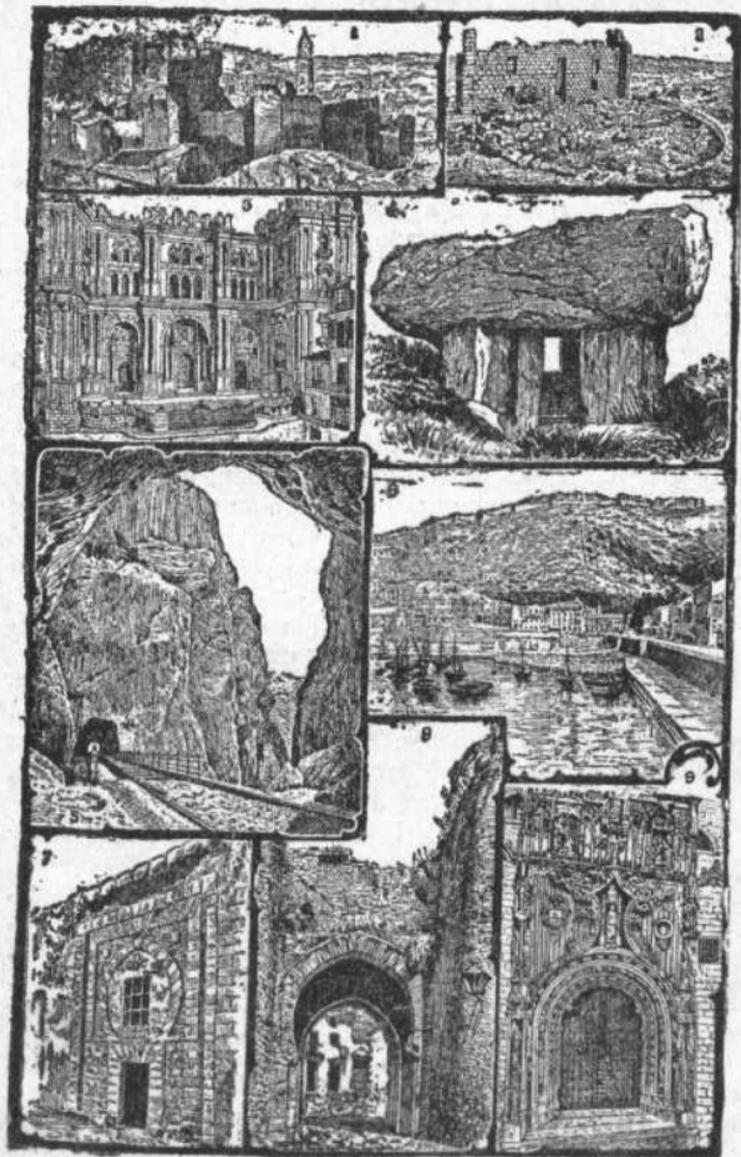
—Este Alcázar sería, sin duda, la residencia de los reyes castellanos cuando vinieran a Segovia—dijo sir Roberto.

—Esa es la creencia general—le contestó D. Antonio María—, pero no exacta. Los reyes solían parar en el Alcázar en tiempo de revueltas; pero de ordinario vivían en el Palacio real, que, más que tal palacio, es un conjunto heterogéneo de casas formando una isla o manzana dentro del casco de la ciudad.

Vieron nuestros amigos la iglesia de San Esteban, que tiene una torre muy notable, considerada como un raro ejemplar de estilo románico, objeto de la curiosidad de muchísimos artistas, que acuden de muy lejos a contemplarla. La del Corpus Christi, que fue antes sinagoga judaica, es un raro ejemplo del estilo morisco. Tiene los arcos de herradura; pero data seguramente de tiempo posterior a la repoblación de la ciudad por los cristianos. Acerca de ella corre una tradición relacionada con la sangrienta persecución de que fueron objeto los judíos durante la regencia de Doña Catalina de Alencastre. En la de San Millán, situada extramuros, y románica, como casi todas, les chocó ver representado al Santo a caballo, espada en mano y atropellando moros.

—Es que ustedes no saben, ni muchísima gente tampoco—dijo D. Antonio María—, que San Millán fue el patrón de Castilla, como Santiago lo fue de Galicia y, por extensión, de todo el reino leonés, y que se le atribuían los mismos milagros que a Santiago. Por eso, aunque fue un santo anacoreta del siglo vi que nada tuvo de guerrero, como tampoco Santiago, que fue pescador, se le representa como a él en esa actitud belicosa. Lean ustedes el poema de San Millán, de Gonzalo de Berceo, que es de lo más antiguo que se ha escrito en castellano, y verán allí a San Millán, junto con Santiago, combatir por los aires en la batalla de Simancas en favor de los castellanos y leoneses, respectivamente, contra los moros. Tradiciones confusas de esa celebrísima batalla deben de haber dado origen, a mi ver, a la fabulosa de Clavijo.

El monasterio de San Millán, llamado «de la Cogolla», edificio que por lo inmenso ha merecido que se le llame «Escorial de la Rioja», fue para los antiguos castellanos lo que el sepulcro de San-



1. Vista tomada desde la Alcazaba (Málaga). — 2. Anfiteatro romano (Ronda). — 3. Fachada principal de la Catedral (Málaga). — 4. Cueva de Menga (Antequera). — 5. Túnel de la Faya y desfiladero del Chorro (Ronda). — 6. Castillo de Gibralfaro (Málaga). — 7. Puerta de Atarazanas (Málaga). — 8. Puerta árabe de entrada (Ronda). — 9. Puerta del Sagrario (Málaga).

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE MÁLAGA

tiago para los gallegos y leoneses. Por eso puso Almanzor especial empeño en destruirlo, como lo hizo, efectivamente, pocos años antes de su muerte.

—¿Se le reconstruyó, por lo visto?—preguntó sir Roberto.

—Sí, pero en otro paraje cercano al que antes ocupaba. Ha habido tres monasterios de San Millán: el «de Suso», que fue el primitivo; el «de Yuso», que sucedió a ése, y el actual, que está casi en ruinas.

Bajaron nuestros amigos a la orilla del río para visitar el santuario de la Virgen de la Fuencisla, de gran devoción entre los segovianos, y la iglesia gótica del monasterio del Parral. La capilla de la Fuencisla tiene una reja que se doró, como dice en el letrero que hay allí, a costa del gremio «de cardar y apartar», recuerdo de la antigua industria de paños de la ciudad; y la iglesia del Parral, gótica, de una sola nave, pero elegantísima, será dentro de muy poco, si no lo es ya a estas horas, un montón de escombros, por el abandono en que se encuentra.

—Más merecía esta iglesia ser restaurada que el Alcázar—dijo sir Roberto.

—Tenéis mucha razón. La restauración del Alcázar debió limitarse a conservar sus ruinas en el mejor estado posible.

Antes de subir a la ciudad quisieron echar una ojeada nuestros amigos al convento de Santa Cruz, precioso edificio gótico del tiempo de los Reyes Católicos. En sus muros campea muchas veces repetido el lema de «Tanto monta» de aquellos soberanos, interpolado con los yugos y haces de flechas.

—¿Qué quiere decir eso de «tanto monta»?—preguntó Frasquito.

—No se sabe, porque, aunque hay muchas interpretaciones, ninguna es satisfactoria. Desde luego es falsa la de «tanto monta, monta tanto Isabel como Fernando», que oírás por ahí a muchos, porque el letrero no dice así, sino «tanto monta, tanto monta», repetido muchas veces, con los yugos y haces de flechas grabados entre las palabras. Yo creo que debe de ser una especie de jeroglífico, cuyo inventor fue, a lo que creo recordar, el célebre Antonio de Nebrija.

Aunque ya se ha acabado en Segovia la industria de los paños, sigue siendo su principal tráfico el de lanas, porque es región la suya casi más ganadera que agrícola, y famosa por la finura de

sus carneros merinos. En sus contornos, hasta la sierra, hay casas, que llaman esquiladeros, destinados a lo que su nombre dice, y en algunos lugares de su provincia, particularmente en Santa María de Nieva, por donde pasaremos mañana, si Dios quiere, todavía hay fábricas de paños, aunque bastos.

Hoy tiene Segovia algunas fábricas de papel y de loza artística, y como a dos leguas de allí, en La Granja, una de vidrio, que en otro tiempo tuvo la fama de ser de las mejores de Europa.

Cerca de La Granja están los pinares de Balsain, muy famosos desde hace siglos por sus maderas, de las que sigue haciéndose gran tráfico, hallándose montadas allí mismo sierras mecánicas de vapor para labrarlas.

Como acertase a caer en jueves el último de los días que estuvieron en Segovia nuestros amigos, pudieron estudiar en la plaza Mayor los trajes y tipos de los campesinos de la región, que acuden desde muy lejos al mercado que semanalmente se tiene allí ese día.

—Estos trajes campesinos—dijo D. Antonio María—experimentan los mismos cambios y modificaciones que los que se usan entre la gente de las grandes ciudades. Tienen sus modas, como los nuestros; y lo prueba el hecho de que, por raros que nos parezcan, son distintos de los que se usaban hace cuarenta o cincuenta años. Hay, sin embargo, algunas partes de ellos que indiscutiblemente se remontan a época muy antigua: tales son las abarcas, las madreñas, las antiparas y otras tales prendas, cuyo uso se origina más en la necesidad que en el capricho.

—¿A qué se llama antiparas?—preguntó Willy.

—La misma pregunta me hice yo hace algunos años leyendo esa palabra en una relación histórica escrita en el siglo XVI; pero tuve la suerte de encontrar la definición de ella en un libro del mismo tiempo. Antiparas son unas polainas sin avampiés.

## CAPÍTULO XLII

AL pasar por Garcillán, camino de Santa María de Nieva, para donde habían salido muy temprano, se le ocurrió a D. Antonio María poner a prueba los conocimientos de Frasquito en el idioma, y le preguntó si sabía lo que significaba el nombre de ese pueblo. Frasquito se reconoció incompetente para contestar a la pregunta.

—Y a ti, Willy, ¿se te ocurre lo que puede significar Garcillán?

—A mí—contestó Willy—me parece nombre propio de persona, compuesto de dos: «García», contracción muy frecuente de García, como en Garcí Pérez y Garcí Laso, e «Illán», que es la forma más castellana del nombre «Julián».

—Pues has dado en el clavo, Willy. Se conoce que esta aldea la fundaría algún sujeto llamado Garcí Illán, y le dio su nombre. Lo más común es que sean los pueblos y localidades los que den nombres a las personas; pero sucede a veces lo contrario: que son las personas quienes los dan a las localidades, y éste es uno de esos casos.

—Este nombre de Garcillán se parece bastante al de «Perillán», que está también compuesto de dos: «Per», contracción de «Perc» o «Pedro», e «Illán»—dijo Willy.

—Sin embargo—dijo Frasquito—, «perillán» es nombre común equivalente al de bribón o pillo.

—Probablemente se habrá originado esa significación de «perillán» de algún sujeto que se llamase así, y que fuera un tunante de marca mayor. Ya ves: de «Quijote» y de «Lazarillo», que son nombres propios de personas, aunque fabulosas, se han hecho nombres comunes; quijote se dice a la persona muy puntillosa en cosas de honra, y lazarillo, al conductor de ciegos.

Santa María de Nieva, adonde llegaron como a mediodía, era antes de 1399 una aldea pequeña; pero en ese año fundó allí la reina Doña Catalina de Alencastre, mujer de D. Enrique el *Doliente*, un convento de dominicos, en cuya iglesia se venera la imagen de Nuestra Señora de Nieva, descubierta pocos años antes por un pastor; y desde entonces se despertó tal devoción en todos los pueblos de la comarca, y aun lejos de ella, por esa imagen y su santuario, que la aldea se convirtió en villa de relativa importancia, pues hasta se celebraron allí Cortes. Hoy también la tiene por los paños, aunque bastos, que en ella se fabrican.

—Por lo que veo—dijo sir Roberto a D. Antonio María—, la fabricación de paños es industria propia de toda esta tierra.

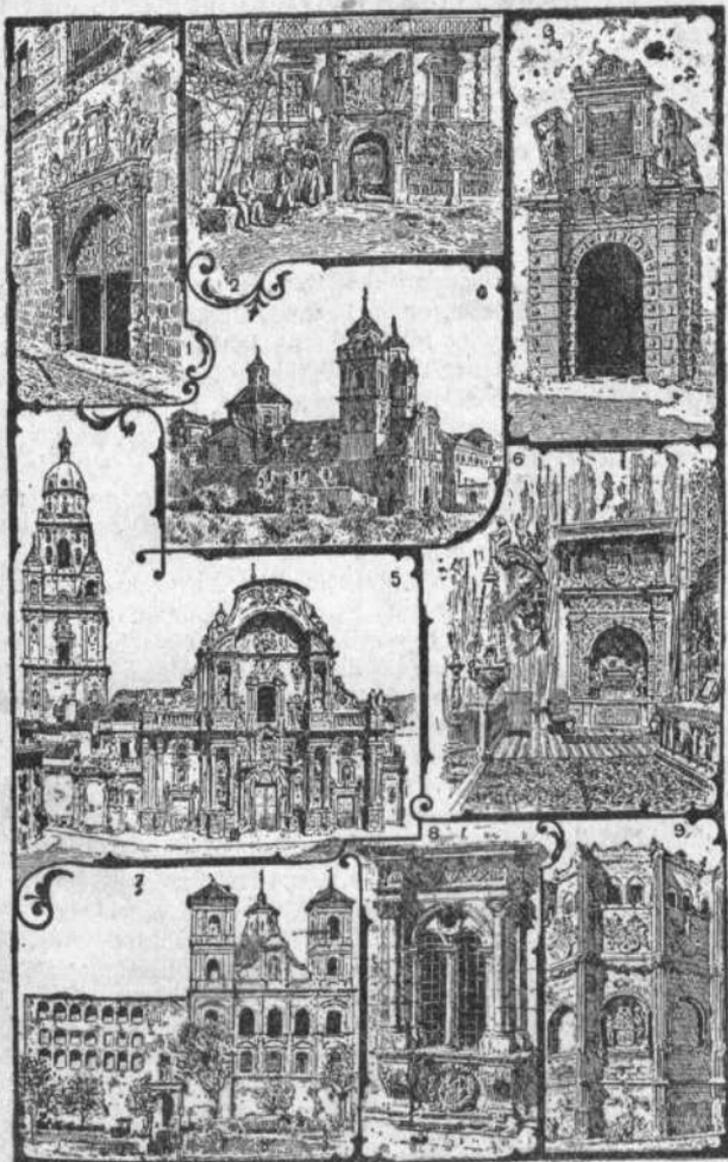
—Seguramente—le contestó D. Antonio María—. De la antigua industria sólo ha sobrevivido lo primitivo y elemental de ella, así como en otros pueblos, famosos en otro tiempo por sus fábricas de loza, se ha conservado la fabricación de cazuelas y pucheros de barro. Es natural que fuera la industria del paño



Italia y otras naciones, y en que se atravesaban sumas de dinero increíbles. Data su decadencia de la guerra de las Comunidades, en cuyos principios fue quemada involuntariamente por Antonio de Fonseca. Natural de esa misma villa de Medina del Campo, e hijo de un regidor de ella, fue Bernal Díaz del Castillo, que a los diez y nueve o veinte años de edad tomó parte como soldado en la conquista de Méjico, de la que, ya viejísimo, escribió una historia que, por la minuciosidad en los pormenores y por la ingenuidad y llaneza del estilo, es uno de los libros más curiosos que pueden leerse, y del que dice Robertson que no hay otro semejante en lengua alguna. Ahí, a nuestra izquierda, y muy cerca, está Madrigal, donde nació en 1451 la Reina Católica, que vino a morir cincuenta y tres años después en Medina del Campo. Por cierto que Madrigal se distingue por dos particularidades: ser la única población de la corona de Castilla que, sin más título que el de villa, tuviera voto en las antiguas Cortes, y también la única en España, y quizás en el mundo, cuyo recinto, de antiguos muros, forme un círculo perfecto.

—Y dígame usted, padre, esta tierra por que vamos caminando, ¿pertenece al antiguo reino de Castilla, o al de León?

—Están tan unidos ambos reinos desde hace muchos siglos, que se han confundido las fronteras que los separaban. Hoy puede decirse que los mismos habitantes de estos territorios no saben a cuál de ambos reinos pertenecen. En las geografías modernas, las provincias de Valladolid y Palencia se adjudican al reino de León; pero en el lenguaje corriente, no sólo se llama castellanos a los naturales de esas dos provincias, sino también a los de Salamanca. En la duda, he acudido a los historiadores antiguos, que son los únicos que pueden decidir el punto. Garibay, que escribía en tiempo en que estaban más frescos que ahora los recuerdos de la época en que Castilla y León formaban Estados distintos e independientes entre sí, traza la raya entre ambos desde el Puerto de Llanes, en la costa de Asturias, hasta las fuentes del río Carrión, y desde ahí, sucesivamente por los cursos de ese río, Pisúerga y Duero, y por los de los riachuelos Trabancos (que él llamaba Ebán) y Regamón, hasta un lugar llamado Horeajo de Medianedo, por medio del cual pasa la susodicha raya, que va después por las cumbres de la Sierra. Según la cuenta de Garibay, Palencia y Valladolid son de Castilla; pero están precisamente en la raya; Simancas



1. Casa de Angulo (Murcia). — 2. Huerto de las Bombas (Ídem). — 3. Palacio del marqués de Almodovar (Ídem). — 4. Convento de San Jerónimo. — 5. Catedral (Ídem). — 6. Capilla mayor de la Catedral. — 7. Iglesia de Santo Domingo (Ídem). — 8. Ventana del campanario de la Catedral. — 9. Exterior de la capilla del marqués de los Vélez en la Catedral.

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE MURCIA

y Tordesillas, de León; y lo mismo Palacios Rubios y Peñaranda de Bracamonte. Como quiera que sea, este terreno por donde andamos ahora es de Castilla; pero estamos tan cerca de León, que tardaremos muy poco en cruzar la raya.

### CAPÍTULO XLIII

**E**STAMOS en la famosa ciudad del Tormes, en Roma la Chica, en la Atenas de España, en la insigne, ilustre y sabia Salamanca, que por tantos siglos fue lumbrera del mundo. Aquí tenemos que permanecer muchos días, a pesar de la urgencia de que estemos en Galicia antes de Agosto; y aun así, apenas podremos ver sino muy por encima y de pasada sus monumentos.

Así les decía D. Antonio María a sus compañeros de viaje al tiempo de entrar en la ciudad. Se alojaron en una de las mejores fondas, donde, después de cenar, se acostaron, esperando con impaciencia el nuevo día para echarse a la calle.

Así lo hicieron a las primeras luces del alba. Llegaron a la plaza Mayor, que es, según fama, la más grande de España.

Ya comenzaba a haber gente por las calles y abrirse las tiendas, de las que hay más de ciento en los porches de la plaza, cuando se encaminaron nuestros amigos paso a paso hacia las catedrales; y lo digo así, en plural, porque hay dos en Salamanca, la vieja y la nueva, colindantes y en mutua comunicación.

La nueva es del siglo XVI, y comparte con la de Segovia el privilegio de ser la última del estilo gótico erigida en España, por lo que tiene mucho de plateresco en los detalles. El mismo Juan Gil de Hontañón, autor de la de Segovia, trazó los planos de ésta.

—Aquí tienes buena ocasión—dijo D. Antonio María a Frasquito—de estudiar y comparar los órdenes de arquitectura románico y gótico en estas dos catedrales; porque la vieja es románica, aunque del último período de ese estilo, cuando ya tocaba en gótico, y la nueva, gótica, aunque también es de su último período, cuando tocaba ya en plateresco. Aunque la catedral nueva es magnífica, ofrece más interés la vieja, a juicio de los arqueólogos. A ella se refieren aquellos versos latinos.

«Dives Toletana, Sancta Ovetensis,  
Pulchra Leonina. Fortis Salamantina»

en que se la llama fuerte; y con razón, porque, con sus muros almenados y sus torres y cúpulas cubiertas de escamas, parece un castillo.

El gallardo domo sostenido en diáfanas arcadas, flanqueado por cuatro esbeltos pináculos, que corona el crucero, es obra muy original y de gran mérito por los difíciles problemas de construcción resueltos que representa; así lo dice Edmundo Street, autor inglés de un tratado muy apreciable sobre arquitectura gótica en España.

Comenzóse la catedral vieja en 1102, siendo obispo de la ciudad, y a un mismo tiempo de la de Zamora, aquel D. Jerónimo, confesor del Cid, a quien había hecho ese caudillo obispo de Valencia cuando la conquistó en 1098.

—De este D. Jerónimo—dijo D. Antonio María—han hecho algunos historiadores mal advertidos un obispo «Visquío», que no hubo nunca, interpretando por nombre propio la palabra «visquío», pretérito pasado antiguo del verbo «vivir», que se lee delante de su nombre en la crónica del Cid. Las palabras de la Crónica son éstas: «El obispo D. Hieronymo visquió buena vida et honesta»; y de ese «visquío» han hecho apellido de D. Jerónimo los dichos historiadores, y de ellos ha pasado ese error a otros más modernos. No es el único caso de tales equivocaciones en nuestra historia, porque también hace papel en ella cierto moro «Aceifa», que no tuvo más existencia real que el obispo Visquío; habiendo nacido ese otro error de la palabra árabe «aceifa», empleada en su significado de «hueste o ejército» por algunos de nuestros antiguos cronistas latinos, e interpretada como nombre propio por algunos que los siguieron. Cierta rey godo «Acosta» que algunos historiadores suponen, es otro personaje cuya fabulosa existencia se originó en las primeras letras de Constantino y la última de la palabra precedente, que se ven en algunas borrosas medallas bizantinas; y por último, recuerdo también haber visto en cierta historia del Perú, escrita por un Fulano de Xerez, como nombre propio de un inca, el de «Cuzco», de la ciudad así llamada.

Un siglo tardó en construirse la catedral vieja. Hay en ella accesorios de estilo gótico, especialmente en los sepulcros, que son muchos los que tiene, y algunos soberbios; pero, a pesar de ello y de ser apuntados los arcos principales, la iglesia es de estilo románico.

El claustro, que haría muy buen papel en la ciudad más artis-

tica de Italia, es interesantísimo. Él fue la cuna de la celeberrima Universidad, que se albergó allí hasta que en el reinado de D. Alfonso XI dejó de depender del obispo y se hizo pontificia.

En su capilla de Santa Bárbara se conferían hasta hace muy poco los grados mayores; en otra, llamada «del doctor Talavera», se siguen celebrando los oficios conforme al rito gótico o muzárabe; en otra tercera, la «del Canto», se celebraron concilios; en una cámara que da también al claustro se verificó el proceso contra los Templarios, que fue fallado por quince obispos.

Todo el claustro y sus capillas están llenos de sepulcros admirables, entre los cuales merecen citarse los del obispo D. Juan Lucero, de D. Gutierre de Monroy y su mujer doña Constanza de Anaya y de D. Diego de Anaya, fundador del colegio de San Bartolomé, uno de los muchos que hay en Salamanca, el cual sepulcro está sostenido por ocho leones y rodeado de una reja de hierro de labor prodigiosa.

Desde la catedral vieja se trasladaron nuestros amigos a la nueva, que está inmediata, y por la que ya habían pasado antes sin detenerse. Es del estilo gótico florido, que precedió al plateresco.

En sus fachadas se ven centenares de estatuas. La más notable es la de Poniente, cuya portada, obra de Juan de Juni y de Gaspar Becerra, es digna de los mayores elogios. En la fachada norte está la puerta «de las Palmas», en la cual la entrada de Cristo en Jerusalén que la adorna es un prodigio de escultura.

Más de doscientas agujas o pináculos coronan la fábrica, que presenta admirable perspectiva desde dondequiera que se la mire.

Su interior tiene el aspecto grandioso e imponente de las grandes iglesias góticas. No acabaría nunca si hubiera de describir sus innumerables capillas, altares, verjas, retablos, cuadros y sepulcros.

Detrás del altar mayor de la capilla del Carmen está el sepulcro del obispo D. Jerónimo, trasladado allí desde la iglesia vieja, así como un crucefijo, llamado «el Cristo de las Batallas», que se dice llevaba a guisa de estandarte cuando iba con el Cid en sus empresas guerreras. Es una obra ruda, de madera oscura, pero ejemplar muy interesante de escultura del siglo XI. En la sacristía hay otro, llamado «Cristo Chico del Cid», que llevó también a Salamanca el obispo D. Jerónimo, y que, según dicen, llevaba el Cid pendiente del arzón de la silla. Éste es de bronce y de estilo bizantino.

## CAPÍTULO XLIII

PERO qué distinto es todo esto de Andalucía; y hasta de Extremadura, y aun de Madrid! —decía sir Roberto conforme se dirigían por las calles en busca de la casa llamada «de las Conchas», que es una de las curiosidades de Salamanca que señalan todas las guías.

—¡Parece que estamos en otro planeta!

—Es que ustedes los extranjeros —le contestó D. Antonio María— tienen ideas muy equivocadas de España; y ahora todavía más falsas que hace siglos, por la manera de viajar. Antes se viajaba, poco más o menos, como lo hacemos nosotros, y se tenía más tiempo y ocasiones de estudiar el país, poniéndose en contacto con sus moradores de todas clases y condiciones; mientras que ahora, viéndolo todo al paso del tren, sólo se conocen los puntos extremos del camino, y éstos muy mal. Además, suelen traer los viajeros llena la cabeza de conceptos erróneos, divulgados por los que los precedieron, y que contribuyen a hacerles ver las cosas por un prisma falso y engañoso. Quien visita por primera vez un país sin noticia ninguna de él, está en mejores condiciones para conocerlo que quien va a él con noticias adquiridas en lecturas y conversaciones; porque en el primer caso sufrirá los efectos de sus propias equivocaciones, y en el segundo, de las suyas y de las ajenas. //

Así hablando, iban por la calle de la Rúa, que es una de las más típicas de Salamanca. Todo en ella es curioso, y lleva al espectador a otros siglos: la gente, las casas y las tiendas, llenas éstas de objetos que llamaban en alto grado la atención de sir Roberto, y de las cuales adquirió unas lindas arracadas de filigrana de oro, que podrían figurar muy bien en cualquier museo de artes retrospectivas.

Llegaron, por fin, a la «Casa de las Conchas», así llamada por las de piedra en alto relieve que adornan su fachada, y que al proyectar su obra sobre el pulimentado muro cuando lo hieren los rayos del Sol, producen singular efecto. Es difícil formarse idea de la elegancia de ese edificio de otra manera que viéndolo. Sus ventanas, dos de las cuales llevan columnillas en medio a modo de ajimeces; los escudos con las cinco flores de lis de los Maldona-

dos, que rompen la línea de las afiladísimas esquinas; los herrajes de la puerta, también figurando conchas, y el precioso patio de estilo gótico, son del más delicado gusto artístico.

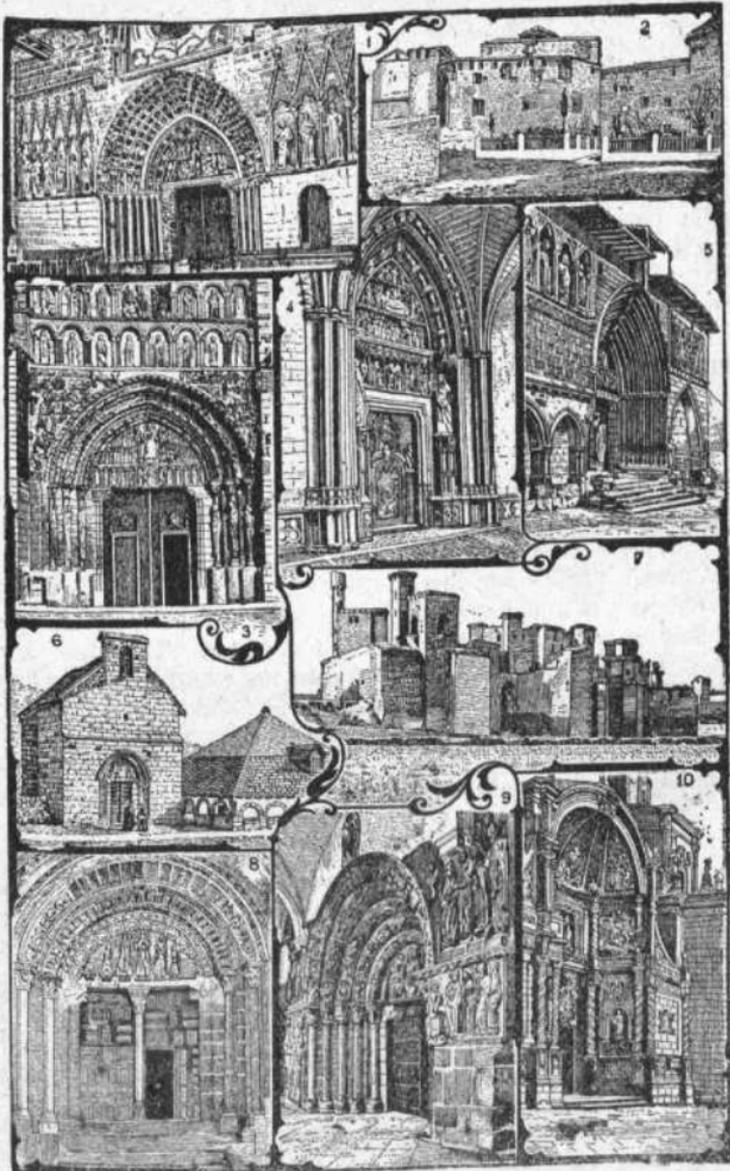
La Clerecía o iglesia y convento de los jesuítas, que está enfrente, es un edificio colosal. Sólo las llaves de sus diferentes habitaciones y dependencias pesan diez y nueve arrobas. Es el edificio más grande que posee en España la Compañía de Jesús. Su iglesia, lo mismo que todo él, pertenece a este estilo greco-romano modificado en sentido barroco, que se conoce con el nombre de *jesuítico*, y que no puede recomendarse por lo elegante ni artístico.

La Universidad es una de las maravillas de Salamanca. Su fachada es el triunfo del estilo heráldico y decorativo: sólo el verla merece la pena de que un arquitecto haga un viaje a Salamanca. Es del tiempo de los Reyes Católicos, de estilo plateresco, y en ningún caso cuadra mejor ese nombre, porque es una filigrana de plata, que honraría a Benvenuto Cellini, hecha de piedra.

La Universidad, más que un edificio, es un barrio, pues tiene inmediatos a él el Instituto y las Escuelas Menores. Mejor debiera decirse que la Universidad era la ciudad entera, siendo innumerables los colegios incorporados que había en sus ámbitos. Entre ellos se contaban cuatro *Colegios Mayores*: cuatro de las Órdenes de Santiago, Calatrava, Alcántara y San Juan de Jerusalén; veintiún *Colegios Menores* y dos *Seminarios*, casi todos los cuales ocupaban sendos edificios, magníficos, con sus iglesias correspondientes y con numerosas dependencias, de los cuales algunos subsisten.

Había en 1569 setenta cátedras en la Universidad de Salamanca. A ocho mil solía llegar por ese tiempo el número de los estudiantes, y aun algunos años hubo hasta doce mil. Pero ningún dato puede dar idea de la actividad intelectual de Salamanca en los siglos pasados como el de haber allí a principios del XVI nada menos que cincuenta imprentas y ochenta y cuatro librerías. Así lo dice D. Antonio Agustín, testigo del hecho.

Al hacerse pontificia la Universidad en el reinado de D. Alfonso XI, trocó la dirección del obispo por la del papa, cuyo delegado vino a ser el maestre-escuela de la catedral, que ejercía al mismo tiempo el cargo de cancelario de la Universidad. Él confería los grados, y era, por delegación del papa y del rey, juez



1. Portada de Santa María la Real (Oñite). — 2. Casa donde nació San Francisco Javier. — 3. Fachada de Santa María la Real (Sangüesa). — 4. Puerta en el claustro de la Catedral (Pamplona). — 5. Portada de la iglesia del Santo Sepulcro (Estella). — 6. Iglesia de Santiago y capilla del Sancti-Spíritus (Roncesvalles). — 7. Palacio (Oñite). — 8. Portada de San Salvador de Leyre. — 9. Iglesia de San Miguel (Estella). — 10. Santuario de San Gregorio Ostiense (Mutés).

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE NAVARRA

eclesiástico y civil, no siendo el rector sino director administrativo y económico del establecimiento. Por eso en la Capilla Pontificia de la Universidad no se pedía (ni se pide hoy, obedeciendo a la costumbre), por el obispo, sino por el papa y por los doctores de las Facultades. Cada nuevo papa comunicaba a la Universidad su elección por carta especialmente dirigida a ella. Marchaban tan de acuerdo en aquellos tiempos la religión y el saber, que la Universidad era una institución tan eclesiástica como civil. Los doctores de Salamanca tenían asiento en el coro de la catedral, y los canónigos, en los actos universitarios.

Sobre tales asuntos relativos a la Universidad iban hablando don Antonio María y sir Roberto conforme recorrían sus aulas y claustros, cuando, habiendo oído Willy decir a D. Antonio María que hasta el reinado de Felipe II se habían siempre provisto las cátedras por sufragio de los estudiantes, como también los puestos de consiliarios, dijo:

—No me sorprende ese sistema, porque es el que se sigue hoy en nuestras Universidades de Oxford y Cambridge; pero confieso que no entiendo cómo los que ignoran una materia pueden discernir quién sabe lo bastante de ella para enseñarla.

—Pues no sé cómo no entiendes que los estudiantes pueden acertar en la elección de sus catedráticos, cuando se acepta hoy que los pueblos pueden elegir sus representantes, que han de tratar y resolver mil asuntos y problemas tan arduos, que seguramente no están al alcance de los más de los que les dieron sus votos.

—Ni tampoco, generalmente, al de los mismos representantes que los discuten y resuelven —dijo Frasquito—. Le digo a usted eso, padre, porque le he oído quejarse muchas veces de lo que se pierde el tiempo en las Cortes hablando de nimiedades y de la poca atención que se concede en ellas a las cosas que interesan al país, las cuales se tratan entre los bostezos de los pocos diputados y senadores que se quedan sentados en los escaños, porque los más de ellos abandonan la sala, y sólo acuden cuando llega el momento de votar; lo cual hacen sin conciencia de lo que hacen y obedeciendo a las órdenes que reciben de los jefes de los partidos, quienes tampoco toman por guía de sus actos el interés público.

—Efectivamente, me he expresado así muchas veces, y con razón. Pero ¿sabes tú quien tiene la culpa de que haya llegado a

tal punto la deficiencia de las Cortes en el cumplimiento de su misión, que esté ya desacreditado en el concepto de muchos el régimen parlamentario? Pues el pueblo mismo y, particularmente, aquellos elementos de él que, por su riqueza, su ilustración, su cultura y su conocimiento de los hombres y de las cosas, debieran interesarse directa y activamente en los asuntos públicos, y que, en vez de hacerlo así, los abandonan en manos de quienes hacen de la política una profesión y un modo de vivir. Has de tener muy presente, Frasquito, que en el régimen representativo, que cuando funciona bien es tan bueno como cualquiera otro (porque, en realidad, no hay sistema malo cuando se le emplea como se debe), no gobiernan los pocos que están al frente de los departamentos de la Administración pública, sino que gobernamos todos por medio de los representantes que mandamos a las Cortes. Pero si las clases sociales llamadas directoras, porque deben dirigir y guiar a las que pueden y saben menos que ellas, se retraen, y se meten en su casa, y se desentienden de los negocios públicos para dedicarse exclusivamente a los suyos particulares, dejan de ser tales clases directoras, para convertirse en dirigidas: ¿y por quién?; pues por elementos nada sanos, que, al ver abandonada función tan importante como la representación del país en las Cortes, se apoderan de ella, y se hacen señores y dueños del Reino. El mal ya sé que es muy complicado, teniendo de él no poca culpa el poco contacto que hay en España entre el pueblo laborioso y las clases pudientes, por el predominio de la vida urbana sobre la rústica; predominio que nunca podrá deplorarse tanto como merece, por lo funestísimo de sus consecuencias. Todos debemos hacer cuanto esté en nuestra mano por ponerle remedio. Yo he tratado de ponérselo en cuanto he podido, estableciéndome en medio de mis propiedades, rodeado de mis colonos y arrendatarios y consagrándome a su mejoramiento moral y material, que es a la vez el mío propio. Si todos los españoles que pueden hacer lo que yo lo hicieran, otra sería la suerte de nuestro país; pero aun los que no pueden, todavía tienen en su mano muchas maneras de contribuir a remediar los males públicos, y una de ellas es tomando en la política la participación que el régimen les atribuye, y sin la cual no puede funcionar ese régimen debidamente. Todos deben votar en las elecciones, y nunca hacerlo para salir del paso, como es muy frecuente, obedeciendo a las primeras

influencias que se ejercen sobre su voluntad, sino muy a conciencia, como procederían si se tratase de lo que más tocara a su interés particular. Ante todo hay que desconfiar mucho de los que lo muestran muy grande en ser elegidos; porque el verdadero mérito va siempre junto con la modestia y con la repugnancia a exhibirse. Pero, volviendo al asunto que ha motivado esta digresión, te diré que no sólo en las Universidades de Oxford, Cambridge y Salamanca se nombran o nombraban los catedráticos por sufragio de los estudiantes, sino también en las de París, Tolosa, Bolonia, Praga y demás Universidades antiguas, porque todas estaban cortadas por el mismo patrón. Todas ellas se habían modelado sobre la de París, que, discurrendo con imparcialidad, hay que convenir en que fue la más antigua. Comenzó en 1200 bajo Felipe Augusto, y muy poco después, y para mí a imitación suya, se fundaron las de Oxford, Palencia, Salamanca, Tolosa y otras varias.

## CAPÍTULO XLV

Poco descansaron nuestros amigos en los varios días que estuvieron en Salamanca.

Un día estuvieron en el Colegio del Arzobispo, así llamado por su fundador, D. Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo, cuyo escudo campea en la fachada del edificio, obra maravillosa del arte plateresco, como tantos otros que hay en esa ciudad monumental.

El inmenso patio, obra de Berruguete, Alonso de Covarrubias y Pedro de Ibarra, con elegantísimas pilastras y columnas y ciento veintiocho admirables medallones con las enjutas de los arcos, es digno de la fachada. También es de Berruguete el retablo de la capilla.

Hospédanse en ese Colegio los estudiantes irlandeses que, por costumbre tradicional no interrumpida desde que Felipe II fundó para ellos el Colegio de San Patricio, que estaba antes en otro edificio, vienen a Salamanca a seguir la carrera eclesiástica. Hay allí siempre diez o doce.

Para ir a ese Colegio, que está en una altura, se atraviesan vastos escampados, en los que había antes barrios enteros, destruí-

dos por los franceses en la guerra de la Independencia, parte para construir reductos y fortalezas, parte para utilizar las maderas como combustible.

En esos barrios, que ocupaban casi una tercera parte de la ciudad, estaban el magnífico monasterio de San Vicente, los de San Cayetano, San Agustín, la Merced, la Penitencia y San Francisco, y los espléndidos Colegios Mayores de Cuenca, Oviedo, Trilingüe y del Rey.

El duque Wellington, que tomó por asalto el 27 de Junio de 1812 las fortificaciones construídas por los franceses con las ruinas de esos monumentos, decía con fecha 18 del mismo mes:

«El enemigo evacuó el 16 a Salamanca, dejando guarnecidas las fortalezas que había edificado sobre las ruinas de trece conventos y veintitantos colegios que había en este emporio de ciencia.»

Y con fecha 10 de Febrero del año siguiente:

«He sabido que el enemigo destruyó más colegios y grandes edificios de Salamanca para quemar sus vigas y demás maderas.»

Alude aquí, sin duda, a la ruin y feroz venganza que tomaron los franceses de sus derrotas en la noche del 15 de Noviembre de 1812.

«La verdad es —dice Mesonero Romanos en sus *Memorias de un setentón*— que la antiquísima y monumental ciudad había sucumbido casi en su mitad, como si un inmenso terremoto, semejante al de Lisboa a mediados del pasado siglo, hubiese querido borrarla del mapa.»

Pasando entre la catedral y el Colegio Viejo, se llega muy pronto al de Santo Domingo, llamado más comunmente de San Esteban, porque sustituyó a la iglesia de este nombre, destruída en 1256 por una riada. Es un magnífico edificio gótico y de los más ricamente ornamentados que hay, no en España, sino en el mundo. Tiene un claustro digno del edificio. Una larga galería conduce a la cámara llamada *De profundis*, donde se dice que Colón presentó por primera vez su proyecto a la comunidad del convento y a los doctores de la Universidad allí reunidos.

—Como estaba muy divulgada la noticia de que fue mal acogido ese proyecto por la asamblea de doctores y de frailes dominicos reunida para examinarlo, bueno es que les advierta a ustedes— dijo don Antonio Marfa— que es completamente falso, como tantas otras que pasan por moneda corriente en la Historia. El pro-

yecto fue benévolamente recibido por todos, y hasta con entusiasmo por los dominicos, que fueron de allí en adelante los mayores protectores de Colón. Él mismo nos lo dice en estas palabras, que nos ha transmitido el padre Las Casas:

«A fray Diego de Deza y al convento de San Esteban o de Santo Domingo de Salamanca debieron los Reyes Católicos las Indias.»

Por eso debió de poner por nombre Santo Domingo a la primera ciudad que se fundó en las Indias.

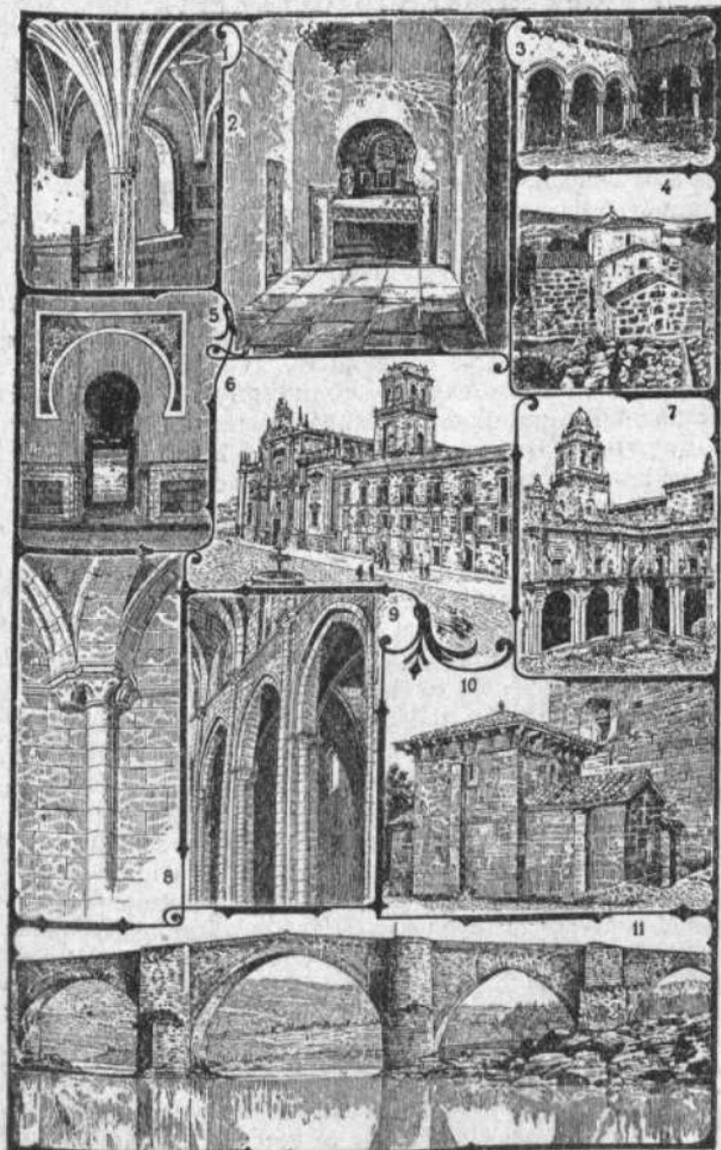
—¿Y a qué vino Colón a Salamanca? —preguntó Willy.

—Porque estaban aquí los Reyes Católicos. Estuvo alojado en este mismo convento durante el invierno de 1486 a 1487, que permaneció en esta ciudad.

Desde el convento de Santo Domingo se baja al río pasando por un barrio arruinado, que ocupa el lugar en que estuvo hasta el tiempo de Enrique IV el antiguo Alcázar. Por allí cerca estuvo también en otro tiempo la Judería. El puente, que tiene 176 metros de longitud, consta de veintiséis arcos, de los cuales los primeros quince, contando desde la ciudad, son romanos, y los once restantes, del tiempo de Carlos V.

La ciudad, vista desde el otro lado del río, ofrece soberbio aspecto con sus antiguas murallas, torres y monumentos. La piedra de que están contruídos sus principales edificios procede de Villamayor, distante como una legua. Se deja trabajar como cera cuando está recién sacada de la cantera, y después adquiere dureza diamantina.

En otros paseos que dieron nuestros viajeros por la ciudad, vieron la esbelta y elegante *torre del Clavero*, así llamada por haberla edificado en 1484 D. Alonso de Monroy, clavero de Alcántara. Es octógona, con sendas garitas coronadas por capiteles en lo alto de sus ocho caras, que le dan el aspecto más gentil y aéreo que puede imaginarse. Pertenecía antes a un edificio que ha desaparecido, dejándola aislada. Vieron también el convento de las Dueñas, de preciosa portada plateresca; el de Agustinas Recoletas, cuya iglesia greco-romana es de mucho mérito; el de las Bernardas; el del Espíritu Santo, que tiene una soberbia techumbre sobre el coro y un magnífico retablo en el altar mayor; la curiosa iglesia de San Marcos, de planta circular por fuera y con tres ábsides por dentro; la de San Martín, con sus dos hermosas portadas; el colegio de la Orden de Calatrava, la iglesia de Santo Tomás



1. Columnas de la sala capitular del Monasterio de Osera. — Interior de Santa Comba (Columbia) o San Torcuato de Bande. —  
 3. Columnas de la sala capitular del Monasterio de Osera. — Interior de Santa Comba. — 5. Arco de San Miguel de Celanova y capilla  
 de dicho Monasterio. — 6. Monasterio de San Rosendo. — 7. Claustro viejo de ídem. — 8. Ménsulas de la Catedral (Orense). —  
 9. Nave de la ídem. — 10. Exterior de San Miguel de Celanova. — 11. El puente mayor sobre el Miño (Orense).

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE ORENSE

de Cantorbery, la preciosa casa llamada «de la Salina», con su admirable fachada plateresca y su espléndido patio; la casa del marqués de Cerralbo, en que se alojó el duque de Wellington, también notable por la portada y los medallones que decoran el patio; la casa llamada *de las Muertes*, por las calaveras de piedra que tenía antes en la portada, y siempre notable por su primorosa fachada de estilo plateresco, y el palacio de Monterrey, también de estilo plateresco, que sirvió de modelo al edificio que se construyó para pabellón español en la Exposición de París de 1867. No se cansaban nuestros amigos de andar de ceca en meca por la ciudad viendo obras maestras de las artes.

—Más que tal edificio o cuál iglesia, me sorprende a mí el aspecto monumental y grandioso de algunos barrios de la ciudad—decía sir Roberto—. ¡Qué severa grandeza en las fachadas, qué perfección en las esculturas, qué gallardía en las columnas y arcos, qué elegancia en los perfiles de las portadas y balconajes, qué finura y delicadeza en todas las líneas de la arquitectura! Es un conjunto que infunde veneración y respeto: verdaderamente, merece esta ciudad el nombre de «Roma la Chica».

## CAPÍTULO XLVI

**P**OR la mañana montaron todos a caballo, y se encaminaron hacia los Arapiles. Sabido es que así se llaman dos mogotes o eminencias que hay en el campo que cae como una legua al este de la ciudad al otro lado del río.

—Vamos, Willy—le dijo D. Antonio María—; cuéntenos la batalla con todos sus preliminares.

Willy, conforme recorrían el campo e iban pasando por esta y la otra aldea de las varias que en él hay, y que jugaron papel más o menos importante en la batalla, refería hechos y episodios de ella, que había sabido por su abuelo. Al mismo tiempo hizo una minuciosa relación de todas las operaciones que la precedieron desde que, ganadas las ciudades de Badajoz y Ciudad Rodrigo por el duque de Wellington, se internó éste en tierra de España y, después de tomar las fortificaciones de Salamanca, se dirigió en busca de Marmont, que se había refugiado tras del Duero; pero yo, para abreviar palabras, diré aquí en muy pocas lo que Willy refirió muy detenidamente y con mil pormenores.

En los primeros días de Junio de 1812, lord Wellington, que ya había tomado a Ciudad Rodrigo y a Badajoz, pasó el arroyo Agueda, y se encaminó a Salamanca, donde, para ponerse en defensa, había hecho el general francés Marmont todos los estropicios que ya se han dicho. Al saber éste la aproximación del duque, dejó mil hombres de guarnición en las fortalezas de la ciudad, y se retiró a poca distancia de ella para dar calor con su presencia a sus defensores, y estar a la expectativa vigilando los movimientos del enemigo. El mismo día que Marmont evacuó la plaza, que fue el 16 de Junio, se presentó Wellington ante ella; y habiendo visto que las fortificaciones que habían dejado los franceses requerían un ataque en regla, esperó para emprenderlo la llegada de artillería gruesa de Ciudad Rodrigo. El 27, después de batirlas en brecha, se apoderó de ellas, poniendo a Marmont en el caso de refugiarse tras del Duero, que pasó por Tordesillas, extendiéndose por la orilla derecha con su ejército, mientras Wellington se mantenía en la izquierda, pudiendo ambos ejércitos verse y observar mutuamente sus movimientos, por lo despejado del terreno.

Pasados algunos días, tuvo Marmont la idea de tomar la ofensiva repasando el río, e interponiéndose entre Wellington y Ciudad Rodrigo, para cortarle su línea de retirada y de comunicaciones. Para disimular su propósito, fingió mover su ejército hacia Toro, mientras preparaba el paso del río por Tordesillas, que verificó en la noche del 16 al 17 de Julio.

Al ver Wellington a los franceses del lado de acá del río Duero y tan a su derecha, retrocedió lentamente hacia Salamanca, defendiendo el paso del río Guarena, que hay que cruzar para ir allí desde Tordesillas; pero Marmont, remontando hacia su izquierda el curso de ese río, lo pasó aguas arriba, y se presentó al costado del ejército de Wellington, amenazándole su línea de comunicación con Ciudad Rodrigo. Siguió Wellington su marcha de retirada hacia Salamanca, y Marmont, al mismo tiempo que él y paralelamente, marchó con su ejército a tan corta distancia, que fueron cañoneándose por dos o tres días conforme marchaban. En la tarde del 20 repasó Wellington el Tormes cerca de Salamanca, y el 21 lo cruzó Marmont algo más arriba. Por fin, el 22 se dio la batalla.

En la mañana de ese día desplegó Marmont su ejército, apoyando su derecha en la aldea de Calvarrasa de arriba, mientras

intentaba con la izquierda envolver al ejército contrario avanzando rápidamente hacia el camino de Ciudad Rodrigo. Los combates que se sostuvieron al mismo tiempo disputándose la posesión de los Arapiles, por muy encarnizados y sangrientos que fuesen, deben ser considerados como incidentes secundarios de la batalla, porque el hecho importante y decisivo de ella consistió en el ataque dirigido por Wellington contra la extrema izquierda francesa mandada por Thomieres, que, al acentuar su movimiento de avance hacia el camino de Ciudad Rodrigo, se había separado demasiado del resto de su línea. Al notarlo Wellington, la atacó vigorosamente, y medio la deshizo, perdiendo el mismo Thomieres la vida en la refriega. Ya entonces se entabló el combate en el resto de la línea, con desventaja general de los franceses, que, después de disputar encarnizadamente el campo, tuvieron que retirarse vencidos hacia Alba de Tormes. Marmont fue herido gravemente, y después de él, Clausel, que le había sustituido en el mando. Perdieron además los franceses doce mil hombres, seis mil quinientos prisioneros, once cañones, muchos carros, dos águilas y gran número de estandartes. Los aliados perdieron cinco mil doscientos hombres, de los cuales, tres mil ciento setenta y seis eran ingleses. El Gobierno británico premió a Wellington con un título de marqués y con cien mil libras esterlinas.

Esta explicación, enriquecida con cien pormenores y circunstancias, la fue haciendo Willy a sus compañeros de viaje al mismo tiempo que recorrían todo aquel campo y sus aldeas, en las que oyeron de boca de sus campesinos relatos de episodios que habían sabido ellos por sus padres, o que habían visto por sus propios ojos, porque todavía quedaban por allí viejos que habían alcanzado el tiempo de la batalla.

Con uno se encontraron que tendría cerca de noventa años, todavía lo bastante fuerte para andar a caballo, que le puso al suyo la albarda, y anduvo acompañando a nuestros viajeros en gran parte de sus paseos. Empeñóse después en llevárselos a su casa con tantas instancias, que no tuvieron modo de negarse. Allí, después de darles espléndidamente de comer y de tener con ellos mil atenciones, a lo que le ayudaron sus hijos y nietos, que tenía en gran número, todavía quería que se quedaran a pasar la noche, a lo que resueltamente se negaron, pretextando la necesidad de estar aquella misma tarde en la ciudad.

—Esta gente del campo de Salamanca, y aun de toda esta tierra de León, es de lo más hospitalario, bueno y honrado que tenemos en España—decía D. Antonio María cuando iban de vuelta a Salamanca—. De por aquí cerca eran el famoso Empecinado y el no menos célebre D. Julián Sánchez, que tanto se distinguieron en la guerra contra los franceses.

Siguieron así departiendo agradablemente hasta que llegaron a la ciudad. Recogieron muy temprano aquella noche, con el propósito de madrugár, para emprender el viaje a Zamora.

## CAPÍTULO XLVII

Muy de madrugada salieron de Salamanca, como se habían propuesto, y llegaron por la tarde a Zamora. Al pasar por Calzada de Valdunciel, les recordó D. Antonio María que ese pueblo se llama así por la famosa *Vía plata*, soberbia calzada romana que atravesaba toda la Península de Sur a Norte, y que debió de conservarse allí más tiempo y en mejor estado que en otros lugares. En Pelleas, otro pueblo por donde se pasa después del llamado Cubo de Don Sancho, hay todavía restos evidentes de esa antigua vía, otro de cuyos trozos ya habían visto nuestros amigos en Mérida. Entre esos dos lugares están, a la derecha del camino conforme se va a Zamora, las ruinas del monasterio de Valparaíso, el altar mayor de cuya iglesia marcaba el punto preciso en que en el año 1199 nació San Fernando.

—Este monasterio, que creo fue de benedictinos, se trasladó a este lugar desde otro cercano en que entonces estaba. El mismo santo rey quiso honrar el sitio en que había nacido, que era antes un bosque. Por eso llaman algunos cronistas antiguos a San Fernando por el apodo de «el Montesino»—dijo D. Antonio María.

—¿Y cómo fue nacer así un rey en medio del campo?—preguntó sir Roberto.

—Nada extraño es que reyes que se pasaban la vida en los caminos nacieran y murieran en ellos. Parece ser, que su madre Doña Berenguela, mujer de Don Alfonso IX, rey de León, iba de Salamanca a Zamora como vamos nosotros, o venía de Zamora a Salamanca por este mismo camino por donde vamos, que está fundado sin duda sobre la antigua *Vía Plata*; y sintiéndose aque-

jada por los dolores propios de su estado, se apartaría a un lado del camino, donde le armarían una tienda de campaña. El emperador Don Alfonso VII había muerto también en medio del campo, cerca de una aldea llamada Fresneda, allá por las cercanías de Sierra Morena, unos cuarenta años antes; y Alonso VIII el de las Navas, rey de Castilla, murió de la misma o parecida manera cerca de la aldea de Garcí Muñoz, en tierra de Arévalo, cerca de veinte después. Y por cierto que, aunque se sabía que San Fernando había nacido entre Salamanca y Zamora, no puntualizaban los autores el lugar del suceso, hasta que un padre Gálvez, canónigo de la catedral de Sevilla, que viajó en el último siglo por España, Francia y Alemania, se detuvo casualmente en este monasterio de Valparaíso, y vino a enterarse por el prior y la comunidad de lo que entre ellos era conocidísimo por la escritura de fundación del monasterio y por las mismas pinturas del retablo del altar mayor de su iglesia, y que el resto del mundo ignoraba.

—¿De modo que existía todavía este monasterio en el último siglo? —preguntó sir Roberto.

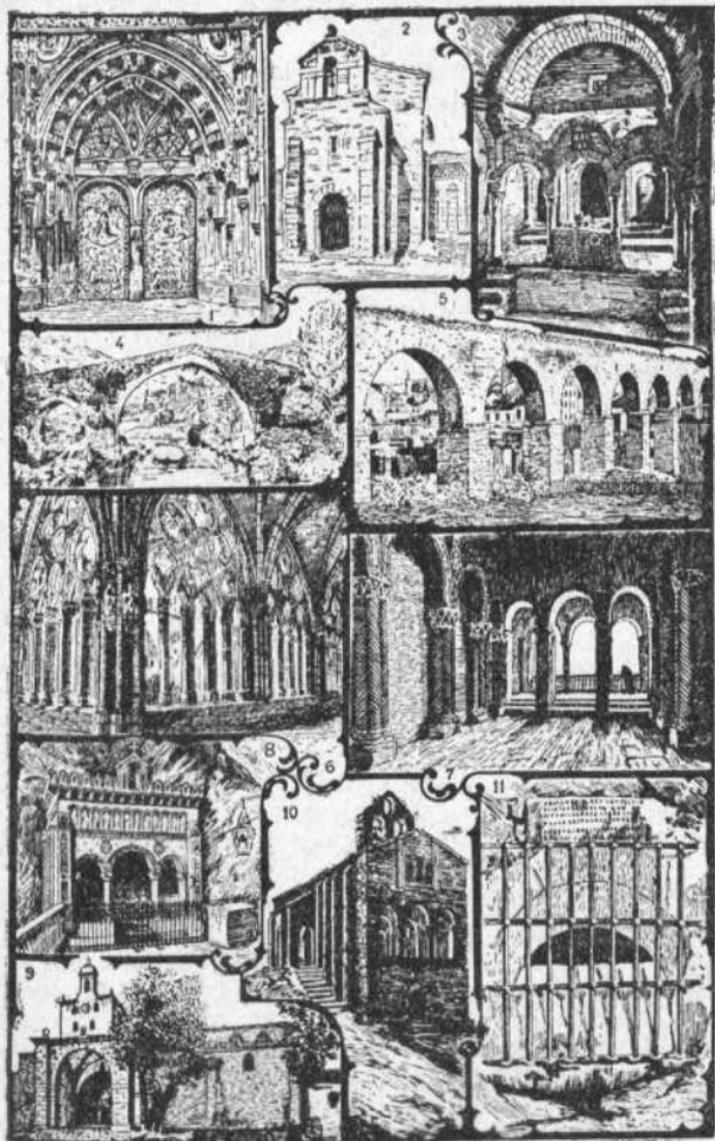
—Sin duda ninguna. Su destrucción, como la de tantos otros monumentos históricos, debe de datar de la invasión francesa; pero no se explica que no se haya reedificado, cuando menos la iglesia, testigo mudo de acontecimiento tan memorable.

—Y añadid —dijo sir Roberto— que debía parecerlo mucho más cuando llevaba el rey de España el mismo nombre que su antecesor. Por cierto que yo no sabía que a San Fernando se le hubiese llamado de apodo «el Montesino».

—Yo tampoco lo supe hasta hace no mucho tiempo que lo leí no recuerdo dónde; pero, en cambio, sabía que le habían llamado también de apodo «el Bizco», como lo acreditan algunos antiguos documentos arábigos que cita Dozy en sus *Investigaciones*.

—¿Acaso lo era? —preguntó sir Roberto.

—En ningún historiador nuestro lo he leído; pero el hecho de llamársele así demuestra que debía de serlo. Tampoco es muy sabido que a Doña Isabel la Católica la llamaban de apodo «la Roma»; pero unos versos que se citan en el famoso «Diálogo de las Lenguas» nos lo enseña. En esos apodos de reyes hay que distinguir entre los oficiales que les han aplicado los historiadores, muchas veces después de su muerte, y los que verdaderamente tuvieron. Estos suelen ser difíciles de averiguar, y sólo por casualidad



1. Puerta principal de la Catedral (Oviedo). — 2. Imagen de la ermita de Santa Cristina (Linares). — 3. Interior de la ermita de Santa Cristina (Linares). — 4. Puente antiguo (Cangas de Onís). — 5. Claustro de la Catedral (Oviedo). — 6. Claustro de la Alisuñción (Linares). — 7. Interior de la ermita de Santa María (Naranco). — 8. Capilla de Covadonga. — 9. Santa María de la Alisuñción (Linares). — 10. Exterior de la ermita de Santa María (Naranco). — 11. Vista exterior del sepulcro del rey Pelayo (Covadonga).

## ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE OVIEDO

se conocen. También es curioso seguirles la pista a los nombres propios. Ninguna *Leonor* se encuentra en Castilla hasta Doña Leonor de Inglaterra, mujer de Alfonso VIII, que puso de moda aquí ese nombre, que llevaba ella, sin duda, por su abuela, Leonor de Giana; ningún *Enrique* hubo aquí tampoco hasta D. Enrique I, hijo de Alfonso VIII, a quien se le puso ese nombre por su abuelo el rey de Inglaterra, padre de Doña Leonor; ningún *Manuel*, hasta el infante de ese nombre, hijo de Fernando el Santo, que debió de llamarse así por su abuelo materno, el emperador de Constantinopla; ningún *Fadrique*, hasta otro infante de ese nombre, también hijo de San Fernando, a quien se le puso por su antepasado materno el emperador *Fadrique* o *Federico* Barbarroja. Los nombres *Fernando* y *Sancho* nos lo trajeron los navarros; el de *Lope*, los vizcaínos, traduciendo al castellano el de *Ochoa*, que en su lengua significa lobo, lo mismo que en latín, *Lope*; el de *Berenguela*, forma femenina de *Berenguer*, los catalanes; el de *Beltrán*, los franceses; Cristóbal Colón puso en Castilla de moda su nombre, que antes apenas se usaba.

## CAPÍTULO XLVIII

ERA todavía día claro cuando nuestros viajeros dieron vista a Zamora.

Está situada la ciudad en una eminencia, en la orilla derecha del río Duero, y conserva gran parte de su antigua muralla. Aunque de ella no se sabe nada o poco de tiempo anterior al siglo ix, en que la fortificó Alfonso el Magno, rey de León y de Asturias, convirtiéndola en el principal baluarte de la frontera del Duero, que era la de sus Estados por el Mediodía, es probable que ya existiese en la época romana con el nombre de *Ocellum Durii*.

No se entienda que porque viniera a ser el Duero la frontera meridional del territorio cristiano en los siglos x y xi ocuparon los musulmanes el que cae a su Mediodía: todo él, hasta las sierras que separan la cuenca de ese río de la del Tajo, expuestísimo a las frecuentes excursiones y correrías de moros y cristianos, poco codiciado por lo árido y destemplado de su clima y, por demasiado llano, poco a propósito para la defensa, estaba desierto. Tenían, pues, que atravesarlo los cristianos para ir a buscar a los moros

a la tierra de Toledo, y a su vez los moros, para encontrar a los cristianos en las de Soria, San Esteban de Gormaz, Toro y Zamora. En el año 939 hizo ese viaje el Califa Abderramán III al frente de un poderoso ejército, y sostuvo con Ramiro II en Simancas una terrible batalla, en la que fue vencido.

—He leído —dijo Frasquito a su padre, que estaba hablando sobre todo lo que antecede mientras recorrían las calles de la ciudad— que después de esa batalla hubo otra, que llaman «del Foso de Zamora», en la que, después de perder los moros sesenta mil hombres, se apoderaron de esta ciudad.

—Semejante cosa sólo pueden admitirla personas que no sepan ni el abecé del arte militar, ni de guerras, ni de batallas. ¿Cómo puede ocurrírsele a nadie que un ejército destrozado, cuyo caudillo sólo puede salvarse huyendo a uña de caballo y seguido de muy pocos, va a poner sitio a una plaza fuerte, y a sostener ante sus muros una batalla en que pierde nada menos que sesenta mil hombres?; ¿ni en qué cabeza cabe que, después de esa enorme pérdida, tenga todavía alientos para apoderarse de esa plaza?; ¿ni dónde se ha visto que la expugnación de una plaza fuerte consista en dar una batalla al pie de sus muros? Todo eso son desatinos sin pies ni cabezas, que es increíble que haya quien todavía acepte, después de saberse que la batalla comenzada en Simancas vino a acabarse en un lugar llamado Alhandega, nombre que, por significar *foso* en lengua arábica, ha dado origen a esa soñada batalla del Foso de Zamora, como Dozy lo ha demostrado.

—¿Y existe todavía esa Alhandega?

—Creo que no; pero existía en el siglo xvi. Estaba a orillas del Tormes, muy cerca de Salamanca.

—¿Se apoderaron los moros de Zamora en esa campaña, o no?

—No creo que hubiera tal sitio ni tal toma de Zamora, pues nada dicen de ella nuestros cronistas; pero si la hubo, sería antes, y de ningún modo después de la batalla de Simancas.

—¿De modo que los moros no llegaron a apoderarse de esta ciudad?

—Entonces, no; cuando se apoderaron de ella fue bastantes años después, en el mismo siglo; en tiempo del famoso Almanzor, que no sólo se apoderó de Zamora, sino de León, Santiago de Galicia, Navarra, Aragón y Cataluña, incluso su capital, Barcelona, que tomó por asalto. Los cristianos quedaron reducidos a lo más

áspero de las montañas de Asturias y de los Pirineos, perdiendo en muy pocos años todo lo tan penosamente ganado en trescientos.

Después no vuelve a hablarse de Zamora hasta la muerte de Fernando I, quien, al repartir entre sus hijos sus Estados, dio el señorío de ella a Doña Urraca. Don Sancho, que, con ser muy joven, era el mayor de ellos, y a quien había tocado en suerte el reino de Castilla, sin respetar la voluntad de su difunto padre, destronó a sus hermanos García, rey de Galicia, y Alfonso, rey de León, apoderándose de sus Estados, y puso luego sitio a Zamora para quitársela a su hermana Doña Urraca; pero pagó con la vida su codicia, porque un caballero de los defensores de la ciudad, amigo, a lo que parece, de Doña Urraca, y no se sabe si instigado o no por ella, fingió pasarse al partido contrario, y, aprovechando la mejor coyuntura que se le ofreció, mató a Don Sancho, y se acogió luego dentro de los muros. Ese hecho dio origen a multitud de fábulas y consejas, en que juegan de actores el Cid Campeador, el conde Diego de Ordóñez de Lara, Arias Gonzalo y sus hijos y otros personajes; hablillas y cuentos que inspiraron por muchos siglos la musa del pueblo.

—¿Tiene usted por mentira todo lo que cuentan los romances que se refieren a esos hechos?—preguntó Willy.

—Los romances, en general, son muy poco dignos de crédito, y mucho menos los que han llegado a nosotros, que no son en modo alguno los primitivos, sino obras de los autores de los siglos XVI y XVII y reflejo de un estado social, unas ideas y unas costumbres muy distintas de las de la época a que en ellos se alude. El único documento de ese linaje, si no contemporáneo de esos hechos, a lo menos de tiempo cercano a ellos, es el *Poema del Cid*, del que, por desgracia, sólo tenemos fragmentos mal hilvanados, y que, si bien es interesante desde el punto de vista literario y filológico, tampoco merece ninguna fe como obra histórica.

—¿A qué fragmentos se refiere usted, D. Antonio María?—preguntó Willy— Porque yo sólo conozco el *Poema del Cid* publicado por primera vez por Sánchez, y que ha salido en la *Biblioteca de autores españoles*, de Rivadeneira, y esa que llaman *Canción de las mocedades del Cid*, que se ha publicado en otro tomo de la misma colección.

—Ambos poemas o canciones—dijo D. Antonio María—son, a mi entender, fragmentos de una sola y misma obra. En la can-

ción llamada *de las mocedades del Cid*, y en la llamada *Crónica general*, de la que es lástima no se hayan hecho todavía buenas ediciones modernas con vista de los manuscritos más antiguos y mejor conservados de ella, hay también escritas como prosa tiradas más o menos largas de versos, que deben de ser otros fragmentos del mismo poema. (1)

Esta conversación la sostenían nuestros amigos andando por las calles de Zamora.

Entraron en la catedral, que es de estilo románico y del mismo tiempo que la vieja de Salamanca. Esta de Zamora se acabó en 1174, aunque en épocas muy posteriores se han hecho en ella algunas modificaciones, que no armonizan con el estilo general de la fábrica, como sucede en la portada norte, flanqueada por columnas corintias. También el claustro, que se quemó en 1591, fue reedificado treinta años después conforme al orden dórico.

La nave central contrasta por su estrechez, pues sólo tiene 23 pies entre los pilares, con lo macizo de éstos, que tienen siete de grueso. Las naves laterales son bajas, y sus bóvedas cargan por el lado del muro sobre robustísimas pilastras. El domo que corona el crucero es, tanto por fuera como por dentro, lo más notable del edificio, y se parece mucho al de la catedral de Salamanca.

—Se conoce—dijo sir Roberto así que hubieron recorrido la ciudad—que Almanzor redujo esta ciudad a escombros, porque todos sus edificios son posteriores al siglo XII.

—Creo lo mismo—le contestó su interlocutor—. Observad además que casi todos ellos son del estilo románico de ese mismo siglo XII; lo cual demuestra que debió de reedificarse al mismo tiempo que Salamanca, Ávila, Segovia y demás poblaciones de la región meridional del Duero. Sólo en Asturias hemos de ver edificios de siglos anteriores al XII; prueba evidente de que fue la única provincia adonde no llegaron las últimas invasiones de los moros. En pocas naciones del mundo es la Arqueología tan poderoso auxiliar de la Historia como en España.

Sobre la puerta de la ciudad que llaman «de Zambranos», cerca del que dicen «Palacio de Doña Urraca», se ve la inscripción siguiente:

(1) Acaba de publicarse una nueva edición de la *Crónica general*, que aún no ha tenido tiempo de leer el autor de este libro.

«Fuera, fuera, Rodrigo,  
El soberbio castellano.»

—¿Qué significa ese letrero?—preguntó sir Roberto.

—Es un recuerdo del sitio de Zamora por el rey D. Sancho de Castilla; pero seguramente es moderno, porque lo es también el romance de que está tomado, que es uno de los a que antes me referí.

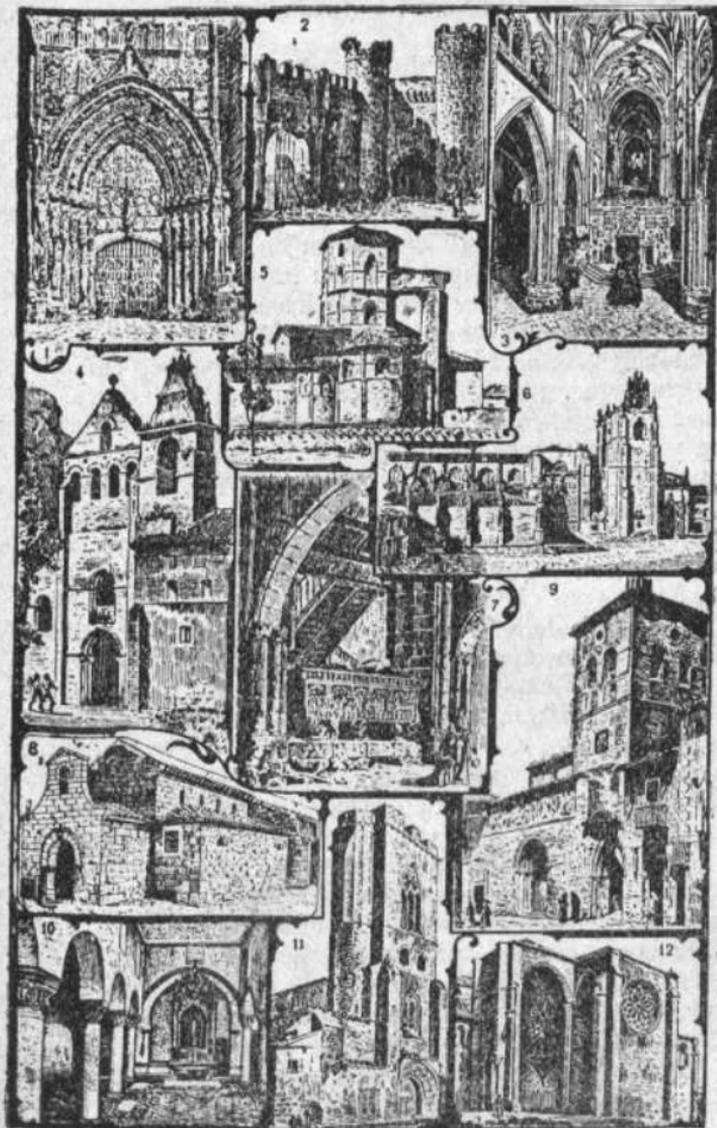
Como población industrial, tiene hoy fama Zamora por sus aguardientes anisados, que se exportan a toda España y América.

### CAPÍTULO XLIX

Los viajeros fueron a Benavente, ciudad cuya fundación no remonta más atrás del siglo XI, y que debe su existencia a la circunstancia de cruzarse allí caminos que van a Santiago de Galicia desde el oriente y mediodía de la Península. No se detuvieron en ella, y fueron a hacer noche a Valencia de Don Juan, de donde salieron muy de madrugada para estar temprano en León.

Esa ciudad comenzó por ser un campamento romano de la legión *Septima Gemina*, de cuyo nombre *Legio*, o mejor dicho, de su ablativo *legione*, se deriva el de León que hoy lleva. Como todos los campamentos romanos, tenía figura cuadrilonga, con sendas puertas en sus cuatro lados, en que acababan las dos calles centrales que se cruzaban a escuadra en su centro. Conservó por largo tiempo esa forma y sus fortísimas murallas, de las que hoy sólo quedan los cimientos; pues las que tiene a la parte norte, restos de las que antes la ceñían, fueron edificadas después de la destrucción de la ciudad por Almanzor a fines del siglo X.

Su catedral, que lleva el título de Nuestra Señora de Regla, fue construída desde 1181 a 1205; pero no quedó terminada del todo hasta 1303, y pertenece, salvo detalles secundarios, al estilo gótico del primer período. Su carácter distinto consiste en lo ligero, sutil y aéreo de su fábrica, en lo que quizás no hay iglesia gótica que la supere. Todo en ella es calado, desde las bóvedas hasta el suelo, y los delgadísimos pilares parecen impotentes para soportar el peso de las bóvedas. La gran portada occidenta-



1. Puerta del Obispo, Catedral (Palencia). — 2. Puerta de Monzón (ídem). — 3. Nave central de la Catedral (ídem). — 4. Monasterio (Aguilar de Campoo). — 5. Ídem de San Facundo (Fromista). — 6. Catedral de Palencia. — 7. Sepulcro del infante Don Felipe (Villalcázar de Sirga). — 8. Ermita de San Juan Bautista (Baños). — 9. Iglesia de Santiago (Carrión). — 10. Interior de la ermita de San Juan Bautista. — 11. Párrquia de San Migue (Palencia). — 12. Convento de Templarios (Villalcázar de Sirga).

## ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE PALENCIA

es, sin disputa, el mejor ejemplar de su estilo en toda la Península. Cincuenta grandes estatuas interpuestas con pilares formados de haces de columnillas y con multitud de esculturas más menudas, de prodigiosa ejecución, cubren los profundos alféizares que la flanquean, las archivoltas y el tímpano. Recuerda mucho esa portada la de la catedral francesa de Chartres.

Cuando estuvieron nuestros amigos en León, se estaba restaurando ese admirable edificio y tenía su interior lleno de andamijos. Algunas ligeras averías que hubo hace años en la fábrica demostraron la flaqueza de sus cimientos; y antes de que los daños pasaran a mayores, se acordó deshacerla con el mayor cuidado, piedra a piedra, para volver a armarla como antes estaba; operación delicadísima, que se encomendó a los arquitectos más eminentes de España, y que ha durado muy cerca de medio siglo, pero que distaba mucho de estar acabada en la época a que mi narración se refiere. Sólo la disposición de los andamios era un problema difícilísimo, que resolvió D. Juan de Madrazo con sin igual maestría. No tuvieron poco que admirar nuestros amigos en esa obra maestra de ingeniería, que pudieron ver gracias a la amabilidad del entonces director de los trabajos, que les franqueó la entrada en el edificio y los acompañó mientras lo recorrieron, dándoles mil datos curiosos y explicaciones, tanto sobre la primitiva fábrica como sobre la restauración que se estaba verificando.

Por él supieron que se habían vuelto a la forma que tuvieron en su origen partes del edificio que habían sido alteradas indiscretamente en siglos posteriores; entre ellas, muros calados como si fueran de encaje hecho a aguja, que habían sido tapiados en el siglo XVI y que quedaban ahora descubiertos, como lo estuvieron en su principio. Por él supieron también que muchas piedras que se habían deteriorado al desbaratar la fábrica se estaban sustituyendo por otras, que se labraban exactamente iguales a ellas, y que se llevaban desde las canteras de la provincia de Burgos. Asimismo les refirió cómo, a pesar del cuidado que se puso al apear las vidrieras, se habían roto algunas, lo que había obligado a montar en la misma ciudad de León talleres de fundición de vidrios de colores, en los que se había conseguido fabricarlos muy semejantes a los antiguos, cosa que se tenía por imposible.

—Tenía entendido—dijo sir Roberto—que esa fabricación de vidrios de colores era industria enteramente perdida.

—No se equivocaba usted mucho—le contestó el arquitecto—, porque ha estado durante siglos casi del todo olvidada; pero en el nuestro se han hecho grandes estudios para restablecerla, y, gracias al hallazgo verificado hace algunos años en Francia de un antiguo manuscrito de un monje del siglo XIII llamado Teófilo, en que se explican las operaciones de esa fabricación, se ha logrado obtener vidrios de ciertos colores, aunque no de todos; pero cada día se hacen nuevos ensayos, que es de esperar sean al fin y al cabo coronados por el éxito.

—En esa industria de los vidrios de colores no basta tener los vidrios—dijo D. Antonio María—, porque tras eso viene el cortar los infinitos trozos que han de casar entre sí para formar las figuras que han de ir en la vidriera, disponer las armaduras de plomo, y mil otros pormenores de difícilísima ejecución.

—Y tan difíciles—dijo el arquitecto—, cuanto que la fabricación de una de esas vidrieras equivale a la de un mosaico o una tapicería. Sin duda estaréis enterados del larguísimo tiempo que se emplea en tejer una de los Gobelinos.

—Conozco a grandes rasgos esa industria y sé que una tapicería de lizos altos, como las de los Gobelinos, además de exigir artistas habilísimos, tarda muchos años en tejerse, como sea siquiera de regular tamaño.

—Pues tan difícil y tan lento como es el trabajo de uno de esos tapices de lizos altos, lo es el de una vidriera de colores; cualquiera de ellas requiere años de labor asidua y obreros de primer orden, que, como es natural, escasean, y mucho más tratándose de una industria que ha estado hasta ahora casi perdida.

Después de recorrer toda la iglesia, sus capillas, claustros y sacristías, se despidieron de su amable acompañante y se dirigieron a la iglesia de San Isidoro el Real, fundada por D. Fernando I y Doña Sancha en 1063, para conservar en ella las reliquias del santo obispo sevillano, llevadas allí en su tiempo desde Sevilla. La iglesia quedó terminada en 1149 y fue consagrada por once obispos, en presencia del emperador D. Alfonso VII, de sus hijos y de su hermana Doña Sancha. El convento anejo a ella, y fabricado al mismo tiempo, está sobre la muralla de la ciudad. Ambos son de estilo románico, alterado por posteriores modificaciones y añadiduras. Las reliquias de San Vicente se guardan tras el altar de la Capilla Mayor, en dos preciosas arcas del siglo XII,

de marfil la una y de esmalte la otra. Hay allí también una hermosa cruz de plata, que se saca en las procesiones, y había habido otra muy interesante, labrada en marfil y regalada por la reina Doña Sancha, hasta 1868, en que fue trasladada al Museo Arqueológico de Madrid.

En la capilla de Santa Catalina, de ese convento, están los sepulcros de multitud de reyes, reinas e infantes leoneses, profanados, como todo el edificio, por la soldadesca del general Soult en la guerra de la Independencia. El techo, al que no alcanzaron sus estragos, es interesantísimo por sus pinturas al fresco, que, como obra de fines del siglo XII y primera mitad del XIII, son las más antiguas de España. Cosas se han descubierto muy notables, que se hallaban ocultas bajo una capa de cal en una de las capillas del claustro construída en el siglo XII.

Por una escalera que arranca del corredor que conduce a la sacristía desde el brazo septentrional del crucero, se sube a la antes riquísima librería, que encerraba los manuscritos más antiguos y curiosos de España, entre los que había como novecientos de los siglos VII y VIII. Casi todos fueron quemados por las tropas de Soult, que entraron a saco la ciudad el 21 de Diciembre de 1808.

—Creo que fue en esta librería donde el padre Risco encontró en el siglo último la famosa crónica latina del Cid Campeador, cuya autenticidad se atrevió a negar Masdeu temerariamente—dijo don Antonio María.

—¿Se ha perdido acaso ese libro?—preguntó Willy.

—Felizmente, no; aunque ha estado a punto de ello, pues anduvo rodando por varias ciudades de Europa. Hoy creo que se halla en la biblioteca de la Academia de la Historia, en Madrid. Pero creo que ha ocurrido el curioso caso de haberse encontrado otro ejemplar, manuscrito como el primero y también antiquísimo. De todos modos, ya no es fácil que se pierda la obra, pues corre impresa.

Desde allí fueron nuestros viajeros al convento de San Marcos, casa matriz que fue de la Orden de Santiago en el reino de León. Su fundación data del siglo XII, en que tuvo principio esa famosa milicia; pero el edificio actual no es el primitivo, sino el que construyó en su lugar, en la primera mitad del siglo XVI y según el estilo plateresco, Juan de Badajoz, de quien puede asegurarse que es la obra maestra.

Es de piedra de calidad excelente, y tiene la fachada adornada con estatuas y medallones del indicado estilo.

La sillería del coro de su iglesia, obra muy hermosa del siglo xvi, de Guillermo Doncel, fue lamentablemente estropeada en 1723 al pretender restaurarla.

## CAPÍTULO L

**P**ERO decidme, ¿qué os ha parecido la catedral que vimos ayer?—preguntó D. Antonio María a sir Roberto.

—Un encaje de piedra. No sólo por la catedral, sino por la obra de restauración que se está haciendo en ella, vale la pena de un viaje, aunque sea de cien leguas.

—Es lástima—dijo Willy—que no podamos ver la catedral de Burgos inmediatamente después de ésta, pues con los recuerdos todavía frescos de la de Toledo, y no muy perdidos de la de Sevilla, podríamos hacer la comparación entre todas ellas, que son sin duda las mejores de España.

—La de Burgos—le contestó D. Antonio María—es de otro estilo que la de León. Se comenzó cuarenta años más tarde, y se acabó trescientos sesenta después, porque la de León tardó veintitantos años en edificarse y la de Burgos trescientos cincuenta. Hay, pues, en la de León más unidad en el estilo, por más que lo exterior del edificio tenga algo de plateresco; pero en magnificencia, en riqueza de ornamentación y hasta en tamaño, es superior la de Burgos. Su fachada occidental es del siglo xiii, con excepción de la portada, que es del xvi, y de los campanarios, que están por cierto maravillosamente calados, que fueron hechos en el xv. Los pilares y bóvedas de la nave central y de las dos laterales son del mismo primer período del estilo gótico a que pertenece la catedral de León; pero el triforio es del gótico florido o flameante del último período, y a ese mismo estilo y al todavía más moderno plateresco o del Renacimiento pertenecen todas las capillas, excepto las dos últimas que franquean el ábside por el lado de la Epístola, que son del más hermoso gótico del siglo xiv.

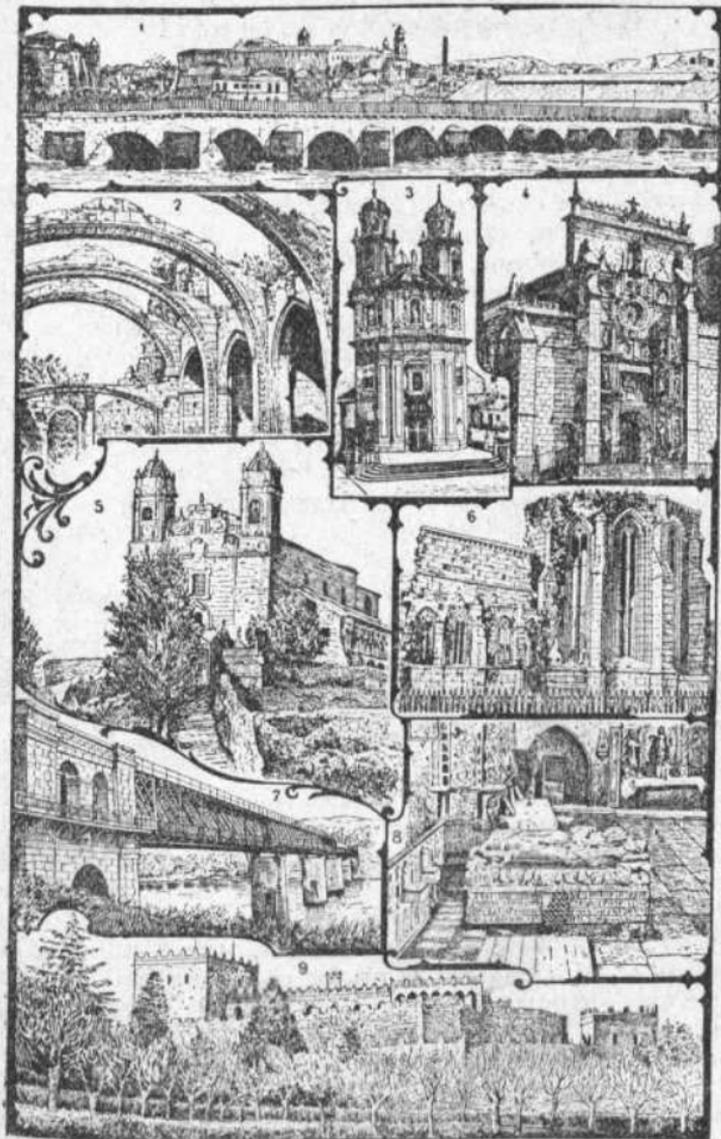
Una de las maravillas de la catedral de Burgos, que es la cúpula octógona sobre el crucero, rodeada de ocho gallardísimos pináculos calados, tampoco es del estilo gótico primitivo de las

naves, sino de una mezcla del florido y del plateresco. Desdice por eso del resto del edificio; pero es obra en sí tan gentil y aérea, y tan prodigiosamente ornamentada, que causa admiración el contemplarla. Felipe II decía de ella que era más hechura de ángeles que de hombres.

—Otra cosa que tenemos que ver cuando vayamos a Burgos es el monasterio de las Huelgas, fundado por Alfonso VIII. No está precisamente en la ciudad, sino muy cerca de ella; y aparte de su arquitectura, que es románica en lo primitivo de la fábrica y gótica en lo edificado en el siglo XIII, ofrece de particular, bajo el aspecto histórico, haber sido en su iglesia donde se coronaron los reyes de Castilla desde Alfonso XI en adelante.

—No sabía yo—dijo sir Roberto—que acostumbraban coronarse los reyes de España.

—Hace mucho tiempo que no se coronan—le contestó D. Antonio María—, y aun antiguamente fueron pocos los de Castilla que se coronaron. Sólo consta positivamente que fueron coronados Alfonso VII, Alfonso XI, Enrique II y Juan I. El primero de ellos lo fue tres veces nada menos: la primera, en Santiago, por rey de Galicia; la segunda, en León, por rey de León, y la tercera, en Toledo, por emperador de España, que tal título tomó, sin sólido fundamento, porque no dominaba, ni mucho menos, en toda la Península. De sus sucesores, ninguno se coronó hasta Alfonso XI, que restableció la ceremonia, coronándose con extraordinaria solemnidad en las Huelgas de Burgos, después de armarse caballero en Santiago de Galicia ante la imagen del Apóstol; y después de él sólo se coronaron Enrique II y Juan I, ambos en las Huelgas de Burgos. Estos últimos se armaron caballeros en las Huelgas el mismo día de su coronación, valiéndose, para cumplir esa ceremonia sin recibir el espaldarazo de ningún súbdito, de un muñeco que mueve mecánicamente el brazo por medio de un resorte, el cual se conserva en el monasterio. Todavía más graciosa fue la manera que tuvo Alfonso XI de hacerse armar caballero por el Apóstol Santiago, encaramándose sobre el altar y dándose él mismo una pescozada contra la mano de la imagen. Esos cuatro fueron los únicos reyes castellanos que se coronaron. Los que sí se coronaban todos eran los de Aragón, verificándose la ceremonia con increíble pompa en la Seo de Zaragoza; y los de Navarra, en la catedral de Pamplona. El primer rey de Aragón que dejó



1. Vista parcial de Pont-vedra. — 2. Ruinas de Santa María la Mayor (Idem). — 3. Iglesia d. sa. Praxedis (Pont-vedra). — 4. Portada de Santa María la Mayor (Idem). — 5. Iglesia de San Salvador (Lérez). — 6. Ruinas d. Santo Domingo (Pont-vedra). — 7. Puente sobre el Miño (Tuy). — 8. Sarcófago de Payo Gómez en San Francisco (Pontvedra). — 9. Castillo de Sotomayor (Idem).

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE PONTEVEDRA

de coronarse fue Juan II, el padre de Fernando el Católico. Desde entonces no se ha coronado ningún rey de España.

Las Huelgas de Burgos es un convento de monjas, y tenía antiguamente extraordinarios privilegios y jurisdicción sobre muy extenso territorio, en que estaban enclavadas muchísimas villas y lugares. Su abadesa era mitrada e independiente en un todo de la autoridad del obispo.

Otros monumentos notables de las cercanías de Burgos son la Cartuja de Miraflores, en cuya iglesia, de estilo gótico, están los maravillosos sepulcros de que os he hablado, los cuales quisieron los franceses llevárselos desarmados piedra a piedra, aunque, felizmente, no llevaron a cabo su intento; y el monasterio de San Pedro de Cardena, estrechamente ligado a la historia particular de los condes de Castilla, y muy especialmente a los de su ilustre miembro el Cid Campeador, cuyos restos, juntos con los de su mujer, descansaban en su iglesia.

—¿Y dónde están hoy esos restos?

—Da vergüenza decir que el Monasterio de Cardena, que debía ser objeto de la veneración pública, es hoy de propiedad particular. Los restos del Cid Campeador y de su esposa doña Jimena se encuentran hoy en la admirable catedral de Burgos.

—¿Y por qué no vamos ahora a Burgos?—preguntó Willy—El viaje no es tan largo.

—Pero nos haría dar un gran rodeo, a menos de seguir ya de una vez a Soria y Aragón, renunciando a visitar Galicia, Asturias y Vizcaya; lo que sería imperdonable, porque además de ser regiones frescas y muy a propósito para pasar en ellas los meses de verano, e interesantísimas todas ellas por sus bellezas naturales, y las dos primeras también bajo el aspecto histórico y arqueológico, son Asturias y Vizcaya las provincias más industriales de España después de Cataluña, que incuestionablemente es la primera. Y ya que las regiones que hemos visto son agrícolas y ganaderas, bueno es que conozcamos las otras.

—La principal industria de Vizcaya consiste, según tengo entendido, en la explotación de sus minas de hierro—dijo Willy.

—Sí, aunque también hay muy buenas fábricas de armas, de papel y de otras cosas; pero la explotación de las minas de hierro

y la metalurgia de éste constituyen la industria dominante. En todo tiempo se distinguieron los vizcaínos como herreros, y toda su tierra está llena de ferrerías que trabajan en pequeña escala. Hoy la grande industria casi ha acabado con la chica; y en lugar de los antiguos sistemas de tratar el mineral de hierro para reducirlo al estado metálico, se emplea el de altos hornos, de los cuales, así como de los de Bessemer y Siemens, hay varios en Bilbao y sus cercanías.

—Pero allí ¿qué se hace?; ¿exportar el mineral según sale de la mina, o reducirlo a lingotes de hierro?—preguntó Willy.

—Se hace de todo: extraer el mineral, y exportarlo en esa forma, reducirlo a lingotes, y también ir más adelante en el proceso de la industria, y transformarlo en carriles, chapas, barras y otros objetos de uno u otro metal, de inmediata aplicación práctica.

—¿Y no es más ventajoso y económico exportar el hierro en estado metálico que en el de mineral?—preguntó Willy.

—Ten presente que para reducir el mineral de hierro al estado metálico en los altos hornos, o para descarburar el hierro o convertirlo en acero por los procedimientos de Siemens, Bessemer y Martin, se necesita carbón de piedra en grandes cantidades: y como en Vizcaya no lo hay, se hace preciso llevarlo allí de Inglaterra. Hay que elegir, pues, entre cargar de carbón los barcos que van de Inglaterra a Vizcaya, o de mineral de hierro los que van de Vizcaya a Inglaterra. Lo natural es que se hagan ambas cosas: llevar carbón de Inglaterra a Vizcaya, y volverse a Inglaterra cargados de mineral los barcos que han hecho ese transporte; lo que siempre ha de serles mejor que volver en lastre.

—¿Y es muy importante ese tráfico?—preguntó Willy.

—Tanto, que, según mis noticias, sólo los barcos ingleses que salen de Bilbao empleados en esos transportes suman dos millones y medio de toneladas.

Interrumpieron la conversación al llegar a San Miguel de Escalada. El monasterio está situado al pie de una altura en que se encuentran las ruinas de la antigua ciudad romana de Lancia.

La traza de la iglesia es de basílica, con los arcos que separan la nave central de las laterales, y los capiteles de las columnas muy semejantes a los de la iglesia, antes mezquita, del Cristo de la Luz, de Toledo.

Sobre el arco del pórtico, también de herradura, hay una lá-

pida del año 1050, en que están inscritos los nombres de los soberanos a la sazón reinantes, Fernando I y Sancha, y los de varios obispos.

Renunciaron nuestros amigos al intento de alargar su excursión hasta Santa Oloja de Eslonza para ver su hermosa iglesia gótica del siglo xv, y dieron la vuelta a León.

—¿Qué santa es esa Oloja?—preguntó Frasquito.

—Recordando—le contestó su padre—que hasta hace poco más de tres siglos se pronunciaría Oloja u Ololla ese nombre, porque hasta entonces no se introdujo en el castellano el sonido gutural de la jota, me figuro que se trata de Santa Olalla o Eulalia, que fue popularísima en toda España y vino a serlo aún más en estas regiones del Norte, desde que, al tiempo de la invasión árabe, se trajeron a Asturias sus reliquias, donde todavía se conservan con veneración muy grande en Oviedo.

## CAPÍTULO LI

Muy temprano salieron nuestros viajeros para Astorga. Por el camino dio D. Antonio María noticias sobre las minas de Galdames y Somorrostro, que gozan con justicia de fama universal, tanto por la cantidad como por la calidad de sus hierros; fama que no es de fecha reciente, pues que se remonta al tiempo de los romanos.

—Pues Asturias—prosiguió diciendo—, que hasta hace muy poco vivía sólo de su agricultura y de sus ganados, es ya hoy provincia muy industrial y promete llegar a ser en ese concepto una de las primeras de España. En Pola de Lena, Mieres, Cangas de Onís, Pola de Siero, Sama, Ujo, Arnao y otros lugares de Asturias hay minas y fundiciones importantísimas. Las minas de carbonato de cinc de Cangas de Onís son quizás las más ricas de Europa: contiene el mineral el 80 por 100 de cinc.

—¿Y qué son las demás minas de Asturias?—preguntó Willy.

—Las hay de hierro, carbón, cobre, cinabrio, azabache y otras sustancias. El carbón es abundantísimo, pero de calidad inferior al carbón inglés; por eso, y por la carestía de los transportes, se prefiere en Vizcaya el último.

—El puerto de Gijón—prosiguió diciendo D. Antonio María—,

además de ser el mejor y más seguro de la costa cantábrica, ha adquirido importancia grandísima en estos últimos tiempos por su tráfico con Inglaterra y América. Se exportan por él cantidades enormes de manzanas, castañas, nueces, carbón, hierro y otras mercancías. En el desarrollo de la industria asturiana ha tenido no poca parte el Cuerpo de Artillería con sus fábricas de cañones, de Trubia, y de sus fusiles, de Oviedo, de las cuales han salido muy buenos maestros y oficiales para la industria particular. Hay también en Lugones una fábrica de latón, que creo es la mejor de España.

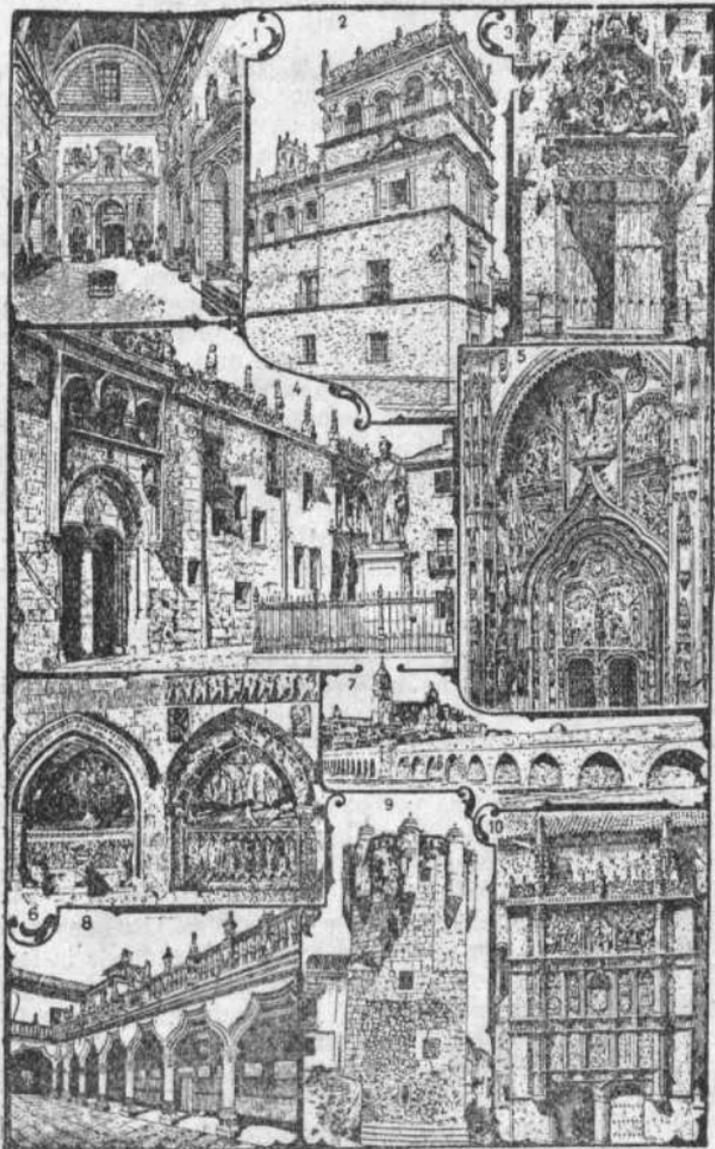
—¿Y se fabrican en Trubia cañones de acero de todos los calibres?—preguntó Willy.

—Antes sólo se fabricaban cañones de hierro zunchados y entubados; pero ya se hacen de acero de pequeños calibres, y muy pronto se podrán fabricar de los grandes, porque constantemente se están introduciendo innovaciones y mejoras en la fabricación y adquiriéndose nuevas máquinas; de modo que los datos relativos a un año suelen no ser exactos respecto al siguiente. Aparte de la industria minera y metalúrgica, hay en Asturias fábricas de vidrio, de donde salen objetos muy estimados, que si no compiten con los de Bohemia, no les andan muy lejos; fábricas de loza en Gijón y en Siero, en la primera de las cuales se elaboran piezas muy artísticas, y en las últimas (y lo digo en plural porque hay varias en manos de pequeños industriales que trabajan en sus casas) se fabrican objetos semejantes a los de las antiguas alfarerías de Talavera. También se hace gran tráfico de pescado fresco, salado y en conserva en el litoral de Asturias, como en el de toda la costa septentrional de España. Los salmones, truchas y lampreas de los ríos y rías de Asturias son exquisitos; y es verdaderamente lastimoso que por falta de buenas leyes protectoras de la pesca, y por el daño que hacen en ella los residuos que los establecimientos metalúrgicos arrojan en las aguas corrientes, haya mermado mucho en los últimos tiempos. De peras y manzanas hay grandísima variedad, y tal abundancia, que después de las que se consumen en el país directamente y en forma de sidra, todavía sobran cantidades enormes para exportar, ya fresca, ya en conserva. Por último, los jamones de Avilés son famosos en toda España.

—¿De modo—dijo sir Roberto—que Asturias, además de industrial, sigue siendo provincia agricultora?

—Y mucho. Su ganado vacuno, como el de todas las provincias del litoral cantábrico, es excelente. Esas provincias son las únicas de España en que predomina ese ganado sobre el lanar y el cabrío. La leche que se consume en las demás provincias procede generalmente de la oveja y la cabra, fabricándose con ella quesos y requesones muy estimados, como los de Burgos y la Mancha; pero la leche, manteca y queso de las provincias cantábricas proceden de la vaca, y ha crecido y se ha perfeccionado tanto esa industria en los últimos tiempos, que hasta se imitan los productos holandeses y suizos más renombrados. De todos ellos se hace hoy gran exportación. Asturias participa de las condiciones de clima y de humedad de toda la región de España comprendida entre la prolongación de la cadena de los Pirineos y el mar. Aunque más septentrionales esas comarcas que Castilla, son muchísimo más templadas, por el bajo nivel del terreno, hasta el punto de que el naranjo, que es árbol de invernadero en todo el centro de la Península, vive en ellas al aire libre, especialmente en sus zonas marítimas; pero el Sol no calienta lo bastante en las épocas de la madurez de la uva ni de la granazón de las espigas, por lo cual el vino es allí de poca fuerza y algo agrio, y el cultivo de los cereales, de poco provecho. En Asturias sólo se cosecha en un lugar, llamado Candamo, un vinillo muy semejante al que en Vizcaya llaman «chacolí»; y en cuanto al trigo, sólo se cultiva en Asturias el de que se hace el pan llamado «de escanda», porque se llevó allí hace siglos desde Escandinavia, según se cree. En cambio, se obtiene del jugo fermentado de sus excelentes manzanas la bebida que en castellano se llama «sidra», y en vascuence, «sagardúa», que, además de consumirse en el país, constituye un ramo muy importante de exportación. El maíz sustituye al trigo, haciéndose de su harina amasada y cocida al horno el pan que los asturianos llaman «borña», y «borona» los montañeses de Santander. El maíz, las legumbres, la leche de vacas, y en ocasiones la carne de puerco, forman la base de la alimentación de los campesinos de esas regiones, que son los más de sus habitantes, porque, al contrario que en Andalucía y Castilla, la propiedad agraria está muy dividida entre los propietarios pequeños y los arrendatarios o colonos de los mayores, todos los cuales viven en medio de los terrenos que cultivan.

—De modo—dijo sir Roberto—que serán muy pequeños los pueblos.



1. Sacristía de la iglesia de Santo Domingo. — 2. Torreón del palacio de Monterrey. — 3. Casa de las Conchas. — 4. Plazauela de las Escuelas Menores. — 5. Puerta del Nacimiento, en la Catedral. — 6. Sepulchros antiguos en la Catedral vieja. — 7. Puente romano sobre el Tormes. — 8. Patio de las Escuelas Menores. — 9. Torre de las Escuelas Menores. — 10. Fachada de la Universidad

## ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE SALAMANCA

—Generalmente están reducidos a la iglesia, la escuela y unas pocas casas en torno de algún palacio señorial. Los habitantes suelen vivir esparcidos por los campos en medio de sus pequeñas fincas, circuidas de paredes de piedra seca de poca altura y divididas por lo común en varias secciones o trozos: uno, destinado a prado para los bueyes y vacas, de las cuales una, cuando menos, se tiene por indispensable en toda familia labradora; otro, a huerta; otro, a arboleda, y el resto a maíz, que, además de alimentar a la familia, le sirve para el pago de la renta, que, por lo común, se hace en especie. Al lado de cada casa campesina, que las más veces son de piedra, hay indefectiblemente otra, llamada «hórreo» o «panera», hecha de madera de castaño y sostenida sobre cuatro o seis pilares o postes, destinada a guardar el maíz. Si pasáramos esas montañas que vemos ahí a nuestra derecha, os sorprenderíais del sinnúmero de paredes de piedra seca que cruzan los valles y laderas de los cerros, repartiendo el suelo en tan extrañas figuras, todas de distintos colores, según los cultivos, que parece la tierra hecha de retazos o remiendos. Se diferencian también en gran manera todas esas tierras ultramontanas de las del centro de la Península en lo húmedas. Los vapores que les llegan del mar se condensan al toparse con la cadena de altas montañas que les sirven de lindero por el Mediodía, y se convierten en lluvias. Entre los campesinos de esas comarcas, el paraguas y las madreñas o los zuecos son como parte inseparable de su persona, porque los más días del año o llueve o cae una llovizna finísima, que apenas se advierte, pero que acaba por calar hasta los huesos, conocida por el nombre de «orballo» en la lengua de Asturias.

—¿Qué lengua es ésa?—preguntó sir Roberto—. ¿Acaso no se habla el castellano en Asturias?

—La lengua vulgar de Asturias es el «bable», voz que en castellano traduciríamos por «habla» o «fabla», derivada de la latina «fábula». Es lengua, como hablada sólo por labriegos y poco o nada cultivada por literatos, pobre de vocablos y de giros de construcción, muy parecida al castellano del siglo XIII, y más todavía, sin duda, al que se hablaría en el XI y el XII, y que por falta de documentos escritos no conocemos. Es, con todo, muy digna de estudio por lo que ayuda al conocimiento de la formación de la lengua castellana, porque emplea muchos giros, vocablos y formas de construcción que hubo antiguamente en castellano, y que están

hace tiempo en desuso. El lenguaje familiar de la gente educada de Asturias resulta un castellano muy elegante y castizo, precisamente por la frecuencia con que se ven interpolados en él tales giros y locuciones.

—¿Y es cierto que Asturias se mantuvo siempre casi independiente de todo yugo extranjero, y que apenas experimentó la influencia de la dominación romana?

—He leído eso mismo en algunos libros; pero pocas afirmaciones hay más erróneas y destituidas de fundamento que ésta, porque ninguna región de España conserva huellas más frescas ni más hondas de los romanos que Asturias. El bable está mucho más cerca del latín que el castellano; el territorio de Asturias está lleno de recuerdos de la época romana, como son restos de puentes y vías que lo cruzaban en todos sentidos; hay muchas costumbres que recuerdan las del paganismo, y, por último, consta positivamente, por muchas lápidas que se han descubierto, que muchas cohortes romanas que guarnecían provincias lejanas del Imperio estaban exclusivamente compuestas de asturianos. En la sangre de los ingleses hay muchos más elementos de la de los antiguos astures que en la de la población actual de Asturias; porque todo induce a suponer que los romanos arrancaron de cuajo la antigua población de esa provincia, que debía de ser muy guerrera, y, formando de ella legiones y cohortes, la repartieron por el mundo entero. Pero precisamente estamos llegando a Astorga, a la *soberbia Astorga*, como la llama Plinio. Esta ciudad, cuyo nombre se deriva del de *Astúrica Augusta*, que llevó en lo antiguo, fue fundada precisamente para tener a raya a los astures, que entonces no ocupaban sólo la región que actualmente llamamos Asturias, sino también una bien dilatada del lado acá de las montañas. De las Asturias trasmontanas era capital *Lugo Astúrica*, que no existe hace muchísimos siglos, y que se cree estaba en el lugar mismo en que hay hoy una aldea llamada Santa María de Lugo, a orillas del río Nalón.

## CAPÍTULO VII

LA capital de Astorga es, por decirlo así, la de los maragatos, L gente de origen incierto que ha dado motivo a varias caprichosas y ridículas lucubraciones, como la que lo atribuye al rey Mauregato, que tanto figura en la tradición relativa al fabuloso «tributo de las Cien Doncellas».

Su oficio, que fue siempre la arriería, no sólo por su propia tierra, sino por toda España, ha perdido mucho desde el establecimiento de los caminos de hierro. Siguen practicándolo, sin embargo, aunque en más reducida escala, sirviéndose de mulas, que son las mejores que se ven en la Península.

Dos veces al año se reúnen en Astorga: por la Ascensión y por el Corpus, bailando el *Cañizo*, precisamente de las dos a las tres de la tarde. Si alguien que no sea maragato se mezcla entre los danzantes, se acaba al momento la fiesta; porque los maragatos son, como los gitanos, gente que no gusta de intimidades ni alianzas con extraños.

Conserva Astorga en parte sus antiquísimos, fortísimos y torreados muros, de tan anchos adarves, que sirven de paseo. Las torres, que son redondas, no sobrepujan en altura a la muralla que flanquean.

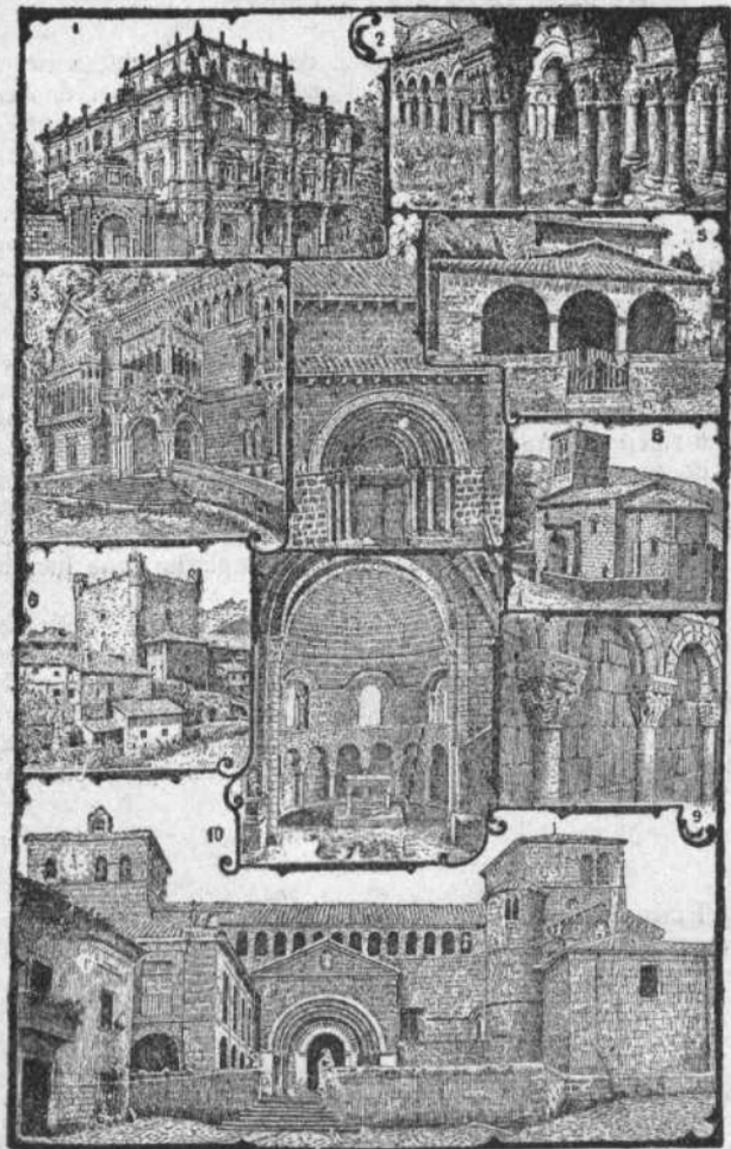
La catedral es gótica del último período. Tiene en el coro una hermosa sillería ricamente esculpida, y en el altar mayor, un retablo, que es la obra maestra de Gaspar Becerra, artista natural de Baeza y discípulo del célebre Miguel Ángel.

Tiene Astorga otras iglesias notables, entre ellas la de San Francisco y San Bartolomé. La capilla de San Julián, situada extramuros, tiene una portada gótica, reconocida como la mejor obra de arquitectura de la ciudad.

En una de las torres de la casa Ayuntamiento, que está en la Plaza Mayor, hay una campana en que dan las horas dos figuras, de hombre la una y de mujer la otra, vestidas a la usanza de los maragatos y armadas de sendos martillos.

Tiene fama Astorga por su joyería, sus chocolates y sus mantecadas, de que se hace gran consumo en toda España.

Nuestros amigos siguieron a Bembibre por el mismo camino que solían llevar antiguamente los peregrinos que iban a Santiago.



1. Palacio de Soñares (Villacarriedo). — 2. Claustro de la Colegiata (Santillana). — 3. Palacio del marqués de Comillas. — 4. Portada de la Colegiata (Cervatos). — 5. Exterior de Santa María (Labeña). — 6. Torre del Infanzado (Pontes de Liebana). — 7. Abside y altar mayor de la Colegiata (Cervatos). — 8. Vista general. — 9. Capiteles del ábside de la ídem. — 10. Colegiata de Santillana.

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE SANTANDER

Está Bembibre ya dentro del Vierzo, comarca muy interesante para el historiador, el arqueólogo, el artista y el amante de las bellezas naturales, que perteneció casi toda ella antiguamente a la célebre milicia del Temple, que la tenía cubierta de castillos, cuyas ruinas se distinguen en las cumbres de sus montañas.

El nombre de Bembibre parece ser, mal escrito, el mismo de *Benevivere* que tuvo un monasterio que allí hubo *in illo tempore*, y del que no quedan ni ruinas; y en cuanto al del Vierzo, que lleva toda la comarca, se deriva del de *Bérgidum*, ciudad romana cuyos restos se hallan muy cerca de Villafranca.

Por Bembibre corre el río Boeza, que se junta con el Sil en Ponferrada, villa que debe su nombre al puente de hierro sobre el último de dichos ríos, y que un obispo, D. Osmundo, hizo fabricar en el siglo XI para comodidad de los peregrinos a Santiago.

En Ponferrada hay una imagen muy venerada de *Nuestra Señora de la Encina*, cuya fiesta se celebra el 8 de Septiembre, y encima de la villa, y dominando la ribera del Sil, las ruinas de un grande y fortísimo castillo de los Templarios, que fueron señores de toda la comarca.

El Vierzo se extiende como once leguas de Oriente a Ocaso y ocho de Norte a Mediodía. Es tierra quebrada, cubierta de viñedos, árboles y bosques, rodeada de montañas, y cruzada por multitud de ríos y arroyos afluentes del caudaloso río Sil, el cual: ya muy dentro de Galicia, pierde su nombre al juntarse con el menor caudaloso Miño, lo que ha dado lugar al conocido dicho de-

Sil lleva el agua,  
Y Miño la fama.

Es el mismo pensamiento, expresado de otra manera, del refrán, no menos conocido, que dice:

Unos cobran la fama,  
Y otros cardan la lana.

En el siglo VII se cubrió el Vierzo de conventos y ermitas, convirtiéndose en una segunda Tebaida.

La invasión de los árabes dispersó a los monjes y anacoretas; pero tiempo adelante, cuando volvió esa tierra a poder de los re-

yes de León, se cubrió de nuevo de monasterios en tanto número, que sólo Dios podía contarlos, como dice el padre Flórez en su *España Sagrada*.

De ellos, los más han desaparecido, y otros están reducidos a iglesias rurales. Del un tiempo famosísimo de Compludo, queda la iglesia; del de Espinosa, la torre románica; del de San Pedro de Montes, sólo las ruinas y la iglesia, también románica. De todos ellos, los más curiosos son el de Santiago de Peñalva, cuya iglesia, que es de las más antiguas de España, tiene, como la de San Miguel de Escalada, arcos de herradura, cosa rarísima en región tan apartada de la influencia árabe; y el de Carracedo, situado en la margen derecha del Sil, entre Villafranca y Ponferrada.

Lo fundó Bermudo II en 990 para sepulcro suyo y de sus descendientes, y lo restauró en 1138 Doña Sancha, hermana del emperador Alfonso VII. Todavía se ven allí las ruinas del palacio real. La librería, que era muy buena, sucumbió hace más de tres siglos por abandono de los encargados de custodiarla, y el archivo fue quemado por los franceses en la guerra de la Independencia.

Una de las curiosidades del Vierzo son las *Médulas*, montañas peladas de formas caprichosas y perforadas por multitud de galerías de profundidad grandísima, que nadie ha explorado hasta el fondo. Son restos de antiguas minas romanas de oro. Plinio el Mozo dirigió durante unos años la explotación, que rendía al fisco veinte mil libras anuales del precioso metal. Uno de los trabajos que hicieron los romanos, ligado con la explotación de esas minas, fue el de sacar al río Sil de su cauce, y llevarlo por el que le abrieron a través de una montaña, llamada por tal motivo *Montejurado*—*Montehoradado* en castellano—, situada en territorio de Galicia, cerca del Vierzo; cauce por el que sigue corriendo desde entonces. En las arenas que arrastra ese río se encuentra oro en cantidad bastante para pagar el trabajo de los que se dedican a buscarlo.

### CAPÍTULO LIII

HABIENDO pasado cerca de una semana en el Vierzo andándolo en todas direcciones, se dirigieron nuestros viajeros a Galicia desde Villafranca, no por el antiguo camino de los romeros a Santiago, sino siguiendo el curso del río Sil, y remontando después el del Miño.

Como se encontraban ya en las regiones en que se habían propuesto pasar el verano, caminaban despacio, deteniéndose donde les parecía, y dando rodeos y zig zags para ver tal o cual lugar que despertaba su curiosidad o atraía su atención.

Así llegaron a Lugo después de pasar por Orense, Monforte, Chantada y Sarria (no Sarriá, como dicen muchos, confundiendo el nombre de ese pueblo con el mismo escrito, pero distintamente acentuado, de otro inmediato a Barcelona).

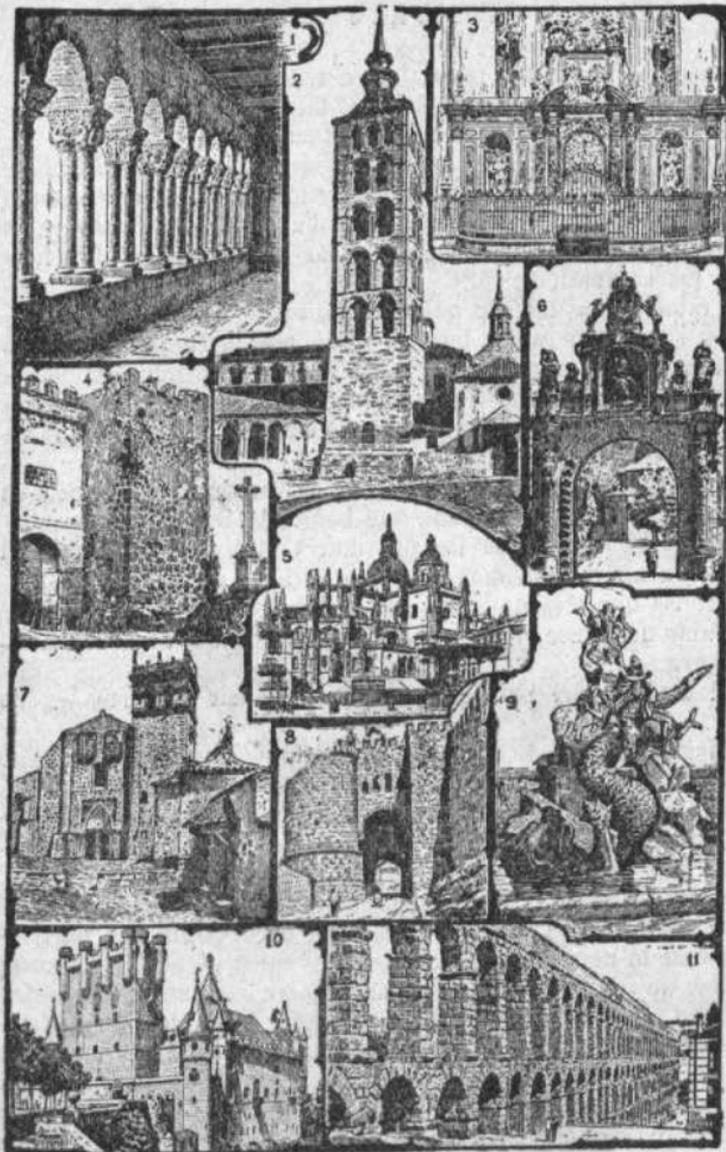
La prolongación de la cadena pirenaica que separa la cuenca del mar Cantábrico de la del río Duero, se ramifica al entrar en Galicia en otras muchas que cruzan en diversas direcciones su territorio, haciéndolo montañoso, o cuando menos quebrado, surcado por multitud de arroyos, riachuelos y ríos que van a derramarse en el mar Cantábrico o en el Atlántico.

La tierra gallega es húmeda, verde, frondosa, cubierta a trechos de bosques, y bien cultivada dondequiera que se presta a serlo, haciendo hondo contraste con las áridas mesetas del centro de la Península. Las comarcas de Túy, Redondela y Orense son deliciosos jardines.

Lo mismo que en Asturias y en Vizcaya, la propiedad rústica está muy dividida, abundando en el campo las aldeas y los caseríos. El ganado vacuno es excelente, y se hace de él gran tráfico con Inglaterra; los caballos son de muy pequeña alzada, pero ágiles y recios; en sus dehesas, pobladas de castaños y encinas, que llaman allí *carballos*, se cría ganado de cerda que da muy buenos jamones; los del distrito de Caldelas, en particular, son muy famosos. También se hace gran comercio de huevos.

Como mucho más extensa y de más variadas condiciones de clima, humedad y suelo la tierra de Galicia que las de Asturias y Vizcaya, tiene regiones muy apropiadas al cultivo de la vid, donde se producen muy buenos vinos, de los cuales los de Valdeorras, Amandi, el Rivero y el Tostado de Orense son los más famosos y conocidos.

Tampoco se niega la tierra gallega a dar trigo, centeno y demás cereales, aunque no puede en eso competir con Castilla, que es verdaderamente el granero de España, siendo Valladolid el centro de ese tráfico. El cultivo del lino es general en casi todas nuestras provincias, y particularmente en las septentrionales; pero en ninguna está tan extendido como en Galicia. Sus condiciones de cli-



1. Claustro de San Martín, en Segovia. — 2. Torre de San Esteban (Segovia). — 3. Trascoro de la Catedral (Idem). — 4. Puerta de Sanchidrián (Idem). — 5. Catedral (Idem). — 6. Arco de la Fuençisla (Idem). — 7. Monasterio del Perral. — 8. Puerta de San Andrés (Segovia). — 9. Fuente de Andromeda (La Granja). — 10. Alcázar de Segovia. — 11. Acueducto de Segovia

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE SEGOVIA

ma, humedad y suelo son favorables a esa planta. Los lienzos gallegos, fabricados por medio del huso, la rueca y el telar doméstico, son materia importante de exportación.

También, como en las demás provincias trasmontanas del norte de la Península y ribereñas del mar, predomina el ganado vacuno sobre el lanar y el cabrío, basándose en la leche de sus vacas y en el queso, juntamente con la harina y las legumbres, la alimentación de los campesinos.

Son famosísimas las rías gallegas, tanto por lo espaciosas, profundas y seguras para los barcos, como por la frondosidad y la hermosura de sus márgenes. En la de Vigo, que es muy extensa—como que penetra muchas leguas dentro de tierra—, muy abrigada y muy profunda, podrían fondear cómodamente todas las esquadras de guerra del mundo.

Otro de los ramos más importantes del comercio de Galicia es el de la pesca. Todas las aguas que bañan las riberas septentrionales de la Península, así las del mar Cantábrico como las del Océano, son abundantísimas en pescado de la mejor calidad.

Fijáronse nuestros amigos en lo común que es en sus campesinos andar descalzos, y en sus mujeres emplearse en la labranza de la tierra.

—El aspecto del país en general—decía sir Roberto—es de pobreza.

—Efectivamente—le contestó D. Antonio María—; a pesar de lo bien cultivado del suelo y de la laboriosidad de los habitantes, es tan grande la división de la propiedad territorial y tan excesivamente numerosa la población relativamente a la superficie del territorio, que tiene que vivir en gran estrechez y hasta miseria. Por ese mismo motivo hay una considerable emigración, temporal la una y definitiva la otra, de gran parte de la población, particularmente de la masculina. Todos los años salen de aquí numerosas cuadrillas de campesinos a hacer la siega en las demás provincias de España, regresando después de acabada; otros muchísimos naturales de esta región emigran a Portugal, Castilla y Andalucía, a emplearse en el comercio y a ejercer oficios rudos y serviles que les permitan después de unos cuantos años de vida trabajosa y económica, volver a su tierra con algunos ahorros; y, por último, gran masa de la población, en la que suele comprenderse hasta mujeres y niños, abandonan el país y cruzan los mares en busca

de vida amplia y desahogada en las regiones americanas. De éstos, aunque muchos se vayan con el propósito de regresar, pocos vuelven.

—Tengo entendido—dijo Frasquito—que también los asturianos, montañeses, vizcaínos y catalanes emigran.

—No sólo éstos—le contestó su padre—, sino también los valencianos, murcianos y andaluces de las provincias de Levante han dado de algún tiempo acá en emigrar, y cada día en mayor número; pero son emigraciones de diversos estilos, que tiene cada cual su especial fisonomía y carácter. La emigración asturiana es en todo muy semejante a la gallega; los montañeses de Santander que emigran a Andalucía se emplean allí generalmente en el comercio de comestibles, por lo cual «tienda de montañés» y tienda que participa del carácter de abacería, figón y taberna, son allí cosas equivalentes; los que emigran a América se dedican a ese mismo comercio y al de ropas, paños y tejidos; los vizcaínos emigran más a América que a las provincias de España, y suelen ocuparse en el negocio de ferretería, en oficios mecánicos, como los de carpintero, herrero, maquinista y otros análogos, en el ramo de la ganadería, especialmente en la República Argentina, y no pocas veces los bien relacionados de ellos suelen colocarse de directores de explotaciones industriales y de mayordomos y administradores de fincas; los catalanes, gente activa y emprendedora si la hay, no muestran preferencia por determinados países ni profesiones: van a todas partes, y se ocupan en toda suerte de negocios. Por remoto y escondido que esté un lugar de la Tierra, estad seguro, sir Roberto, de que hallaréis allí ingleses y catalanes. He conocido en los Estados Unidos catalanes dedicados a la enseñanza del castellano, y encontré a uno en el Japón de redactor de un periódico.

—Y los emigrantes valencianos, murcianos y andaluces, ¿adónde van y a qué se dedican?—preguntó sir Roberto.

La mayoría de ellos no emigran más allá de Argelia y Túnez, y, como agricultores que son en su mayor parte, se dedican al cultivo de la tierra. Es una emigración a que debiera oponerse toda clase de obstáculos, dirigiéndola a regiones más agradecidas y, sobre todo, más españolas en lengua y en raza; porque lo último que podemos hacer los españoles es criar hijos que no sólo contribuyan con su trabajo a enriquecer a Francia, sino hasta darle ciudadanos y súbditos.

## CAPÍTULO LIV

EN una ocasión vino rodando la conversación de nuestros viajeros sobre la costumbre, tan común en Galicia, de encomendar a las mujeres la labranza de la tierra, y que sorprendió tanto a Miguel y a Currillo, que hizo decir a este último que aquéllas no eran tales mujeres, sino hombres disfrazados.

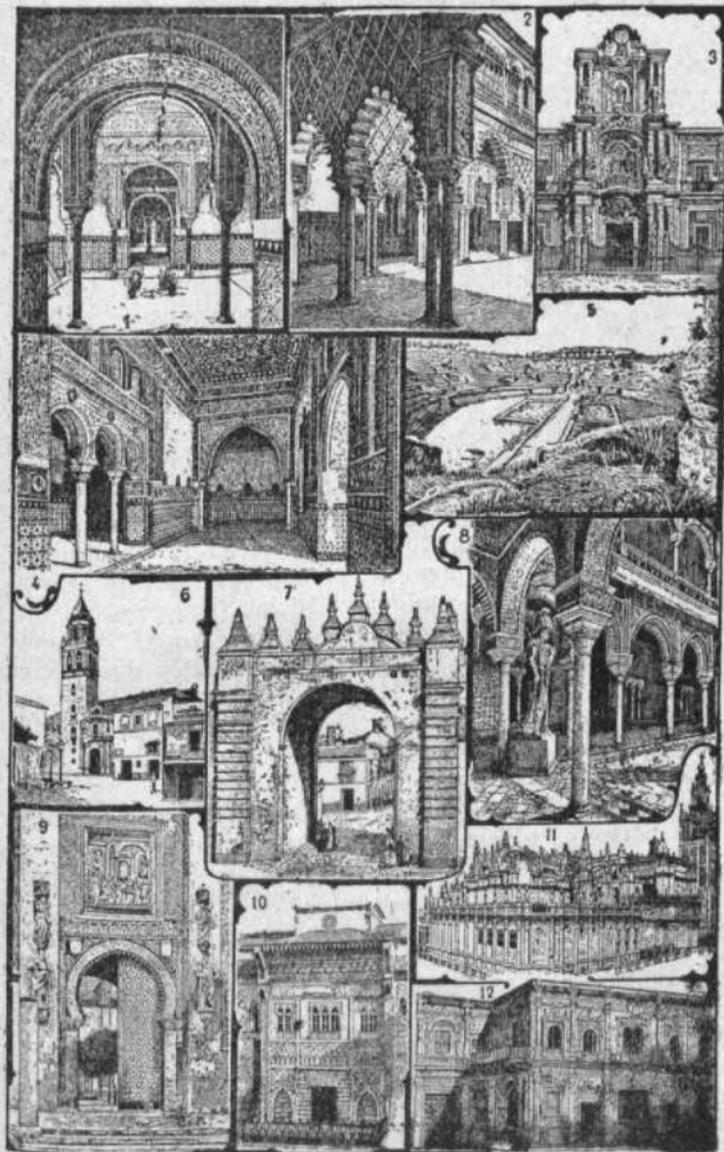
—No es nada extraño—dijo D. Antonio María—que donde faltan los hombres, o porque se dediquen a otros trabajos en la misma localidad, o porque emigren para buscarse la vida lejos de sus casas, tengan las mujeres que cultivar la tierra. No es sólo aquí; en otras regiones de España y fuera de ella sucede lo mismo por motivos análogos. En Bélgica, que es quizás la nación más poblada de Europa, y en la que más se ha progresado en cuanto concierne a lo material de la vida, sucede lo mismo, porque los hombres están todos ocupados en las minas y en los talleres; y aquí en España, en las Provincias Vascongadas, donde hay gran emigración de hombres, y donde los que no salen de su tierra se dedican a herreros y a otros oficios mecánicos, es frecuente ver a las mujeres labrando la tierra con la laya. ¿Sabes, Frasquito, lo que es una laya?

—Lo sé casualmente, por haber visto un modelo de una entre los instrumentos agrícolas que había en las mesas de la clase. Es como un tenedor, que se hince en tierra ayudándose de todo el peso del cuerpo; después se tira hacia atrás del mango hasta sacar la laya del suelo, arrancando de paso todo el terrón que tiene delante. Debe de ser un trabajo violentísimo, pero que tiene que dejar preparada la tierra mucho mejor que el arado, porque la remueve hasta gran profundidad.

—Así es—dijo D. Antonio María—. Generalmente, la operación de layar la tierra la hacen entre varios a un tiempo, poniendo las layas juntas unas al lado de otras y tirando a una de sus mangos. Los terrones que se levantan son enormes.

Poco después, pasando al lado de una casa a cuya puerta había una mujer hilando con el huso y la rueca, dijo D. Antonio María:

—No veo nunca uno de esos instrumentos primitivos sin admirar el ingenio humano. No hay máquina capaz de hacer un



1. Patio de las Mulucas, en el Alcázar. — 2. Portada del Palacio de San Telmo. — 3. Dor-  
 mitorio de los Reyes moros (Alcázar). — 4. Iglesia de San Pedro, donde fue bautizado Velázquez. —  
 5. Ruinas de la Macarena. — 6. Puerta de la Macarena. — 7. Puerta del Perdón (Catedral). — 8. Vista  
 general de la Catedral. — 9. Entrada al Alcázar. — 10. Vista  
 general de la Casa Consistorial. — 11. Vista  
 general de la Catedral. — 12. Fachada de la Casa Consistorial.

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE SEVILLA

trabajo tan fino y tan perfecto como las manos de una de esas mujeres ayudadas del huso y de la rueca.

—Pero las máquinas también las han inventado los hombres—observó sir Roberto.

—Cierto; pero tengo por mucho más difícil y de infinitamente más mérito la invención de esos instrumentos antiquísimos como la aguja, las tijeras, el cincel, el martillo, la cuña, la sierra, la barrena, el torno, la rueda, el huso, la rueca, el telar doméstico y otros semejantes, que las máquinas modernas más complicadas e ingeniosas; porque hay que tener en cuenta la situación de los hombres en el mundo en el tiempo en que esas invenciones se verificaron. Asombran las dificultades que tuvo que vencer el hombre para pasar del estado de desnudez y de miseria en que se encontraba antes de que supiera obtener fuego, a la edad que llaman «del hierro». Vamos a ver, Willy, tú, que eres carpintero y herrero, y que tienes la inmensa ventaja sobre el hombre primitivo de saber que hay hierro y metales en el mundo, y sus propiedades y aplicaciones, dime: ¿cómo te las compondrías para proporcionarte herramientas, aun suponiendo que pudieras disponer (lo que es ya un inmenso adelanto) de instrumentos de piedra? Yo te confieso que no acierto a comprender cómo, sin la intervención directa de Dios, pudo recorrer el hombre el largo camino que conduce, no ya desde la edad en que era desconocido el fuego y la manera de obtenerlo, hasta la de los metales, sino el mucho más breve que hay entre ésta y la de la piedra pulimentada.

—¿Y decía usted, padre, que con el huso y la rueca se hacen trabajos más perfectos que con las máquinas modernas de hilar?

—Sí; particularmente, tratándose del lino. Ninguna máquina puede competir en finura e igualdad del trabajo con el huso y la rueca manejados por una buena hilandera. Se citan algunas que de una libra de lino—¡asómbrate!—sacan una hebra de cuarenta y tres leguas de largo; así que para la fabricación de hilo destinado a encajes finos, y para las telas de lino de superior calidad, siguen empleándose el huso, la rueca y el telar doméstico. Hay hoy mismo muchos miles de mujeres en Flandes y en las provincias francesas de Cambresis y de Bretaña, así como en Irlanda, cuyos productos, obtenidos a mano, se pagan hasta a dos mil francos la libra.

—¿Y con el algodón no pasa lo mismo?—preguntó Frasquito.

—No; el algodón ha sido mucho más dócil que el lino y el cá-

ñamo. Antes de la invención de la máquina de hilar, que fue hace muy poco más de cien años, el algodón se hilaba a mano, bien con el huso y la rueca, bien con el torno. Una mujer hilaba a lo más una libra de algodón en dos días, y no sabía sacar hilos de algodón bastante fuertes para urdimbre, sino sólo para trama. Las telas de algodón de entonces eran, pues, medio de esa materia y medio de lino, porque los hilos de la urdimbre eran siempre de lino. Hoy, con las máquinas hiladoras, se saca de una libra de algodón una hebra de doscientos kilómetros de largo; de modo que con cien kilogramos de algodón puede hacerse un hilo que tenga la longitud suficiente para rodear la Tierra.

—Y el mecanismo de la hiladora mecánica—preguntó Frasquito—, ¿es semejante al del huso y la rueca?

—No; ni tampoco al de la rueca y el torno, que también se emplea desde hace tres siglos, aunque poco, entre las aldeanas españolas. La que sí es enteramente igual en el fondo al primitivo telar doméstico es la tejedora mecánica; pero, con todo, las telas de lino y de cáñamo que se obtienen con el telar doméstico son superiores a las tejidas a máquina.

—Pero hoy, según parece, tiene más importancia el algodón que el lino como primera materia para la fabricación de tejidos.

—Así es. De las varias materias textiles conocidas, ninguna gana en importancia al algodón, porque no hay ninguna que requiera menos preparaciones para convertirse en tejidos, ni que tenga más aplicaciones. De ella se hacen telas de embalaje, redes de pescar, velas de barco, telas de percal, indiana, madrás y nankín, terciopelo, tapices, colchas y muselinas. De estas últimas se hacen telas tan finas, que pueden meterse muchos metros de ellas en una petaca. Ahí tienes la razón de los ensayos que se hacen para aclimatar en España el algodouero.

—¿Y hasta ahora no han dado resultado?—preguntó Frasquito.

—No, porque nuestro clima, aun el de las regiones más cálidas, es demasiado frío para esa planta. Yo creo que, en lugar de perder el tiempo en tales ensayos, que a lo sumo conducirían a lograr aquí un algodón siempre más caro y de peor calidad que el de los países en que naturalmente se produce, convendría estimular el cultivo del lino, del cáñamo y de la retama, y sacar de ellos todo el partido posible, que es muchísimo

## CAPÍTULO LV

HABLANDO de otra cosa—dijo sir Roberto—, ¿qué relación tiene con la lengua castellana la que aquí hablan los campesinos, y de la que, por cierto, no entiendo ni una palabra, quedándose completamente en ayunas de cuanto dicen?

—La misma relación que la portuguesa, la catalana o cualesquiera otras de las que se hablan y escriben, o que nada más se hablan en España, Francia e Italia, exceptuando la de los vascongados, la que llaman *caló*, que se usa entre los gitanos, la de la Betraña francesa y alguna otra quizás, de que en este momento no me acuerdo.

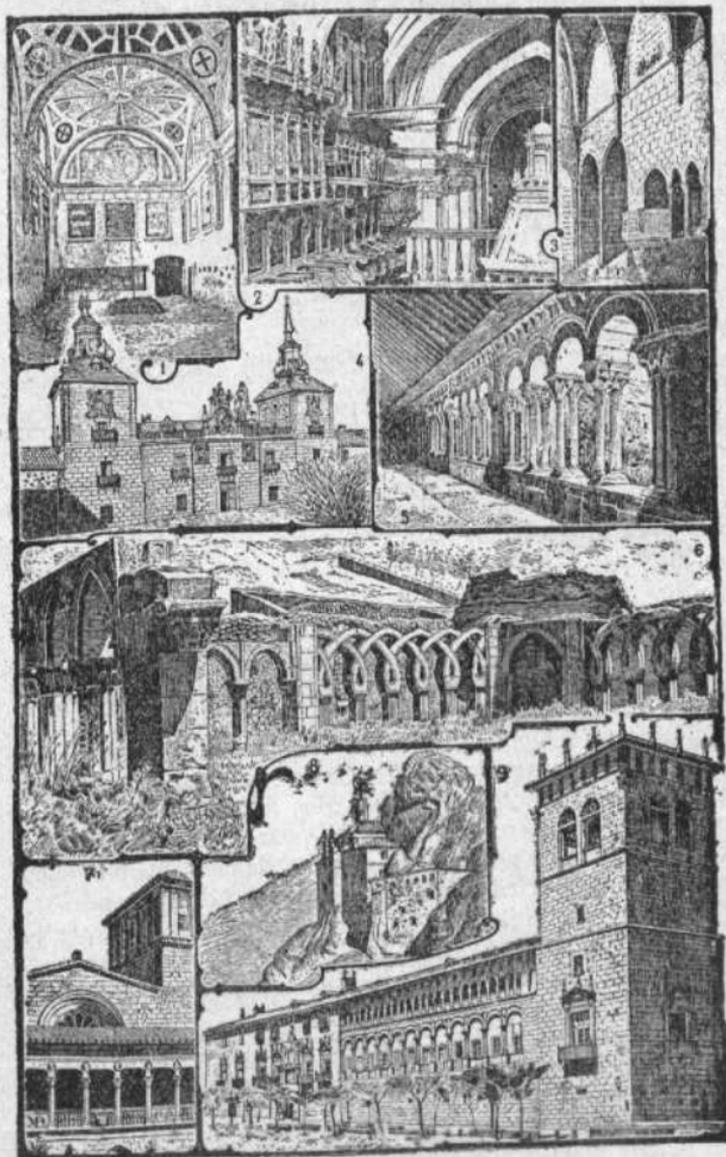
—¿De modo—dijo sir Roberto—que la lengua gallega es hermana de la castellana?

—Sí, porque ambas son hijas de la latina, que es madre común de las que primero dije. Una hermana algo inculta y zafia, pero hermana al fin, que tuvo origen al mismo tiempo que la castellana, la catalana, la portuguesa y todas las que se hablan en Francia y en Italia, de las cuales, la que llamamos francesa y la toscana o italiana, son las más cultivadas y las más literarias.

—Yo he leído en alguna parte—dijo Frasquito—que el castellano se ha derivado del gallego.

—Pues es un desatino—le replicó D. Antonio María—; porque, formándose toda lengua por sucesivas transformaciones y modificaciones de otra, claro es que la primitiva y su derivada no pueden existir al mismo tiempo. La lengua castellana ha venido al estado en que se encuentra por sucesivas transformaciones de la latina, exactamente lo mismo que la gallega. Hace algo más de seiscientos años, ya existían ambas, y eran bien distintas, aunque no tanto como ahora, porque estaban más cerca de su común origen. Don Alfonso el Sabio escribió por ese tiempo obras en castellano y obras en gallego, que no puede dudarse un momento de que están en idiomas distintos. La lengua a que se asemeja mucho la gallega es la portuguesa, de la que sólo está separada por diferencias dialectales, menos notables que las que separan a la lengua bable de Asturias de la castellana.

—Ya que ha hablado usted de diferencias dialectales, viene al caso de que le diga que el gallego no es lengua, sino dialecto.



1. Biblioteca del Real Monasterio de Santa María de Huerta. — 2. Silletía del coro y alto órgano del ídem. — 3. Aljibes del púlpito (ídem). — 4. Hospital de Burgo de Oma. — 5. Claustro de la Colegiata de San Pedro (Soria). — 6. Arcos de San Juan de Duero (ídem). — 7. Monasterio de Huerta. Parte alta desde el patio. — 8. Ermita de San Saturno (Soria). — 9. Facio de los condes de Gómara (ídem).

## ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE SORIA

—*Dialecto* es voz griega equivalente a *variedad*, refiriéndose a las que puede tener una lengua en la manera de hablarse y escribirse: y *lengua* o *idioma* es todo lo que se habla: de modo que todas las lenguas son dialectos, y todos los dialectos son lenguas.

—Pues, entonces, son voces equivalentes—dijo Frasquito.

—No; *lengua* tiene un significado absoluto, y *dialecto*, relativo. Para que lo entiendas bien, te diré que, dentro de la especie humana, todos los hombres son hijos, porque todos tienen padre, y todos los hijos son hombres; y, sin embargo, hombre e hijo no son términos equivalentes.

—¿De modo que la lengua en que me está usted hablando es un dialecto?

—¡Pues claro! El castellano tiene tantos dialectos, cuantas son las formas de hablarlo. En Toledo, por ejemplo, se habla un dialecto castellano; en Murcia, otro, y en Andalucía, otro, porque las diferencias entre las lenguas de esas provincias son bastante apreciables para que puedan pasarle a nadie inadvertidas. Si me apuras, te diré que tantos son los dialectos del castellano (y de cualquier otro idioma) cuantos son los que lo hablan, porque no hay dos personas que se expresen idénticamente. Es muy frecuente que haya lectores asiduos y constantes de un periódico, que al leer sus artículos y sueltos, aunque no lleven firma, descubran a sus autores y distinguan unos de otros, lo que no podría hacerse si todos se expresasen exactamente en el mismo lenguaje.

Las lenguas, en cuanto a las diferencias que las separan, pueden compararse con las fisonomías. No hay dos de éstas exactamente iguales, a pesar de los pocos elementos de que se componen; lo que no impide que tengan caracteres comunes las de cada pueblo, cada provincia, cada nación y cada raza. Pues si con tan corto número de elementos componentes no hay dos caras iguales, figúrate lo que sucederá con las lenguas, en cuya composición entra tan prodigioso número de vocablos y tan infinitas combinaciones de ellos para formar las frases y las oraciones.

La apreciación, pues, de las variedades dialectales de una lengua depende de la abertura del compás con que se las mida. Cerrándolo mucho, podremos llamar dialecto al lenguaje de cada individuo; y abriéndolo desmesuradamente, pasarán a ser dialectos de una lengua común que las comprenda a todas, lenguas que tenemos por distintas, como la castellana, la gallega, la francesa y

la toscana. Ya ves que la palabra dialecto no rebaja en modo alguno la categoría de la lengua a que se aplique; pero como así los que la pronuncian como aquellos a quienes suelen ellos dirigirse al pronunciarla le atribuyen una significación depresiva, guárdate de decirla en ningún caso, y menos para calificar con ella a lenguas como la catalana y la portuguesa, que tienen tan antiguo e ilustre abolengo como la nuestra y una rica y copiosa literatura.

—¿De modo que, para usted, son de igual categoría nuestra lengua, la catalana y la portuguesa?

—La categoría literaria de cada lengua la determina el número de personas que la hablan, porque es natural y lógico que la que sirve para entenderse veinte millones de ellas tenga más literatos, más oradores y más poetas que la que sólo está en boca de cinco o seis. Nuestra literatura tiene que ser, pues, más copiosa que la catalana y que la portuguesa, y en tal concepto, nuestra lengua es de más alta categoría que ambas, como lo es más que la flamenca u holandesa y que la danesa; pero, aun así, el catalán, con todos sus dialectos, como el que se habla en territorio de Francia, el valenciano, el balear y el de Cerdeña, es el idioma de seis u ocho millones de personas, y el portugués, con los suyos, lo es de doce o catorce, poseyendo ambos ricas literaturas antiguas y modernas y poemas épicos como no los tienen ni nuestra lengua ni la francesa. El gallego tiene muy alta categoría, comprendiéndolo en el portugués, del que no es sino una variedad dialectal.

—¿Y el vascuence?

—Muy baja, porque apenas tiene literatura; es casi una lengua sólo hablada.

## CAPÍTULO LVI

LUGO, adonde llegaron nuestros viajeros remontando el curso del Miño, es una ciudad antiquísima, que en tiempo de los romanos se llamó Lugo Augusta, para distinguirla de la Lugo de Asturias, y que fue tiempo adelante corte de los reyes suevos.

Subsisten sus muros, semejantes en lo fuertes y macizos a los de Astorga, pero todavía mejor conservados. Tienen de treinta a cuarenta pies de alto y veinte de grueso, y están flanqueados por ochenta y cinco torreones redondos. Forman un cuadrado con las esquinas redondeadas, en que se comprende la ciudad, quedan-

do fuera los nueve arrabales que tiene en torno, y que se prolongan hasta unirse con las aldeas circunvecinas.

La catedral es románica del siglo xi, pero su parte exterior muy modernizada en el xviii. Tiene, entre otras cosas notables, una muy buena sillería de coro, tallada por Francisco de Moure, natural de Orense. Goza del privilegio de tener el Santísimo Sacramento constantemente manifiesto, día y noche.

—Acerca de Francisco de Moure, autor de esa sillería, he leído, no recuerdo dónde, un episodio que voy a referir—dijo D. Antonio María—. En los comienzos de su carrera, y cuando no era aún conocido como escultor, se presentó en demanda de trabajo en el taller de un artista. Éste, para apreciar sus méritos, le dijo que hiciera allí mismo cualquiera obra. Él echó mano de las herramientas y de un trozo de madera, y se puso a trabajar procurando que no se viera lo que estaba haciendo, y entregó al cabo de un rato un mazo al maestro. Éste, irritado, y creyendo que quería burlarse de él, dio un violento golpe con el mazo en el banco, al cual golpe se abrió el mazo, saliendo de él unas figuras admirablemente talladas.

Después de ver la catedral, anduvieron por la ciudad nuestros amigos, visitando sus principales edificios y recorriendo sus curiosas murallas. Las iglesias de los conventos de Santo Domingo y de San Francisco, del estilo gótico del siglo xii, merecen verse.

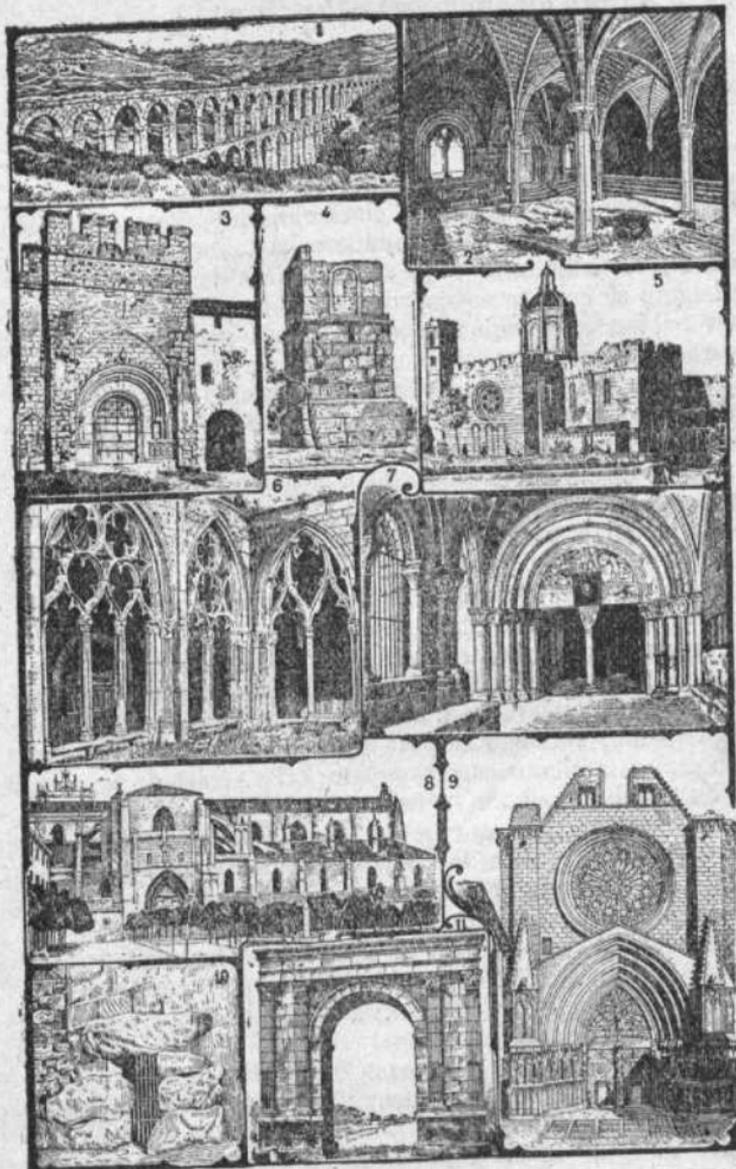
Desde los adarves, que lo grueso de los muros han permitido convertir en paseos, se goza de vista espléndida sobre el campo circunvecino, cubierto de huertas y arboledas.

Entre sus industrias figuran los paños, fieltros, lienzos, alfarería, y martinets de cobre y acero. También tiene molinos de trigo movidos por el río.

Desde Lugo fueron acercándose lentamente a Santiago.

—¿Qué pensáis acerca del origen celta de los gallegos?—preguntó un día sir Roberto a D. Antonio María.

—Que esta tierra ha sido, de todas las de España, la en que más han dominado los celtas, no tiene duda, porque su mismo nombre de Galicia lo está diciendo. «Galicia» es una variante de «Galia», como «gallego o galaico» lo es de «galo»; y ya se sabe, porque César lo dice en la primera página de sus *Comentarios*, que «galo» es exactamente lo mismo que «celta». Pero lo que falta que averiguar es lo que tenga de común la actual población de Galicia



1. Acueducto romano (Tarragona). — 2. Salió capitular del Monasterio del Poblet. — 3. Puerta exterior del claustro del Monasterio de Santa Creus. — 4. Sepulcro de los Escipiones (Tarragona). — 5. Monasterio de Tarragona. — 6. Ojivas del claustro de Santa Creus. — 7. Puerta bizantina del claustro de la Catedral de Tarragona. — 8. Monasterio de Poblet. — 9. Catedral de Tarragona. — 10. Puerta cicolópea (Tarragona). — 11. Arco triunfal de Bará.

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE TARRAGONA

con la que había cuando fue conquistada por los romanos. Yo tengo para mí que poquísimos.

—¿Usted no cree que sean celtas los gallegos?—preguntó Frasquito.

—Y estoy seguro de que tampoco lo creerá tu tío Enrique Carti. Como tampoco lo creería el doctor Kenny. Porque ambos son irlandeses de antigua cepa, verdaderos celtas, si es que lo son efectivamente los irlandeses y los altoterráneos de Escocia, como universalmente se cree, y no querrán admitir como compatriotas a quienes hablan una lengua latina, como la gallega. La única guía segura para orientarse en las cuestiones de etnografía son los idiomas, por ser cosa probada que el suyo propio es lo que más difícilmente abandonan los hombres. Los franceses que viven entre el Sena y el Garona debieran ser todos tenidos por galos, y, sin embargo, la lengua latina que hablan hacen dudoso que lo sean; así como no se duda que efectivamente lo sean los bretones, cuya lengua se tiene universalmente por céltica, como la de los naturales de Gales.

—Y esos «castros» y esas «mamoas», tan abundantes aquí, ¿nada prueban?—preguntó sir Roberto.

—Sí; prueban que hubo un pueblo que edificó esos monumentos, pero no que ese pueblo sea el gallego que al presente conocemos. Diré más: que «mamoas» y «castros» son voces derivadas del latín, y parece muy raro que ni para designar edificios levantados por ellos mismos hubieran conservado los celtas (caso de serlo los gallegos) los nombres que en su lengua tenían, como los de «dolmens», «cromlech» y «menir», que llevan los de Francia e Inglaterra.

Al quinto día de su salida de Lugo dieron vista nuestros amigos a la ciudad de Santiago. El aspecto monumental de toda ella, las robustas y puntiagudas torres de su basílica y de sus iglesias descollando sobre el caserío, todo de piedra, el color sombrío que la constante humedad de su clima ha dado a todos sus edificios, el cielo plomizo que la cubre y las brumas que la envuelven, verdaderamente imponen.

La catedral está rodeada de plazas formadas por edificios de severo y grandioso aspecto. Se comenzó su construcción en 1078, sobre las ruinas de la anterior, destruida por Almanzor, y es, por consiguiente, de estilo románico, idéntica en su planta a la iglesia de San Sernin o Saturnino, de Tolosa de Francia, que se cons-

truyó veintidós años antes; pero su parte exterior está alteradísimamente por obras de tiempos posteriores.

La fachada meridional, en la que se abre la puerta llamada «de Platerías», es la más antigua del edificio, si se prescinde de la pesada torre del reloj, que ocupa uno de sus ángulos, porque ésa es más moderna; pero lo más notable de la catedral compostelana es su gran portada occidental, conocida por el nombre de «Pórtico de la Gloria», que es, sin disputa, una de las obras más prodigiosas de la arquitectura cristiana. Representa el Juicio Final, y la hizo el maestro Mateo desde 1168 a 1188. No pretendo describirla, conformándome con decir que en el Museo de South Kensington, de Londres, hay una copia exacta de ese pórtico admirable, hecha, de Orden del Gobierno inglés, por Brucciani en 1866. También diré que Maese Mateo se representó a sí mismo en la figura arrodillada que hay al pie de la columna que parte en dos el hueco central del pórtico. Se cree que el mismo Maese Mateo hizo también la capilla que hay debajo del pórtico, los capiteles de cuyas columnas son interesantes en alto grado.

—¿Y qué ceremonias cumplían los peregrinos que venían en romería a Santiago?—preguntó Frasquito.

—No hables en pasado, sino en presente—le contestó su padre—; porque todavía hay romeros, aunque no tantos como en aquellos tiempos en que acudían aquí reyes, príncipes, grandes personajes y muchedumbre de gente común, desde las más lejanas comarcas de la cristiandad, a cumplir votos o penitencias. Nosotros mismos somos romeros, porque no sólo hemos venido a Santiago como personas que viajan por entretenimiento, sino también a adorar al Apóstol insigne, hermano de San Juan Evangelista, que, según fama, vino a predicar en España la Buena Nueva.

—¿Hay pruebas históricas de que viniera efectivamente a España el Apóstol Santiago?—preguntó sir Roberto.

—No; pero es una tradición piadosa, a la que no veo ningún inconveniente en dar crédito. Desde luego, alguien fue el primero que predicó en España el Evangelio, y nada de extraño tiene que fuera Santiago. De todos modos, viniera o no, y estén o no aquí sus reliquias, cumplimos con un deber venerando su memoria: y a los ojos de Dios, tan meritorio es nuestro acto estando aquí, como no estando, las reliquias del Apóstol. Vamos, pues, a cumplir con las ceremonias que la peregrinación impone.

Subieron, pues, los escalones que hay detrás de la imagen, y besaron la capucha. Después confesaron y comulgaron y recibieron el certificado, escrito en latín, que se expide por el canónigo, «Fábrica administrator», y que autoriza a titularse romero de Compostela.

Vieron después nuestros romeros, que ya así puede llamárselos con justo título, la Universidad, fundada en 1533 por el arzobispo Fonseca; las iglesias de San Félix, San Martín y San Francisco, Santa María Salomé, Santa María la Real, las Ánimas, el Hospicio de los Reyes, el Colegio de San Jerónimo y otros edificios de nota; pasaron por la Alameda, estuvieron dando vueltas por el Mercado, en donde, como domingo que era, se entretuvieron viendo danzar a los campesinos al son de la gaita, e hicieron un viaje al «Pico Sacer», montaña de cuarzo cristalizado que nos describió el historiador latino Justino bajo el nombre de «Mons Sacer», del que es traducción el que hoy lleva.

## CAPÍTULO LVII

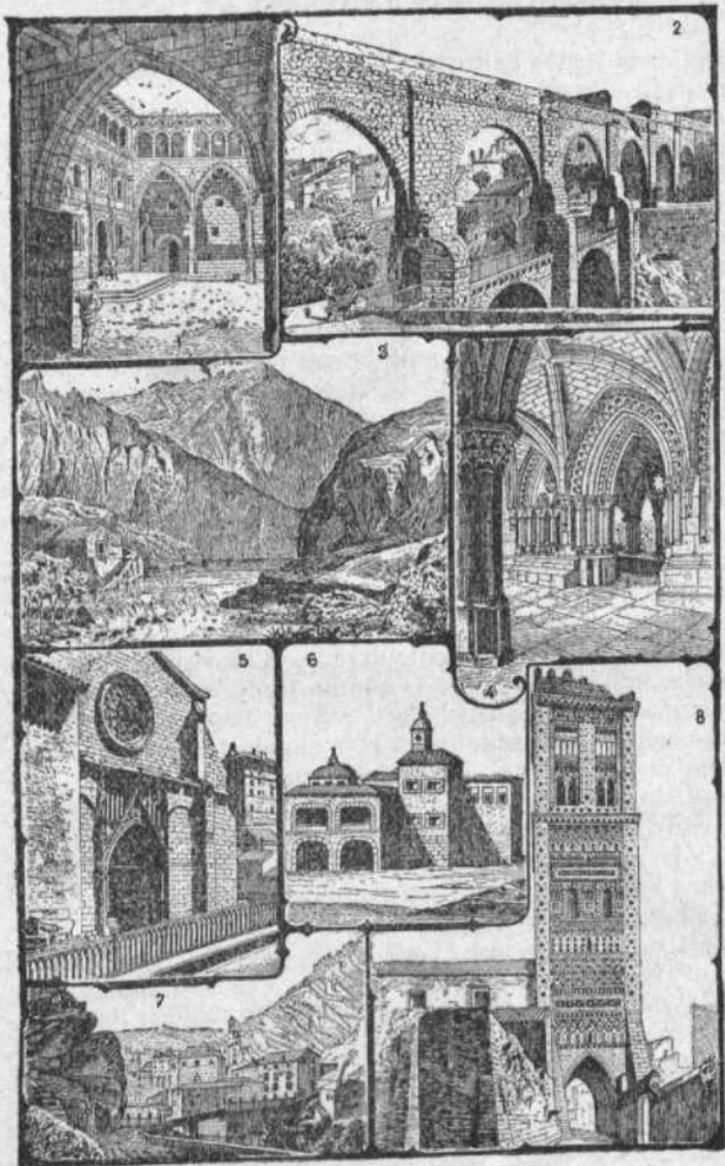
PASARON nuestros romeros desde Santiago a El Padrón, y después, a Carril, cuyo puerto es de los de más movimiento de España por hacer escala en él casi todos los vapores de cabotaje y los correos trasatlánticos. Hay allí muy buenas fundiciones de hierro.

Está situado Carril a orillas de la ría de Arosa, que es la mayor de la Península y una de las más hermosas del mundo por la belleza de sus márgenes, sembradas de pueblos y caseríos, y la de las islas que hay a su entrada y en medio de ella.

Desde Carril se encaminaron a Pontevedra; de Pontevedra, a Vigo, y de Vigo, a Túy.

Vigo es población de gran movimiento industrial y mercantil. Su principal industria es la pesca y la salazón de sardinas, en la que se emplean muchas fábricas. Además, hay allí fundiciones de hierro, talleres de construcción de máquinas, fábricas de curtidos, chocolates, jabón y otras cosas, y sierras mecánicas. Su principal ramo de comercio, después del de salazones, consiste en el ganado vacuno, del que sale mucho por su puerto para Inglaterra.

Túy, aparte de su campiña, que es deliciosa, como la de todos



1. Pórticos de la Plaza (Alcañiz). — 2. Los Arcos (Teruel). — 3. Paso del río Guadlavivar. — 4. Monasterio de Rueda. Interior de la Sala Capitular. — 5. Convento de San Francisco (Teruel). — 6. Alcazar (Hijar). — 7. Albaracín. — 8. Torre árabe de San Martín (Teruel).

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE TERUEL.

los lugares de la región gallega vecina del mar, tiene una catedral, medio románica, medio gótica, digna de atención.

Desde Túa, ascendiendo por la cuenca del Miño, fueron a Orense; después, a Carballino; desde allí, cruzando ásperas montañas, a Mellid; desde Mellid, siempre a través de las montañas, a Betanzos.

Durante las horas que invertían en esas caminatas, hablaban largamente sobre tantos asuntos relacionados con la historia, las producciones y las industrias del país que iban recorriendo, que necesitaría gran espacio para transcribir sus conversaciones.

—Verdaderamente, Galicia—dijo Willy—no debía llamarse reino, porque no lo ha sido sino muy breves períodos de su historia.

—Tienes razón—le contestó D. Antonio María—. Cuando los bárbaros se repartieron la tierra de España, quedó Galicia en poder de los suevos, hasta que, a fines del siglo vi, la conquistó Leovigildo y la agregó al Imperio gótico; pero el reino de los suevos era muchísimo más grande, quizás doble, que la Galicia de hoy, pues se comprendía en él buena parte del reino de Portugal y no pequeña del reino de León. Después, cuando la Reconquista, formó parte del reino de Asturias, y después del de León, en que también se comprendía Asturias, al que no dejó de pertenecer nunca, constituyendo sólo reino independiente durante el brevísimo reinado de Don García, hijo de Fernando I, que no tardó en ser destronado por su hermano Don Sancho. Pero, sin ser reino independiente, conservó siempre cierta autonomía bajo el gobierno de sus condes; hecho que justifica hasta cierto punto esa separación que se ha hecho en todo tiempo entre Galicia y las demás comarcas del reino de Castilla. Su lengua, su clima, su topografía y hasta las costumbres y las condiciones físicas de sus naturales, le dan un carácter propio y exclusivo, que no puede desconocerse.

Desde Betanzos fueron al Ferrol, por ver sus arsenales.

Ya en tiempos de Felipe II había uno pequeño; pero hasta el reinado de Carlos III no se fundaron los que hay actualmente.

El del Astillero tiene gradas de construcción, talleres de carpintería, de herrería, de modelos, de calafatería, tinglados, almacenes, oficinas y otras dependencias; en el de los Diques están los de construcción, la dársena y el varadero, además de talleres de herrería, de instrumentos, almacenes y talleres de maquinaria; en el del Parque hay sala de armas, dársena, talleres de aparejos, de velas, parque de artillería, almacenes y otras oficinas. Algunos años antes

de la visita de nuestros viajeros se había inaugurado un hermoso dique, llamado de la Campana.

Además de esos arsenales, que pertenecen al Estado, había otros dos de la época a que esta narración se refiere: el del Reverbero y el de la Gabarra, de propiedad particular.

La construcción naval es, como puede comprenderse por los anteriores datos, la principal industria del Ferrol. Además de ella, hay la fábrica de loza, de cerveza y de otros artículos.

No dejaron nuestros amigos de hacer una excursión desde el Ferrol a la Colegiata de San Juan de Caaveiro, a orillas del río Eume, situada en uno de los parajes más agrestes, selváticos y pintorescos que cabe imaginarse.

—Esta Colegiata—dijo D. Antonio María—pasa por ser la iglesia cristiana más antigua de Galicia y de España; como que se atribuye su fundación nada menos que al Apóstol Santiago. De ella fue abad San Rosendo, que más adelante ocupó la silla episcopal de Mondoñedo. Acerca de él hay una curiosa leyenda. Se cuenta que en el tiempo en que estaba aquí de abad se asomó a la ventana un día que llovía a cántaros y tronaba y relampagueaba terriblemente. «¡Qué día tan malo hace!», se le ocurrió exclamar; pero al punto, pensando en que la lluvia, los relámpagos y los truenos que estaba viendo y que le habían arrancado aquella exclamación eran obra de Dios, cayó en la cuenta de que había cometido un gran pecado al proferirla. Entonces, sacando del dedo el anillo abacial, lo arrojó al río pidiendo a Dios mentalmente que se lo devolviera cuando, a fuerza de penitencias y mortificaciones, hubiera purgado su falta. Al cabo de siete años le fue entregado el anillo por el cocinero de la comunidad, que lo halló en el vientre de un pez que estaba aderezando.

—El suceso tiene todas las trazas de un cuento—dijo Frasquito.

—Y seguramente lo es, como otros muchos en que figuran peces en cuyo vientre se encuentran anillos arrojados al agua años antes por sus dueños. Herodoto refiere uno de esos casos ocurrido a Policrates, tirano de Samos.

Desde San Juan de Caaveiro, pasando otra vez por Betanzos, se dirigieron a la Coruña, donde le esperaba una gran contrariedad.

Encontróse allí sir Roberto con una carta de Inglaterra en que le llamaban para la solución de un negocio que reclamaba indispensablemente su presencia.

—¡Adiós viaje!—exclamó Frasquito.

—No hay a qué interrumpirlo—le contestó sir Roberto—. Yo me iré desde aquí a Inglaterra; Willy se queda, y cuando haya arreglado el asunto que me obliga a dejarlos, vuelvo a reunirme con ustedes dondequiera que se encuentren.

—De ninguna manera—dijo D. Antonio María—. Bien que Willy se quede con nosotros; pero con la condición de poner punto al viaje hasta que usted vuelva. Nosotros nos quedamos aquí mismo esperándole. Cuando llegue usted a Inglaterra, nos escribe, y, en vista de sus noticias, seguiremos esperando aquí, o nos iremos a pasar una temporada a mi casa de Andalucía hasta que usted pueda reunirse con nosotros.

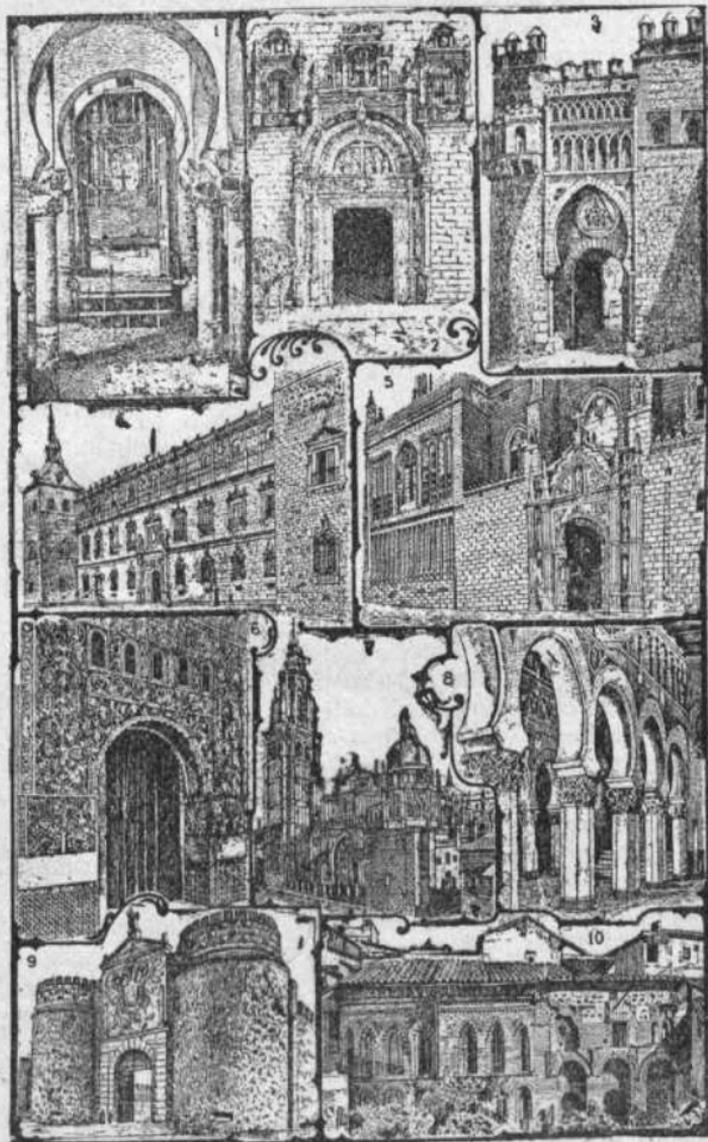
## CAPÍTULO LVIII

**I**NFORMADO sir Roberto de que tendría que esperar unos días a que pasara por allí vapor que le condujera a Inglaterra, se dio a pasear por la ciudad con D. Antonio María, Frasquito y Willy.

Reunidos una noche en la sala de su alojamiento, extendió sir Roberto sobre la mesa el excelente mapa de España que llevaba siempre consigo, y entabló una larga conversación con D. Antonio María sobre las regiones que aún no había recorrido.

—Nos queda que ver casi toda la parte de la Península que desagua en el Mediterráneo. Desde que salimos de Algeciras, todas las tierras que hemos andado desaguan en el Océano—dijo D. Antonio María.

—Ved aquí el nacimiento del Ebro—añadió indicando en el mapa las montañas de Reinosa—. En este punto, que está algo más occidental que la mitad de la anchura de la Península, se parten las aguas que van al Océano de las que corren al Mediterráneo; en este otro—dijo señalando hacia Soria—nace el Duero; y sucede lo mismo. Como veis, está mucho más hacia Oriente que el otro. Aquí, todavía más a Oriente—dijo indicando la sierra de Albarra-cín—, hay un nudo de montañas, donde nacen ríos que corren en todas direcciones, de los cuales, unos, como el Tajo y sus afluentes, van al Océano, y los otros, como el Guadalquivir, el Júcar, el Jalón, el Jiloca y los suyos, o corren directamente al Mediterráneo, o van



1. Interior del Cristo de la Luz. — 2. Portada de Santa Cruz. — 3. Puerta del Sol. — 4. Fachada principal del Alcázar. — 5. Fachada de Santa María la Blanca, antigua sinagoga. — 6. Salón de Mesa. — 7. Catedral. — 8. Interior de la Luz. — 9. Puerta de Visagra. — 10. El Cristo de la Luz (exterior).

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE TOLEDO

a él desaguardo antes en el Ebro. Ved aquí más abajo los manantiales del Guadiana en las lagunas de Ruidera, y aquí, más al Mediodía y también más a Oriente, los del Guadalquivir y el Segura. Ya podéis notar que la línea que une todos esos puntos se va inclinando tan decididamente hacia Levante, que de las dos partes en que divide a la Península, resulta muy pequeña la que desagua en el Mediterráneo, comparada con la otra. Toda la que desagua en el Océano está ocupada por los territorios de las coronas de Castilla y de Portugal, y casi toda la que derrama en el Mediterráneo, porque sólo se exceptúa de ella el reino de Murcia, un pedazo pequeño de Andalucía y la Rioja, corresponde a los reinos de Aragón y de Navarra.

—¡Calle!—exclamó Frasquito—; ¡no había caído en ello!

—Pues sí—continuó diciendo su padre—; esa línea que divide las cuencas de los mares Atlántico y Mediterráneo, puede decirse, no expresándose con mucha puntualidad y precisión, sino en líneas generales, que divide también a la población de la Península en dos grupos, con sendos caracteres, historias y lenguas, porque la mayor parte de la zona del Mediterráneo es de lengua catalana y de dialectos de ella, y las del Océano, de lengua castellana en varias formas dialectales; porque la castellana, la portuguesa, la gallega y la hablé de Asturias son tan parecidas, que pueden ser consideradas todas ellas como variedades de una misma.

—¡Cómo!—exclamó sir Roberto—; ¿hay más afinidades entre el portugués y el castellano que entre éste y el catalán?

—Indiscutiblemente; pese a los portugueses, que hacen inauditos esfuerzos para desfigurar sus vocablos para que, ya que pronunciados son idénticos, parezcan escritos distintos de los nuestros. Y así debe ser por razones históricas; porque no sólo corresponden todos los pueblos centrales y occidentales de España a los antiguos celtíberos y celtas, y los orientales a los iberos mezclados con griegos y fenicios, que, por muy descuajados que fueron todos ellos del suelo de España, y por muy abrumados por las numerosas colonias italianas de que pobló Roma el territorio, algún rastro tienen que haber dejado, sino porque Portugal es un pedazo desprendido del reino leonés, del que formó parte durante los cuatro primeros siglos de la Reconquista, mientras que Aragón, Navarra y Cataluña nacieron aparte y se desarrollaron por sí obedeciendo a otros impulsos que los que produjeron el desarrollo

de los pueblos occidentales. Sin embargo, es tan grande la semejanza entre unos y otros idiomas neolatinos, que el que sabe uno cualquiera de ellos, y tiene además algunas nociones de latín, los entiende todos; pero lo que hay entre el portugués y el castellano es tan notable, que, aun sin conocimiento alguno del latín, cualquiera que sepa el uno entiende perfectamente el otro. Este río Ebro—prosiguió diciendo D. Antonio María indicando su curso en el plano—es, sin duda, el más caudaloso de España y hace papel importantísimo en su historia. Por lo pronto, de su nombre sacaron los griegos los de *Iberia e iberos*, que dieron a la parte oriental de España y a sus habitantes, y más adelante a toda la Península, olvidado ya el de *Hesperia* con que al principio la designaron.

—¿De modo que *Iberia e ibero* no fueron nombres propios de España y sus naturales, sino empleados por los griegos para designarlos?

—Precisamente; y derivados ambos del nombre del río que en lo antiguo se llamó *Ibero*, y más adelante, en lengua castellana, muy poco cuidadosa de los acentos, *Iebro*, que es ya casi el de Ebro que hoy le damos. Ahora, si *Ibero* era nombre perteneciente a la lengua de la región o a la de cualquiera de los pueblos que en lo antiguo navegaron por el Mediterráneo y visitaron nuestras riberas, ni yo ni nadie podría asegurarlo. Lo que puede afirmarse positivamente es que el nombre de *Iberia* no fue empleado por los romanos, sino sólo por los griegos, que dieron ese nombre a España después del de *Hesperia*, que primero habían aplicado a Italia, y que mudaron después a España cuando extendieron más a Occidente sus conocimientos geográficos; pues no ignoráis que *Hesperia* significa en griego *tierra de Occidente*. Ahora os diré que la reconquista de la parte oriental de España fue más penosa y difícil que la de la occidental. Ya estaba Toledo en poder de los castellanos cuando los aragoneses no se habían aún apoderado de Huesca, y todavía después de la toma de Zaragoza, que fue en 1118, perdió la vida D. Alfonso el Batallador, rey de Aragón, peleando contra los moros de Fraga; y en el siglo siguiente ya estaban los castellanos apoderados de buena parte de Andalucía, cuando Jaime el Conquistador, rey de Aragón, no se había hecho aún dueño de Valencia. Pero, a pesar de estar comprendidos, como antes os dije, casi todos los territorios de las coronas de Castilla y Portugal en la cuenca del Océano, y los de las coronas de Aragón y Navarra

en la del Mediterráneo, la cuna del condado de Castilla, que es la Merindad de Villarcaye, pertenece a la última, pues corre por allí el río Nela, que es afluente septentrional del Ebro. Ved aquí ese territorio—dijo D. Antonio María señalando un poco más abajo de Reinosa y a la derecha—. Muy pronto trasmontaron los castellanos a la cuenca de Pisuerga, y ocuparon a Amaya, que hicieron cabeza de su pequeño Estado antes de la fundación de Burgos, como consta en un antiquísimo versículo, que dice:

Harto era Castilla pequeño rincón  
cuando Amaya era cabeza, e Fitero mojón.

Esa Amaya había sido más antiguamente ciudad importante con el nombre de *Amaya Patricia*. Aquí la tenéis—dijo indicando un punto en el plano—. Al mismo tiempo—prosiguió—iban corriéndose los castellanos por el valle del Ebro hasta Fitero, que está muy cerca de él, a orillas del río Alhama. Cerca de Fitero, cuyo nombre se deriva indudablemente de *fito* o *hito*, piedra divisoria de términos o aldeaños, confinaban los tres reinos de Castilla, Aragón y Navarra. Hay allí un lugar en que podían comer a una misma mesa sus tres soberanos sin salirse ninguno de ellos de su respectivo territorio.

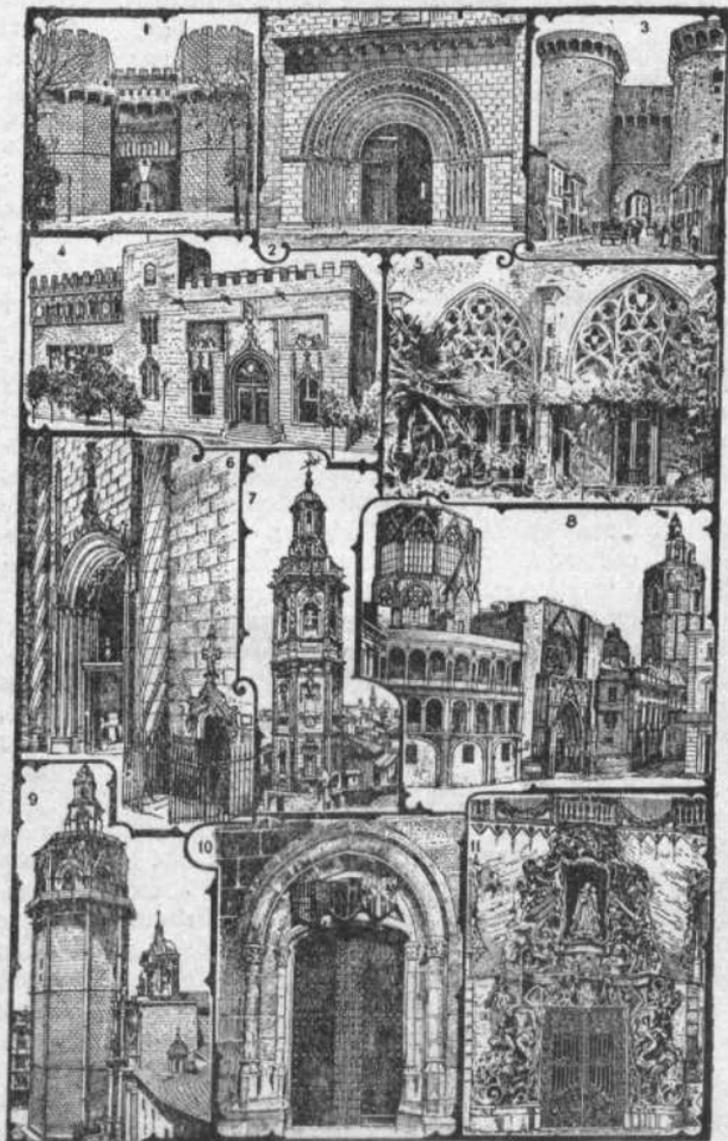
—¿De modo—interrumpió sir Roberto— que el primitivo condado de Castilla estaba a la vez en las cuencas de Duero y Ebro?

—Justamente; pero la mejor parte de él caía en la del Ebro, pues comprendía la Rioja, tierra fertilísima que debe su nombre al río Oja, que pasa por Santo Domingo de la Calzada y va a desaguar en el Ebro, junto con el Tirón, que se le reúne poco antes, cerca de Haro.

Seguid el curso del Ebro aguas abajo—prosiguió diciendo al mismo tiempo que corría el plano con el dedo—, y aquí tenéis a Logroño, que es hoy la principal ciudad y como cabeza de la Rioja. Aquí muy cerca está Viana, y próximo a ella el cerro de Cantabria, donde había antes, y no sé si subsistirán, ruinas de la ciudad de ese nombre, donde hubo antes Sede episcopal.

—Yo creía—dijo Willy—que Cantabria no era nombre de ciudad, sino una comarca muy extensa, y más septentrional que esos lugares que está usted señalando.

—Y no pensabas mal, porque la Cantabria de la época romana



1. Puerta de Serranos. — 2. Puerta románica (Catedral). — 3. Puerta de Cuarte. — 4. Lonja. — 5. Ventanales góticos de la Lonja. — 6. Puerta exterior de la capilla de la Lonja. — 7. Torre campanario de la iglesia de Santa Catalina. — 8. Catedral. — 9. Torre Miquelet (Catedral). — 10. Otra puerta de la Catedral. — 11. Puerta del palacio del marqués de Dos Aguas.

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE VALENCIA

correspondía con las actuales provincias de Santander y Vizcaya. Pero ese nombre fue corriéndose hacia el Mediodía y se aplicó a esta región del Ebro en cierto período de la Edad Media; tanto, que los reyes de Navarra se llamaron también un tiempo reyes de Cantabria.

Esas peregrinaciones de nombres son muy frecuentes. El de «Vardulia» o tierra de los antiguos «várdulos», ribereña del Cantábrico hacia la actual provincia de Guipúzcoa, según se cree, también se corrió al Mediodía, y se aplicó mucho tiempo adelante a la Rioja y demás tierras que formaban el primitivo condado de Castilla; y ya os he dicho que el de Extremadura se fue también corriendo desde las orillas del Duero hasta la comarca que lo lleva actualmente.

Pues, como iba diciendo, lo principal y mejor de la antigua Castilla era la Rioja. Aquí tenéis a San Millán—dijo señalando en el plano—, donde estaban los famosos monasterios de San Millán de la Cogulla de Suso y de Yuso, sustituidos en el siglo xvi por el colosal edificio conocido con el nombre de «Escorial de la Rioja», obra de Juan de Herrera. Ese monasterio se fundó en memoria de San Millán, patrón de Castilla, y en él estaban los sepulcros de los siete Infantes de Lara. De él fue monje Gonzalo de Berceo, autor de un poema de la vida de ese Santo y de varias otras obras poéticas, las más antiguas escritas en lengua castellana, y que, en opinión de algunos sabios lingüistas, son anteriores al famoso Poema del Cid.

—¿Y ya no existe ese monasterio?—preguntó Willy.

—Fue víctima, como tantos otros, de la desamortización de los bienes eclesiásticos, que se hizo en este mismo siglo. Es un hecho que prueba la ignorancia y los escasos o nulos sentimientos patrióticos de quienes la realizaron; porque, aun en el supuesto de que fuera medida conveniente, debieron exceptuarse de ella en Castilla los monasterios de San Millán, Sahagún, Santo Domingo de Silos, Alberda, Cardeña y varios otros tan íntimamente ligados con la historia del reino, que sólo sus nombres evocan períodos enteros de ella llenos de recuerdos gloriosos; y en Aragón, por iguales motivos, los de Veruela, San Juan de la Peña, Poblet, Ripoll, Santa Creus y algunos más; y en Navarra, la Colegiata de Roncesvalles y los monasterios de Leyre, Irache y algunos otros.

Aquí tenéis a Clavijo—siguió D. Antonio María, señalando

en el plano por debajo de Logroño—. Su misma situación puede indicaros lo fabuloso de la batalla que ahí se supone corrida, por lo lejos que está de los lugares en que solían encontrarse con los moros los ejércitos leoneses. Ya os he dicho que, según opiniones autorizadas, esa batalla no fue otra que la célebre de Simancas, que hizo mucho ruido en el mundo. Aquí tenéis, ya dentro de la cuenca del Duero—agregó bajando el índice desde Clavijo un buen trecho hacia el Mediodía—, a Garay, aldea que está muy cerca de Soria y de las ruinas de la famosa Numancia; y en este otro lugar—dijo señalando en el plano algo a la derecha y al norte de Aranda de Duero—estuvo la también famosa ciudad de Clunia, de cuyos restos, de que están sembrados todos aquellos contornos, se han edificado los pueblos de Peñalva y Coruña del Conde. Esa ciudad de Clunia existía todavía en el siglo VIII, y debieron de destruirla los moros del Mediodía y los cristianos del Norte en sus frecuentes incursiones por esta tierra, que estuvo después abandonada y despoblada hasta el siglo XII. Aquí, en Nájera, ciudad que tuvo grandísima importancia, pues fue un tiempo capital del reino de Navarra, está el famosísimo monasterio de Santa María la Real, donde se hallan los sepulcros de 35 reyes, reinas e infantes de Navarra y de Castilla. Entre esa ciudad y la cercana villa de Navarrete se dio el 3 de Abril de 1367 la célebre batalla entre D. Pedro y D. Enrique, en que militaban, del lado del primero, el príncipe Eduardo de Gales, llamado «El príncipe Negro», con su numerosa hueste de ingleses y gascones; y del lado del último, toda la nobleza de Castilla y las «compañías blancas», mandadas por el celeberrimo Beltrán de Claquin.

—Dijisteis antes—dijo sir Roberto aprovechando una pausa de D. Antonio María—que la conquista de la región oriental de España fue mucho más larga y penosa que la occidental: ¿a qué causa se atribuye ese hecho?

—A estar enteramente desierta la región comprendida entre los ríos Duero y Tajo, y a hallarse, al contrario, muy densamente poblada toda la oriental de la Península. Los reyes de Castilla pasaron, pues, en el siglo XI de un golpe desde las riberas del Duero a las del Tajo, mientras que los de Aragón y Navarra tuvieron que ir conquistando palmo a palmo todo el territorio comprendido entre los Pirineos y el Ebro, y después el que cae al Mediodía de ese río. Y es natural que fuera así; porque la región oriental de España,

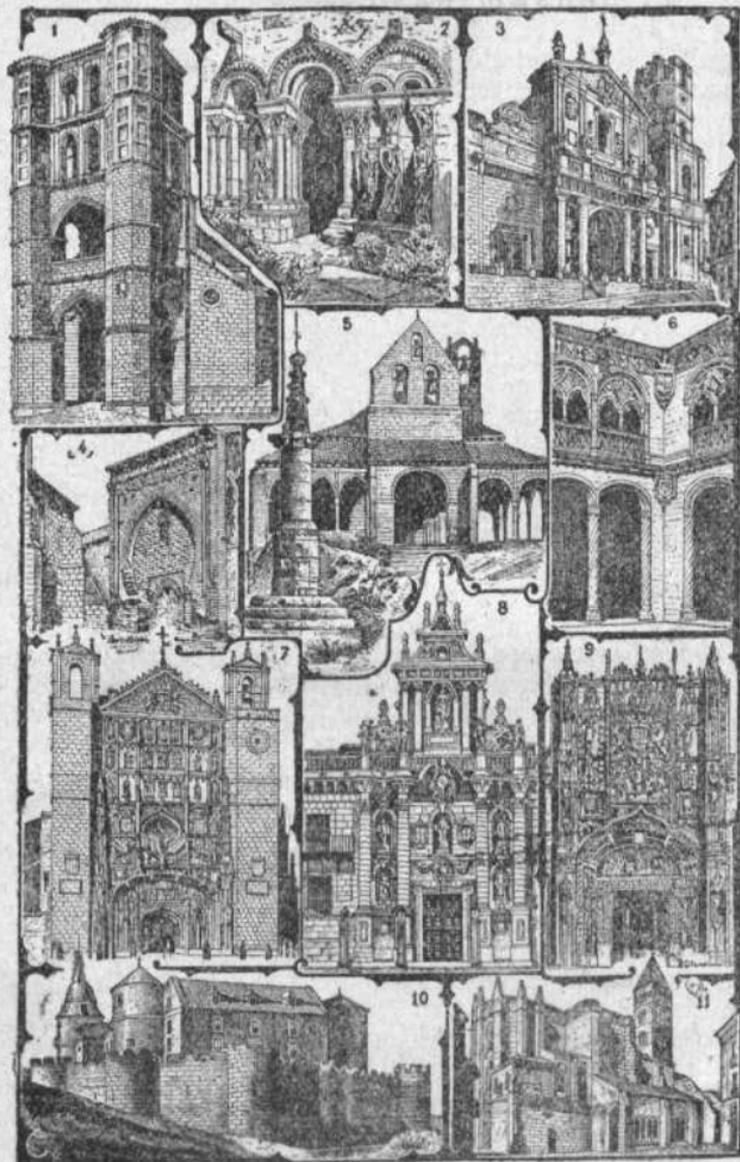
en la que se comprenden las comarcas que bañan el Ebro y sus afluentes, es de clima tan dulce y de tierras tan fértiles, como es fría y árida la comprendida entre Duero y Tajo.

### CAPÍTULO LIX

**P**ARA que os hagáis bien cargo de las cosas—siguió diciendo don Antonio María—, poned atención en el plano. ¿Veis la línea marcada por el curso del Ebro? Pues si este plano tuviera relieve veríais que para pasar a la cuenca de ese río desde la del Duero hay que bajar un escalón enorme. Soria, por ejemplo, que está en la primera, se halla a 3.505 pies sobre el mar; mientras que Alfaro, que pertenece a la segunda, y que dista de Soria en línea recta apenas una jornada a caballo, está a poco más de 600, habiendo entre ellas cerca de 3.000 pies de desnivel. Ved toda esta llanada central comprendida entre Duero y Tajo, y comparad la altura sobre el mar a que se hallan sus pueblos con la de los de la cuenca del Ebro, y os asombraréis de la diferencia. Burgos y su comarca están a unos 3.000 pies de altura; Segovia y la suya, más todavía; habiendo lugares, como Santa María de Nieva, que alcanza una altitud de más de 1.000 metros; Avila y su tierra se levantan hasta 3.500 pies sobre el mar; y así, sobre poco más o menos, sucede en toda la comarca que se extiende entre las sierras de Asturias y las de Somosierra, Guadarrama y Ávila. Al sur de ésta baja algo el terreno, pues Madrid, Toledo, Alcalá, Guadalajara y demás poblaciones de esa región están a una altura media de 2.500 pies. En la cuenca del Ebro, a menos de remontarse hasta los manantiales de los ríos que la bañan, las alturas se cuentan por cientos de pies, no por miles, como las de Duero y Tajo.

Esas diferencias enormes entre las altitudes de regiones tan inmediatas fueron motivo de grandes dificultades para el establecimiento de las vías férreas, que sólo pudieron vencerse haciéndolas describir larguísima rodeos, como los que se advierten en Pajares, La Bárcena, Orduña y otros lugares de paso de la alta llanada central a los territorios, mucho más bajos, que la rodean.

—La diferencia entre las altitudes será causa, sin duda, de que la haya también muy marcada entre los climas y producciones de esas comarcas, y entre el aspecto físico, costumbres y condiciones morales de sus naturales; ¿no es así?—preguntó sir Roberto.



1. Torre de la iglesia de San Benito (Valladolid). — 2. Restos del convento del Temple (Cejinos de Campos). — 3. Catedral (Valladolid). — 4. Restos de arquitectura árabe (Ídem). — 5. Parroquia de San Andrés (Aguilar de Campos). — 6. Pátio del colegio de San Gregorio (Valladolid). — 7. Fachata del convento de San Pablo (Ídem). — 8. Universidad (Ídem). — 9. Fachata de l colegio de San Gregorio (Ídem). — 10. Castillo de Simancas. — 11. Exterior de la iglesia de la Antigua (Valladolid).

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE VALLADOLID

—Grandísima—le contestó D. Antonio María—. Esa vasta llanura central que forma el centro de la Península está rodeada de huertos y jardines, que tales son, sin exageración ninguna, todas las regiones del litoral de la Península. De la naturaleza florida y risueña de ellas participan sus naturales, así como la aridez y austeridad de la región central se transmite al carácter de los suyos.

La cuenca del Ebro es rica y fertilísima; la ribera de Navarra, la Rioja y toda la tierra de Aragón hasta Tortosa, donde ese río desagua en el mar, está cubierta de olivos, viñedos y árboles frutales, cuyos productos tienen fama en toda España, y la tendrían también en toda Europa si los conocieran, aunque ya van conociéndolos, en Francia a lo menos, adonde de algún tiempo acá se exportan en grandes cantidades. De esas frutas son especialmente notables las de las riberas de los ríos Jalón y Jiloca, afluentes meridionales del Ebro; pero yo encuentro que tan buenas como ellas, poco más o menos, son las de sus afluentes septentrionales, como Arga, Ega, Aragón, Cinca y Segre. Las riberas de este último, desde su desembocadura en el Ebro, junto ya con Cinca en Mequinenza hasta Balaguer, son deliciosas. Frutas como las del campo de Lérida, especialmente las fresas, no las hay en el mundo. Hay, sin embargo, una zona árida en el valle del Ebro, situada en la ribera septentrional de ese río desde Zaragoza hasta más arriba de Tudela, cuya parte llamada «Bárdena Real», ya dentro de Navarra, es la más estéril y desolada de ella. También se distingue, no por lo estéril, pues es de feracidad extraordinaria, sino por lo seca, gran parte de la provincia aragonesa de Huesca, debido a las considerables talas que de largo tiempo atrás se han hecho en los bosques de que antiguamente estaba cubierta. Se pasan allí años seguidos sin caer una gota de agua, perdiéndose completamente las cosechas; pero se obtienen enormes los años que llueve.

—¿Y cómo se ha cometido la atrocidad de talar los bosques? ¿Ignoran esos campesinos que a la falta de árboles acompaña siempre la de lluvias?

—No sé si lo ignoran o no; pero es un mal ese de la falta de arbolado de que se padece no sólo allí, sino en muchas regiones de España. Es muy general entre nuestros labriegos la idea de que los árboles atraen a los pájaros, y que éstos se comen el grano; pero no tienen en cuenta que los pájaros devoran también infinidad de insectos que, además de comerse muchos más grano que los pája-

ros, matan las plantas antes de que broten o al principio de su desarrollo; los árboles son, pues, provechosos por dos conceptos: por atraer las lluvias y por atraer a los pájaros.

Pero, aparte de la influencia que pueden haber tenido en las talas de la provincia de Huesca esos errores y preocupaciones de los labriegos a que acabo de referirme, hay allí otro motivo que las explica: el gran tráfico que se ha hecho desde largo tiempo atrás de la madera de sus bosques, y que se sigue haciendo en las comarcas vecinas de los ríos que bajan desde los Pirineos al Ebro. Hay allí la costumbre de abandonar las maderas cortadas a la corriente, que va conduciéndolas de río en río hasta Tortosa, donde el Ebro desagua en el mar.

—El transporte no puede ser más económico—dijo sir Roberto.

—Sí; pero nada hay tampoco tan ruinoso como esas talas, cuando no se piensa en ir sustituyendo por otros árboles los que se van cortando. Pero os decía que todas las tierras de la cuenca del Ebro, tanto las que caen a la parte meridional como a la septentrional de ese río, son fertilísimas y dan frutas exquisitas. Añadiré que sus viñas producen vinos excelentes, como lo son todos los de la Rioja y ribera de Navarra. Los de Cuzcurrita, Peralta, Azagra, Cascante y Cariñena, por no citar otros muchísimos, son especialmente célebres. De toda la extensa cuenca del Ebro, como de muchas otras regiones de España, se exporta mucho vino a Francia, donde sirve para la confección del de Burdeos; pero ya en España se hacen tan semejante a ése, que la importación del de Burdeos ha menguado muchísimo. En Cataluña se cosecha vino en cantidades tan enormes, que se exporta a Francia y América en gran escala. La parte meridional de la provincia de Lérida es un puro viñedo, y en Tarragona se cosechan los muy famosos de Pla de Lloréns y el Priorato. Otro de los productos de la provincia de Lérida es el cáñamo, que se cosecha en grandes cantidades en las riberas de sus ríos.

—Las frutas de la Rioja también son objeto de gran exportación, según creo—dijo Frasquito.

—No sólo las frutas, sino también otros vegetales. La exportación a que te refieres suele hacerse en latas, de las que hemos consumido muchísimas en nuestro viaje. Hay grandes fábricas de esas conservas en Calahorra, cuyos pimientos gozan de merecida fa-

ma. Por cierto que es ciudad antiquísima, muy anterior a la conquista romana, pues la sitió Pompeyo sin lograr hacerse dueño de ella, por la valiente resistencia que hicieron sus habitantes; pero la tomó poco después su teniente Afranio, después de un sitio que allá se va con el de Numancia. Tiene por santos tutelares a Emeterio y Celedonio, cuyas vidas cantó Aulo Prudencio, natural de la ciudad, y el más antiguo poeta cristiano conocido. Estos santos fueron martirizados allí mismo, y sus cuerpos, sin cabeza, se veneran en la catedral de la ciudad.

—¿Y qué fue de las cabezas?—preguntó Frasquito.

—Las arrojaron al río Cidacos, en cuya orilla izquierda se asienta la ciudad, y fueron a salir primero al Ebro, que corre por allí cerca; después, al mar Mediterráneo, y desde allí, dando la vuelta a toda la Península, hasta Santander, en cuya catedral se encuentran. ¿Ustedes no sabrán que Santander es nombre que se deriva del de San Emeterio?

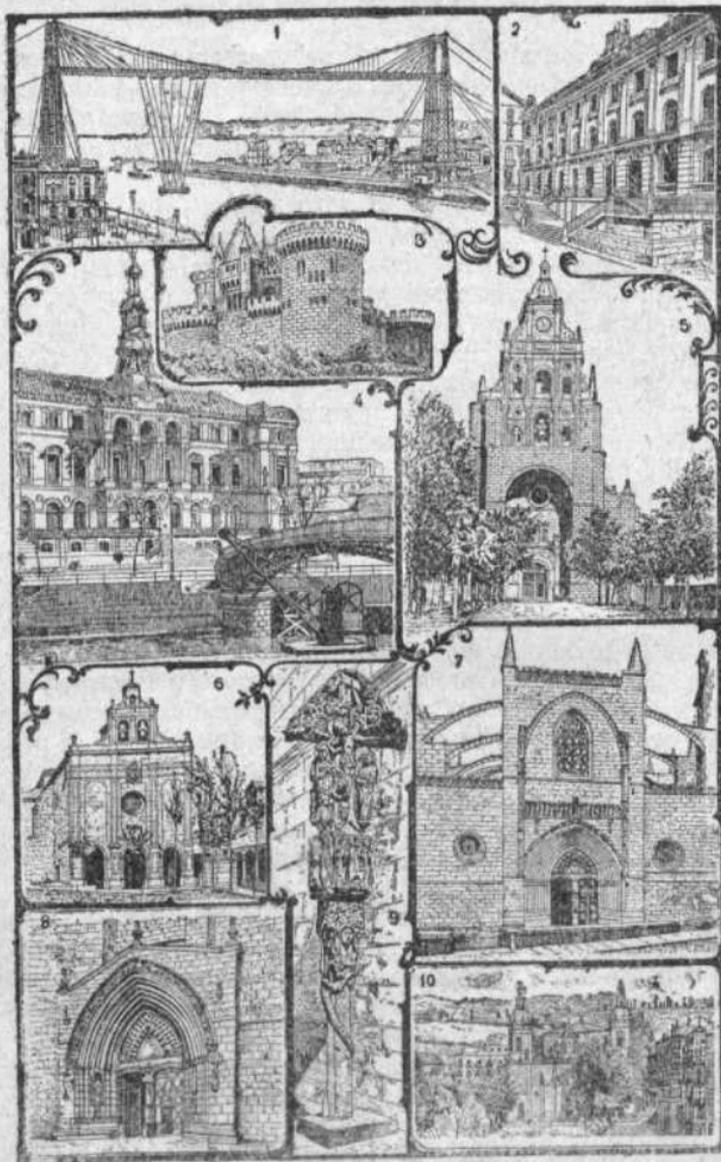
—Nunca había pensado en lo que significase el nombre de Santander; pero, si se me hubiera preguntado, habría creído que era corrupción del de San Andrés—dijo Willy.

—Pues ya sabes que lo es del de San Emeterio.

## CAPÍTULO LX

Por lo que nos dice usted de Lérida, veo que también Cataluña es región agricultora—dijo sir Roberto.

—Y pocas hay en España mejor cultivadas—le contestó don Antonio María—. Los catalanes son tan activos e inteligentes agricultores como industriales y comerciantes. Es gente que vale muchísimo, y que nada tiene que envidiar en ningún concepto a la más trabajadora e industriosa que haya en el mundo. Sus campos son jardines, por lo bien cultivados; no desperdician una pulgada de terreno, y del más ingrato saben sacar partido. El extranjero que viaja por Cataluña se formará altísima idea de España, no sólo como nación del tiempo pasado, sino también del presente. Allí se ven, como en Inglaterra, al lado de los monumentos de las edades pasadas, de las cuales los hay magníficos, a pesar de los maltratos cometidos en algunos de ellos en el presente siglo por muchedumbres bárbaras destituidas de todo sentimiento artístico y patrióti-



1. Puente de Vizcaya (Portugalete). — 2. Instituto Vizcaino (Bilbao). — 3. Castillo de Butrón. — 4. Puerte de San Agustín y Ayuntamiento (Bilbao). — 5. Santuario de Be-goña. — 6. Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción (Loqueitió). — 7. Iglesia de San Nicolás (Bilbao). — 8. Cruz de piedra, obra del siglo XIV o XV (Durango). — 9. Iglesia de Santa María de Guernica. — 10. Iglesia de San Nicolás (Bilbao).

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE VIZCAYA

co, estimuladas por autoridades todavía más bárbaras e ignorantes y antipatriotas que ellas, todos los adelantos y refinamientos de la nuestra. Las poblaciones de la provincia de Barcelona y muchas de las de Tarragona están llenas de establecimientos fabriles que dan trabajo a muchísima parte de su población.

—¿Y que industria es la predominante?

—Absolutamente a todas se dedican los catalanes. Creo que no hay ninguna que no hayan emprendido. Barcelona, Tarrasa, Sabadell, Badalona, Reus, Martorell, Olot... Pero ¿a qué seguir, si son tantas, que me cansaría de citar nombres? Son ciudades de grandísima actividad industrial y mercantil. Ahora, como industrias particulares de la provincia de Tarragona, citaré la tonelera y la corchera o taponera, como también le dicen.

—He oído que los artefactos catalanes son inferiores a los extranjeros—dijo Frasquito.

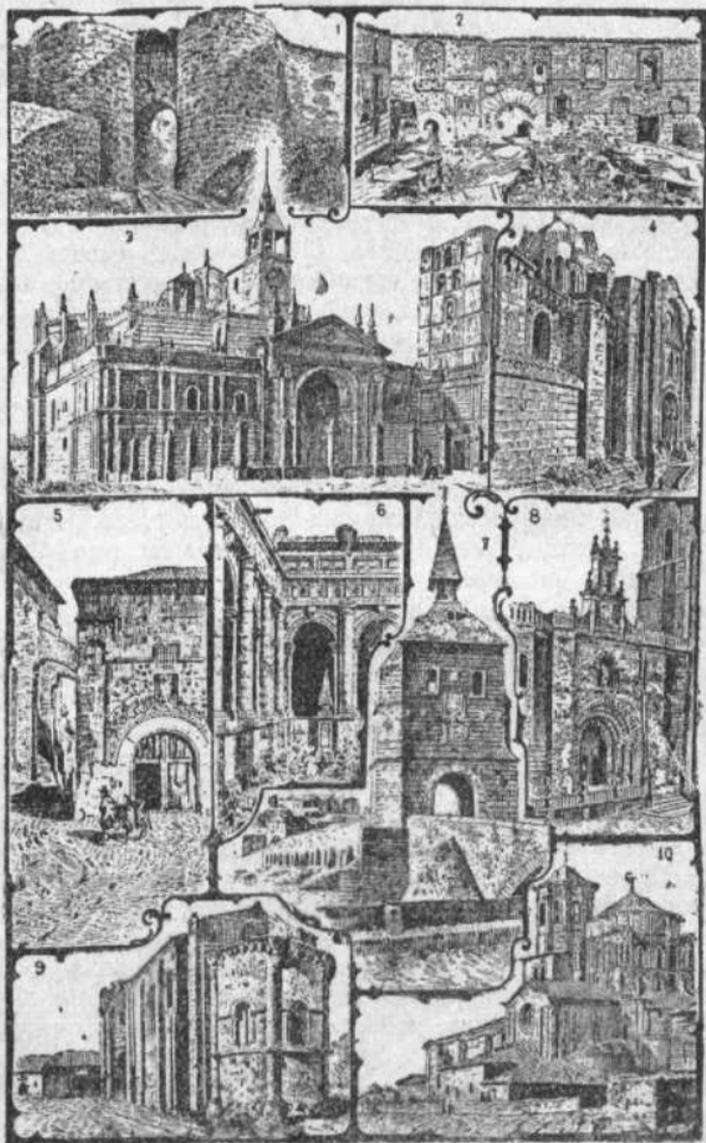
—Es un error crasísimo—le contestó su padre—. Los catalanes hacen bueno, mediano y malo, según quieren. A veces les conviene fabricar productos muy baratos, que necesariamente no pueden ser de primera calidad, como los que se venden a altos precios. Y no es de hoy la disposición de los catalanes para la industria, pues siempre la tuvieron grandísima. Recuerdo a este propósito haber leído que cuando la coronación en Zaragoza del que había hasta entonces sido infante de Castilla, D. Fernando de Antequera, elegido rey de Aragón por los electores que se reunieron en el célebre compromiso de Caspe, su hermana le mandó para la ceremonia la corona que había usado D. Juan I de Castilla cuando se coronó en las Huelgas de Burgos, que era magnífica; pero él prefirió para aquella solemnidad la maravillosa y sin igual en el mundo que le habían hecho en Barcelona los plateros de la ciudad, y que Blancas describe muy al menudo. Pues si como industriales son notables los catalanes, no lo son menos como comerciantes. Su Código de comercio data de 1279, y el «Consulado del Mar» de Barcelona tenía en toda España tanta autoridad como las famosas «deyes ródicas» entre los antiguos. Era Barcelona en la Edad Media, como sigue siéndolo hoy, una de las ciudades más comerciales e importantes de Europa. Ninguna de las que hay al presente en todo el litoral, y aun en la cuenca del mar Mediterráneo, sin exceptuar a Nápoles ni Constantinopla, puede comparársele en hermosura ni en grandeza.

—He oído decir—interrumpió sir Roberto— que los catalanes no son muy afectos a la nación española.

—Es otra calumnia—le contestó D. Antonio María—. Lo que sí sucede es que son fervorosos amantes de su historia pasada y de su lengua y la de sus padres, como tiene precisamente que serlo quien aspire al título de patriota. ¿Cómo es posible que olviden ocho siglos de historia gloriosísima, en que, después de reconquistar su tierra palmo a palmo, constituyeron, primero solos, y después juntos con Aragón, una nación independiente, temida y respetada en el mundo entero? ¿Pueden dejar de acordarse de que fueron durante largos siglos señores del mar Mediterráneo, que libertaron a Silicia del yugo de los franceses, que fueron después a conquistar lejanos territorios del imperio bizantino, fundando los condados de Atenas y Neopatria, y que convirtieron en colonias catalanas muchas islas del mar Mediterráneo? ¿Han de echar tampoco en olvido que su lengua, derivada de la latina, como la francesa y la nuestra, y tan antigua como ellas, pues que estaba ya completamente formada a mediados del siglo XIII, fue la oficial de un Estado de primer orden, como el aragonés, a pesar de ser la catalana la vulgar en provincia tan importante de ese Estado como la de Aragón, que le daba nombre? ¿No respetan los catalanes nuestra historia, nuestra lengua, nuestras costumbres, nuestras leyes, como respetaron las de los aragoneses durante el largo tiempo que formaron nación con ellos? Pues tienen derecho a que se les respeten su historia, su lengua, sus costumbres y sus leyes, que por cierto son presentadas como modelo por autores extranjeros reputadísimos. Si de algún defecto adolecen los catalanes, es de sobrado patriotismo, si pudiera haber sobra en tan noble sentimiento como el amor patrio. Habrá quien diga que el suyo no se extiende más allá de la patria particular de ellos; pero preciso es que sienta ése para que puedan sentir el otro, pues quien no ama a sus padres y a los ciudadanos que tiene en torno, no se espere que ame a los que tiene lejos. Su amor a la nación de que hoy forman parte lo tienen bien probado con su heroico comportamiento en la guerra de la Independencia, no superado por ninguna otra provincia del reino. Uno de los primeros combates que se riñeron en ella fue el de Bruque (Bruch), en que el paisanaje de Manresa, Igualada y otros lugares vecinos hizo retroceder a las tropas francesas muy maltrechas a Barcelona; y las defensas de Gerona,

Tarragona y otras ciudades, son famosas. La primera de esas ciudades, especialmente, tiene universal renombre, como la de Numancia. Si nos remontamos a tiempos más lejanos, cuando Cataluña formaba parte del Estado aragonés, ellos solos fueron quienes defendieron a todo el reino contra la terrible invasión francesa del siglo XIII, porque los aragoneses, en pugna con Pedro el Grande por cuestiones políticas, no quisieron ayudarlos. Es también notable en gente tan tildada de ir siempre a su negocio, de mercantil en tendencias y sentimientos, de poco idealista, la frecuencia con que han pospuesto su conveniencia, sus intereses, sus comodidades, sus libertades, y hasta su misma existencia, a simpatías por desgracia ajenas, a satisfacciones de amor propio y a otras cosas de índole puramente moral, en cuyo logro poco o nada iban ganando.

Así abrazaron los catalanes en el siglo XV la causa del desgraciado príncipe de Viana, víctima de las persecuciones de su desnaturalizado padre y de su madrastra, con un fervor muy raro en asambleas políticas, para quienes la razón de Estado es la ley suprema, rebelándose contra la autoridad Real, y proclamándose independientes; y mucho tiempo adelante, la del archiduque de Austria, con una tenacidad y un encarnizamiento llevados al increíble extremo de declarar la guerra a España y Francia reunidas la sola ciudad de Barcelona, esa tan mercantil y materialista Barcelona que dicen, sufriendo un sitio de los más tremendos que registra la Historia y sacrificando cuando tenía en aras de una causa abandonada ya de todos, y hasta del más interesado en su triunfo. La primera condición de existencia de un Estado es la perfecta armonía entre sus miembros; y no es la mejor manera de promoverla y fomentarla el procedimiento, por desgracia muy generalizado entre nosotros los naturales de otras provincias españolas, de emplear de continuo expresiones tan mortificantes y depresivas como injustas para calificar a los de provincia que tanto honra, y por tantos conceptos, a la nación de que forma parte. En la guerra de África, en que estuve como subteniente, presencié la llegada de los voluntarios catalanes, y fui también testigo de su incomparable valentía en la batalla de Tetuán. Quien vio combatir a aquellos valerosísimos voluntarios, tiene que sentir gran-respeto a Cataluña y a los catalanes. Lo que aquí no ha entrado en la cabeza de nadie, sir Roberto, es que provincias como Cataluña no



1. Arco de Doña Urraca (Zamora). — 2. Palacio de los Momos (Idem). — 3. Catedral (Idem). — 4. Puerta del Obispo, en la Catedral (Idem). — 5. Casa del marqués de Villagodio (Idem). — 6. Claustro de la Catedral (Idem). — 7. Puente sobre el Duero (Idem). — 8. Puerta lateral de la Colegiata (Toro). — 9. Iglesia de la Colegiata (Zamora). — 10. Colegiata (Toro).

ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE ZAMORA

pueden gobernarse de cualquier modo; es gente ésa que vale mucho, lo repito, y los que la gobiernen han de estar a la altura de los gobernados. Estoy persuadido de que Cataluña, en manos de un Gobierno inteligente, sería una de las columnas más sólidas y firmes de la nacionalidad española.

—Os veo muy entusiasta por Cataluña, D. Antonio María.

—Lo que soy, sir Roberto, es muy imparcial; porque de cuanta gente puebla la Península española, difícilmente se encontrará ninguna cuyo carácter armonice menos que el de nosotros los andaluces con el de los catalanes. Cuando hemos hablado de los andaluces, los he puesto en el alto lugar que a mi entender merecen, no por espíritu de paisanaje ni de compadrazgo, sino por respeto a la verdad. Si alguna vez me equivoque en mis juicios, no será ciertamente por apasionamiento, sino por ignorancia. Aquí en España, si vamos a hacer caso de las opiniones vulgares, nadie hay bueno; todo se nos vuelve echarnos en cara defectos, muchas veces ilusorios, y que, aunque existieran verdaderamente, debiéramos ocultar y no pregonar. Yo creo que los peores enemigos de la nacionalidad son los que hablan en esa manera.

—Tenéis razón, D. Antonio María.

—Ya os he demostrado que los catalanes, lejos de ser egoístas e interesados, no han hecho sino sacrificarse por proteger el infortunio ajeno. Ahora añadiré que son grandes poetas, músicos y artistas, cosas que encajan muy mal con ese mercantilismo de que se los acusa, porque nada hay más reñido con la poesía y el arte que el comercio. Ya os he dicho que la «Atlántida», de Verdagner, es un poema épico a la altura de los mejores italianos, y que ni en castellano ni en francés hay ninguno que pueda comparársele. El pueblo catalán es aficionadísimo al teatro y a la música, abundan en él los buenos autores dramáticos, y de él han salido los mejores pintores y escultores que hemos tenido en España en el presente siglo. El nombre de Fortuny (Fortuñ) está a la altura del de los pintores modernos más famosos.

—¿Cómo ha dicho usted, padre? ¿Fortuñ? Yo creía que era Fortuny.

—Sabes, querido Frasquito, que la ene, seguida de y griega, suena en catalán como nuestra eñe. Aprende eso, Frasquito, como otras reglas de la ortografía catalana, porque es una vergüenza que donde se tiene por una falta pronunciar como se escriben

palabras de lenguas extranjeras para nosotros, como la francesa, ignoremos la pronunciación de las de una lengua española, como la catalana.

—También he oído que los navarros son grandes músicos— dijo Willy.

—Muy notables. Los nombres de Arrieta, Gaztambide, Sarasate, Eslava, Guelbenzu y muchos otros, que han figurado en primera línea, son navarros.

—¿Y los gallegos, son tan avaros y mezquinos como dice el vulgo?—preguntó Frasquito.

—Nada tienen de eso. No hay que confundir la pobreza con la avaricia: los gallegos pasan por tacaños, porque son pobres. Donde escasea una cosa, ha de dársele, por fuerza, más valor que donde abunda; y en Galicia, por lo poblada que está, y por lo dividido de su propiedad, hay pobreza. De ahí que los labradores gallegos den al dinero más valor del que tiene. Pero repito que nada tienen de tacaños, como he tenido muchas ocasiones de comprobarlo entre los gallegos que viven en América. Para conocer a los hombres, hay que estudiarlos en diversidad de circunstancias y situaciones, no en una sola. Los gallegos que llegan a enriquecerse, de los que hay muchos en América, porque, también contra lo que comúnmente se cree, se distinguen por la claridad y agudeza de su ingenio, no sólo no son tacaños, sino que más bien pecan de despilfarrados y pródigos. He visto muchísimos casos que me autorizan a asegurarlo.

—¿Y de los asturianos, qué cree usted, padre? He oído opiniones muy diferentes acerca de ellos.

—Y lo mismo las oírás respecto de todos, porque cada cual habla de la feria según le va en ella; refrán que, como otros muchísimos de los infinitos que tenemos en castellano, prueba el poderoso sentido común de nuestro pueblo. A los asturianos se los acusa, lo mismo que a los gallegos, y con tan poca razón como a éstos, de tacaños. Ya en tiempo de los romanos se decía «avarus astur»; pero como los astures de entonces no tienen más de común con los asturianos de hoy que el habitar en la misma tierra, dicho se está que ningún juicio bueno ni malo respecto a los primeros puede hacerse extensivo a los últimos fundándolo en razones de parentesco. Ahora les diré a ustedes que, hablando un día con un ingeniero amigo mío, que, por dedicarse al negocio de minas, ha

viajado mucho por España y ha tratado a gente de todas clases, le pregunté que de todos los españoles cuáles le parecían los mejores, y me contestó que los asturianos; haciendo a renglón seguido tales elogios de ellos, que si se los dijera a ustedes, habrían de creer que, o partían de un asturiano o de alguien que tuviera motivos particulares para estarles agradecido; pero no sucedía ni lo uno ni lo otro.

—¿Y de los valencianos, qué opina usted, padre? ¿Cree usted que merecen la fama de vengativos que tienen entre el vulgo?

—¿Cómo quieres, tú que me conoces, o que debes conocerme a lo menos, que acepte yo semejante necedad? Los valencianos llevan adelantado para ser buenos la agudísima inteligencia que tienen; porque debo decirte que, por más que haya tontos en Valencia, como en todas partes, no he conocido un solo valenciano que no sea tan despierto que sienta crecer la hierba, como suele decirse. Ahora bien; del hombre listo espera todo lo bueno, así como del tonto huye como de la peste, porque no hay ser más dañino en el mundo que un tonto.

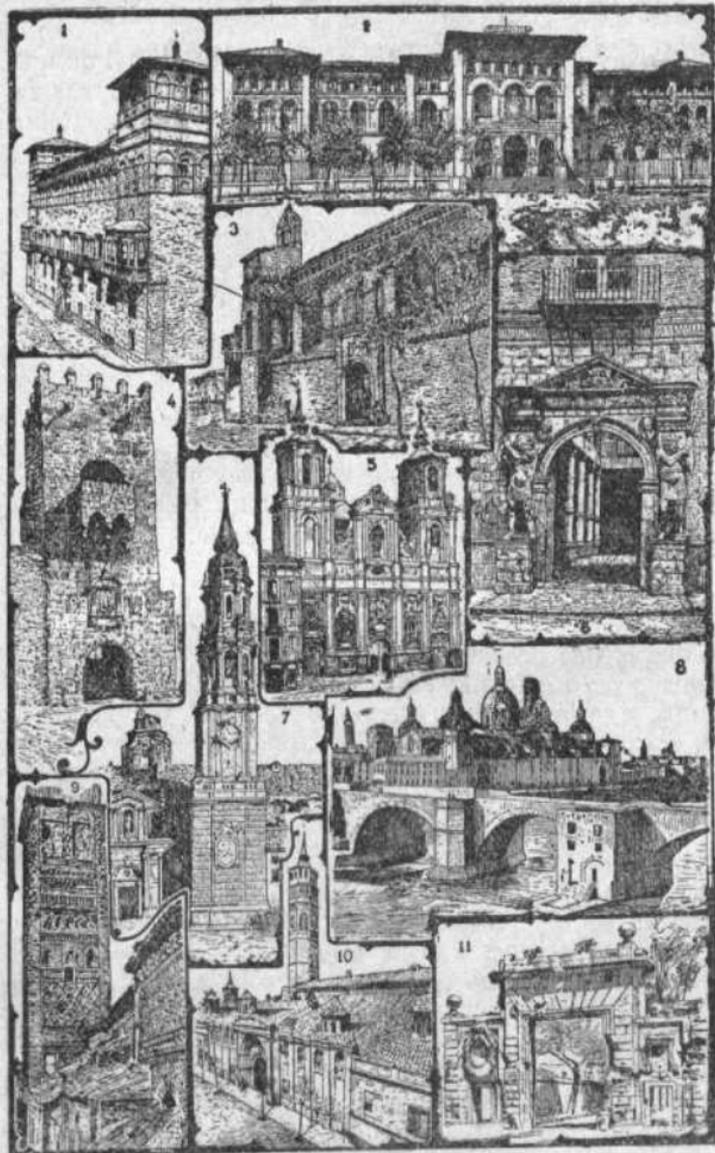
—¿Y de los aragoneses, qué nos dice usted, padre?

—A éstos no hay que defenderlos, porque son de los pocos españoles con quienes es benévola la opinión del vulgo. Hay que notar que los naturales de las regiones comprendidas en la Corona de Aragón fueron los que mayor resistencia hicieron a los franceses en la guerra de la Independencia. Zaragoza, Gerona, Tarragona, Murviedro y Valencia están todas ellas en esos territorios.

## CAPÍTULO LXI

Es decir, que para usted, padre, no hay españoles malos. Digo esto, porque sólo alabanzas le he oído hablando de los de unas y otras provincias.

—¡Es claro! Y, aunque no me lo digas, estarás pensando, si es que lo conoces, en el cuento de la capa perdida, que no parecía, a pesar de ser unos perfectos caballeros todos los congregados. Pero piensa bien, y verás que no es sólo en España, sino en todas partes, donde la capa perdida no parece. Todas las naciones tienen sus máculas y defectos; el nuestro consiste principalmente en la pobreza, que siempre engendra envidias, odios y malas pasiones.



1. Palacio de Justicia. — 2. Convento de Medicina y Ciencias. — 3. Convento de Santa Lucía. — 4. Torre del Homenaje en el Monasterio de Piedra. — 5. Iglesia de San Cayetano. — 6. Puerta de la Audiencia. — La Seo. — 8. Basílica de Nuestra Señora del Pilar. — 9. Fragmento de la torre e iglesia de Santa María Magdalena. — 10. Iglesia de San Pablo. — 11. Puerta del Carmen, célebre por su heroica defensa.

## ALGUNOS MONUMENTOS NOTABLES DE ZARAGOZA

Y para que te persuadas de que ese, y no otro, es el mal de que adolecemos en general los españoles, fijate en que las acusaciones de que son aquí blanco todos los hombres públicos, cualesquiera que sean los asuntos en que se ocupen, van siempre dirigidas contra su honradez; señal cierta de lo que preocupan aquí todos los negocios en que interviene el dinero. En otras partes se acusa a tal militar de cobarde, a tal gobernante de inepto, a cual otro hombre público de apasionado por este o el otro sistema o procedimiento social, político o económico; pero aquí se tilda a todos de ladrones.

—¿Con razón o sin ella, padre?

—Fijate bien en que muchos de los que acusan a los demás de ladrones suelen serlo ellos mismos. El hombre honrado se inclina naturalmente a creer que también lo son los demás, así como el ladrón, a lo contrario. Verás a muchos de esos maldicientes no desperdiciar ocasión de ocultar sus bienes para pagar por ellos menos tributos, o de pasar cosas de contrabando.

—¿Y eso es un robo, padre?

—Como cualquiera otro. El que introduce un objeto, por insignificante que sea, sin pagar los derechos que le están señalados, lo mismo que el que declara poseer menos de los que realmente posee, incurren en dos faltas: en la de mentir, que es gravísima y vergonzosa, y en la de robar, que no lo es menos, porque al defraudar al erario público nos defrauda a todos, que tenemos que reponer lo que deja de percibir el erario. La benevolencia con que miramos faltas de esa índole, tan severamente apreciadas en otras partes, así como la facilidad con que acusamos de ladrones a nuestros prójimos, son hijas de nuestra pobreza; pobreza que tiene por causa el excesivo número de los que entre nosotros huelgan, o se ocupan en trabajos improductivos y estériles, relativamente al de los que producen cosas útiles o necesarias. Al que produce cosas necesarias o útiles, no puede nunca faltarle dinero, porque tiene en su mano cambiar por dinero aquello que haga, y tanto más pronto, cuanto más útil o necesario sea. Si todos los españoles se hicieran cargo de eso, cesaría la escasez, y con ella, muchísimos, por no decir todos los males de que adolecemos, que no son, después de todo, sino consecuencias de ella.

—Y, hablando de otra cosa—dijo sir Roberto—, ¿cómo anda de monumentos toda esta parte oriental de España que no he-

mos visto? ¿Los tiene tan buenos como las regiones que hemos visitado?

—Los tiene magníficos, como ya os dije hablando de Cataluña; pero hay que convenir en que los mejores de ella no están a la altura de los de primer orden de la mitad occidental del antiguo reino de Castilla. En monumentos religiosos, que en España, como en todas partes, son los mejores, no los hay en todos los territorios de las coronas de Aragón y de Navarra, ni aun en la mitad oriental de la de Castilla, tan buenos como las catedrales de León, Burgos, Sevilla y Toledo. Por lo demás, os repito que los hay muy notables; y bajo el aspecto exclusivamente arqueológico, todavía son más dignos de estudio los edificios de Cataluña, Navarra y el Alto Aragón, que los del centro y mediodía de España. No sólo hay en Navarra, Aragón y Cataluña infinidad de iglesias y monasterios interesantísimos, sino otros muchos edificios civiles, y aun poblaciones enteras en las montañas vecinas del Pirineo, que apenas han experimentado modificaciones desde hace muchos siglos. De los estilos románico y gótico de todos los períodos, hay allí muchísimos y muy curiosos ejemplares, no idénticos a los de las comarcas occidentales de España, porque en cada región han tomado esos estilos caracteres propios y exclusivos que los distinguen. El románico y el gótico de Cataluña no son iguales a los de Castilla, ni de Francia ni de Italia. La catedral de Gerona, que es gótica del último período, ofrece la singularidad de constar de una sola nave de extraordinaria anchura, desprovista de pilares que sostengan la bóveda, que es, probablemente, la más atrevida que hay en toda la cristiandad.

—¿Qué nos decís de Valencia y Murcia?

—Valencia y Murcia—dijo D. Antonio María—son las regiones más fértiles y mejor cultivadas de España, especialmente aquellas de sus comarcas que gozan del beneficio del regadío por medio del sistema de acequias, establecido desde tiempo inmemorial en el país. Además de sus frutas, de que se hace gran tráfico en la región central de España y en el extranjero, adonde se exportan enormes cantidades de naranjas, se produce mucho arroz en todo el reino de Valencia, constituyendo el grano la base de la alimentación de la población campesina.

—Tengo entendido—dijo Frasquito—que el cultivo del arroz es muy malsano, y que lo son también las comarcas en que se produce.

—Así tiene que ser en España, donde los arrozales son terrenos acuáticos, muy ocasionados a calenturas; pero no en otras partes del mundo, donde el arroz se cultiva de secano, como en América y en la India. Otra de las producciones de esas comarcas valenciana y murciana son la algarroba, que sustituye a la cebada de Castilla para alimento del ganado; los dátiles, que, aunque no tan finos como los africanos, son bastante aceptables; la almendra, que constituye un lucrativo ramo de exportación, y la seda, cuya producción ha disminuído mucho, por desgracia, allí como en otras regiones de la Península, donde en los siglos pasados era renglón importantísimo de riqueza que daba trabajo a muchos miles de obreros.

—¿Podría usted explicarnos, padre, en qué consiste esa industria de la seda? Porque todos mis conocimientos de ella se reducen a que procede de un gusano.

—Esos gusanos se alimentan—le dijo D. Antonio María—de las hojas de la morera, que es un árbol que crece ocho, diez y a veces hasta veinte metros. Los gusanos salen de huevecillos, que en Valencia y Murcia se venden al peso, y que las mujeres se meten en el seno para darles el calor necesario para la germinación. Una vez nacidos los gusanos, se los coloca en un zarzo, donde se les echan las hojas de morera de que se nutren, aumentándose el número de zarzos conforme el crecimiento de los gusanos va haciendo necesario mayores espacios. Los gusanos tienen primera, segunda y tercera dormidas, que así se llaman a ciertos períodos de sueño por que pasan. Después de la última, se les ponen en los zarzos unas ramas, por las que trepan, fabricando en ellas los hilos que han de formar los capullos. Esos capullos suelen ser el artículo que constituye la primera materia de la industria. No todos los gusanos se prestan a labrarlos; hay algunos, que en Murcia llaman «gorrones o moros», que permanecen ociosos. Esos, juntos en regulares cantidades, se echan en vinagre, y dan los sedales que se emplean en la pesca, los cuales se los sacan mañosamente del cuerpo las mujeres tomándolos uno a uno entre los dedos. Es muy común ver en el mes de Mayo a las muchachas de las huertas de Murcia y Orihuela sentadas a la puerta de sus barracas entregadas a esa faena de sacar de los gusanos los sedales.

—¿Y cómo son esos capullos que nos dijo usted que eran la primera materia de la industria de la seda?

—Son unos globitos o cápsulas no mayores que huevos de pa-

loma, cuyo cascarón está formado por una sola hebra de seda que da infinitas vueltas. Dentro de esas cápsulas se encierran sendos gusanos, que al cabo de cierto tiempo romperían la envuelta si se los dejase, y saldrían de ella en forma de mariposa; pero antes de que lleguen a ese período de su existencia, y para evitar que inutilicen la hebra de seda que constituye la envuelta de los capullos, se echan éstos en agua hirviendo, y después, por medio de ciertos aparatos *ad hoc*, se les sacan las hebras hasta deshacerlos del todo. Cada capullo está formado por una sola hebra de hasta 350 metros de largo; pero tan excesivamente fina que en la industria de la seda se juntan tres o cuatro para formar cada hilo. En algunas tierras de la costa de levante de España se cosecha también esparto; pero más que en ninguna parte, en la de Cartagena, donde es objeto de gran comercio de exportación. No hace mucho tiempo que eran materia tenida en muy poco, y sólo utilizada para hacer sogas, esteras, espuestas y otros tales objetos; pero de algunos años acá se la emplea en la fabricación del papel, haciéndose gran exportación de ella a Inglaterra y a los Estados Unidos. Os formaréis idea de la importancia de ese comercio, con que os diga que sólo a Inglaterra se exportan anualmente de ochenta a cien mil toneladas de esparto. En Murcia constituye otro artículo importante de comercio el producto alcalino que se obtiene de la calcinación de la barrilla, el algazul, la sosa y el salicor, plantas que se dan abundantemente en sus comarcas ribereñas del mar. También es región muy minera. Abundan allí las minas de hierro y de plomo argentífero, que se explotan con grandísimo provecho. En Escobreras y en Almazarrón hay riquísimos filones, cuyos productos se exportan por Cartagena, ciudad que ha adquirido muchísima importancia de algún tiempo a esta parte, por la actividad de su comercio. Esas minas fueron explotadas ya por los fenicios, cartagineses y romanos, y se ven todavía allí, como en Ríotinto, las antiguas galerías abiertas por ellos. No debo olvidar—prosiguió diciendo D. Antonio María—, ya que estoy hablando de las industrias de la región levantina de España, el vino de Monóvar, los turroneos y peladillas de Alicante, Jijona y Alcoy, en que entran como primeras materias las almendras y la exquisita miel de estas comarcas, y el papel de Alcoy. La fabricación del papel es antiquísima en el reino de Valencia, pues se remonta al tiempo de los árabes.

Les he dado a ustedes una idea muy a grandes rasgos de las regiones que no hemos visto en nuestro viaje: lo bastante para abrirles las ganas de recorrerlas. Cuando pasemos por ellas, que será cuando sir Roberto vuelva a reunírsenos, sea aquí mismo, si despacha pronto lo que tiene que hacer en Inglaterra, sea en Andalucía, si tarda más de lo que supone, hablaremos detenidamente de su historia, que es interesantísima, porque las tierras de la cuenca del Mediterráneo fueron las que primero conocieron, visitaron y colonizaron los pueblos de la antigüedad, y donde han quedado más recuerdos suyos.

Dos días después de la conversación anterior, se despidieron don Antonio María, Willy y Frasquito de sir Roberto, que se embarcó para Inglaterra.

F I N







EDITORIAL SATURNINO CALLEJA'S A  
CASA FUNDADA EL AÑO 1676

NUEVAS EDICIONES  
CALLEJA-

CRISTÓBAL DE REYNA  
ORTOGRAFÍA CASTELLANA  
*Un tomo en 8.º de 325 páginas, en pasta al croquis,*

GALLEGO.  
ARITMÉTICA  
*Un tomo en 8.º de 328 páginas, en pasta al croquis,  
EDICIÓN CORRIENTE.*

P. CÓMEZ.  
HISTORIA SAGRADA 2.º GRADO  
*Un tomo de 234 págs. con 20 láminas, en pasta al croquis,*

CALLEJA.  
ARITMÉTICA RAZONADA  
2.º GRADO  
*Un tomo de 294 páginas, en pasta con cubierta tricolor,*

CALLEJA.  
GEOMETRÍA PLANA Y DEL ESPACIO  
2.º GRADO  
*Un tomo de 394 págs. con 206 grabados, en pasta al croquis.*



JT 2511